

Justicia uniforme



Leon, Donna

Produced by calibre 0.6.37

OceanofPDF.com

Justicia uniforme

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Donna Leon
Justicia uniforme -Brunetti
12-

OceanofPDF.com

Novela Negra Actual

Director Editorial: Virgilio Ortega

Edita y realiza: Centro Editor PDA, S. L.

Edición: Isabel Jiménez

Diseño cubierta: Esteoeste

Título original: *Uniforme justice*

Traducción del inglés: Ana M^a de la Fuente

Fotografía de la cubierta © Danny Lehman/CORBIS

© Copyright by Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zürich, 2003

All rights reserved

**Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:**

© Editorial Seix Barral, S. A., 2004

© de la traducción: Ana M^a de la Fuente, 2004

© de la presente edición

Editorial Planeta DeAgostini, S. A., 2007

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.planetadeagostini.es

ISBN: 84-674-3447-7

Depósito legal: B-45872-2006

Imprime: Cayfosa-Quebecor, S. A.

Santa Perpètua de Mogola (Barcelona)

Distribuye: Logista

C/ Trigo, 39 – Edificio 2

Polígono Industrial Polvoranca

28914 – Leganés (Madrid)

Printed in Spain – Impreso en España

OceanofPDF.com

-

Para Heidi y Agustí Janés
In uomini, in soldati
Sperare fedeltà?
(¿En hombres, en soldados,
esperar fidelidad?)
Così fan tutte
Mozart

1

Lo despertó la sed, pero no esa sed sana de después de un partido de tenis o de un día de esquí, una sed que llega poco a poco, sino la sed corrosiva y apremiante provocada por la imperiosa necesidad del cuerpo de reponer los líquidos que han sido desplazados por el alcohol. Se desveló bruscamente, sudoroso, con la ropa pegada a la piel.

Al principio, pensó que podría burlar aquella exigencia de su cuerpo, desentenderse de ella y volver al sueño caliginoso del que lo había sacado el aguijón de la sed. Se puso de lado, con la boca abierta y pegada a la almohada, y se subió la manta sobre el hombro. Pero, por mucho que su cuerpo ansiara el descanso, él no podía obligarlo a olvidar la sed ni aquel cosquilleo nervioso del estómago. Inmóvil, totalmente apático, trataba de volver a dormirse.

Parecía que iba a conseguirlo, hasta que empezó a repicar la campana de una iglesia de la ciudad, que le hizo abrir los ojos otra vez. Se le infiltraba en la mente la idea del líquido: un vaso de burbujeante agua mineral, con gotas de condensación resbalando por el cristal empañado, la fuente del pasillo de su escuela primaria, un vaso de cartón lleno de Coca-Cola. En ese momento, necesitaba líquido más que cualquier cosa buena o apetecible que pudiera haberle ofrecido la vida.

Una vez más, quiso conciliar el sueño, pero ahora ya sabía que había perdido la partida y que no tendría más remedio que dejar la cama. Dudó un momento, preguntándose por qué lado debía levantarse y si el suelo del pasillo estaría muy frío, pero enseguida rechazó estas ideas con la misma violencia con que apartó la ropa de la cama y se puso en pie. Sintió martillazos en la cabeza y un calambre en el

estómago que protestaba por su nueva posición respecto al suelo, pero pudo más la sed.

Abrió la puerta de la habitación y empezó a andar por el largo pasillo, iluminado por las luces del exterior. Tal como él temía, las baldosas de linóleo martirizaban sus pies descalzos, pero la idea del agua que le esperaba le ayudó a soportar el frío.

Entró en el cuarto de baño y, empujado por una irresistible necesidad, fue hacia el primero de los blancos lavabos que se alineaban junto a la pared. Abrió el grifo del agua fría y la dejó correr un minuto: su embotamiento no le impedía recordar que la primera agua que salía de aquellas cañerías estaba tibia y sabía a herrumbre. Cuando la notó fresca, hizo un cuenco con las manos e inclinó la cara hacia ellas. Bebía con ruidosos sorbetones, sintiendo cómo el agua le entraba en el cuerpo, refrescándolo, salvándolo. La experiencia le había enseñado que, después de unos tragos, debía descansar, para ver cómo su castigado estómago reaccionaba a la sorpresa de recibir líquido sin alcohol. En un principio, no le gustó, pero la juventud y la buena salud de todo el organismo contrarrestaron la reacción del estómago, que al fin se resignó y hasta pidió más agua.

Él accedió de buen grado a la petición, volvió a inclinarse y bebió ocho o nueve tragos que llevaron alivio a su cuerpo torturado. Aquella súbita inundación hizo saltar un resorte del estómago que repercutió en el cerebro, y él tuvo que apoyarse en el lavabo con las dos manos, hasta que el mundo volvió a quedarse quieto.

Puso las manos bajo el chorro que seguía manando y volvió a beber, hasta que la experiencia y la razón le hicieron comprender que sería peligroso continuar. Se irguió con los ojos cerrados y se pasó las palmas de las manos mojadas por la cara y por el pecho de la camiseta. Luego se secó los labios con el faldón y, reconfortado y sintiéndose capaz de empezar a pensar en encararse de nuevo con la vida, dio media vuelta para regresar a su habitación.

Entonces vio al murciélago, o lo que, en su aturdimiento, tomó por un murciélago, allá lejos. Un murciélago no podía ser, porque medía por lo menos dos metros de largo y era tan ancho como un hombre. Pero tenía forma de murciélago. Parecía estar colgado de la pared, con

la cabeza ladeada sobre las alas negras y lacias y las garras asomando por abajo.

Se frotó la cara con fuerza, para borrar la visión, pero cuando volvió a abrir los ojos la negra figura seguía allí. Temiendo que pudiera ocurrirle algo malo si apartaba la vista del murciélago, retrocedió lentamente en dirección a la puerta del aseo donde sabía que estaba el interruptor de los tubos fluorescentes. Ofuscado por una mezcla de terror e incredulidad, mantenía las manos atrás, palpando las baldosas de la pared, convencido de que aquel contacto era lo único que lo unía a la realidad.

Como un ciego, fue siguiendo su mano hasta encontrar el interruptor, y entonces los tubos fluorescentes dispuestos en dos largas filas fueron pasándose la luz unos a otros e iluminaron el aseo como si fuera de día.

El miedo le hizo cerrar los ojos mientras las luces se encendían parpadeando, miedo del horrible movimiento que aquella figura con forma de murciélago pudiera sentirse impulsada a hacer al disiparse la oscuridad que la amparaba. Cuando los tubos dejaron de crepitar, el joven abrió los ojos y se obligó a mirar.

Aunque aquella luz cruda transformó y definió la figura, no borró por completo su parecido con un murciélago ni suavizó el siniestro perfil de aquellas largas alas. Pero ahora se veía que las alas estaban formadas por los amplios pliegues de la oscura capa del uniforme de invierno, y la cabeza no era de murciélago sino la de Ernesto Moro, natural de Venecia y, al igual que el muchacho que ahora vomitaba con violentos espasmos en el lavabo más próximo, alumno de la Academia Militar de San Martino.

Las autoridades tardaron en entrar en acción tras la muerte del cadete Moro, aunque el retraso no se debió a la actuación de Pietro Pellegrini, su compañero de estudios. Cuando remitieron las náuseas, el muchacho volvió a su habitación y, utilizado el *telefonino*, casi un apéndice natural de su persona, por la frecuencia con que lo usaba y consultaba, llamó a su padre, que se encontraba en Milán en viaje de negocios, y le explicó lo sucedido, o lo que acababa de ver. En un principio, el padre, abogado, dijo que informaría a las autoridades, pero luego, con mejor criterio, aconsejó a su hijo que lo hiciera él, y que lo hiciera inmediatamente.

Al padre de Pellegrini ni por asomo se le ocurrió pensar que su hijo pudiera estar involucrado en la muerte del otro muchacho, pero, por ser criminalista, estaba familiarizado con la mentalidad oficial. Sabía que la persona que vacila en informar de un crimen a la policía resulta sospechosa, y conocía la tendencia de las autoridades a seguir el camino trillado. Por lo tanto, dijo a su hijo -más aún, se lo ordenó- que llamara a las autoridades al momento. El muchacho, educado en la obediencia por su padre y por dos años de la disciplina de San Martino, supuso que las autoridades eran las de la academia, y bajó a informar a su comandante de la presencia de un muchacho muerto en los aseos del tercer piso.

El agente de la *questura* que recibió el aviso de la academia preguntó el nombre del comunicante, tomó nota, preguntó cómo se había enterado de la existencia de la persona muerta y anotó también la respuesta. Al colgar el teléfono, el policía consultó al compañero de la centralita si no deberían trasladar el aviso a los *carabinieri*, ya que, siendo la academia una institución militar, podía corresponder a su jurisdicción y no a la de la policía metropolitana. Estuvieron debatiéndolo un rato, y el segundo policía llamó a la oficina de agentes, para informarse sobre el procedimiento. El agente que contestó su llamada mantenía que la academia era una institución privada, desvinculada del ejército -le constaba, porque el hijo de su dentista estudiaba allí-, por lo que les correspondía a ellos hacerse cargo del caso. Los policías de la centralita discutieron un poco más y,

finalmente, coincidieron con su compañero. El que había recibido la llamada, al ver que eran más de las ocho, marcó el número interior de su superior, el comisario Guido Brunetti, seguro de que ya estaría en su despacho.

Brunetti estuvo de acuerdo en que les correspondía a ellos investigar el caso y preguntó:

–¿Cuándo se ha recibido la llamada?

–A las siete y veintiséis, señor -respondió Alvise, con precisión y eficacia.

Una mirada al reloj reveló a Brunetti que ya había transcurrido más de media hora, pero como Alvise no era el astro más brillante del firmamento de su jornada laboral, el comisario se abstuvo de hacer comentarios y dijo tan sólo:

–Pida una lancha. Bajo ahora mismo.

Cuando Alvise colgó, Brunetti miró la hoja de guardias de la semana y, al comprobar que en ella no figuraba el nombre del *ispettore* Lorenzo Vianello para aquel día ni para el siguiente, lo llamó a su casa y le explicó brevemente lo sucedido.

–Voy para allá -dijo Vianello, antes de que su superior pudiera pedírselo.

Alvise había conseguido advertir al piloto de la petición del comisario Brunetti, entre otras cosas, porque el piloto ocupaba la mesa que estaba frente a la suya y, por consiguiente, cuando, minutos después, Brunetti salió de la *questura*, encontró la lancha con el motor en marcha y a Alvise y al piloto en la cubierta. Antes de embarcar, Brunetti se detuvo y dijo a Alvise:

–Vuelva a la oficina y diga a Pucetti que baje.

–¿No quiere llevarme con usted, comisario? – preguntó Alvise, decepcionado como una novia abandonada al pie del altar.

–No es que no quiera -dijo Brunetti con diplomacia-, pero creo conveniente que usted se quede, para que pueda atender a esa persona, si volviera a llamar, para mayor coherencia y mejor coordinación.

La excusa era incongruente, pero Alvise pareció aceptarla, y Brunetti se dijo, no por primera vez, que quizá fuera su incongruencia lo que la hacía tan aceptable para Alvise, que, dócilmente, volvió a entrar en la *questura*. Minutos después, Pucetti salió del edificio y subió

a la lancha. El piloto dejó atrás la *Riva* , rumbo al *Bacino*. La lluvia de la noche había limpiado de contaminación el ambiente y obsequiado a la ciudad con una mañana diáfana y resplandeciente, aunque el aire ya tenía ese punto ácido de finales de otoño.

Hacia más de una década que Brunetti no había tenido ocasión de ir a la academia, concretamente, desde la graduación del hijo de un primo segundo. Después de ser admitido en el ejército con el grado de teniente, cortesía que solía dispensarse a los graduados de San Martino, la mayoría de los cuales eran hijos de militares, el joven había ascendido en la jerarquía, para orgullo de su padre y perplejidad del resto de la familia. Entre los Brunetti no había tradición castrense, ni tampoco entre los parientes de su madre, lo que no significa que no hubieran tenido relación con los militares. Y bien a pesar suyo, porque la generación de los padres de Brunetti no sólo había ido a la guerra sino que la había padecido en su propia tierra.

Por esta razón, desde que era niño, Brunetti había oído a sus padres y a los amigos de sus padres hablar de los militares con el mismo desdén displicente que habitualmente reservaban para el Gobierno y la Iglesia. Su antipatía hacia los militares se había acrecentado después de su matrimonio con Paola Falier, mujer de ideas izquierdistas, aunque un tanto caóticas. Paola afirmaba que la mayor gloria del ejército italiano era su historial de cobardías y retiradas y su peor vergüenza, el que, durante las dos guerras mundiales, sus líderes, militares y políticos, cerrando los ojos a esta realidad, hubieran sacrificado estúpidamente la vida de cientos de miles de hombres jóvenes, en aras de sus aberrantes ideas de grandeza y de los objetivos políticos de otras naciones.

Poco o nada de lo que Brunetti había tenido ocasión de observar durante su propio y gris servicio militar y los años transcurridos desde entonces le daba motivos para pensar que Paola estuviera equivocada. Él no recordaba haber visto pruebas fehacientes de que la clase militar, italiana o extranjera, fuera muy diferente de la Mafia: mandada por hombres y hostil a las mujeres; incapaz de actuar con honor, o siquiera con simple honradez, con las personas ajenas a sus propias filas; ávida de poder; despectiva con la sociedad civil; violenta y cobarde a la vez. Realmente, en poco se diferenciaba una organización de la otra, a no

ser porque unos vestían uniformes fácilmente reconocibles y los otros se inclinaban por Armani y Brioni.

Brunetti conocía la versión popular de la historia de la academia, según la cual ésta había sido fundada en 1852 por Alessandro Loredan, uno de los primeros seguidores que Garibaldi tuvo en el Véneto y, en el momento de la Independencia, uno de sus generales, e instalada en un gran edificio de la isla de la Giudecca. Loredan, que murió sin hijos ni herederos varones, dejó en fideicomiso el edificio, además del *palazzo* de la familia y su fortuna personal, con la condición de que las rentas se destinaran a mantener la Academia Militar a la que había dado el nombre del santo patrón de su padre.

Si bien los oligarcas de Venecia quizá no fueran firmes partidarios del Risorgimento, no podían sentir sino entusiasmo por una institución que garantizaba que la fortuna Loredan se quedaría en la ciudad. A las pocas horas de la muerte de Loredan, ya se conocía la cuantía del legado y, a los pocos días, los fideicomisarios nombrados en el testamento habían elegido para administrar la academia a un oficial retirado que, casualmente, era cuñado de uno de ellos. Y así había llegado hasta hoy: una escuela regida por normas estrictamente militares, en la que los hijos de oficiales y caballeros de buena posición podían adquirir la preparación y el talante necesarios para convertirse, a su vez, en oficiales.

Las reflexiones de Brunetti se interrumpieron cuando, pasada la iglesia de Sant'Eufemia, la embarcación entró en un canal y se detuvo en un *imbarcadero*. Pucetti tomó el cabo, saltó a tierra y lo ató a un anillo de hierro de la acera. Extendió una mano a Brunetti y le ayudó a mantener la estabilidad al desembarcar.

—Es por ahí, ¿verdad? — preguntó Brunetti señalando hacia la parte posterior de la isla y la laguna que se adivinaba a lo lejos.

—No lo sé, señor -confesó Pucetti-. He de admitir que aquí sólo vengo en el barco de Redentore. No tengo ni idea de dónde está.

Normalmente, a Brunetti no le hubiera sorprendido semejante confesión de provincianismo en cualquiera de sus conciudadanos, pero Pucetti parecía una persona inteligente y sin prejuicios.

Como si advirtiera la decepción de su superior, Pucetti agregó:

–Siempre me ha parecido un país extranjero, comisario. Debe de ser por mi madre, que habla de este lugar como si no formara parte de Venecia. Estoy seguro de que, si le dieran la llave de una casa de la Giudecca, ella la devolvería.

Brunetti creyó preferible callarse que su propia madre solía expresar el mismo sentimiento y que él lo compartía sin reservas, y sólo dijo:

–Debe de estar en este canal, cerca de la salida. – Y echó a andar en aquella dirección.

Incluso a esta distancia, el comisario vio que el gran *portone* que daba acceso al patio de la academia estaba abierto: cualquiera podía entrar o salir. Dijo a Pucetti:

–Averigüe a qué hora se abrieron las puertas esta mañana y si hay registro de entradas y salidas. – Antes de que Pucetti preguntara, agregó:- Sí, y las de anoche también, aunque todavía no sabemos cuánto hace que ha muerto. Y quién tiene llaves de la puerta y a qué hora se cierra. – Pucetti no necesitaba que le dijeran qué debía preguntar, lo cual era un alivio en un cuerpo en el que la iniciativa del agente medio era equiparable a la de Alvise.

Vianello ya estaba al lado del *portone*. Saludó la llegada de su superior alzando ligeramente la barbilla y miró a Pucetti moviendo la cabeza de arriba abajo. Brunetti, con intención de aprovechar cualquier ventaja que pudiera darle el presentarse vestido de paisano y sin hacerse anunciar, dijo a Pucetti que volviera a la lancha y no se reuniera con ellos hasta diez minutos después.

En el interior, era evidente que ya había corrido la noticia de la muerte, si bien Brunetti no hubiera podido precisar en qué lo notaba. Quizá en los corrillos de muchachos que hablaban en voz baja en el patio, o quizá en que uno llevaba calcetines blancos con el uniforme, señal de la precipitación con que se había vestido. Luego, el comisario observó que ni uno solo portaba libros. Militar o no, esto era una escuela, y los estudiantes llevan libros, a no ser, desde luego, que entre ellos y el estudio se interponga algo trascendental.

Uno de los muchachos que estaban cerca del *portone* se separó de su grupo y se acercó a Brunetti y Vianello.

–¿En qué puedo ayudarles? – dijo, pero en el tono que hubiera empleado para preguntar qué buscaban allí. Era moreno, con facciones acusadas, bien parecido y casi tan alto como Vianello, a pesar de que aún debía de ser un adolescente. Sus compañeros lo habían seguido con la mirada.

Molesto por el tono del muchacho, Brunetti dijo:

–Deseo hablar con la persona que esté al mando.

–¿Y usted quién es? – preguntó el chico. Brunetti lo miró fijamente y no contestó. El muchacho no parpadeó ni retrocedió cuando Brunetti dio un pequeño paso adelante. Vestía el uniforme reglamentario: chaqueta y pantalón azul marino, camisa blanca y corbata, y ostentaba dos galones dorados en la bocamanga. Ante el silencio de Brunetti, el chico hizo oscilar el peso del cuerpo de un pie al otro y se puso las manos en las caderas. Miraba a Brunetti sin pestañear, resistiéndose a repetir la pregunta.

–¿Cómo se llama el que está al mando de esto? – preguntó Brunetti como si el otro no hubiera dicho nada. Y agregó:- No es el nombre lo que quiero, sino el grado.

–Comandante -respondió el chico, sorprendido.

–Ah, qué formidable -dijo Brunetti. No sabía si le ofendía la actitud de aquel chico porque atentaba contra su principio de que los jóvenes deben ser respetuosos con los mayores o, simplemente, le irritaba su arrogante beligerancia. Dirigiéndose a Vianello, dijo:- Inspector, tómeme el nombre -y fue hacia la escalera del *palazzo*.

Subió los cinco peldaños y empujó la puerta. El vestíbulo tenía suelo de maderas de colores diferentes que formaban un dibujo de enormes diamantes. El roce de muchas botas había marcado en él una senda en dirección a una puerta situada en la pared del fondo. Brunetti cruzó aquel espacio que, sorprendentemente, estaba vacío, y abrió la puerta. Un corredor conducía a la parte posterior del edificio. Sus paredes estaban cubiertas por lo que Brunetti supuso que serían banderas de regimientos. Algunas tenían bordado el León de san Marcos y otras, animales varios, a cuál más agresivo, que enseñaban los dientes, sacaban las zarpas o erizaban el pelo.

La primera puerta de la derecha tenía sólo un número encima del dintel, lo mismo que la segunda y la tercera. Cuando Brunetti pasaba

por delante de esta última, salió por ella un muchacho que no tendría más de quince años. El chico miró con gesto de sorpresa a Brunetti, que movió la cabeza de arriba abajo con calma y preguntó:

–¿Dónde está el despacho del comandante?

Su tono o su actitud suscitaron un reflejo pavloviano en el chico, que se cuadró y saludó:

–Primer piso, señor. Tercera puerta a la izquierda.

Brunetti, reprimiendo el impulso de decir: «¡Descanse!», se dirigió hacia la escalera con un neutro:

–Gracias.

En el primer piso, siguiendo las indicaciones del chico, fue hasta la tercera puerta de la izquierda. Comandante Giulio Bembo, se leía en un rótulo situado en la pared, junto al marco.

Brunetti llamó con los nudillos, esperó la respuesta y volvió a llamar. Con intención de aprovecharse de la ausencia del comandante para echar un vistazo al despacho, hizo girar el picaporte y entró. Sería difícil decir quién fue el más sorprendido, si Brunetti o el hombre que estaba delante de una de las ventanas, con un fajo de papeles en la mano.

–Oh, disculpe -dijo Brunetti-. Un estudiante me ha dicho que subiera y que le esperase en su despacho. No creí que estuviese usted aquí. – Fue hacia la puerta y luego dio media vuelta, como si no supiera si salir o quedarse.

El hombre estaba de cara a Brunetti y de espaldas a la ventana, por lo que, a contraluz, el comisario casi no podía apreciar su aspecto. Veía, sí, que el uniforme que vestía era diferente del de los chicos, más claro y sin raya lateral en el pantalón, y que las hileras de medallas que llevaba en el pecho medían más de un palmo de ancho.

El hombre dejó los papeles en la mesa, sin hacer ademán de acercarse a Brunetti.

–¿Y usted es...? – preguntó, y consiguió dar la impresión de que le aburría la pregunta.

–El comisario Guido Brunetti, *signore*. He sido enviado a investigar el caso de una muerte ocurrida aquí. – Eso no se ajustaba exactamente a la verdad, ya que Brunetti se había enviado a sí mismo a investigar, pero no veía por qué tenía que saberlo el comandante. Se adelantó

extendiendo la mano con naturalidad, como si fuera tan obtuso que no se hubiera dado cuenta de la frialdad que emanaba del otro hombre.

Tras una pausa, calibrada para dejar claro quién mandaba allí, Bembo dio un paso adelante y extendió la mano. Su apretón era firme pero daba la impresión de que el comandante reprimía parte de su fuerza por consideración a la mano de Brunetti.

–Ah, sí -dijo Bembo-, un comisario. – Hizo una pausa, para subrayar el concepto y prosiguió:- Me sorprende que mi amigo, el *vicequestore* Patta, no me haya llamado para avisarme de su visita.

Brunetti se preguntó si la alusión a su superior que, según su costumbre, no llegaría al despacho por lo menos hasta dentro de una hora, tenía la finalidad de hacerle bajar la cerviz con humildad al tiempo que prometía a Bembo hacer cuanto estuviera en su mano para evitarle molestias durante la investigación.

–Estoy seguro de que no dejaré de llamarle tan pronto como yo le presente mi informe preliminar, comandante -dijo Brunetti.

–Desde luego -dijo Bembo, dando la vuelta a la mesa para sentarse en su sillón. Agitó una mano en lo que sin duda quería ser un ademán cortés en dirección a Brunetti, que se sentó. El comisario tenía interés por averiguar lo deseoso que estaba Bembo de que se empezara la investigación. Por la forma en que el comandante ordenaba los pequeños objetos de encima de la mesa y reunía y apilaba cuidadosamente los papeles, no parecía que lo consumiera la prisa.

Brunetti callaba.

–Todo esto es muy lamentable -dijo finalmente Bembo.

Brunetti consideró que lo más apropiado sería asentir.

–Es la primera vez que tenemos un suicidio en la academia - prosiguió Bembo.

–Sí; debe de ser un trauma. ¿Cuántos años tenía ese muchacho? – preguntó Brunetti. Sacó una libretita del bolsillo de la chaqueta, buscó una página en blanco y dobló las tapas. Entonces se palpó los bolsillos y, con una tímida sonrisa, alargó el brazo hacia un lápiz que estaba en la mesa del comandante-. ¿Me permite?

Bembo no se dignó darse por enterado de la petición.

–Diecisiete, me parece -dijo.

–¿Y se llamaba...?

–Ernesto Moro -respondió Bembo.

El gesto de sorpresa de Brunetti al oír uno de los apellidos más conocidos de la ciudad fue totalmente involuntario.

–Sí -dijo Bembo-; el hijo de Fernando.

Antes de retirarse de la vida política, el *dottor* Fernando Moro había sido parlamentario durante varios años, uno de los pocos respecto al que todos estaban de acuerdo en reconocer que había desempeñado el cargo honorablemente. Los chismosos de Venecia decían que Moro pasaba de comisión en comisión porque su honradez era un incordio para sus compañeros: tan pronto como se mostraba insensible a las tentaciones del dinero y del poder, sus incrédulos colegas del Parlamento se servían de cualquier pretexto para trasladarlo. A menudo se citaba su trayectoria como prueba de la supervivencia de la esperanza a despecho de la experiencia, porque, cuando el presidente de una comisión lo encontraba entre sus componentes, estaba seguro de que esta vez podría inducirlo a apoyar políticas destinadas a llenar los bolsillos de unos pocos a expensas de muchos.

Pero, al parecer, en tres años ninguno consiguió corromper a Moro. Y entonces, súbitamente, dos años atrás, Moro renunció a su escaño del Parlamento y volvió al ejercicio de la medicina en su consultorio particular.

–¿Ha sido informado? – preguntó Brunetti.

–¿Quién? – Bembo parecía sorprendido por la pregunta.

–Su padre.

Bembo movió negativamente la cabeza.

–No lo sé. ¿No incumbe eso a la policía?

Brunetti, haciendo un esfuerzo para dominar la irritación, miró el reloj y preguntó:

–¿Cuánto hace que se encontró el cadáver? – Aunque trataba de hablar en un tono neutro, no pudo evitar una nota de reproche.

Bembo se incomodó.

–Esta mañana.

–¿A qué hora?

–No lo sé. Poco antes de que se avisara a la policía.

–¿Cuánto tiempo antes?

–Eso lo ignoro. A mí me llamaron a mi casa.

–¿A qué hora? – preguntó Brunetti, con el lápiz apoyado en el papel.

Bembo apretó los labios con mal disimulada irritación.

–No estoy seguro. Sobre las siete, me parece.

–¿Ya estaba levantado?

–Por supuesto.

–¿Y llamó usted a la policía?

–No; ya había llamado alguien desde aquí.

Brunetti descruzó las piernas y se inclinó hacia adelante.

–Comandante, en el registro consta que la llamada se recibió a las siete y veintiséis, o sea, una media hora después de que a usted le comunicaran la muerte del chico. – Hizo una pausa, para permitir a su interlocutor dar una explicación, pero, como Bembo no parecía dispuesto a proporcionarla, Brunetti prosiguió:- ¿Podría indicar la causa?

–¿La causa de qué?

–De esa media hora de demora en informar a las autoridades de una muerte sospechosa ocurrida en la institución que usted dirige.

–¿Sospechosa? – inquirió Bembo.

–Mientras el forense no dictamine la causa, toda muerte es sospechosa.

–El chico se ha suicidado. Eso puede verlo cualquiera.

–¿Usted lo ha visto?

El comandante no respondió inmediatamente. Se recostó en el respaldo del sillón y calibró con la mirada al hombre que tenía delante. Finalmente, dijo:

–Sí. Lo he visto. Después de que me llamaran, he venido y he ido a verlo. Se había ahorcado.

–¿Y el retraso? – preguntó Brunetti.

Bembo hizo un ademán de rechazo.

–No tengo ni idea. Ellos habrán pensado que yo llamaría a la policía, y yo estaba seguro de que habían llamado ellos.

Brunetti optó por no hacer ningún comentario y preguntó:

–¿Tiene idea de quién puede haber llamado?

–Ya le he dicho que no lo sé. Seguramente, habrá dado su nombre.

–Seguramente -repitió Brunetti, y volvió sobre el tema-. ¿Pero nadie se ha puesto en contacto con el *dottor* Moro?

Bembo movió la cabeza negativamente.

Brunetti se puso en pie.

–Me ocuparé de que alguien le informe.

Bembo no se levantó. Brunetti se detuvo un momento, curioso por ver si el comandante hacía ostentación de su elevada posición fijando la atención en algo que tuviera encima de la mesa, mientras esperaba que Brunetti se fuera. Pero no fue así. Bembo permaneció sentado, con las manos descansando sobre la mesa y los ojos fijos en Brunetti, esperando.

Brunetti se guardó la libreta en el bolsillo de la chaqueta, puso cuidadosamente el lápiz en el escritorio, delante de Bembo, y salió del despacho del comandante.

En el pasillo, Brunetti se apartó unos pasos de la puerta y sacó el *telefonino*. Pulsó el 12, y estaba solicitando el número de Moro cuando oyó voces de hombre en la escalera.

–¿Dónde está mi hijo? – preguntó una voz potente. Otra, más débil, respondió, pero la primera insistió: ¿Dónde está?

Brunetti cortó la comunicación y guardó el teléfono en el bolsillo. Cuando se acercó a la escalera, las voces subieron de tono.

–Quiero que me digan dónde está -gritaba la primera voz, sin dejarse apaciguar.

Brunetti empezó a bajar. Al pie de la escalera vio a un hombre aproximadamente de su misma edad y complexión, al que reconoció por haber visto su foto en la prensa y coincidido con él en actos oficiales. Moro tenía las facciones afiladas, pómulos altos, de corte eslavo y ojos y tez oscuros, en fuerte contraste con el pelo, blanco y espeso. El hombre que estaba frente a él era más joven y llevaba el mismo uniforme azul marino que los muchachos del patio.

–*Dottor* Moro -dijo Brunetti, mientras bajaba la escalera.

El médico se volvió, pero no dio señales de reconocer a Brunetti. Tenía la boca abierta y parecía respirar con dificultad. Brunetti detectó en él los efectos del trauma, unidos a la indignación creciente ante la oposición del joven.

–Soy Brunetti, *signor*. Policía. – Como Moro no respondiera, Brunetti dijo al otro hombre: ¿Dónde está el muchacho?

Ante este refuerzo de la exigencia, el joven claudicó:

–En los aseos. Arriba -dijo, de mala gana, como si ni uno ni otro tuvieran derecho a hacerle preguntas a él.

–¿Dónde? – inquirió Brunetti.

–Aquí arriba, comisario -gritó Vianello desde lo alto de la escalera, señalando en la dirección de la que había venido.

Brunetti lanzó una mirada a Moro, cuya atención se dirigía ahora a Vianello. Estaba quieto, todavía con la boca abierta, jadeando.

Brunetti se adelantó y tomó del brazo al médico. Sin decir nada, lo llevó por la escalera arriba, en pos de Vianello, que se alejaba lentamente. Cuando llegaron al tercer piso, Vianello se volvió para

comprobar que le seguían y enfiló un pasillo largo con muchas puertas. Al llegar al extremo, torció hacia la derecha por otro pasillo idéntico al anterior y abrió una puerta provista de un ojo de buey. Miró a Brunetti y asintió ligeramente. Entonces Brunetti advirtió cómo se tensaba bajo sus dedos el brazo de Moro, pero no detectó que su paso vacilara.

El doctor pasó por delante de Vianello como si el inspector fuera invisible. Desde el umbral, Brunetti lo veía de espaldas mientras iba hacia el extremo de los aseos, donde había un bulto en el suelo.

–He cortado la cuerda, comisario -dijo Vianello poniendo una mano en el antebrazo de su superior-. Ya sé que no hay que tocar nada, pero no soportaba la idea de que la persona que viniera a hacer la identificación lo viera así.

Brunetti oprimió el brazo de Vianello y sólo tuvo tiempo de decir:

–Está bien.

En aquel momento, del fondo del aseo llegó un sonido ronco, animal. Moro estaba medio arrodillado y medio tendido al lado del cadáver, acunándolo en sus brazos. El sonido salía de su garganta y estaba más allá de las palabras y de cualquier significado. Los policías vieron cómo Moro estrechaba el cuerpo y apoyaba tiernamente la cabeza inerte contra su propio cuello. El sonido se hizo palabras, pero ni Vianello ni Brunetti entendieron qué querían decir.

Se acercaron a él al mismo tiempo. Brunetti veía a un hombre, parecido a él en edad y aspecto, que tenía en brazos a su único hijo, un muchacho de la edad del de Brunetti. El horror le hizo cerrar los ojos y, cuando los abrió, vio a Vianello arrodillado detrás del médico, rodeándole los hombros con el brazo, muy cerca del muerto, pero sin tocarlo.

–Déjelo, *dottore* -dijo el inspector con suavidad, aumentando la presión de su brazo en la espalda del médico-. Déjelo -repitió, y se movió lentamente, para sostener el cadáver desde el lado opuesto. Moro parecía no comprender, hasta que la combinación de firmeza y compasión que había en la voz de Vianello penetró en su mente aturdida y, con la ayuda de Vianello, dejó el cuerpo en el suelo y se quedó a su lado de rodillas, mirando fijamente la cara abotargada de su hijo.

Vianello se inclinó sobre el cuerpo, levantó una punta de la capa y le cubrió la cabeza. No fue sino entonces cuando Brunetti se agachó y, asíéndolo por debajo del brazo, sostuvo a Moro, que se levantaba con movimientos inseguros.

Vianello se situó al otro lado del hombre y, juntos, salieron de los aseos, recorrieron los largos pasillos, bajaron la escalera y salieron al patio. Aún había grupos de muchachos de uniforme que, rápidamente, se volvieron hacia los tres hombres que habían aparecido en la puerta y, con la misma rapidez, desviaron la mirada.

Moro andaba arrastrando los pies, como si llevara cadenas y sólo pudiera avanzar a pasitos cortos. De pronto, se paró, movió negativamente la cabeza como en respuesta a una pregunta que nadie más que él había oído y luego se dejó conducir otra vez.

Brunetti, al ver a Pucetti salir de un corredor del otro lado del patio, levantó la mano libre para llamarlo. Cuando el agente llegó junto a él, Brunetti se hizo a un lado y Pucetti tomó del brazo a Moro, que no pareció enterarse del cambio.

—Llévenlo a la lancha -dijo Brunetti dirigiéndose a los dos; y a Vianello-: Acompáñelo a su casa.

Pucetti miró a Brunetti interrogativamente.

—Ayude a Vianello a llevar al doctor a la lancha y luego vuelva -dijo Brunetti, pensando que la inteligencia natural y la innata curiosidad de Pucetti, unidas a su juventud, que lo hacía más afín a los cadetes, le ayudarían en el interrogatorio. Los dos policías se alejaron llevándose a Moro, que se movía rígidamente, ajeno a su presencia.

Brunetti los vio salir del patio. Los chicos lo observaban a hurtadillas: si su mirada se cruzaba con la de él, la desviaban inmediatamente o fingían que el objeto de su atención era la pared y que no habían reparado en su persona, parada junto a ella.

Cuando, al cabo de unos minutos, regresó Pucetti, el comisario le pidió que tratase de averiguar si la noche antes había sucedido algo fuera de lo normal, y de obtener una impresión de la clase de chico que era el joven Moro y del concepto en que lo tenían sus compañeros. Brunetti sabía que estas preguntas tenían que hacerse ahora, antes de que los recuerdos de la noche previa empezaran a distorsionarse entre sí, y antes de que la idea de la muerte del muchacho se fijara en su

espíritu, haciéndoles aderezar todo lo que tuvieran que decir de él con las piadosas banalidades que acompañan las crónicas de los santos y los mártires.

Al oír acercarse el lamento bitonal de una sirena, Brunetti salió a la *Riva*, a recibir al personal del laboratorio. La blanca lancha de la policía se acercó al borde del canal y cuatro agentes de uniforme saltaron al muelle y descargaron las cajas y bolsas del equipo.

Desembarcaron después otros dos hombres. Brunetti les hizo una seña con la mano y ellos cargaron con la impedimenta y fueron hacia él. Cuando llegaron, Brunetti preguntó a Santini, el jefe de los técnicos:

—¿Quién vendrá?

Todos los hombres del equipo compartían la preferencia de Brunetti por el *dottor Rizzardi*, por lo que Santini respondió en tono elocuente:

—Venturi -omitiendo expresamente el grado del personaje.

—Ah -dijo Brunetti antes de dar media vuelta y guiar a los hombres al patio de la academia. En la misma puerta, les dijo que el cadáver estaba en la tercera planta y, a continuación, los llevó por la escalera y el corredor hasta la puerta abierta de los aseos.

Brunetti decidió no entrar con ellos, aunque no le movía un escrúpulo profesional de preservar la asepsia del escenario de la muerte. Dejando a los técnicos con su tarea, él volvió al patio.

No vio a Pucetti, y los cadetes habían desaparecido. O habían sido llamados a clase o se habían ido a sus habitaciones; en cualquier caso, se habían retirado de la proximidad de la policía.

Brunetti volvió al despacho de Bembo y llamó a la puerta. Al no recibir respuesta, volvió a llamar y después dio la vuelta al picaporte. La puerta estaba cerrada con llave. Volvió a llamar, pero nadie contestó.

Brunetti volvió a la escalera central, parándose a abrir cada una de las puertas del pasillo. Detrás de ellas había aulas: una, con gráficos y mapas en las paredes; otra, con dos pizarras cubiertas de fórmulas algebraicas; y la tercera, con una pizarra enorme en la que se había dibujado un complicado croquis con flechas y líneas como los que se encuentran en los libros de Historia para indicar movimientos de tropas.

En circunstancias normales, Brunetti se hubiera parado a estudiarlo, ya que, durante muchos años, había leído descripciones de docenas, quizá cientos, de batallas, pero hoy ni el esquema ni su significado tenían interés para él, y cerró la puerta. Subió al tercer piso donde, décadas atrás, debían de habitar los criados, y allí encontró lo que buscaba: los dormitorios. Por lo menos, eso pensó que debían de ser: puertas un tanto separadas unas de otras, con dos apellidos impresos en un tarjetón inserto en un soporte de plástico, a la izquierda de cada una.

Llamó con los nudillos a la primera puerta. No obtuvo respuesta. Tampoco en la segunda. En la tercera, le pareció oír un leve ruido y, sin detenerse a leer los nombres del rótulo, la abrió. Sentado a un escritorio situado frente a la única ventana, de espaldas a Brunetti, estaba un muchacho, que se revolvía en la silla como si estuviera atado a ella y tratara de escapar o, quizá, fuera presa de un ataque. Brunetti, alarmado por las convulsiones del chico, entró en la habitación, pero no se atrevía a acercarse a él, por si su presencia lo asustaba y provocaba una reacción aún más violenta.

De pronto, el chico inclinó la cabeza, extendió el brazo y dio tres palmadas en la mesa, al tiempo que cantaba: «Yaah, yaah, yaah», prolongando el último grito hasta que, como el mismo Brunetti pudo oír desde la puerta, el batería terminó el redoble final, que el chico acompañó tamborileando con los dedos en el borde de la mesa.

Aprovechando la pausa entre pista y pista, Brunetti, forzando la voz, lanzó un áspero:

—¡Cadete!

La palabra taladró el zumbido de los auriculares, y el chico se puso en pie de un salto. Dio media vuelta hacia la voz, mientras la mano derecha volaba hacia la frente en el saludo reglamentario, pero tropezó con el cable de los auriculares, y el *discman* cayó al suelo, arrastrando consigo a los auriculares.

La caída no hizo saltar el disco, y Brunetti, desde varios metros de distancia, aún podía oír el sonido del bajo.

—¿Nadie le ha dicho lo mucho que eso daña el oído? — preguntó Brunetti en tono coloquial. Generalmente, cuando preguntaba eso a sus hijos, bajaba la voz hasta convertirla casi en un susurro, y al principio

conseguía hacer que le pidieran que repitiera la pregunta. Ahora ya habían descubierto la argucia y hacían caso omiso.

El muchacho bajó la mano lentamente, desconcertado.

—¿Cómo dice? — preguntó y agregó, por la fuerza de la costumbre—:...Señor. — Era alto y muy delgado, con una mandíbula estrecha, un lado de la cual parecía haber sido rasurado con una cuchilla mal afilada y el otro presentaba huellas de acné. Tenía los ojos almendrados, bellos como los de una mujer.

Brunetti dio los dos pasos que lo separaban de la mesa y observó que el muchacho tensaba los músculos en respuesta al movimiento. Pero Brunetti se limitó a agacharse a recoger el *discman* y los auriculares y dejarlos cuidadosamente en la mesa. Estaba admirado de la espartana sobriedad de la habitación: hubiera podido ser de un robot en lugar de un muchacho, mejor dicho, dos muchachos, a juzgar por la doble litera.

—Decía que la música tan alta puede dañar el oído. Es lo que les digo a mis hijos, pero ellos no atienden.

Eso desconcertó al muchacho todavía más, como si hiciera mucho tiempo que un adulto no le decía algo que fuera a la vez normal y comprensible.

—Sí; es lo que me dice también mi tía.

—¿Pero usted no atiende? — preguntó Brunetti-. ¿O no la cree? — Sentía verdadera curiosidad.

—Oh, sí que la creo -dijo el muchacho, ya lo bastante relajado como para inclinarse a pulsar la tecla off.

—¿Pero...? — insistió Brunetti.

—No tiene importancia -dijo el chico encogiéndose de hombros.

—No, explíquese -dijo Brunetti-. Me interesa.

—Lo que le ocurra a mi oído no importa -respondió el chico.

—¿Que no importa? — preguntó Brunetti, atónito-. ¿Quedarse sordo no importa?

—No; eso no -respondió el chico, que ahora prestaba más atención a Brunetti y parecía interesado en hacerse entender-. Han de pasar muchos años para que ocurra algo así. Así que no importa. Es como lo del calentamiento global. Nada importa, si ha de tardar mucho.

Brunetti comprendía que el muchacho no hablaba en serio.

–Pero usted está estudiando, preparándose para el futuro, para hacer carrera, supongo que en el ejército. También tardará años. ¿Eso tampoco importa?

Tras unos segundos de reflexión, el muchacho respondió:

–Es diferente.

–¿En qué sentido es diferente? – porfió un Brunetti implacable.

Ahora el muchacho estaba completamente tranquilo, tanto por la naturalidad de la conversación como por la seriedad con que Brunetti trataba sus respuestas. Se apoyó en la mesa, tomó un paquete de cigarrillos y lo ofreció a Brunetti, que rehusó. Él sacó uno y tanteó en la mesa hasta que encontró un encendedor de plástico debajo de una libreta.

Encendió el cigarrillo y arrojó el encendedor a la mesa. Aspiró el humo profundamente. A Brunetti le llamaba la atención el empeño que ponía el muchacho en aparecer mayor y más sofisticado de lo que era. Entonces miró fijamente a Brunetti y dijo:

–Porque en música puedo elegir, y respecto a la escuela, no.

Sin duda eso debía de tener un profundo significado para el muchacho, pero Brunetti no deseaba dedicar más tiempo a la cuestión, y preguntó:

–¿Cómo te llamas? – tuteándolo ya como si fuera el hijo de un amigo.

–Giuliano Ruffo -respondió el chico.

Brunetti se presentó dando sólo su nombre, sin el cargo, y dio un paso adelante con la mano extendida. Ruffo se apartó de la mesa y estrechó la mano de Brunetti.

–¿Conocías al muchacho que ha muerto?

La expresión de Ruffo se demudó, su cuerpo se puso rígido y su cabeza se movió de derecha a izquierda en automática negación.

Cuando Brunetti se preguntaba cómo era posible que no conociera a un discípulo en una escuela tan pequeña, el muchacho dijo:

–Quiero decir que no lo conocía bien. Sólo coincidíamos en una clase. – También su voz había perdido naturalidad: hablaba deprisa, como si deseara distanciarse de sus propias palabras.

–¿Qué clase?

–Física.

–¿Qué otras asignaturas estudias? – preguntó Brunetti-. ¿En qué curso estás, en segundo?

–Sí, señor. Hemos de estudiar Latín y Griego, Matemáticas, Inglés e Historia, más dos asignaturas opcionales.

–¿Y una de las que tú has elegido es Física?

–Sí, señor.

–¿Y la otra?

La respuesta tardó en llegar. Brunetti pensó que el muchacho estaría tratando de adivinar el motivo por el que este hombre le hacía tantas preguntas. Si algún motivo guiaba a Brunetti, él mismo lo ignoraba: en ese momento, no podía sino tratar de hacerse una idea del estilo de la escuela, de captar el ambiente. Toda la información que recogía era inconexa, y su significado no aparecería sino más adelante, cuando cada pieza pudiera verse como parte de un esquema general.

El chico aplastó el cigarrillo, miró el paquete, pero no encendió otro.

–¿Cuál es la otra asignatura? – insistió Brunetti.

A pesar suyo, como el que confiesa una debilidad, Ruffo respondió al fin:

–Música.

–Bravo -fue la espontánea reacción de Brunetti.

–¿Por qué lo dice, señor? – preguntó el muchacho con expectación. O quizá era sólo alivio por esta desviación hacia un tema neutral.

La respuesta de Brunetti había sido visceral, y ahora le parecía que tenía que meditar la respuesta.

–Yo leo mucha historia -empezó-, y buena parte de la historia es historia militar. – El chico movió la cabeza de arriba abajo, animándole a continuar-. Y con frecuencia los historiadores dicen que los soldados sólo saben de una cosa. – Ruffo volvió a asentir-. Y por mucho que sepan de esa sola cosa, la guerra, no es suficiente. Han de saber de otras cosas. – Sonrió al muchacho, que le sonrió a su vez-. Es su punto flaco, conocer una sola cosa.

–Me gustaría que le dijera eso a mi abuelo.

–¿Él no lo cree así?

–No; él no quiere ni oír la palabra «música»; por lo menos, de mis labios.

–¿Qué le gustaría oír... que has tenido un duelo? – preguntó Brunetti, sin reparos en minar la autoridad del abuelo.

–Eso le encantaría, sobre todo, si fuera a sable.

–¿Y volvías a casa con una cicatriz en la mejilla? – apuntó Brunetti.

Los dos se echaron a reír ante semejante absurdo, y fue así, bromeando amigablemente a costa de la tradición militar, como los encontró el comandante Bembo.

OceanofPDF.com

-¡Ruffo! – ladró una voz desde detrás de Brunetti.

La sonrisa del muchacho se borró y él se puso tan rígido como uno de los postes de la laguna, dando un taconazo mientras sus dedos rozaban la frente en instantáneo saludo.

-¿Qué hace aquí? – inquirió Bembo.

-A esta hora no tengo clase, comandante -respondió Ruffo mirando al frente.

-¿Y qué estaba haciendo?

-Estaba hablando con este caballero, señor -dijo el muchacho, todavía con la mirada fija en la pared del fondo.

-¿Quién le ha autorizado a hablar con él?

La cara de Ruffo era una máscara. No intentó siquiera contestar.

-¿Bien? – apremió Bembo con voz aún más tensa.

Brunetti se volvió hacia el comandante y saludó su llegada moviendo la cabeza ligeramente de arriba abajo. En tono afable, preguntó:

-¿Necesita autorización para hablar con la policía?

-Es menor de edad -dijo Bembo.

-Me parece que no le sigo -dijo Brunetti, poniendo buen cuidado en sonreír para mostrar su desconcierto. Hubiera podido entender que Bembo invocara un principio de disciplina o un reglamento según el cual un cadete sólo pudiera responder a un superior directo, pero citar la edad del muchacho como impedimento para hablar con la policía denotaba, en opinión de Brunetti, una atención exagerada por las minucias legales-. No entiendo que la edad del cadete Ruffo pueda importar.

-Importa, porque usted sólo puede hablar con él en presencia de sus padres.

-¿Y eso por qué, comandante? – preguntó Brunetti, curioso por oír la explicación de Bembo.

Éste tardó unos segundos en encontrarla. Finalmente, dijo:

-Para tener la seguridad de que comprende las preguntas.

Semejante duda acerca de la facultad del muchacho para comprender unas simples preguntas no hablaba muy alto en favor de la

calidad de la enseñanza que ofrecía la escuela. Brunetti se volvió hacia el cadete, que seguía en posición de firmes, con los brazos pegados a los costados y el mentón reñido con el cuello de la camisa.

–Cadete, ¿ha entendido mis preguntas?

–No lo sé, señor -respondió el muchacho, sin apartar la mirada de la pared.

–Hablábamos de sus clases, comandante -dijo Brunetti-. El cadete Ruffo me decía lo mucho que le gusta la Física.

–¿Es verdad eso, Ruffo? – preguntó el comandante, manifestando claramente y sin escrúpulos sus dudas acerca de la veracidad de las palabras de Brunetti.

–Sí, señor -respondió el muchacho-. Le decía a este caballero que tengo dos asignaturas opcionales y lo mucho que me gustan.

–¿Y las obligatorias no le gustan? – preguntó Bembo. Y a Brunetti: ¿Se ha quejado de ellas?

–No -respondió Brunetti tranquilamente-. No hemos hablado de ellas. – Se preguntaba por qué preocuparía tanto a Bembo la posibilidad de que un alumno hiciera un comentario negativo sobre sus clases. ¿Qué otra cosa cabía esperar?

–Puede irse, Ruffo -dijo Bembo bruscamente.

El muchacho saludó y, sin mirar a Brunetti, salió de la habitación dejando la puerta abierta.

–Le agradeceré que, antes de interrogar a algún otro de mis cadetes, me lo haga saber -dijo Bembo agriamente.

Brunetti creyó preferible no discutir y se mostró de acuerdo. El comandante se volvió hacia la puerta, se detuvo un momento, como para decir algo más, pero desistió y se fue.

Brunetti, al encontrarse solo en la habitación de Ruffo, en cierto modo, se sintió como un invitado y, por consiguiente, sujeto a las leyes de la hospitalidad, una de las cuales es la de no abusar de la confianza del anfitrión invadiendo su intimidad. Pero lo primero que hizo fue abrir el cajón central del escritorio y sacar todos los papeles. La mayoría eran notas y borradores de redacciones. Había también varias cartas.

«Querido Giuliano -leyó Brunetti sin escrúpulo ni rubor-: Tu tía vino a verme la semana pasada y me dijo que vas muy bien en la

escuela.» Era la letra clara y redonda propia de la generación anterior a la suya, si bien los renglones subían y bajaban siguiendo veredas que sólo conocía quien los había trazado. Firmaba «Nonna». Brunetti repasó los otros papeles, no encontró nada de interés y volvió a guardarlos en el cajón.

Abrió las puertas del armario contiguo al escritorio de Ruffo y registró los bolsillos de las chaquetas allí colgadas, que sólo contenían unas monedas y billetes de *vaporetto* tachados. Encima de la mesa había un ordenador portátil, pero no se entretuvo en abrirlo, consciente de que no sabría qué hacer con él. Debajo de la cama, arrimado a la pared, vio lo que parecía un estuche de violín. En la librería encontró lo que cabía esperar: libros de texto, un manual de conducción de automóviles, una historia del AC Milán y otras publicaciones sobre fútbol. En el estante inferior había partituras musicales: sonatas de Mozart para violín y la partitura del primer violín de un cuarteto de cuerda de Beethoven. Brunetti meneó la cabeza, desconcertado por el contraste entre la música del *discman* y la del estante. Abrió el armario del compañero de habitación de Ruffo y miró encima del segundo escritorio sin encontrar nada de interés.

Impresionado una vez más por la pulcritud de la habitación y la precisión casi quirúrgica con la que estaba hecha la cama, Brunetti acarició durante un momento la idea de narcotizar a su hijo Raffi, traerlo aquí y matricularlo; pero, al recordar qué era lo que lo había traído a él a esta habitación, se desvaneció de su ánimo aquella ráfaga de frivolidad.

Las otras habitaciones estaban vacías o, por lo menos, nadie respondió a su llamada, y Brunetti volvió a los aseos en los que se había encontrado el cadáver. El equipo del laboratorio estaba trabajando y el cuerpo seguía tendido allí, ahora totalmente cubierto con la oscura capa de lana.

—¿Quién ha cortado la cuerda? — preguntó Santini al ver a Brunetti.

—Vianello.

—No debió hacerlo -dijo otro técnico desde el fondo de los aseos.

—Eso mismo me ha dicho él -respondió Brunetti.

Santini se encogió de hombros.

—Yo hubiera hecho lo mismo.

Dos de los hombres lanzaron gruñidos de asentimiento.

Brunetti iba a preguntar a los del equipo qué creían que había ocurrido, cuando oyó pasos. Al volver la cabeza, vio al *dottor* Venturi, uno de los ayudantes de Rizzardi. Los dos hombres movieron la cabeza de arriba abajo; ninguno estaba dispuesto a excederse en el saludo.

Venturi, por lo general insensible a los sentimientos humanos que no lo tuvieran a él como destinatario, se acercó al cadáver y depositó el maletín junto a la cabeza. Puso una rodilla en el suelo y levantó la punta de la capa de la cara del chico.

Brunetti desvió la mirada, hacia las duchas, donde Pedone, el ayudante de Santini, apuntaba con un pulverizador de plástico hacia la parte alta de la pared de mano derecha. Brunetti le vio rociar las paredes con pequeñas nubes de un polvo gris oscuro, avanzando cuidadosamente de izquierda a derecha, y volver al punto de partida para repetir el proceso unos veinte centímetros más abajo.

Cuando estuvieron cubiertas todas las paredes, Venturi ya estaba otra vez de pie. Brunetti vio que había dejado la cara del muchacho al descubierto.

—¿Quién lo ha bajado? — fue lo primero que preguntó el médico.

—Uno de mis hombres. Por orden mía -respondió Brunetti agachándose a cubrir la cara del chico con el borde de la capa. Al levantarse miró a Venturi sin decir nada.

—¿Por qué?

Brunetti hizo caso omiso de tan zafia pregunta, irritado por tener que hablar con un hombre capaz de formularla.

—¿Le parece que ha sido suicidio? — preguntó.

El tiempo que Venturi se tomó en responder hizo patente que pretendía intercambiar descortesías con Brunetti, pero cuando Santini se volvió hacia él con un apremiante «¿Y bien?», el médico respondió:

—Sobre eso no podré pronunciarme hasta que lo haya visto por dentro. — Y, dirigiéndose a Santini:- ¿Había cerca alguna silla, algo a lo que pudiera subirse?

Uno de los otros técnicos dijo:

—Una silla. Estaba en la ducha.

—¿No la habrá movido, verdad? — le increpó Venturi.

–La he fotografiado -respondió el hombre articulando las palabras con glacial claridad-. Ocho veces, creo. Después Pedone ha sacado las huellas. Luego la he retirado para que no le estorbara cuando espolvoreara la cabina de la ducha. – Señaló con el mentón una silla de madera que estaba delante de uno de los lavabos y agregó-: Es ésta.

El médico ni la miró.

–Le enviaré el informe en cuanto termine -dijo a Brunetti, recogió el maletín y se fue.

Cuando se apagó el sonido de los pasos de Venturi, Brunetti preguntó a Santini:

–¿Usted qué opina?

–Pudo haberlo hecho él -respondió el técnico. Señaló unas franjas que se destacaban de la capa de polvo gris que cubría las paredes de la ducha-. Aquí, a la altura de los hombros, hay dos marcas. Pudo hacerlas él.

–¿Usted cree?

–Probablemente. Es el instinto: por mucho que deseen morir, el cuerpo se resiste.

Pedone, que había estado escuchando la conversación, agregó:

–Esto está limpio, comisario. No hay señales de lucha, si es eso lo que le interesa.

Cuando vio que su compañero no decía más, Santini prosiguió:

–Es lo que hacen todos, comisario, cuando se ahorcan. Puede creerme. Si tienen cerca una pared, tratan de agarrarse; no pueden evitarlo.

–Así es como se matan los chicos, ¿no?, ahorcándose -dijo Brunetti sin mirar a Moro.

–Más que las chicas, sí -convino Santini. Con un filo de cólera en la voz preguntó-: ¿Cuántos años tenía? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho? ¿Cómo pudo hacer eso?

–Sabe Dios -dijo Brunetti.

–Dios no ha tenido nada que ver con esto -dijo Santini secamente, sin dejar claro si su observación cuestionaba la misericordia de la divinidad o su mera existencia. Santini salió al pasillo, donde esperaban dos sanitarios vestidos de blanco, con una camilla enrollada y apoyada en la pared entre los dos.

–Ya pueden llevárselo -dijo. Se quedó fuera mientras los hombres entraban en los aseos, ponían al muchacho en la camilla y se lo llevaban. Cuando pasaban por delante de Santini, éste levantó una mano y los hombres se pararon. Él se agachó, tomó el extremo de la capa azul marino que se arrastraba por el suelo detrás de la camilla y lo puso debajo de la pierna del chico. Entonces dijo a los sanitarios que lo llevaran a la lancha.

OceanofPDF.com

Brunetti reprimió el deseo de subir con los demás a la lancha de la policía, ir al hospital y, de allí, a la *questura*, porque comprendió que era señal de cobardía. Quizá era el trallazo de terror que sintió al ver el cadáver del muchacho, o quizá, su admiración por la incómoda integridad de Moro padre: lo cierto era que algo impulsaba a Brunetti a tratar de visualizar mejor las circunstancias de la muerte del muchacho. Los suicidios eran cada vez más numerosos entre los jóvenes: Brunetti había leído que, con regularidad casi matemática, aumentaban en épocas de prosperidad económica y disminuían en los malos tiempos, hasta casi desaparecer durante las guerras. Él suponía que su propio hijo estaba tan expuesto a las neuras de la adolescencia como cualquiera, que su moral subía y bajaba con las fluctuaciones de sus hormonas, de su popularidad o de sus resultados académicos. La idea de un Raffi suicida era inconcebible, pero lo mismo debían de pensar todos los padres.

Mientras no hubiera indicios de que la muerte del chico no se debía a un suicidio, Brunetti no estaba autorizado a interrogar a nadie respecto a cualquier otra posibilidad, ni a los compañeros de clase ni, mucho menos, a sus padres. Ello supondría, además de una curiosidad morbosa de la peor especie, un flagrante abuso de autoridad. Admitiéndolo así, salió al patio de la academia y con el *telefonino* que hoy había recordado traer, llamó a la *signorina* Elettra a la *questura* por la línea directa.

Cuando ella contestó, Brunetti le dijo dónde se encontraba y le pidió que buscara en la guía telefónica la dirección de Moro, que él suponía que debía de estar en Dorsoduro, aunque no recordaba por qué asociaba al hombre con este *sestiere*.

Ella no hizo preguntas, le dijo que aguardara y, al cabo de un momento, le informó de que el número no figuraba en la guía. Transcurrido otro minuto, o quizá dos, la joven le dio la dirección de Dorsoduro. Le pidió que aguardase y luego le dijo que la casa se encontraba en el canal que discurre frente a la iglesia de la Madon na della Salute.

–Tiene que ser la que está al lado de la casa baja de ladrillo que tiene muchas flores en la terraza -dijo.

Brunetti le dio las gracias, volvió a subir a los dormitorios del último piso y recorrió el aún desierto pasillo, leyendo los apellidos que figuraban en los rótulos al lado de las puertas. Lo encontró al final: Moro/Cavani. Abrió la puerta sin llamar y entró. La habitación, al igual que la de Ruffo, estaba limpia, casi aséptica: literas y, frente a ellas, dos pequeños escritorios, sin nada encima. Con un bolígrafo que sacó del bolsillo interior de la chaqueta, abrió el cajón del escritorio más próximo. Utilizando la punta del bolígrafo, abrió la libreta que estaba dentro. En el reverso de la tapa vio el nombre de Ernesto. Las hojas estaban cubiertas de fórmulas matemáticas, trazadas con firme escritura vertical. Empujó la libreta al fondo del cajón y abrió la que estaba debajo, que contenía ejercicios de inglés.

Cerró el cajón y dedicó su atención al armario, situado entre los dos escritorios. En una de las puertas estaba el nombre de Moro. Brunetti la abrió presionando por debajo con el pie. Dentro había dos uniformes en bolsas de tintorería, una cazadora de tela tejana y una americana de *tweed* marrón. En los bolsillos no encontró más que unas monedas y un pañuelo sucio.

En la estantería no había nada más que libros de texto. No se sintió con ánimo de examinarlos uno a uno. Paseó una última mirada por la habitación y se fue, tomando la precaución de cerrar la puerta enganchando el bolígrafo en el picaporte.

En la escalera encontró a Santini y le dijo que examinara la habitación de Moro. Después salió de la escuela y bajó hasta la orilla del Canale della Giudecca. Torció a la derecha y echó a andar por la *Riva*, con intención de tomar el *vaporetto*. Mientras caminaba, contemplaba los edificios del otro lado del canal: Nico's Bar y, encima, un apartamento en el que había pasado muchos ratos antes de conocer a Paola, la iglesia de los Gesuati, que en tiempos había tenido de párroco a un hombre bueno, el antiguo Consulado Suizo, ahora sin la bandera. ¿Hasta los suizos nos han abandonado?, pensó. Más allá estaba el Bucintoro, de donde hacía tiempo que habían desaparecido las largas y estrechas embarcaciones, expulsadas por el dinero de los Guggenheim, y los remeros venecianos habían tenido que ceder el sitio

a nuevas tiendas para turistas. Vio venir un barco de Redentore y apretó el paso hacia el *imbarcadero* de Palanca, para regresar al Zattere. Al desembarcar, miró el reloj y comprobó que, en realidad, no se tardaba ni cinco minutos en hacer la travesía desde la Giudecca. Aun así, la otra isla seguía pareciéndole, como le había parecido siempre, más remota que las Galápagos.

Aún menos de cinco minutos tardó en salir al amplio *campo* que rodea la Madonna della Salute, y allí encontró la casa. Una vez más, tuvo que vencer el impulso de retrasar la visita, y llamó al timbre. Dio su nombre y título a la mujer que contestó.

–¿Qué desea? – preguntó ella.

–¿Podría hablar con el *dottor* Moro? – dijo el comisario, enunciando por lo menos el más inmediato de sus deseos.

–No puede ver a nadie -respondió la mujer secamente.

–Ya lo he visto antes -dijo Brunetti y, con la esperanza de que ello diera más fuerza a su petición, puntualizó-: En la escuela. – Esperó el efecto que pudieran tener esas palabras en la mujer, y agregó-: Es necesario que hable con él.

Ella emitió un sonido, que fue ahogado por el zumbido del dispositivo eléctrico de apertura de la puerta, por lo que Brunetti no llegó a comprobar su naturaleza. Empujó la puerta, cruzó rápidamente un vestíbulo y se paró al pie de una escalera. Arriba se abrió una puerta y una mujer alta salió al rellano.

–Suba -dijo.

Cuando Brunetti llegó arriba, ella dio media vuelta, lo hizo pasar al apartamento, cerró la puerta a su espalda y se volvió hacia él. El comisario vio con sorpresa que, si bien algo más joven que él, la mujer tenía el pelo -que llevaba cortado a ras de los hombros- completamente blanco, en fuerte contraste con la tez, oscura como la de una árabe, y con los ojos más negros que Brunetti había visto nunca.

Ella le tendió la mano:

–Soy Luisa, la prima de Fernando.

Brunetti estrechó la mano y repitió su nombre y cargo.

–Comprendo que es un momento terrible -empezó, tratando de decidir cuál podía ser el mejor tono que emplear con ella. La mujer mantenía una postura rígida, con la espalda tan erguida como si le

hubiesen ordenado arrimarse a una pared, y le miraba a los ojos mientras hablaba. Como Brunetti no agregara nada a ese tópico, ella preguntó:

–¿Qué desea saber?

–Me interesa preguntarle cuál era el estado de ánimo de su hijo.

–¿Por qué? – inquirió ella. Brunetti, que creía que la razón tenía que ser evidente, se sorprendió de la vehemencia con que la mujer hizo la pregunta.

–En un caso como éste -empezó él evasivamente-, es necesario saber todo lo posible acerca de la actitud y el comportamiento de la persona, si daba alguna señal...

–¿De qué? – cortó ella, sin disimular la indignación, o el desdén-. ¿De que iba a matarse? – Antes de que Brunetti pudiera responder, prosiguió-: Si es eso lo que quiere decir, dígalo, por Dios. – Tampoco ahora esperó respuesta-. La idea es ridícula. Repugnante. Ernesto nunca se hubiera matado. Era un chico sano. Es un insulto sugerirlo siquiera. – Cerró los ojos y apretó los labios, tratando de dominarse.

Antes de que Brunetti pudiera decir que él no había hecho insinuación alguna, el *dottor* Moro apareció en la puerta.

–Ya basta, Luisa -dijo en voz baja-. No digas más.

Aunque había hablado el hombre, Brunetti observaba a la mujer. La rigidez de su postura desapareció cuando su cuerpo se volvió hacia su primo. Ella levantó una mano, pero sin tratar de tocarlo. Movié la cabeza de arriba abajo y, desentendiéndose de Brunetti, dio media vuelta. Él la vio alejarse por el pasillo y desaparecer por una puerta del fondo.

Cuando se quedaron a solas, Brunetti fijó su atención en el doctor. Aunque sabía que era imposible, le pareció que Moro había envejecido diez años durante el breve período transcurrido desde que lo había visto marchar. Tenía la cara pálida y los ojos apagados y enrojecidos por el llanto, pero era en su figura donde Brunetti percibía un cambio más acusado, porque se había encorvado como la de un anciano.

–Perdone que venga a importunarlo en este momento, *dottore* - empezó-, pero confío en que, si ahora me permite hablar con usted, no tenga que volver a molestarlo. – Incluso a Brunetti, versado como estaba en las artes de la falacia profesional, la excusa le sonaba forzada

y artificial, y comprendía que lo distanciaba del otro hombre y de su dolor.

Moro agitó la mano derecha en el aire, en un ademán que tanto podía ser de rechazo como de aceptación. Cruzó los brazos oprimiéndose el estómago y bajó la cabeza.

–*Dottore* -prosiguió Brunetti-, ¿durante los últimos días o semanas, su hijo le dio algún motivo para sospechar que pudiera estar planteándose semejante idea? – Moro aún tenía la cabeza inclinada, por lo que Brunetti no podía verle los ojos, ni siquiera saber si el médico le prestaba atención. Agregó-: *Dottore*, comprendo lo duro que esto tiene que ser para usted, pero necesito esa información.

Sin levantar la mirada, Moro dijo:

–No lo creo.

–¿Cómo?

–No creo que comprenda lo duro que es.

Esta verdad hizo enrojecer a Brunetti. Cuando se le enfrió la cara, Moro seguía sin mirado. Al cabo de lo que a Brunetti le pareció mucho rato, el médico alzó la cabeza. No tenía lágrimas en los ojos y su voz era tan serena como cuando había hablado a su prima:

–Le ruego que se marche, comisario. – Brunetti fue a protestar, pero el médico le atajó levantando la voz, aunque sin abandonar su tono sereno e impersonal-. Por favor, no discuta conmigo. No tengo nada que decirle. Ni ahora ni en el futuro. – Deshizo la postura protectora de sus brazos y los dejó caer a cada lado del cuerpo-. No tengo nada más que decir.

Brunetti comprendía que sería inútil insistir ahora, pero también sabía que volvería y que repetiría la pregunta, cuando el doctor hubiera tenido tiempo de superar la fase más aguda de su dolor. Desde que se había enterado de la muerte del muchacho, Brunetti sentía el deseo de saber si aquel hombre tenía otros hijos, pero no se atrevía a preguntar. Tenía la impresión, basada en pura teoría, de que su existencia siempre podía ser un consuelo, aunque limitado. Trató de ponerse en el lugar de Moro y adivinar el solaz que encontraría él en la supervivencia de uno de sus hijos, pero su mente se resistía a plantear siquiera tal horror. Ante la sola idea, una fuerza más poderosa que el

tabú le nublaba la mente. Y Brunetti, sin atreverse a tender la mano ni a decir una palabra más, salió del apartamento.

En la parada de la Salute, tomó el Uno hasta San Zaccaría y se encaminó hacia la *questura*. Ya estaba cerca cuando un grupo de adolescentes, dos chicos y tres chicas, bajaron en cascada por el Ponte dei Greci y fueron hacia él, cogidos del brazo, lanzando risas al aire. Brunetti se paró en medio de la acera, para dejarse arrollar por aquella ola de juventud exuberante. Al llegar junto a él, los jóvenes lo sortearon dividiéndose como las aguas del mar Rojo. Brunetti estaba seguro de que, en realidad, ni se habían fijado en su persona: él no era más que un obstáculo estacionario que salvar.

Las chicas llevaban sendos cigarrillos en la mano. Normalmente, cuando veía fumar a los jóvenes, Brunetti sentía el deseo de decirles que, si en algo estimaban su salud y bienestar, lo dejaran. Pero hoy se volvió a mirarlos, invadido por una reverencia casi religiosa por su juventud y su alegría.

Cuando llegó a su despacho, el sentimiento se había desvanecido. Encima de la mesa encontró el primero de los muchos formularios que generaba un caso de suicidio. No se molestó en llenarlo. Hasta que tuviera el informe de Venturi no sabría cómo debía proceder.

Llamó a la oficina de agentes, pero ni Vianello ni Pucetti estaban. Marcó la extensión de la *signorina* Elettra y le pidió que iniciara una búsqueda exhaustiva, por todas las vías a su alcance, oficiales y extraoficiales, de información acerca de las actividades de Fernando Moro, tanto en su calidad de médico como en la de miembro del Parlamento. Ella dijo que ya había empezado a buscar y que aquel mismo día tendría algo para él.

La idea del almuerzo le desagradaba: comer le parecía una extravagancia incongruente. Sentía un vivo deseo de ver a su familia, pero comprendía que en su actual estado de ánimo se mostraría tan solícito que les haría sentirse incómodos. Llamó a Paola y le dijo que no podría ir a almorzar, que un imprevisto lo retenía en la *questura*, y que si, sí, comería algo y estaría en casa a la hora de todos los días.

—Espero que no sea algo muy malo -dijo Paola, dándole a entender que había captado el tono, a pesar de que él se había esforzado por hablar con naturalidad.

–Hasta luego -dijo, resistiéndose a decirle lo ocurrido-. Un beso a los chicos de mi parte -agregó antes de colgar.

Se quedó sentado a su escritorio, sin moverse, unos minutos; luego se acercó unos papeles y se puso a leerlos. Entendía cada palabra pero no estaba seguro de comprender lo que querían decir. Los apartó a un lado, volvió a acercarlos y los leyó otra vez. Ahora las frases tenían sentido, pero no comprendía por qué debía uno encontrar importante su mensaje.

Fue a la ventana y contempló la grúa que montaba guardia permanente en la iglesia y en la restauración que aún no había empezado. Él había leído, o le habían dicho, cuánto costaba diariamente a la ciudad mantener las grúas, igualmente inmóviles, que se alzaban sobre el solar del teatro de la ópera. ¿Adonde iba todo aquel dinero?, se preguntaba. ¿Quién cosechaba los enormes beneficios de tanta inactividad? Distraídamente, para ocupar la mente en cuestiones ajenas a la muerte de los jóvenes, empezó a hacer cálculos someros. Si las grúas costaban cinco mil euros al día, la ciudad pagaba casi dos millones de euros por tenerlas allí durante un año, tanto si funcionaban como si no. Estuvo un rato en la ventana, mientras los números bullían en su cabeza con una actividad mucho mayor que la que habían desplegado aquellas grúas en largo tiempo.

Bruscamente, se volvió de espaldas a la ventana y regresó a la mesa. No tenía llamadas que hacer, de modo que abandonó el despacho, bajó la escalera y salió de la *questura*. Se fue al bar que estaba al pie del puente, donde tomó un *panino* y una copa de vino tinto, mientras dejaba desfilar ante sus ojos las palabras del diario.

Aunque lo demoró todo lo que pudo, al fin Brunetti no tuvo más remedio que regresar a la *questura*. Entró en la oficina de agentes en busca de Vianello, al que encontró allí en compañía de Pucetti. Este último fue a levantarse, pero Brunetti lo detuvo con un ademán. En la oficina no había más que otro agente, en una mesa apartada, hablando por teléfono.

–¿Tienen algo? – preguntó el comisario.

Pucetti miró a Vianello, sentado frente a él, reconociéndole la preferencia en hacer uso de la palabra.

–Lo he llevado a su casa -empezó el inspector-, pero no me ha dejado entrar. – Se encogió de hombros-. ¿Y usted, comisario?

–He hablado con Moro y con una prima que estaba en la casa. Ella ha dicho que el chico no ha podido suicidarse. Parecía muy segura. – Algo impidió a Brunetti decir a los dos hombres lo fácil que había sido para Moro echarlo de su casa.

–¿Una prima, dice? – preguntó Vianello, imitando el tono neutro de su superior.

–Eso me ha dicho. – En todos ellos, cavilaba Brunetti, se había instalado el hábito de ponerlo todo en cuarentena, de buscar el mínimo común denominador moral posible. Se preguntó si existiría una especie de ecuación psicológica que correlacionara años de servicio en la policía con la incapacidad de confiar en la bondad humana. Y si era posible, o durante cuánto tiempo sería posible, ir y venir entre su mundo profesional y su mundo particular sin introducir en éste la contaminación de aquél.

Entonces se dio cuenta de que Vianello acababa de hablar.

–¿Cómo dice?

–Preguntaba si estaba la esposa -repitió el inspector.

Brunetti movió negativamente la cabeza.

–No lo sé. Mientras yo estaba allí, no ha aparecido, pero no hay razón por la que ella tuviera que querer hablar conmigo.

–¿Existe una esposa? – preguntó Pucetti poniendo énfasis en la primera palabra.

Antes que reconocer que no lo sabía, Brunetti prefirió decir:

–He pedido a la *signorina* Elettra que reúna toda la información posible sobre la familia.

–Me parece que los periódicos hablaron de ellos -dijo Vianello-. Hace años. – Brunetti y Pucetti esperaban que prosiguiera, pero el inspector sólo agregó:- No recuerdo bien, pero tengo la impresión de que era algo relacionado con la esposa.

–Sea lo que sea, ella lo encontrará -dijo Pucetti. Años atrás, Brunetti hubiera respondido a la pueril confianza de Pucetti en los poderes de la *signorina* Elettra con la misma condescendencia con que se contemplan los transportes de los fervorosos campesinos ante la licuefacción de la sangre de san Gennaro. Pero ahora él mismo se había sumado a la legión de los rústicos creyentes, y se guardó bien de mostrarse escéptico.

–¿Por qué no le dices al comisario lo que me has contado a mí? – preguntó Vianello a Pucetti, sacando al joven agente de sus devociones, y a Brunetti, de sus reflexiones.

–Dice el *portiere* que la puerta se cierra a las diez de la noche - empezó Pucetti-. La mayoría de los profesores tienen llave, pero los alumnos que vuelven más tarde han de llamar.

–¿Y...? – dijo Brunetti, percibiendo la reserva del joven.

–No estoy seguro -respondió Pucetti, y explicó:- Dos de los chicos con los que he hablado, por separado, desde luego, parecían tomarlo a broma. Cuando les he preguntado, uno se ha sonreído y ha hecho esto... -aquí Pucetti se acercó el pulgar de la mano derecha a los labios.

Brunetti observó el gesto, pero no hizo comentario alguno y dejó continuar a Pucetti.

–Me parece que los chicos tienen razón y que el *portiere* es un borracho. Serían las once de la mañana cuando he hablado con él y ya estaba medio achispado.

–¿Ha mencionado eso alguno de los otros chicos?

–No he querido insistir en el tema, comisario. No quería que ninguno de ellos supiera lo que me habían dicho los otros. Siempre es mejor hacer que piensen que ya estoy al corriente de todo: así imaginan que si mienten lo sabré. Pero tengo la impresión de que pueden entrar y salir cuando quieran.

Brunetti movió la cabeza de arriba abajo invitándole a continuar.

–Me parece que no he averiguado mucho más. La mayoría estaban horrorizados y eran ellos los que me hacían preguntas a mí.

–¿Qué les preguntaba usted concretamente?

–Lo que usted me dijo, comisario: si conocían bien a Moro y si habían hablado con él estos últimos días. Ninguno recordaba nada de particular que él dijera o hiciera, ni si actuaba de modo extraño, y ninguno ha dicho que Moro fuera gran amigo suyo.

–¿Y los profesores?

–Lo mismo. Ninguno de los que ha hablado conmigo recordaba haber observado algo especial en la conducta de Moro durante los últimos días. Todos han dicho que era muy, muy buen muchacho, pero se han dado prisa en señalar que en realidad no lo conocían muy bien.

Los tres reconocían el fenómeno: la mayoría de la gente siempre niega saber algo. Era excepcional que la persona interrogada admitiera estar familiarizada con el objeto de las investigaciones de la policía. Uno de los textos que había estudiado Paola en su tesis doctoral era un documento medieval titulado *The Cloud of Unknowing* [La nube del no saber]. Durante un momento, Brunetti la imaginó como un lugar seco y abrigado al que todos los testigos o testigos potenciales huían como ratas asustadas y en el que permanecían acurrucados hasta que ya no quedaban preguntas por hacer.

–Yo quería hablar con su compañero de habitación -prosiguió Pucetti-; pero anoche no estaba, ni la anterior, – Al ver que lo miraban con interés explicó:- Veintitrés chicos, entre ellos, el compañero de cuarto de Moro, han ido este fin de semana a la Academia Naval de Livorno. Fútbol. El partido se jugó el domingo por la tarde, y ayer y esta mañana han tenido clases allí. No regresan hasta esta noche.

Vianello meneó la cabeza con gesto de fatiga y resignación.

–Me parece que esto es todo lo que vamos a sacar de ellos.

Pucetti se encogió de hombros en mudo asentimiento.

Brunetti iba a decir que esto era lo que cabía esperar de una ciudadanía que veía al adversario en la autoridad y en quienes trataban de imponerla, pero optó por callar. Él había leído lo suficiente como para saber que existen países cuyos ciudadanos no perciben en su gobierno a una fuerza hostil sino que creen que el Gobierno está ahí para atender sus necesidades y responder a sus deseos. ¿Qué diría él si

un conocido suyo mantuviera que esto era así aquí, en esta ciudad, en este país? Que era una prueba de desequilibrio mental mucho más convincente que el delirio religioso.

Aquella tarde, Vianello y Pucetti debían volver a la academia, para interrogar al resto de los alumnos y profesores. Brunetti decidió dar por terminada la conversación, dijo que estaría en su despacho y se fue.

La curiosidad y el deseo de ver a la *signorina* Elettra y enterarse de lo que había conseguido averiguar, le hicieron desviarse de la escalera y dirigirse a su pequeño despacho. Allí tuvo la sensación de encontrarse en una floresta: junto a la pared del fondo se alineaban cuatro árboles altos, de grandes hojas verde oscuro, anchas y relucientes, en sendos tiestos de barro. Sobre este fondo oscuro, la *signorina* Elettra estaba sentada a su mesa luciendo unos colores que normalmente sólo visten los monjes budistas. El efecto de conjunto era el de una enorme fruta exótica delante del árbol del que ha caído.

—¿Limoneros? — preguntó él.

—Sí.

—¿De dónde los ha sacado?

—Un amigo mío ha dirigido *Lulu* en la ópera. Me los envió después de la última función.

—¿*Lulu*?

Ella sonrió.

—Exactamente.

—No recuerdo que hubiera limoneros en *Lulu* -dijo él, desconcertado pero siempre dispuesto a dejarse ilustrar.

—Él situó la ópera en Sicilia -explicó ella.

—Ah -dijo Brunetti, tratando de recordar el argumento. La música, afortunadamente, estaba olvidada-. ¿Usted fue a verla?

Ella tardaba tanto en responder que, al principio, él pensó que tal vez la había ofendido con la pregunta. Al fin, la joven dijo:

—No, señor. Mi nivel puede no ser muy alto, pero nunca iría a una función de ópera en una carpa de feria. En un aparcamiento.

Brunetti, cuyos principios de estética estaban firmemente asentados sobre la misma base, asintió y preguntó:

—¿Ha encontrado algo sobre Moro?

La sonrisa de la joven era ahora más débil, pero seguía siendo una sonrisa.

–Algo ha llegado. Espero que un amigo de Siena me amplíe la información acerca de Federica, la esposa.

–¿Qué hay de ella?

–Tuvo un accidente cerca de allí.

–¿Qué clase de accidente?

–De caza.

–¿De caza? ¿Un accidente de caza, una mujer? – preguntó él con incredulidad.

Ella alzó las cejas dando a entender que todo es posible, en un mundo en el que *Lulu* se sitúa en Sicilia, pero dijo:

–Voy a hacer caso omiso del clamoroso machismo de esa pregunta, comisario. – Hizo una didáctica pausa y prosiguió-: Ocurrió hace un par de años. Estaba en la casa de campo de unos amigos, cerca de Siena. Una tarde salió a dar un paseo y recibió un disparo en una pierna. Afortunadamente, la encontraron antes de que se desangrara y la llevaron al hospital.

–¿Se encontró al cazador?

–No; pero era temporada de caza, y se supuso que un cazador, al oírla, la tomó por un animal y disparó hacia el ruido a ciegas.

–¿Y después no se molestó en ir a ver a lo que había disparado? – se sublevó Brunetti. Y agregó otra pregunta-: O, si lo vio, ¿no fue en su ayuda ni pidió socorro?

–Es lo de siempre -dijo ella, con idéntica indignación-. No hay más que leer los periódicos: cada año, cuando se levanta la veda, cuatro o cinco caen ya el primer día, y la cosa continúa durante toda la temporada. Unos tropiezan con la propia escopeta y se saltan la tapa de los sesos. – A Brunetti le pareció que no había en su tono ni asomo de compasión-. Pero también se disparan unos a otros y el que cae se queda tirado, desangrándose, porque nadie quiere exponerse a que lo arresten por haber disparado a alguien.

Él fue a decir algo, pero ella lo atajó agregando:

–Y a mí aún me parece poco.

Brunetti se quedó a la expectativa, para ver si ella se calmaba y se retractaba de lo dicho, pero luego decidió no ahondar en las causas de

la antipatía de la joven hacia los cazadores y preguntó:

–¿Se llamó a la policía, cuando la hirieron?

–No lo sé. Es lo que estoy esperando, el informe de la policía.

–¿Dónde está ella ahora? – preguntó Brunetti.

–Es otra de las cosas que trato de averiguar.

–¿No está con su marido?

–No lo sé. He mirado en los archivos de la Comune, y ella no figura como residente en el domicilio del marido, a pesar de ser copropietaria del apartamento. – Brunetti estaba tan habituado a los fraudulentos pero útiles malabarismos de la *signorina* Elettra que ya no le inquietaba pensar que una persona más escrupulosa con la legalidad traduciría aquel «he mirado» por «me he colado» en los archivos.

Desde luego, podía haber muchas razones por las que la esposa de Moro no figurara como residente en el domicilio de Dorsoduro, pero la más evidente era la de que no vivía con su marido.

–Avíseme cuando tenga el informe del accidente de caza -dijo Brunetti, preguntándose si estas palabras provocarían una nueva diatriba. Al igual que la mayoría de los venecianos, Brunetti era contrario a la caza, ejercicio que le parecía caro, incómodo y ruidoso en demasía. Por otra parte, su experiencia de policía a la vez que su hábito de reflexionar sobre la conducta humana, le habían sugerido con harta frecuencia una alarmante correlación entre el interés de un hombre por las armas de fuego y su sentimiento de deficiencia sexual.

–Pudo tratarse de una advertencia -dijo ella sin preámbulos.

–Desde luego -respondió él, que había pensado lo mismo en el preciso instante en que ella mencionó el accidente-. Pero ¿con qué objeto?

La suspicacia que había ido calando en los huesos de Brunetti en el transcurso de los años, le hacía sospechar que el accidente de la *signora* Moro podía haber sido otra cosa. Ella debió de gritar al recibir el disparo, y un grito de mujer por fuerza tenía que hacer acudir a cualquier cazador. Aunque él no tenía una gran opinión de los cazadores, se resistía a creer que alguno de ellos pudiera abandonar a una mujer en el suelo, sangrando. Esa convicción lo llevó a considerar qué clase de persona podía hacer tal cosa, lo cual, a su vez, le hizo preguntarse qué otros actos de violencia podía ser capaz de cometer esa persona.

Brunetti sumó a estas especulaciones el hecho de que Moro hubiera servido en el Parlamento durante algún tiempo y hubiera dimitido hacía unos dos años. Una coincidencia puede asociar hechos por especie, sujeto o tiempo: una misma cosa sucede a distintas personas, distintas cosas suceden a la misma persona, o distintas cosas suceden a distintas personas al mismo tiempo. Moro había renunciado a su escaño en el Parlamento por las mismas fechas en que su esposa había sido herida. Normalmente, esto no levantaría sospechas, ni siquiera en una persona tan instintivamente recelosa como Brunetti, de no ser porque la muerte del hijo de ambos marcaba un punto desde el que podía iniciarse un proceso de triangulación especulativa en torno a la posible relación del tercer hecho con los otros dos.

Brunetti miraba al Parlamento con los ojos con que la mayoría de los italianos miran a la suegra. Sin lazos de sangre que la hagan acreedora a afecto y consideración, la suegra exige obediencia y respeto, sin hacer nada por merecerlos. Esta presencia extraña, impuesta en la vida de una persona por el puro azar, impone exigencias cada vez mayores a cambio de vanas promesas de armonía doméstica. La resistencia es inútil, ya que toda oposición tiene inevitablemente tortuosas e imprevisibles repercusiones.

Brunetti levantó el teléfono y marcó el número de su casa. Cuando, después de la cuarta señal, oyó el contestador, colgó sin hablar, abrió el cajón de abajo y sacó la guía telefónica. La abrió por la P y buscó Perulli, Augusto. Arrojó la guía al cajón y marcó el número.

A la tercera señal, una voz masculina contestó:

–Perulli.

–Brunetti. Tengo que hablar contigo.

Después de una pausa bastante larga, el hombre dijo:

–Ya me extrañaba que tardaras tanto en llamar.

–Sí -fue toda la respuesta de Brunetti.

–Dentro de media hora. Durante una hora. Si no, mañana.

–Iré ahora -dijo Brunetti.

Cerró el cajón con el pie y salió del despacho y de la *questura*.

Disponía de media hora y decidió ir andando hasta Campo San Maurizio y, como le sobraba tiempo, entró en el taller de una amiga, a saludar. Pero tenía en la cabeza pensamientos muy alejados de la joyería, y sólo estuvo lo justo para intercambiar un beso y prometer venir pronto a cenar con Paola. Luego cruzó el *campo* y se dirigió hacia el Canal Grande.

Hacía seis años que había estado en el apartamento, hacia el final de una larga investigación que había seguido el rastro de una operación de narcotráfico que iba desde las fosas nasales de adolescentes neoyorquinos hasta una discreta cuenta en Ginebra, pasando por Venecia, donde una parte del dinero había sido invertido en un par de pinturas que debían ir a parar, con el resto del dinero, a los sótanos de la entidad helvética. El dinero había viajado sin tropiezo por el empíreo reino del ciberespacio, pero los cuadros, de menos etérea materia, habían sido retenidos en el aeropuerto de Ginebra. Uno era de Palma el Viejo y el otro de Marieschi, ambos, por consiguiente, parte del patrimonio artístico del país, por lo que no podían ser exportados, por lo menos, legalmente.

Aún no hacía cuatro horas que los cuadros habían sido descubiertos cuando Augusto Perulli llamaba a los *carabinieri* para denunciar el robo. No había pruebas de que Perulli hubiera sido informado de la retención de los cuadros -posibilidad que apuntaría a una inconcebible corrupción policial-, por lo que se decidió que Brunetti, que había ido a la escuela con Perulli y mantenían una relación amistosa, fuera a hablar con él. Tal decisión no se tomó hasta el día siguiente de que se encontraran los cuadros, cuando ya se había liberado de la custodia policial al hombre que los transportaba, si bien la índole exacta del

descuido burocrático que había dado lugar a semejante error no llegó a ser aclarada a satisfacción de la policía italiana.

Cuando, finalmente, Brunetti habló con su antiguo condiscípulo, Perulli dijo que no había descubierto la desaparición de los cuadros hasta el día antes y que no tenía idea de cómo había podido ocurrir. Cuando Brunetti quiso saber cómo era posible que sólo hubieran robado dos cuadros, Perulli le impidió que siguiera haciendo preguntas al darle su palabra de honor de que no sabía absolutamente nada del asunto, y Brunetti le creyó.

Dos años después, el hombre que había sido detenido con los cuadros, volvió a ser arrestado por los suizos, esta vez, en Zurich, por tráfico de inmigrantes. Con el objeto de hacer un trato con la policía, el hombre admitió que, efectivamente, los cuadros se los había dado Perulli, que le había pedido que los entregara a su nuevo propietario al otro lado de la frontera, pero para entonces Perulli había sido elegido miembro del Parlamento y gozaba de inmunidad.

–*Ciao, Guido* -dijo Perulli al abrir la puerta, tendiendo la mano a Brunetti.

Éste comprendió lo teatral que había resultado su vacilación en estrechar la mano de Perulli, que también lo advirtió. Ninguno de los dos trataba de disimular su recelo mientras buscaba sin recato en el otro las señales dejadas por los años transcurridos desde la última vez que se habían visto.

–Cuánto tiempo, ¿verdad? – dijo Perulli, que dio media vuelta para guiar a Brunetti al interior del apartamento. Su figura alta seguía siendo esbelta y se movía con la gracia y la fluidez de aquella juventud que había compartido con Brunetti y demás compañeros. Aún tenía el pelo espeso, que ahora llevaba más largo que antes, y la piel tersa, iluminada todavía por los restos del bronceado veraniego. Brunetti se preguntó cuándo había empezado a buscar en las caras de sus amigos de juventud la huella del paso del tiempo.

El apartamento estaba prácticamente igual que como él lo recordaba: techos altos y espacios bien proporcionados, cómodos sofás y sillones que invitaban a una charla sincera y hasta, quizá, indiscreta. Colgados de las paredes había retratos de hombres y mujeres de ¿pocas pretéritas: a él le constaba que Perulli se refería a ellos con

naturalidad, dando a entender que eran antepasados suyos, cuando en realidad su familia había vivido durante generaciones en Castello, dedicada al comercio de fiambres y embutidos.

También había fotos nuevas, en marcos de plata, dispuestas encima de la no muy lograda copia de una cómoda florentina del siglo XVI. Brunetti se paró a mirarlas y, reflejada en ellas, vio la trayectoria de la carrera de Perulli: el adolescente con unos amigos; el joven recién salido de la universidad con uno de los líderes del partido político al que se había unido Perulli por aquel entonces; el adulto, en compañía de un antiguo alcalde de la ciudad, del ministro del Interior y del Patriarca de Venecia. Detrás, con un marco más fastuoso todavía, la cara de Perulli sonreía desde la portada de un semanario de actualidad que ya había dejado de publicarse. Aquella foto, y la necesidad de Perulli de hacer que el mundo la viera, entristecieron a Brunetti a pesar suyo.

—¿Quieres tomar algo? — preguntó Perulli desde el otro lado de la sala, delante de un sofá de piel, como si le urgiera despachar esta formalidad para poder sentarse cuanto antes.

—No, nada -dijo Brunetti-. Gracias.

Perulli se sentó tirándose cuidadosamente de las perneras del pantalón, para que no se le marcaran rodilleras, gesto que hasta entonces Brunetti sólo había observado en ancianos. ¿También se levantarían los faldones del abrigo antes de sentarse en el *vaporetto*?

—Supongo que no querrás fingir que aún somos amigos, ¿verdad? — preguntó Perulli.

—No quiero fingir nada, Augusto -dijo Brunetti-. Sólo quiero hacerte unas preguntas, y te agradecería que me contestaras honradamente.

—¿Y no como la otra vez? — preguntó Perulli con una sonrisa que quería ser desenfadada pero salió sardónica, produciendo en Brunetti un desconcierto momentáneo: había algo nuevo en la boca de Perulli, un rictus distinto.

—No; no como la otra vez -dijo Brunetti sorprendiéndose a sí mismo por lo tranquilo de su tono, tranquilo pero cansado.

—¿Y si no puedo contestar?

—Me lo dices y me iré.

Perulli asintió y luego dijo:

–No tenía alternativa, ¿comprendes, Guido?

Brunetti, haciendo como sí no le hubiera oído, preguntó:

–¿Conoces a Fernando Moro?

Observó que la reacción de Perulli al oír el nombre había sido de algo más que simple reconocimiento.

–Sí.

–¿Lo conoces bien?

–Tiene un par de años más que nosotros, mi padre era amigo del suyo, si nos veíamos por la calle nos saludábamos y alguna vez habíamos tomado una copa, por lo menos, cuando éramos más jóvenes. Desde luego, no puedo decir que fuera amigo mío. – Brunetti intuyó lo que venía a continuación y no lo pilló desprevenido-: No como tú. – Por eso se quedó impasible.

–¿Lo veías en Roma?

–¿En el terreno social o profesional?

–Uno u otro.

–Socialmente, no, pero quizá coincidiéramos alguna vez en Montecitorio. De todos modos, como representábamos a partidos distintos, no trabajábamos juntos.

–¿Ni en las comisiones?

–No; nunca estuvimos en la misma.

–¿Qué hay de su fama?

–¿Qué fama?

Brunetti ahogó el suspiro que le subía a la garganta y respondió con voz neutra:

–Su fama de político. ¿Qué opinaba de él la gente?

Perulli descruzó sus largas piernas para volver a cruzarlas inmediatamente en sentido inverso. Bajó la cabeza, levantó la mano hasta la ceja izquierda y se la frotó varias veces; era lo que hacía siempre que examinaba una idea o tenía que meditar una respuesta. Al ver la cara de Perulli desde ese otro ángulo, Brunetti observó que sus pómulos parecían distintos, más acusados y definidos que cuando era estudiante. La voz, cuando al fin se dejó oír, era suave.

–Yo diría que, en general, la gente lo tenía por un hombre honrado.

– Bajó la mano y esbozó una pequeña sonrisa-. Quizá demasiado

honrado. – Amplió la sonrisa hasta convertirla en la que las jovencitas primero y las mujeres después habían encontrado irresistible.

–¿Qué significa eso? – preguntó Brunetti, tratando de dominar la irritación que le producía el tono zumbón que estaban adquiriendo las respuestas de Perulli.

Éste no contestó inmediatamente y, mientras pensaba lo que diría o cómo lo diría, frunció los labios varias veces, en un gesto que Brunetti no le conocía. Al fin dijo:

–Supongo que eso significa que a veces resultaba difícil trabajar con él.

Esa respuesta no decía nada a Brunetti, que volvió a preguntar:

–¿Qué significa eso?

Perulli no pudo contener un fugaz destello de irritación al mirar a Brunetti, pero cuando habló su voz era tranquila:

–Para las personas que no estaban de acuerdo con él significaba que era imposible convencerlo para que enfocara las cosas desde otro punto de vista.

–¿O sea, el punto de vista de esas personas? – preguntó Brunetti, ecuánime.

Perulli no mordió el anzuelo y se limitó a decir:

–Desde cualquier punto de vista que no fuera el que él había adoptado.

–¿Alguna vez tuviste diferencias con él?

Perulli rechazó la idea moviendo la cabeza negativamente.

–Como ya te he dicho, nunca estuvimos en la misma comisión.

–¿En qué comisiones trabajó él? – preguntó Brunetti.

Perulli apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca y cerró los ojos, y Brunetti no pudo menos que pensar que ése era un gesto deliberado para mostrar la energía que Perulli estaba dispuesto a invertir en responder a la pregunta.

Después de una pausa que parecía eternizarse, Perulli dijo:

–Que yo recuerde, estuvo en la comisión que supervisaba el servicio de Correos, en una relacionada con la agricultura, y la tercera... -Se interrumpió, miró a Brunetti con una sonrisita cómplice y prosiguió:- No recuerdo de qué iba la tercera. Quizá la misión en Albania, la cosa

de la ayuda humanitaria, o las pensiones para los agricultores. No estoy seguro.

–¿Qué hacían esas comisiones?

–¿Qué hacen las comisiones? – preguntó Perulli, sinceramente sorprendido de que un ciudadano tuviera necesidad de preguntar tal cosa-. Estudiar el problema.

–¿Y después?

–Eleva sus recomendaciones.

–¿A quién?

–Al Gobierno, por supuesto.

–¿Y qué se hace con las recomendaciones?

–Se examinan, se estudian y se toma una decisión. Y, si es necesario, se aprueba una ley o se modifica la existente.

–¿Así de sencillo? – dijo Brunetti.

La sonrisa de Perulli no llegó a florecer del todo antes de que la congelara el tono de Brunetti.

–Ríete si quieres, Guido, pero no es fácil gobernar un país como éste.

–¿Y tú crees que lo gobiernas?

–Yo personalmente, no -dijo Perulli como si lo lamentara-. Por supuesto que no.

–¿Entonces todos vosotros juntos? ¿Los del Parlamento?

–Si nosotros no, ¿entonces quién? – preguntó Perulli alzando la voz con una indignación próxima a la cólera.

–Eso digo yo -convino Brunetti. Tras una pausa, prosiguió con voz perfectamente normal-: ¿Sabes algo más de esas comisiones... por ejemplo, quién más figuraba en ellas?

Perulli titubeó antes de responder: el súbito giro que Brunetti había dado a la conversación lo dejaba sin blanco para su irritación.

–No creo que haya mucho que decir de cualquiera de ellas. No son importantes, y generalmente están formadas por nuevos miembros o por personas que no están bien relacionadas.

–Comprendo -dijo Brunetti con indiferencia-. ¿Conoces a alguien más que estuviera en esas comisiones?

Temía que con esto apretaba demasiado las clavijas, y quizá Perulli se cerrara en banda o se negara a dedicarle más tiempo, pero, al cabo

de un momento, el parlamentario contestó:

–Conozco a uno o dos, pero sólo superficialmente.

–¿Podrías hablar con ellos?

–¿De qué? – preguntó Perulli con suspicacia.

–De Moro.

–No. – La respuesta fue inmediata.

–¿Por qué no? – preguntó Brunetti, aunque estaba seguro de conocer la respuesta.

–Porque, cuando me has llamado, has dicho que querías hacerme unas preguntas. No que yo tuviera que empezar a hacer tu trabajo por ti. Mientras hablaba, el tono de Perulli se hacía más áspero. – Miró a Brunetti, que no decía nada, y pareció que su silencio acrecentaba su cólera-: No sé por qué te interesas por Moro, pero me alegro de que alguien lo investigue. – Unas manchas rojas del tamaño de pelotas de golf le teñían las mejillas.

–¿Por qué? – preguntó Brunetti.

De nuevo, Perulli descruzó las piernas, pero esta vez se inclinó hacia adelante, agitando el índice en dirección a Brunetti.

–Porque es un imbécil santurrón, siempre hablando de fraude y de falta de honradez y... -Aquí Perulli ahuecó la voz, arrastrando la última sílaba de cada palabra de un modo que a Brunetti le recordó la forma de hablar de Moro-. Nuestra responsabilidad para con el ciudadano -prosiguió, y aquí la imitación degeneró en un remedo sarcástico-. No podemos seguir haciendo como si nuestros escaños, como si este Parlamento fuera un comedero, y nosotros, una piara de cerdos -declamó Perulli. Era evidente que estaba citando a Moro.

Brunetti esperaba que el otro continuara: Augusto nunca había sabido cortar una broma a tiempo. Pero esta vez Perulli lo sorprendió, porque se calló, aunque no sin ceder a la tentación de pinchar a Brunetti diciendo:

–Si ha hecho algo, no me sorprendería. Él no es distinto de cualquiera de nosotros.

–¿Los que tenéis las manitas metidas en el comedero? – preguntó Brunetti suavemente.

Sus palabras tuvieron el efecto de una bofetada. Perulli se abalanzó sobre Brunetti apuntándole al cuello con la mano derecha, pero olvidó

la mesita de centro y se dio con el borde debajo de las rodillas, patinó sobre su superficie y fue a parar al suelo.

Brunetti se había levantado mientras Perulli aterrizaba. Al verlo en el suelo, aturdido, quiso extender una mano para ayudarlo a levantarse, pero se detuvo. Se acercó al caído y se agachó para mirarlo de cerca, con curiosidad. El pelo de Perulli había caído hacia adelante, dejando al descubierto una pequeña cicatriz redonda y fruncida detrás de la oreja izquierda. Satisfecho de haber detectado la causa del juvenil aspecto de Perulli, Brunetti se quedó a la expectativa hasta que vio que el otro se ponía de rodillas y apoyaba las manos en el suelo. Entonces dio media vuelta y salió del apartamento.

OceanofPDF.com

Al salir a la calle, Brunetti miró el reloj y le sorprendió ver que eran casi las cinco. Estaba hambriento y a mitad de camino entre el trabajo y el hogar. No sabía qué encontraría en casa para comer y, mientras llegaba y comía, ya se habría hecho tarde para volver a la *questura*. Trazó mentalmente la ruta de San Marco, repasando cada bar y *trattoria* del recorrido y, visto lo que encontraría en aquella dirección, marcó otro itinerario via Campo Sant'Angelo y Campo San Fantin. Aunque comprendía que aquél era un sentimiento absurdo y reconocía que se había saltado el almuerzo por voluntad propia, de pronto, sintió que lo invadía una oleada de autocompasión: él se volcaba en su trabajo y tenía que pasar hambre a una hora en la que era imposible conseguir un plato caliente.

Entonces le vino a la mente una de las pocas historias de la guerra que había oído a su padre, pero la recordaba de modo confuso, porque su padre no la contaba dos veces igual. Recién terminada la guerra, su padre y dos compañeros iban andando por la Baja Sajonia, cuando, de una casa bombardeada, salió un perro abandonado que los saludó cariñosamente y se puso a seguirlos. Al día siguiente, ellos se comieron al perro. Con los años, el episodio había adquirido para Brunetti valor de parábola, y no podía menos que pensar en él cada vez que alguien hablaba de comida con lo que él consideraba afectación, como si fuera un refinamiento y no una necesidad básica. Le bastaba oír a una amiga de Paola hablar de su delicada digestión, que no toleraba ni las hortalizas que hubieran estado al lado de los ajos, para acordarse del perro. Hacía años, en una comida, el hombre que estaba sentado frente a él decía que no podía comer carne que no procediera de su carnicero, que enseguida notaba la diferencia. Cuando el hombre acabó de hablar y hubo recibido las pertinentes muestras de admiración por poseer un paladar tan fino, Brunetti contó la historia del perro.

Cortó hacia Campo San Fantin, se metió en un bar y pidió dos *tramezzini* y una copa de vino blanco. Al poco rato, entró a tomar un café una atractiva mujer de cabello oscuro que llevaba un abrigo ceñido, con dibujo de piel de leopardo y un audaz sombrero que parecía una pizza negra puesta en equilibrio sobre un bonete. Mientras

la mujer se tomaba su café, él la miró un momento, sumándose con ello a todos los hombres del bar. Brunetti se dijo entonces que sin duda cada uno de los presentes estaría dando gracias, como las daba él, porque aquella mujer les hubiera alegrado la vista con su presencia.

Animado por la visión, Brunetti salió del bar y volvió a la *questura*. Al entrar en su despacho, vio una carpeta encima de la mesa y, al abrirla, descubrió con sorpresa que era el informe de la autopsia de Ernesto Moro. Su reacción inmediata fue la de preguntarse qué se proponía Venturi, qué maniobra o qué intriga se traía entre manos y contra quién. Tanta celeridad sólo podía obedecer al deseo de conseguir el favor de Brunetti, favor que el patólogo sólo podía buscar si estaba planeando una jugada contra un rival, o presunto rival, bien en la policía, bien en el sistema médico.

Brunetti se negó a seguir especulando acerca de los motivos de Venturi y centró la atención en el informe. En el momento de su muerte, Ernesto Moro tenía una salud excelente, no presentaba síntoma de enfermedad alguna, ni una simple caries en la dentadura, aunque en ella se apreciaban señales de anteriores trabajos de ortodoncia. Se había fracturado la pierna izquierda, quizá hacía diez años, pero la fractura se había curado por completo; no se le habían extirpado ni las vegetaciones ni el apéndice.

La causa de la muerte había sido estrangulamiento. No había manera de averiguar desde qué altura había caído el cuerpo antes de que el nudo se cerrara alrededor de la garganta, pero no había sido suficiente para fracturarle el cuello, por lo que el muchacho había muerto estrangulado. Según Venturi, no había sido un proceso rápido, y la cuerda había causado fuertes abrasiones en las zonas delantera y lateral derecha del cuello. Eso indicaba que, en sus últimos momentos, había tenido fuertes convulsiones provocadas por la presión de la cuerda. A continuación se indicaban las medidas exactas de la cabina de la ducha en la que se había encontrado el cuerpo y el posible alcance de unos brazos tan largos como los suyos. Brunetti pensó entonces en las marcas de la pared.

A juzgar por los alimentos hallados en el estómago, era probable que la muerte se hubiera producido entre la medianoche y las tres de la madrugada. No había indicios de consumo de drogas y, al parecer, con

su última comida había ingerido una cantidad de vino moderada, probablemente, no más de un solo vaso y, desde luego, no tanto como para hacerle perder la lucidez. Brunetti volvió a poner los papeles en la carpeta y dejó ésta abierta sobre la mesa. Aquel informe lo decía todo y no decía nada. El comisario trató de hacer abstracción del hecho de que la *signora* Moro hubiera sido herida de un disparo, y contemplar la muerte de su hijo como un hecho aislado. Los posibles motivos más evidentes eran o bien un desengaño que le hubiera provocado un acceso de desesperación o el deseo de hacer sufrir a alguien para vengarse de un supuesto agravio. Si se volvía a introducir a la madre en el planteamiento, los posibles motivos se multiplicaban. El muchacho dejaba de ser el sujeto agente para convertirse en objeto de otro agente.

Siguiendo este hilo de vagas especulaciones, Brunetti estimaba que la supervivencia de la madre indicaba que no era ella el objetivo principal, con lo que sólo quedaba el propio Moro. Pero tampoco este supuesto permitía sacar conclusiones: mientras no tuviera idea de qué era lo que hacía de Moro un objetivo y para quién, todas las especulaciones serían tan frágiles como inconexas las incidencias en las que trataba de basarlas.

La entrada de la *signorina* Elettra puso fin a sus indefinidas cavilaciones.

—¿Ha visto eso? — preguntó ella al acercarse, señalando con el mentón el informe de la autopsia.

—Sí. ¿Qué opina usted?

—No lo entiendo, no concibo por qué un chico como él había de suicidarse. No tiene sentido.

—Por desgracia, no es tan raro que un chico se suicide.

Pareció que esta observación la apenaba. Se paró delante de la mesa, con una carpeta en la mano.

—Pero, ¿por qué?

—He estado hablado con uno de los cadetes. Dice que no ve claro el futuro, que quizá ellos ni tengan futuro.

—Qué tontería -dijo ella secamente-. Siempre hay un futuro.

—Yo sólo repito lo que ha dicho él.

—¿Un cadete?

—Sí.

Ella estuvo callada mucho rato y al fin dijo:

–Yo salí con un cadete.

La curiosidad de Brunetti se despertó al momento.

–¿Cuando aún iba a la escuela? – preguntó.

Ella movió los labios en una sonrisa maliciosa.

–No fue la semana pasada, desde luego -respondió. Y agregó-: Sí; yo tenía dieciséis años. – Miró al suelo un momento, reflexionando y dijo-: No; en realidad, sólo dieciséis. Eso lo explica.

Él no dejó escapar la ocasión de preguntar:

–¿Qué explica?

–Que pudiera soportar todo lo que soporté.

Brunetti se levantó a medias y señaló la silla del otro lado de la mesa.

–Tome asiento, por favor.

Ella se alisó la falda al sentarse y se puso la carpeta en el regazo.

–¿Qué tuvo que soportar? – preguntó él, incapaz de imaginar a la *signorina* Elettra soportando algo contra su voluntad.

–Iba a decir que aquel chico era fascista, que lo eran todos y que, probablemente, éstos de ahora también lo son, pero quizá todos no. Así que sólo diré que *él* era fascista, y chulo, y esnob, y que la mayoría de sus amigos también lo eran. – Una larga experiencia había enseñado a Brunetti a detectar cuándo la *signorina* Elettra se limitaba a hacer *solfeggi* discursivo y cuándo se disponía a atacar un aria, y ahora percibía señales de esto último.

–¿Hasta ahora no se ha dado cuenta? – preguntó él, dándole pie, con este breve recitativo, para que entonara el aria.

–Mis amigas y yo los veíamos pavonearse por la ciudad con sus capas y nos parecían los chicos más estupendos y fabulosos del mundo. Si alguno se dirigía a una de nosotras, era como si se hubieran abierto los cielos para que descendiera un dios. Y entonces uno... -Se interrumpió un momento y optó por otras palabras-: Yo empecé a salir con uno de ellos.

–¿A salir?

–A tomar café, a pasear o a sentarnos en un banco de los Giardini, a charlar. – Sonriendo tristemente, rectificó-: Bueno, a escucharle. –

Volvió a sonreír-. Lo nuestro, más que conversación era monólogo. Cada vez que nos veíamos, él hablaba y yo escuchaba.

–Eso debió de permitirle conocerlo más pronto -apuntó Brunetti secamente.

–Sí -dijo ella con énfasis-. Lo conocí.

Brunetti no sabía muy bien qué pregunta hacer.

–¿Qué le hace decir de él esas cosas?

–¿Que era esnob, fascista y bravucón?

–Sí.

–Usted conoce a Barbara, ¿verdad? – dijo ella refiriéndose a su hermana mayor.

–Sí.

–Entonces mi hermana estaba en Padua, estudiando en la Facultad de Medicina, y yo no la veía más que los fines de semana. Hacía casi un mes que salía con Renzo cuando, un fin de semana, pedí a Barbara que me dejara presentárselo. Yo lo veía tan guapo, tan listo, tan reflexivo. – Resopló al recordar su adolescencia y prosiguió-: Imagine: reflexivo. Con dieciocho años.

Aspiró profundamente y le sonrió, y Brunetti comprendió que la historia tenía final feliz.

–Él siempre me hablaba de política y de historia, temas de los que también solían hablar Barbara y mis padres. No obstante, lo que decía él me sonaba de otra manera. Pero tenía unos bellos ojos azules y, en su casa de Milán, tenía un descapotable. – Volvió a sonreír y suspiró al recordar a la niña que había sido.

Como parecía que no se decidía a continuar, él preguntó:

–¿Y se lo presentó a Barbara?

–Ah, sí, y apenas cruzaron cuatro palabras ya se detestaban. Estoy segura de que él pensó que Barbara era una especie de caníbal comunista y ella debió de considerarlo un cerdo fascista. – Sonrió de nuevo.

–¿Y...?

–Uno de los dos tenía razón.

Él preguntó riendo:

–¿Cuánto tardó usted en darse cuenta?

–Ah, supongo que lo supe desde el principio, pero aquellos ojos... Y el descapotable. – Se rió-. Llevaba una foto del coche en la cartera.

A Brunetti se le hacía difícil imaginar a una *signorina* Elettra tan frívola; pero, tras un momento de reflexión, ya no le pareció tan sorprendente.

–¿Qué pasó entonces?

–Pues que, cuando llegamos a casa y Barbara la emprendió con él, fue como si... ¿cómo dice la Biblia...? como si se me cayera la venda de los ojos, o algo por el estilo. No tuve más que dejar de mirarlo y empezar a escuchar lo que decía, y reflexionar sobre ello, para darme cuenta de que era un gusano repugnante.

–¿Qué decía?

–Lo que dice siempre esa gente: la gloria de la nación, los sagrados valores de la familia, el heroísmo de los hombres en la guerra. – Se interrumpió y agitó la cabeza como el que emerge de los escombros-. Es curioso, la de cosas que una persona puede llegar a oír sin darse cuenta de que no son más que tonterías.

–¿Tonterías?

–Si el que las dice no es más que un mozalbete inmaduro, son tonterías, me parece a mí. Si las dice un adulto, entonces sí son peligrosas.

–¿Qué ha sido de él?

–No lo sé. Supongo que al salir de la academia entraría en el ejército y acabaría torturando a prisioneros en Somalia. Era de esa clase de personas.

–¿Violento?

–En realidad, no, sólo maleable. Tenía bien arraigados los dogmas básicos. Ya sabe, todas esas cosas del honor, la disciplina y la necesidad del orden. Se los habría inculcado su familia. Su padre era general o algo por el estilo, ésas eran las influencias a las que había estado expuesto.

–¿Lo mismo que usted, pero al contrario? – sonrió Brunetti. Conocía a la hermana y sabía cuáles eran las ideas políticas de los Zorzi.

–Exactamente, sólo que en mi familia nadie ha predicado nunca la disciplina ni la necesidad de un orden. – Era evidente el orgullo con que

lo decía.

Cuando Brunetti iba a hacer otra pregunta, ella se levantó, como si de pronto se hubiera dado cuenta de lo mucho que había revelado, y se inclinó hacia adelante para dejar la carpeta en la mesa.

–Aquí está lo que ha llegado hasta ahora, comisario -dijo en un tono formal que desentonaba de la natural familiaridad que había tenido su conversación hasta aquel momento.

–Gracias -dijo él.

–Me parece que todo está claro, pero, si necesita alguna explicación, llámeme por teléfono.

Él observó que no decía que bajara a su despacho ni que le pidiera que subiera. Se habían restablecido los límites geográficos de la relación profesional.

–Así lo haré -dijo él y, cuando ella se volvía hacia la puerta, repitió:- Gracias.

La carpeta contenía fotocopias de artículos periodísticos relacionados con las actividades de Fernando Moro como médico y como político. Al parecer, su profesión lo había llevado al terreno de la política: había atraído la atención del público hacia aproximadamente seis años, cuando, en su condición de inspector designado para examinar la calidad de la atención hospitalaria en el Véneto, extendió un informe en el que se cuestionaban las estadísticas publicadas por el gobierno provincial, estadísticas que exhibían un número de pacientes por médico de los más bajos del continente. El Informe Moro señalaba que esa cifra tan baja resultaba de la inclusión en las estadísticas de tres nuevos hospitales, diseñados para prestar atención médica del más alto nivel. Los fondos necesarios para su construcción habían sido asignados y habían sido gastados, por lo que las estadísticas incluían los hospitales con todos sus servicios. Las cifras, resultantes eran un portento porque, según ellas, el Véneto poseía el mejor servicio sanitario de Europa.

Pero el Informe Moro reveló el incómodo dato de que aquellos tres hospitales, tan magníficos en su concepción, dotados de tan eminente plantilla y capaces de dispensar tan diversas prestaciones, no se habían construido. Una vez restados sus servicios de las estadísticas, la asistencia médica que recibían los ciudadanos del Véneto descendió al nivel en el que solían situarla los pacientes: ligeramente inferior al de Cuba aunque, desde luego, por encima del de Chad.

A raíz del informe, Moro fue saludado por la prensa como un héroe, y lo era, a los ojos del público; pero la gerencia del hospital en el que trabajaba decidió que su múltiple talento sería más útil en la dirección de la residencia geriátrica aneja al hospital. Él protestó aduciendo que, en su calidad de oncólogo, su labor tendría más rendimiento en la sección de Oncología del hospital, pero su objeción fue atribuida a falsa modestia, y se confirmó su traslado.

Esto, a su vez, hizo que él decidiera tratar de conseguir un cargo público antes de que su nombre se borrara de la memoria, una decisión, quizá, de carácter táctico, pero efectiva.

En cierta ocasión, Moro se permitió la observación de que tal vez su larga experiencia en el tratamiento de una enfermedad terminal lo facultara para desarrollar una actividad en el Parlamento. Se rumoreaba que, más de una vez, en tertulias nocturnas con amigos de confianza, había elucubrado sobre esa metáfora, lo que no tardó en filtrarse a los medios parlamentarios. Ello bien pudo influir en el carácter de las comisiones para las que se le designaba.

Mientras leía los artículos, todos ellos, presunta exposición objetiva de los hechos, pero cada uno reflejo de la filiación política del diario o del periodista, Brunetti advirtió que también él los pasaba por el filtro de sus propias impresiones. Hacía años que conocía a Moro o, por lo menos, que oía hablar de él y comprendía que, por compartir sus ideas políticas, estaba predispuesto en su favor y daba por descontada su honradez. Sabía lo peligrosa que era esta actitud, especialmente, en un policía; pero Moro no podía ser sospechoso: la magnitud de su dolor lo eximía de toda sospecha de intervención en la muerte de su hijo.

—O no sé lo que es tener un hijo ni sé lo que es tener alma -dijo Brunetti hablando a media voz sin darse cuenta.

Miró a la puerta, confuso por haberse dejado llevar del pensamiento hasta el punto de hablar solo, pero no había nadie. Siguió leyendo: los restantes artículos repetían, en lo esencial, la información de los primeros. Por mucha insidia que hubiera en el tono que utilizaba algún que otro periodista, por tendenciosas que fueran las explicaciones de la conducta de Moro, ni el lector más obtuso podía dudar de la integridad de aquel hombre.

El tono insinuante se agudizaba en algunos de los artículos que se referían a la súbita retirada de Moro del Parlamento, decisión que él había atribuido tajantemente a «razones personales». El primer artículo, firmado por uno de los más reconocidos apólogos de la derecha, formulaba la pregunta retórica de si podía haber alguna relación entre la dimisión de Moro y el arresto, hecho dos semanas antes, de uno de los últimos miembros de la banda Baader-Meinhof.

—Probablemente, ninguna -volvió a susurrar Brunetti sin darse cuenta. Era irritante ese hábito que había adquirido últimamente de hacer comentarios de viva voz cuando se tropezaba con esa clase de elucubraciones de la prensa libre.

Al disparo recibido por la esposa de Moro se le habían dedicado sólo dos sueltos, y ninguno mencionaba más que el hecho escueto. Pero en el segundo se indicaba el nombre de las personas en cuya casa estaba alojada.

Brunetti levantó el teléfono, marcó el 12 y pidió el número de Giovanni Ferro en Siena, o en la provincia de Siena. Había dos números y los anotó los dos.

Marcó el primero. Contestó una mujer.

—¿*Signora* Ferro?

—¿Con quién hablo, por favor?

—El comisario Guido Brunetti, de Venecia.

Percibió una exclamación ahogada de sorpresa, y la mujer preguntó atropelladamente, con voz tensa y descontrolada:

—¿Le ha pasado algo a Federica?

—¿Federica Moro?

La mujer parecía estar muy alterada como para decir más que un simple:

—Sí.

—No le ha pasado nada, *signora*, créame, se lo ruego. Llamo para preguntar por el incidente de hace dos años. — Ella no dijo nada, pero Brunetti oía su rápida respiración desde el otro extremo del hilo—.

¿Oiga? ¿Se encuentra bien, *signora*?

Hubo otro largo silencio, y cuando él temía que ella colgara el teléfono o que quizá ya lo hubiera colgado, volvió a oír su voz:

—¿Quién ha dicho usted que es?

—El comisario Guido Brunetti. De la policía de Venecia, *signora*. -De nuevo, silencio-. Oiga... ¿*Signora*, me oye?

—Sí, le oigo. — Después de otra larga pausa, la mujer dijo-: Yo le llamaré. — Y colgó, dejando a Brunetti con el recuerdo de su alarma y de su acento toscano.

Realmente, pensaba Brunetti al colgar el teléfono, ¿por qué había ella de creer que él era quien decía ser? Él no podía acreditarlo, y preguntaba por una mujer que había recibido un disparo y cuyo posible atacante no había sido hallado por la policía que Brunetti decía representar.

A los pocos minutos, sonó el teléfono. Él descolgó a la primera señal y contestó dando su apellido.

–Bien -dijo ella-. Quería asegurarme.

–Muy prudente, *signora* -respondió el comisario-. Confío en que ya esté segura de mi identidad.

–Sí -respondió la mujer, y prosiguió-: ¿Qué quiere saber de Federica?

–Deseo que me hable de aquel disparo, porque puede estar relacionado con un caso que se ha producido ahora. Los periódicos decían que cuando ocurrió aquello ella se alojaba en casa de ustedes.

–Sí.

–¿Podría decirme algo más, *signora*?

Nuevamente, la pausa, y la mujer preguntó:

–¿Ha hablado con ella?

–¿Con la *signora* Moro?

–Sí.

–Todavía no. – Esperó a que la mujer dijera algo más.

–Creo que debería hablar con ella -dijo la *signora* Ferro.

Había algo en su manera de pronunciar la última palabra que hizo comprender a Brunetti que no debía discutir.

–Me gustaría hacerlo -convino él afablemente-. ¿Haría el favor de decirme dónde puedo encontrarla?

–¿No está ahí? – preguntó la mujer, y el nerviosismo volvía a hacerle temblar la voz.

Él adoptó su tono más tranquilizador.

–Usted es la primera persona a la que he llamado, *signora*. Aún no he tenido tiempo de localizar a la *signora* Moro. – Se sentía como un explorador en un glaciar que, de pronto, ve abrirse ante sí una grieta enorme: hasta este momento, no había dicho nada de la muerte del hijo de la *signora* Moro, y decirlo ahora era imposible-. ¿Está con su marido?

La voz de la mujer se hizo neutra, inexpresiva al decir:

–Están separados.

–Ah. No lo sabía. Pero, ¿ella aún vive en Venecia?

Mientras la mujer meditaba la respuesta, Brunetti casi podía seguir el proceso de sus reflexiones. Un policía forzosamente acabaría por

encontrar a su amiga; antes o después, la encontraría.

–Sí -respondió al fin.

–¿Me daría usted la dirección?

Lentamente, ella respondió:

–Sí; un momento, por favor. Voy a buscarla.

Sonó un golpecito cuando ella dejó el teléfono, seguido de un largo silencio. Después volvió a oírse la voz de la mujer:

–La dirección es San Marco, 2823 -dijo, y a continuación le dio el número de teléfono.

Brunetti le dio las gracias y estaba pensando qué más podía decir cuando ella agregó:

–Deje que suene una vez, cuelgue y vuelva a llamar. No quiere que la molesten.

–Lo comprendo, *signora* -dijo él, mientras aparecía ante sus ojos la imagen del cuerpo inerte de Ernesto Moro, como el espectro de uno de los hijos de Ugolino.

La mujer se despidió y colgó el teléfono, dejando a Brunetti con la impresión de que no tenía ahora mucha más información que antes de hacer la llamada.

Entonces se dio cuenta de lo oscuro que estaba el despacho. Hacía rato que se había apagado el último sol de la tarde, y le pareció que no vería los números del teléfono para marcar. Se acercó al interruptor que estaba al lado de la puerta, encendió la luz y lo sorprendió ver el insólito orden que había hecho en su mesa mientras hablaba con la *signora* Ferro: una pila de carpetas en el centro, un papel a un lado y, encima del papel, un lápiz, perfectamente horizontal. Recordó la obsesión, de su madre por la limpieza antes de caer en la senilidad que ahora la aquejaba, y el caos que había en la casa durante los últimos meses en que ella la habitó, antes de que se la llevaran.

Al volver a sentarse a la mesa, se apoderó de él una súbita sensación de agotamiento, y tuvo que hacer un esfuerzo para vencer el impulso de apoyar la cabeza en la madera y cerrar los ojos. Hacía más de diez horas que los habían llamado de la escuela, horas durante las cuales la muerte y el abatimiento habían ido infiltrándose en él como un líquido en un papel secante. Se preguntó, y no por primera vez, cuánto tiempo podría seguir haciendo este trabajo. Antes, se consolaba pensando que

unas vacaciones le ayudarían a superar el bache y, en efecto, muchas veces, al alejarse de la ciudad y de los crímenes que en ella tenía que ver, su estado de ánimo mejoraba, por lo menos, mientras duraba la ausencia. Pero ya no creía que esta sensación de futilidad que ahora lo asaltaba por todos lados se disipara con un simple cambio de aires.

Comprendía que ahora debía tratar de hablar con la *signora* Moro, se obligó a descolgar el teléfono, pero no pudo hacer más. ¿Quién era el personaje cuya mirada tenía el poder de convertirte en estatua de piedra? ¿El Basilisco? ¿Medusa? Con cabellera de serpientes y la boca abierta, vomitando furor. Evocó la imagen de la enmarañada corona, pero no pudo recordar quién la había pintado o esculpido.

Su marcha de la *questura* tuvo todo el aire de una fuga, por lo menos, para Brunetti. La silla, apartada de la mesa; la puerta, abierta; los papeles, bien apilados en el centro; y él, caminando hacia casa, casi con pánico.

El olfato lo reconfortó: los aromas de la cocina lo saludaron cuando abrió la puerta. Algo se estaba asando, quizá cerdo, y ajo, mucho ajo. Olía como si en el horno, acompañando al cerdo, hubiera todo un campo de ajos.

Colgó la americana, recordó que había dejado la cartera en el despacho y se encogió de hombros. Se paró delante de la puerta de la cocina, esperando encontrar a toda la familia sentada a la mesa, pero no vio a nadie. Allí no se notaba otra presencia que la del ajo, cuyo olor parecía llegar de una olla que hervía a fuego lento.

Concentró su atención en el olor, tratando de recordar dónde lo había olido antes. Le era familiar, como nos resulta familiar una melodía aunque no recordemos el título de la pieza. Trató de separar los aromas: ajo, tomate, un pellizco de tomillo y algo del mar, almejas o gambas -probablemente, gambas- y, quizá, zanahorias. Y el ajo, un universo de ajo. Evocó la sensación de pesimismo que había experimentado en el despacho y aspiró profundamente, confiando en los poderes del ajo: si ahuyentaba a los vampiros, su poder vegetal tenía que ser eficaz contra algo tan banal como una neura. Se quedó apoyado en la pared, con los ojos cerrados, inhalando los aromas, hasta que a su espalda dijo una voz:

–Ésa no es la noble postura propia de un defensor de la justicia y de los derechos de los oprimidos.

A su lado apareció Paola, que le dio un beso en la mejilla y, casi sin mirarlo, entró en la cocina.

–¿Es la sopa de Guglielmo?

–La misma -dijo Paola destapando la olla y removiendo el contenido con una larga cuchara de madera-. Doce cabezas de ajo -dijo con un acento casi de respeto.

–Y siempre hemos sobrevivido -agregó Brunetti.

–Prueba de la intervención divina, imagino -apuntó Paola.

–Y, si hemos de creer a Guglielmo, cura infalible contra las lombrices y la hipertensión.

–Y sistema más infalible todavía para conseguir asiento en el vaporetto del día siguiente.

Brunetti se echó a reír, más relajado. Recordó al amigo Guglielmo, que había sido agregado militar en El Cairo durante cuatro años, en los que había aprendido el árabe, abrazado el cristianismo copto y amasado una fortuna sacando de contrabando piezas arqueológicas en aviones militares. Guglielmo, como buen gastrónomo que era, llevó consigo no pocas recetas culinarias cuando abandonó el país, la mayoría de las cuales exigían desmesuradas cantidades de ajo.

–¿Es cierto que se han encontrado ajos secos en sarcófagos de momias? – preguntó Brunetti apartándose de la puerta.

–Probablemente, también los encontrarías en los bolsillos del uniforme de gala de Guglielmo -dijo Paola, tapando la olla y mirando a su marido de frente por primera vez. Entonces cambió de tono-. ¿Qué te pasa?

El trató de sonreír, pero no pudo.

–Un mal día.

–¿Qué ha sido?

–Un suicidio que quizá no lo sea.

–¿Quién?

–Un muchacho.

–¿Cuántos años?

–Diecisiete.

El hecho en sí y el género y la edad del muerto inmovilizaron a Paola. Aspiró profundamente, agitó la cabeza, como para expulsar un amago de superstición y le puso la mano en el brazo.

—Cuenta.

Por una razón que no comprendía, quizá también por superstición, Brunetti no quería tener que mirar a Paola mientras le hablaba de Ernesto Moro, de modo que se ocupó en bajar dos copas y sacar del frigorífico una botella de tocai. Destapó la botella con movimientos deliberadamente lentos, para que la operación le durase tanto como la explicación que tenía que dar.

—Estudiaba en San Martino. Nos llamaron esta mañana, y cuando llegamos lo encontramos colgado en la ducha. Es decir, Vianello lo encontró.

Sirvió las copas y ofreció una a Paola, que sin mirarla preguntó:

—¿Quién era?

—El hijo de Fernando Moro.

—¿El *dottor* Moro?

—Sí -dijo Brunetti, poniéndole la copa en la mano, sin soltarla hasta que ella la tomó.

—¿Él ya lo sabe?

Brunetti se volvió de espaldas a ella, dejó la copa y, a modo de distracción, abrió el frigorífico, en busca de algo que comer.

—Sí -respondió aún sin mirarla.

Ella no dijo nada mientras él revolvía en la nevera y sacaba un bote de plástico con aceitunas, que abrió y dejó en la encimera. Nada más verlas, oscuras y gordas, en el líquido amarillento, dejaron de apetecerle y volvió a tomar la copa. Ahora, sintiendo la atención de Paola, la miró.

—¿Has tenido que decírselo tú?

—Ha llegado mientras yo estaba con el cadáver. Después he ido a su casa a hablar con él.

—¿Hoy? — preguntó ella sin poder disimular el asombro, o quizá el horror.

—No he estado mucho rato -respondió él, y aún no había terminado de hablar cuando ya le pesaba haberlo dicho.

Paola le lanzó una rápida mirada, pero lo que vio en su cara la hizo desistir de todo comentario.

—¿Y la madre? — preguntó.

—No sé dónde está. Me han dicho que la encontraría aquí, en la ciudad, pero no he podido llamarla.

Quizá su manera de decir «no he podido» hizo que Paola renunciara también a indagar en la razón, aunque sí preguntó:

—¿Qué te hace pensar que no ha sido suicidio?

—El hábito -aventuró él.

—¿Hábito de la duda?

—Puedes llamarlo así -dijo Brunetti y finalmente se permitió un sorbo de vino. Lo sintió fresco y ácido en la lengua y, aunque no lo reconfortó, sirvió para recordarle que en el mundo existían cosas reconfortantes.

—¿Quieres que hablemos de ello? — preguntó Paola, tomando su primer sorbo de vino.

—Luego, quizá. Después de cenar.

Ella asintió, bebió otro sorbo y dejó la copa.

—Ahora podrías ir a leer un rato mientras pongo la mesa. Los chicos ya no tardarán -agregó, y los dos repararon en que la palabra «chicos», dicha con aquella naturalidad, significaba que, por lo menos para ellos, las cosas seguían lo mismo, que su familia estaba indemne. Como el caballo que hace un quiebro para sortear un agujero que se abre de pronto ante sus manos, su voz cambió de tono al decir, con forzada animación-: Y, en cuanto lleguen, cenamos.

Brunetti se fue a la sala. Dejó la copa en la mesa, se sentó en el sofá y se acercó el libro. Era la biografía del emperador Alejo escrita por Anna Comnena, su hija. Media hora después, cuando Chiara fue a decir a su padre que la cena estaba lista, lo encontró sentado en el sofá, con el libro, abierto y olvidado, en las rodillas, y la mirada fija en los tejados de la ciudad.

Brunetti confiaba en que, después de hablar a Paola de la muerte del muchacho, se mitigaría el horror que sentía, pero no fue así. En la cama, con su mujer acurrucada a su lado, seguía relatando los sucesos del día, consciente de lo incongruente del tema con la hora y el lugar. Cuando acabó de hablar, sin haber omitido de su relato la angustia que le había impulsado a escapar del despacho sin tratar de ponerse en contacto con la *signora* Moro, ella se incorporó apoyándose en un codo y le miró a la cara.

–¿Durante cuánto tiempo más vas a poder seguir haciendo esto, Guido? – preguntó.

Él la miró un momento, al pálido resplandor de la luna, y enseguida volvió a contemplar la pared de enfrente, donde el espejo recogía la luz que reflejaban las baldosas de la terraza.

Ella dejó pasar un tiempo antes de apremiarle con un:

–¿Qué dices?

–No lo sé -respondió él-. No podré pensar en eso hasta que esto acabe.

–¿Si se falla que ha sido suicidio, no habrá acabado ya?

–No me refiero a que acabe así -dijo él despectivamente-. Quiero decir hasta que termine de verdad.

–¿O sea, hasta que tú lo des por terminado? – preguntó ella. En otras circunstancias, ésa hubiera podido ser una pregunta retórica y hasta sarcástica, pero esta noche era sólo demanda de información.

–Supongo que sí -admitió él.

–¿Y eso cuándo será?

El cansancio acumulado durante el día lo envolvía casi como acunándolo. Se le cerraban los ojos y se rindió al abrazo. La habitación empezó a alejarse y se sintió arrastrado hacia el sueño. De pronto, los hechos que afectaban a la familia Moro se le aparecieron como un triángulo trazado por la coincidencia, y susurró:

–Cuando desaparezcan las líneas.

A la mañana siguiente, se despertó en el olvido. El espejo le lanzaba el sol a la cara. Durante los primeros momentos, no recordó los sucesos del día anterior. Se movió un poco hacia la derecha, y notó la ausencia

de Paola; volvió la cabeza hacia la izquierda y vio el campanario de San Polo, iluminado por un sol potente que revelaba hasta la masa del cemento que unía los ladrillos. Una paloma planeó sobre los aleros situados bajo el tejado de la torre, aleteó para reducir la velocidad y se posó suavemente. El ave dio dos vueltas sobre sí misma, ahuecó las plumas y metió la cabeza debajo de un ala.

Nada de lo que había hecho la paloma recordaba los sucesos del día anterior, pero, cuando la cabeza del animal desapareció debajo del ala, Brunetti tuvo una clara visión de la cara de Ernesto Moro en el momento en que Vianello la cubría con la punta de la capa.

Brunetti se levantó de la cama y, rehuyendo el espejo, se fue al cuarto de baño a ducharse. Mientras se afeitaba, no tenía más remedio que afrontar su propia mirada, y en la cara que veía ante sí había aquel cansancio y aquella desesperanza que había visto en la de todos los padres afligidos con los que había tenido que hablar. ¿Cómo explicar la muerte de un hijo o, aunque pudiera explicarse, qué palabras podrían contener la avalancha de dolor que desataba la noticia?

Paola y los chicos ya se habían marchado hacía rato, y Brunetti se alegró de poder tomar el café en una *pasticceria* familiar, en la que la conversación no pasaría del comentario trivial que hiciera algún conocido. Compró *Il Tempo* y *Il Gazzettino* en la *edicola* de Campo Santamarina y entró en Didovich a tomar café y un brioche.

Cadete de academia veneciana de Elite se ahorca, declaraba el primero en una de las páginas interiores, mientras que el segundo publicaba en primera plana el titular: El hijo de un ex parlamentario, hallado muerto en San Martino. Los titulares en minúsculas informaban a la ciudadanía de Venecia de que el padre de la víctima había renunciado a su escaño en el Parlamento después de que su controvertido informe sobre la atención médica fuera condenado por el entonces ministro de Sanidad, agregaba que la policía investigaba la muerte del chico y que sus padres estaban separados. Al leer los párrafos iniciales, Brunetti comprendió que todos los lectores, con independencia de la información contenida en el resto del artículo, sacarían la conclusión de que los padres, o su forma de vida, habían tenido alguna relación con la muerte del chico o, incluso, sido directamente responsables de ella.

–Qué horror, ¿no? Ese chico -dijo al dueño una de las mujeres que estaban sentadas ante la barra, agitando una mano en dirección al periódico de Brunetti La mujer mordió el brioche y meneó la cabeza.

–¿Qué les pasa a los jóvenes de hoy? Con todo lo que tienen, y no están contentos. Me gustaría saber por qué -respondió otra.

A lo que, como obedeciendo a una señal, agregó una tercera, que tenía el pelo del típico color caoba posmenopáusico, dejando la taza en el platillo con un sonoro chasquido.

–Porque los padres no les atienden como es debido. Yo me quedé en mi casa, cuidando de mis hijos, y no tuvimos esos problemas. – Un oyente ajeno a esta cultura hubiera podido suponer que los hijos de las mujeres que trabajan no tienen más opción que la del suicidio. Las tres mujeres movieron la cabeza de arriba abajo en unánime condena de esta nueva prueba de la perfidia y la ingratitud de los jóvenes y de la irresponsable conducta de todos los padres que no hacían lo que habían hecho ellas.

Brunetti dobló el periódico, pagó y salió de la *pasticceria*. Los mismos titulares clamaban desde los carteles amarillos pegados a la pared posterior de la *edicola*. El único consuelo que encontraba Brunetti en esta última prueba de la falsedad de la prensa, era que el auténtico dolor que padecían los Moro los blindaba contra esta clase de ataques.

Una vez en la *questura*, Brunetti subió directamente a su despacho. Había más carpetas encima de la mesa. Marcó el número de la *signorina* Elettra, que contestó diciendo:

–Él quiere verlo inmediatamente.

Ya había dejado de sorprender a Brunetti que la *signorina* Elettra supiera quién hacía la llamada: la joven había gastado una considerable suma de fondos de la policía en hacer que Telecom le instalara en el despacho una nueva línea telefónica, pese a que, por el momento, el presupuesto no alcanzaba para que alguien más que ella pudiera disponer de un terminal en el que apareciera el número del que llamaba. Tampoco tuvo que pensar mucho para adivinar a quién se refería con el pronombre, ya que ella lo utilizaba exclusivamente para aludir a su inmediato superior, el *vicequestore* Giuseppe Patta.

–¿Inmediatamente, ya? – preguntó él.

–Mejor inmediatamente, ayer tarde -respondió ella.

Brunetti bajó sin detenerse a abrir las carpetas. Esperaba encontrar a la *signorina* Elettra en su sitio, pero el despacho estaba vacío. Se volvió a mirar al pasillo, y tampoco allí la vio.

Reacio a presentarse ante Patta sin tener un indicio del humor de su superior o del motivo de la llamada, Brunetti pensó en volver a su despacho a leer las carpetas o ir a la oficina de agentes, para ver si estaban Vianello o Pucetti. Mientras dudaba, se abrió la puerta del despacho del *vicequestore* Patta y apareció la *signorina* Elettra, que hoy vestía lo que parecía una cazadora de bombardero ceñida a la cintura y holgada de busto y mangas; es decir, una cazadora de un bombardero que tuviera predilección por los uniformes de seda natural color albaricoque.

Patta dominaba todo el antedespacho desde su mesa.

–Brunetti -gritó-. Tengo que hablar con usted.

Al volverse hacia la puerta, Brunetti miró a la *signorina* Elettra, que no tuvo tiempo sino de apretar los labios en señal de contrariedad o, quizá, repugnancia. Y se cruzaron como dos barcos en la noche, sin apenas una señal.

–Cierre la puerta -dijo Patta levantando la mirada de los papeles que tenía encima de la mesa y bajándola enseguida. Mientras se volvía para obedecer, Brunetti se dijo que el no empleo de la fórmula «por favor» era un indicio del tono que tendría la conversación. El mero hecho de que Brunetti hubiera tenido tiempo de formular este pensamiento excluía ya toda posibilidad de que la entrevista fuera a ser un amigable cambio de impresiones entre colegas. Una demora breve era como cuando un cochero hace restallar el látigo para llamar la atención del caballo sin tocarlo: una señal para dar a entender quién es el que manda, pero sin infligir daño. Un retraso más prolongado indicaría la irritación de Patta sin revelar la causa. Su omisión, como en este caso, demostraba miedo o furor. La experiencia había enseñado a Brunetti que lo más peligroso era lo primero, porque el miedo inducía a Patta a poner en peligro las carreras de los demás, a fin de proteger la propia. Esta valoración ya estaba terminada mucho antes de que Brunetti se volviera hacia su superior, por lo que la visión de un Patta furibundo no le intimidó.

–¿Sí, señor? – preguntó con gesto serio, sabedor de que, en estos momentos, se esperaba de él neutralidad de expresión y de tono. Esperó a que Patta le indicara una silla, imitando deliberadamente el comportamiento del perro inferior.

–¿Qué está esperando? – masculló Patta aún sin mirarlo-. Siéntese. Brunetti obedeció en silencio, apoyando los brazos en los del sillón con horizontal simetría. Esperó, preguntándose qué escena iba a representar Patta y cómo iba a representarla. Pasó un minuto en silencio. Patta seguía leyendo la carpeta que tenía delante, volviendo una hoja de vez en cuando.

Al igual que la mayoría de los italianos, Brunetti respetaba y admiraba la belleza. Él procuraba rodearse de belleza: su esposa, la ropa que usaba, los cuadros de su casa, incluso el pensamiento que contenían los libros que leía. Él gozaba de la belleza. Y, cada vez que se encontraba frente a Patta después de una semana sin verlo, no podía menos que preguntarse cómo un hombre tan bien parecido podía carecer de todas las cualidades que normalmente se asocian con la belleza. Su porte erguido era una postura meramente física, porque en ética Patta era una anguila, la mandíbula indicaba una firmeza de carácter que sólo se manifestaba en la obstinación, y los ojos oscuros y brillantes sólo veían lo que querían ver.

Sumido en esta reflexión, Brunetti no se dio cuenta de que, al fin, Patta le dispensaba su atención, ni oyó las primeras palabras del *vicequestore* y sólo captó el final de la frase:

–... los malos tratos de que usted hizo objeto a sus alumnos.

Como el colegial que busca coherencia en un fragmento de texto, Brunetti dedujo que los alumnos debían de ser los de la Academia San Martino, y que la única persona capaz de utilizar aquel posesivo al hablar de ellos era el comandante.

–Entré casualmente en la habitación de uno de los cadetes y estuvimos hablando de sus estudios. No me parece que eso pueda considerarse malos tratos, señor.

–Y no sólo usted -cortó Patta, sin indicar que se hubiera dignado escuchar su explicación-. También uno de sus agentes. Anoche, en una cena, el padre de uno de los alumnos me dijo que su agente había interrogado al chico con mucha rudeza. – Patta dejó que calara todo el

horror de esta enormidad antes de añadir-: El padre ha estudiado con el general D'Ambrosio.

–Lo lamento, señor -dijo Brunetti, preguntándose si el chico seguiría quejándose a su padre si un día el enemigo lo trataba con rudeza en la batalla-. Estoy seguro de que, de haberlo sabido, el agente lo hubiera tratado con más cortesía.

–No se pase de listo conmigo, Brunetti -replicó Patta, mostrando una mayor sensibilidad al tono de Brunetti de lo que era habitual en él-. No quiero que sus hombres anden presionando a esos chicos y causando problemas. Son hijos de algunas de las mejores familias del país y no consentiré que se les trate de ese modo.

Brunetti siempre se había sentido fascinado por la manera en que la policía iba y venía como una lanzadera entre Patta y cualquier otro posible responsable: cuando resolvían un crimen o se comportaban con valentía, eran la policía de Patta, pero en todos los casos de mala conducta, incompetencia o negligencia eran la policía de otro, por ejemplo, hoy, de Brunetti.

–No creo que hubiera malos tratos, señor -dijo Brunetti-. Pedí a un agente que hablara con los otros alumnos para tratar de averiguar si últimamente el joven Moro se había comportado de manera extraña o había dicho algo que indicara que pensaba en el suicidio. – Sin dar tiempo a Patta de interrumpir, agregó-: Me pareció que eso nos ayudaría a dejar aún más claro que el muchacho se había suicidado.

–¿Más claro que qué?

–Que las pruebas físicas existentes, señor -respondió Brunetti.

Durante un momento, pensó que Patta iba a decir: «Conforme.» Desde luego, la tensión de su rostro se aflojó, y también el comisario respiró. Pero sólo dijo:

–Está bien. Entonces considerémoslo suicidio, archivemos el caso y dejemos que la escuela vuelva a la normalidad.

–Buena idea, señor -dijo Brunetti. Y entonces, como si acabara de ocurrírsele la posibilidad-: Pero, ¿qué hacemos si los padres del chico no se dan por satisfechos?

–¿Qué quiere decir?

–Verá, señor, el padre es una persona polémica -empezó Brunetti, meneando la cabeza frente al escandaloso escepticismo hacia las

instituciones públicas que reflejaba el Informe Moro-. No desearía firmar un informe cuestionable sobre la muerte de su hijo.

—¿Cabe esa posibilidad?

—Probablemente, no, señor. Pero no deseo incurrir en una omisión sobre la que una persona tan difícil como Moro pudiera empezar a hacer preguntas. Seguro que nos colocaría en una situación difícil. Y él, desde luego, es una persona que atrae la atención del público. — Brunetti se abstuvo de decir más.

Patta reflexionó y finalmente preguntó:

—¿Usted qué sugiere?

Brunetti fingió sorpresa por el hecho de que se le hiciera semejante pregunta. Fue a hablar, se detuvo y luego prosiguió, como si nunca se hubiera planteado tal posibilidad:

—Pues me parece que yo empezaría por tratar de averiguar si el chico se drogaba o daba muestras de depresión.

Patta dio la impresión de meditar y dijo:

—Imagino que para ellos sería más fácil de soportar si tuvieran la certeza.

—¿Para quiénes?

—Para sus padres.

Brunetti aventuró una pregunta:

—¿Usted los conoce?

—Conozco al padre -dijo Patta.

En vista de que no seguían invectivas contra el hombre, Brunetti se animó a preguntar:

—¿Considera que debemos seguir adelante, señor?

Patta irguió el cuerpo un poco más y trasladó de un lado al otro de la mesa una pesada moneda bizantina que utilizaba como pisapapeles.

—Si no les lleva mucho tiempo, de acuerdo. — Típica «respuesta Patta»: encargaba la investigación y, simultáneamente, se aseguraba de que cualquier demora fuera atribuida a otra persona.

—Sí, señor -dijo Brunetti poniéndose en pie. Patta fijó su atención en una delgada carpeta y Brunetti se marchó.

En el pequeño antedespacho encontró a la *signorina* Elettra sentada a su mesa, inclinada sobre lo que parecía un catálogo. Al acercarse vio que era un desplegable de pantallas de ordenador.

Ella levantó la mirada y sonrió.

–¿No acaba de comprarse uno de esos? – dijo Brunetti señalando la máquina que estaba a su derecha.

–Sí, pero ahora han salido otras completamente planas, finas como una pizza. Mire -dijo señalando una de las fotos del catálogo con una uña escarlata. Aunque a Brunetti el símil le pareció surrealista, reconoció que era bastante apropiado.

Él leyó las dos primeras líneas del epígrafe y, al encontrar una serie de números e iniciales, para no hablar de los «gigabytes», fue directamente al pie, donde se indicaba el precio.

–Es el sueldo de un mes -dijo con asombro, consciente de que en su voz había algo más que un poco de reprobación.

–Diga mejor de dos meses -rectificó ella-, si quiere la pantalla grande de LCD.

–¿Piensa pedirla? – preguntó él.

–Lo siento, pero no voy a tener más remedio.

–¿Por qué?

–Porque éste -dijo señalando su ordenador casi nuevo como si fuera una bolsa de ropa vieja que fuera a dar a la mujer de la limpieza para que se deshiciera de ella- ya se lo he prometido a Vianello.

Brunetti decidió no hacer comentarios.

–Al parecer, hay cierta relación entre el *vicequestore* y el *dottor Moro* -empezó-. ¿Cree poder averiguar algo al respecto?

Ella volvía a mirar el catálogo.

–Nada más fácil, comisario -dijo volviendo la página.

Venecia, al igual que cualquier otra ciudad del país, sufría las consecuencias de la negativa del Gobierno a adoptar una política de inmigración que fuera coherente con la realidad de la inmigración. Una de las consecuencias que no afectaban directamente a Brunetti era la de que miles de inmigrantes ilegales se aprovechaban de la laxa política italiana en materia de inmigración y, una vez en posesión de documentos italianos que legitimaban su presencia en el continente, pasaban a países del Norte, donde podían trabajar con un cierto amparo de la ley. Naturalmente, los otros gobiernos veían con irritación la facilidad con la que los italianos se zafaban del problema trasladándose a ellos.

Otras consecuencias sí habían empezado a afectar a Venecia, y a Brunetti: en la calle proliferaban los rateros, los robos en las tiendas eran un problema hasta para los comerciantes más pequeños y ya no había ciudadano que creyera que su casa estaba a salvo de los ladrones. Como la mayoría de los casos pasaban por la *questura*, Brunetti percibía el aumento de la criminalidad, pero sólo indirectamente, como el que tiene un pequeño resfriado y descubre que la fiebre le ha subido un grado o dos, pero sin sentir otros síntomas. Si algún indicio percibía Brunetti de este aumento de la pequeña delincuencia, era la cantidad de papeles que tenía que contraseñar y, teóricamente, leer.

Era un período en el que había muy pocos crímenes violentos en las casas y las calles de Venecia, y Patta -que sin duda tenía síndrome de abstinencia, ya que hacía más de una semana que su nombre no aparecía en *Il Gazzettino*-, ordenó a Brunetti y pidió a la *signorina* Elettra que preparasen un informe estadístico que mostrase el alto grado de eficacia de la policía de Venecia. El informe, estipuló el *vicequestore*, debía demostrar que los culpables de la mayoría de los crímenes eran descubiertos y arrestados y que, por consiguiente, durante el último año, la criminalidad en la ciudad había disminuido.

—Qué tontería -dijo Brunetti cuando la *signorina* Elettra le informó del encargo.

—Como cualquier otra estadística de las que nos llegan -dijo ella.

Irritado por la perspectiva del tiempo que tendría que perder en la tarea, él preguntó secamente:

–¿Por ejemplo?

–La estadística de los accidentes de carretera -sonrió ella pacientemente ante su evidente disgusto.

–¿Qué pasa con ellos? – preguntó Brunetti, sin verdadero interés, pero dudando de que algo tan bien documentado pudiera falsearse.

–Si te mueres una semana o más después de resultar herido en un accidente, no mueres de accidente -dijo ella, casi con orgullo-. Por lo menos, estadísticamente.

–¿Significa eso que te matan los hospitales? – preguntó él buscando la ironía.

–Es algo que ocurre con frecuencia, comisario -dijo ella haciendo alarde de paciencia-. No sé cómo clasifican exactamente esas muertes, pero no se consideran accidentes de tráfico.

A Brunetti ni se le ocurrió dudar de sus palabras. Pero la idea le recordó el informe que tenían que preparar.

–¿Le parece que nosotros podríamos utilizar esa técnica?

–¿Quiere decir que si la víctima de un asesinato tarda una semana en morir ya no ha sido asesinada? – preguntó ella-. ¿O que si un robo se denuncia cuando ya ha pasado una semana, no se ha robado nada? – Él asintió, y la *signorina* Elettra se concentró en el estudio de esta posibilidad. Finalmente, respondió-: Estoy segura de que el *vicequestore* estaría encantado, pero mucho me temo que hubiera dificultades si se nos interrogaba al respecto.

Él ahuyentó de su mente esas quimeras matemáticas para volver a la triste realidad del informe que tenían que confeccionar.

–¿Cree que podemos conseguir que el informe refleje los resultados que él desea?

Ella respondió con seriedad:

–Creo que no será difícil darle lo que desea. No tenemos más que manejar con cautela las cifras de los delitos.

–¿Qué significa eso?

–Que sólo contemos los delitos en los que la gente haya venido aquí o haya ido a los *carabinieri* a formular una denuncia formal por escrito.

–¿Y qué conseguiremos con eso?

–Ya se lo he dicho, comisario. La gente no se molesta en venir a denunciar que le han robado la cartera o le han entrado en el piso. Así que, aunque llamen por teléfono, si no vienen, el delito no ha sido denunciado. – Ella calló un momento, para permitir a Brunetti, que sabía lo jesuíticos que podían ser sus razonamientos, prepararse para la conclusión que se disponía a sacar de todo esto-: Y, si no hay denuncia oficial, lo que, en cierto modo, significa que el hecho no ha ocurrido, no veo por qué hemos de incluirlo en nuestros cálculos.

–¿Qué porcentaje estima que la gente no denuncia? – preguntó él.

–Eso no hay manera de saberlo, comisario -dijo ella-. Al fin y al cabo, filosóficamente es imposible demostrar un negativo. – Hizo otra pausa y agregó-: Yo diría que un poco más de la mitad.

–¿Los que se denuncian o los que no?

–Los que no.

Esta vez fue Brunetti el que marcó una pausa.

–Pues hemos tenido suerte, ¿verdad?

–Desde luego -convino ella, y preguntó-: ¿Quiere que me encargue yo, comisario? Lo quiere para la prensa, y a ellos les gustaría poder decir que Venecia es una isla feliz, prácticamente limpia de delincuencia. De modo que no es probable que pongan mis cálculos en tela de juicio.

–Pero lo es, ¿verdad?

–¿Qué? ¿Una isla feliz?

–Sí.

–En comparación con el resto del país, creo que sí.

–¿Por cuánto tiempo cree que seguirá siéndolo?

La *signorina* Elettra se encogió de hombros. Cuando Brunetti ya daba media vuelta para marcharse, ella abrió el cajón de su mesa y sacó varias hojas de papel.

–No se me olvidó lo del *dottor* Moro, comisario -dijo entregándoselas.

Él le dio las gracias y salió del despacho. Mientras subía la escalera, descubrió en aquellos papeles la causa de la relación de Patta con el doctor Fernando Moro. No tenía nada de insólito: la madre de la *signora* Patta era paciente de Moro desde que ése había vuelto a ejercer la medicina. La *signorina* Elettra no había conseguido copia del

historial médico, pero había anotado las fechas de las visitas: veintisiete en total, durante los dos últimos años. La *signorina* Elettra había escrito al pie, de su puño y letra: «Cáncer de mama.» Brunetti observó que la última visita había tenido lugar hacía poco más de dos meses.

Al igual que todos los jefes, el *vicequestore* Patta era objeto de especulación entre sus subalternos. Habitualmente, el motivo de sus obras y omisiones era evidente: el poder, la conservación del poder y el aumento del poder. Ahora bien, en ocasiones había mostrado una gran debilidad, una debilidad que había frenado su carrera por el poder: la defensa de su familia. Brunetti, que miraba a Patta con suspicacia y a menudo no tenía sino desprecio para sus motivos, veía esta debilidad con respeto.

El comisario reconocía que el decoro exigía esperar por lo menos dos días antes de tratar de ponerse en contacto con los padres del chico. El plazo había pasado, y aquella mañana llegó a la *questura* con el propósito de hablar con uno de ellos o con los dos. En el número particular del *dottor* Moro se conectó el contestador. Lo mismo ocurrió en el del consultorio, que decía que, hasta nuevo aviso, los pacientes serían atendidos por el doctor D. Biasi, del que a continuación daba el número de teléfono y las horas de visita. Brunetti volvió a marcar el número del domicilio y dejó su nombre y el número de su línea directa en la *questura*, con el ruego de que el médico le llamara.

Quedaba la madre. La *signorina* Elettra daba una sucinta biografía. Era veneciana, al igual que su marido. Se habían conocido cuando cursaban estudios en el *liceo*, desde el que ambos habían pasado a la Universidad de Padua, donde Moro optó por Medicina, y Federica, por Psicología Pediátrica. Se casaron cuando ella terminó la carrera, pero no regresaron a Venecia hasta que a Moro le ofrecieron una plaza en el Ospedale Civile. Ella abrió entonces un consultorio particular en la ciudad.

Su separación, que tuvo lugar con una precipitación sospechosa, después del accidente, fue una sorpresa para sus amistades. No se habían divorciado y a ninguno de los dos se le había relacionado con otra persona. Al parecer, toda comunicación entre ellos tenía lugar a través de sus abogados.

La *signorina* Elettra había prendido con un clip al exterior de la carpeta el artículo que había publicado *La Nuova* sobre la muerte de Ernesto. Brunetti no quiso leerlo, pero sí leyó el epígrafe de la foto de la familia «en tiempos más felices».

La sonrisa de Federica Moro era el centro de la foto. Ella rodeaba con el brazo derecho la espalda de su marido y apoyaba la cabeza en su pecho mientras con la otra mano revolvía el pelo de su hijo. Estaban en una playa, en shorts y camiseta, bronceados y pletóricos de salud y alegría. Al fondo, a la derecha del padre, se veía la cabeza de un nadador. La foto debía de tener varios años, porque Ernesto era todavía un niño. Federica no miraba a la cámara y los otros dos la miraban a ella. Ernesto, con vivacidad y orgullo, ¿y quién no había de estar orgulloso de una madre tan atractiva? La mirada de Fernando era más serena, pero no menos orgullosa.

Uno de ellos, pensó Brunetti, debía de haber tenido una ocurrencia graciosa, o quizá les hizo reír algo que habían visto en la playa. O una payasada del fotógrafo. A Brunetti le llamó la atención que, de los tres, Federica fuera la que tenía el pelo más corto: sólo unos centímetros, como un chico. Aquel corte de pelo masculino contrastaba con su figura exuberante y la espontánea ternura con que abrazaba a su marido.

¿Quién podía atreverse a publicar una foto semejante y quién podía haberla dado al periódico, sabiendo cómo sería utilizada? Brunetti desprendió el recorte y lo metió en la carpeta. Encima estaba anotado el mismo número que le había dado la *signora* Ferro. Él lo marcó, olvidando la indicación de dejarlo sonar una vez y volver a marcar.

Una voz femenina contestó a la cuarta señal diciendo sólo:

—¿Sí?

—¿La *signora* Moro? — preguntó Brunetti.

—Sí.

—Comisario Guido Brunetti, *signora*. De la policía. Le estaría muy agradecido si pudiera dedicar unos minutos a hablar conmigo. — Calló un momento, esperando la respuesta y agregó: De su hijo.

—Ah -dijo la mujer. Y nada más, durante mucho rato.

—¿Por qué ha esperado hasta ahora? — dijo ella al fin, y él intuyó que la enojaba tener que hacer esta pregunta.

–No quise importunarla en los primeros momentos, *signora*. -Como ella no respondía, agregó-: Lo siento.

–¿Tiene usted hijos? – lo sorprendió ella.

–¿De qué edad?

–Una hija... -empezó él, y luego, rápidamente-: Y un hijo de la misma edad que el suyo.

–No ha empezado por ahí -dijo ella, como si la sorprendiera que él hubiera prescindido de ese recurso emocional.

A Brunetti no se le ocurría qué responder, y dijo:

–¿Puedo ir a hablar con usted, *signora*?

–Puede venir cuando quiera -dijo la mujer, y él tuvo una visión de días, meses y años, toda una vida que se extendía ante ella.

–¿Ahora?

–Daré lo mismo, ¿no? – preguntó ella. Era una demanda de información real, no una pose sarcástica ni autocompasiva.

–Tardaré unos veinte minutos.

–Aquí estaré -respondió la mujer.

Él había localizado la dirección en el plano y sabía cómo llegar. Hubiera podido tomar el barco hacia San Marco, pero prefirió ir andando por la *Riva* y cortar por la *Piazza* frente al Museo Correr. Se metió por *Frezzerie* y torció por la primera calle de la izquierda. Era la segunda puerta a mano derecha, el timbre de arriba. Oprimió el pulsador, la puerta se abrió sin que nadie preguntara y él entró.

El vestíbulo era húmedo y oscuro, a pesar de que por allí cerca no había ningún canal. Subió al tercer piso y, frente a sí, encontró una puerta abierta. Se paró en el umbral, gritó: «¿*Signora* Moro?», y al oír una voz en el interior, entró y cerró la puerta. Por un estrecho pasillo, cubierto por una alfombra barata hecha a máquina, Brunetti fue hacia el lugar de donde llegaba la luz.

A su derecha había una puerta abierta y él entró. En el otro extremo de la habitación, vio a una mujer sentada en una butaca. A su espalda había dos ventanas con cortinas por las que se filtraba la luz. Olía a humo de cigarrillo y, según le pareció, a bolas de naftalina.

–¿Comisario? – preguntó ella alzando la cara para mirar en dirección a él.

–Sí, señora. Gracias por recibirme.

Ella desestimó sus palabras con un ademán de la mano derecha, que luego se llevó a los labios con el cigarrillo e inhaló profundamente.

—Ahí tiene una silla -dijo expulsando el humo y señalando una silla con asiento de rejilla que estaba arrimada a la pared.

Él la situó frente a la mujer, pero no muy cerca y un poco hacia un lado. Se sentó y esperó a que ella dijera algo. Para no parecer indiscreto, fijó la atención en las ventanas por las que se veía, al otro lado de la estrecha calle, las ventanas de otra casa. Poca era la luz que podía entrar por allí. Entonces la miró e, incluso en aquella extraña penumbra, pudo reconocer a la mujer de la foto. Parecía haberse sometido a una dieta intensiva que le hubiera chupado la carne de la cara y afilado la mandíbula de tal manera que parecía estar a punto de cortarle la piel. El mismo proceso había reducido su cuerpo a la estructura esencial de hombros, brazos y piernas, contenida en un grueso jersey y un pantalón oscuro que acentuaban la impresión de fragilidad.

Se hizo evidente que ella no pensaba hablar, que iba a permanecer allí sentada en su compañía, fumando.

—Tengo que hacerle unas preguntas, *signora* -empezó Brunetti, que entonces explotó en un súbito acceso de tos nerviosa.

—¿Es el cigarrillo? — preguntó ella, volviéndose hacia la mesa de su derecha, como si fuera a apagarlo.

Él alzó una mano con gesto tranquilizador.

—En absoluto -jadeó, pero volvió a acometerle la tos.

La mujer aplastó el cigarrillo y se puso en pie. Él fue a levantarse, sacudido por la tos, pero ella lo detuvo con un ademán y salió de la habitación. Brunetti se sentó y siguió tosiendo con ojos llorosos. Ella regresó al cabo de un momento y le ofreció un vaso de agua.

—Beba despacio -le dijo-. A sorbitos.

Temblando del esfuerzo por dominarse, él tomó el vaso moviendo la cabeza de arriba abajo en señal de agradecimiento y se lo llevó a los labios. Esperó a que remitieran los espasmos y bebió un pequeño sorbo, después otro y otro hasta que el vaso estuvo vacío y él pudo volver a respirar sosegadamente. De vez en cuando, una convulsión le sacudía el pecho, pero lo peor había pasado. Él se inclinó y puso el vaso en el suelo.

–Gracias -dijo.

–De nada -respondió ella volviendo a sentarse en la butaca. Brunetti observó que, instintivamente, la mujer alargaba la mano hacia la derecha, en busca del paquete de cigarrillos que estaba en la mesa, y luego la bajaba al regazo.

Ella lo miró y preguntó:

–¿Nervios?

–Me parece que sí -sonrió él-. Aunque quizá no debería decirlo.

–¿Por qué no? – preguntó ella con interés.

–Porque soy policía, y se supone que no debemos dar señales de debilidad ni de nerviosismo.

–Es ridículo, ¿verdad?

Brunetti asintió y entonces recordó que ella era psicóloga.

Él carraspeó y preguntó:

–¿Podemos empezar de nuevo, *signora*?

La sonrisa de ella fue mínima, el espectro de la que tenía en la foto que todavía estaba en la mesa del despacho.

–Imagino que no hay más remedio. ¿Qué es lo que desea saber?

–Me gustaría preguntarle por su accidente, *signora*.

La sorpresa de la mujer era patente, y él comprendía la razón. Su hijo acababa de morir en circunstancias que aún no estaban oficialmente determinadas, y el comisario le preguntaba por algo que había ocurrido hacía más de dos años.

–¿Se refiere a lo de Siena? – dijo al fin.

–Sí.

–¿Por qué quiere hablar ahora de aquello?

–Porque parece ser que entonces nadie sintió curiosidad.

Ella ladeó la cabeza mientras reflexionaba sobre su respuesta.

–Ya entiendo -dijo al fin, y agregó-: ¿Tendrían que haberla sentido?

–Eso es lo que espero averiguar, *signora*.

Se hizo el silencio. Brunetti no podía sino confiar en que ella se decidiera al fin a hablar de lo ocurrido. En el intervalo, ella miró dos veces al paquete de cigarrillos, y la segunda él estuvo tentado de decirle que por él podía fumar, pero no se lo dijo. Durante aquellos minutos de silencio, él examinó los pocos objetos que podía ver en la habitación: la butaca, la mesa, las cortinas de la ventana. Todo tenía un aire muy

distinto de la funcional opulencia que había observado en casa de Moro. Aquí no se apreciaba preocupación por armonizar estilos ni otro objetivo que el de cubrir las necesidades más elementales.

–Yo llegué a casa de nuestros amigos el viernes por la mañana -dijo ella, sorprendiéndolo al decidirse a hablar por fin-. Fernando tenía que llegar en el último tren, a eso de las diez de la noche. Hacía buen día; estábamos a finales de otoño, pero la temperatura era suave. Por la tarde, salí a dar un paseo. Estaba a medio kilómetro de la casa cuando oí un estruendo, me sonó como una bomba y entonces sentí dolor en la pierna y me caí. No fue como si alguien me hubiera empujado: sencillamente, me caí.

Lo miró como si quisiera averiguar si realmente aquellas cosas podían tener algún interés para él. Brunetti asintió y ella prosiguió:

–Yo estaba en el suelo, atontada, sin poder moverme. Aunque no es que me doliera mucho. Me llegaban ruidos del bosque hacia el que yo me dirigía. No era muy grande, no llegaría a una hectárea. Oí moverse algo y quise gritar pidiendo socorro, pero no grité. No sé por qué, pero me quedé en el suelo, sin moverme ni decir nada.

»Debió de pasar un minuto o dos, y entonces, de la misma dirección de la que había venido yo, llegaron dos perros corriendo y ladrando frenéticos que se pusieron a dar saltos a mi alrededor. Yo les gritaba que se callaran. Ahora empezaba a dolerme la pierna, y vi que me habían disparado. Comprendí que tenía que hacer algo. Pero aquellos perros ladraban y saltaban como locos.

Ella se interrumpió y, como no seguía, Brunetti tuvo que preguntar:

–¿Qué pasó después?

–Llegaron los cazadores, es decir, los dueños de los perros. Al verme en el suelo, pensaron que los perros me habían atacado y empezaron a darles puntapiés y culatazos. Pero los perros no me habían hecho nada. Probablemente, ellos me salvaron la vida.

Ella se detuvo y miró a Brunetti, como para averiguar si tenía alguna pregunta y, al no decir él nada, prosiguió:

–Uno de los hombres me hizo un torniquete con el pañuelo y entre los dos me transportaron al jeep que tenían en el linde del bosque y me llevaron al hospital. Los médicos de allí están acostumbrados a esta clase de cosas. Parece ser que es frecuente que los cazadores se disparen

a sí mismos o unos a otros. – Hizo una pausa y dijo con suavidad-: Los pobres. – Había tanta compasión en su voz que Brunetti no pudo menos que pensar en lo banal que sonaría, en comparación, su conversación con la *signorina* Elettra.

–¿Le preguntaron en el hospital lo que había ocurrido, *signora*?

–Los que me encontraron se lo explicaron, de modo que cuando salí de Cirugía no hice más que confirmar lo que habían dicho ellos.

–Que había sido un accidente.

–Sí. – Ella no puso un acento especial en la palabra.

–¿Cree usted que fue un accidente?

Otra vez ella tardó en responder.

–Entonces no creía que pudiera haber sido otra cosa. Pero después empecé a preguntarme por qué el que me disparó no vino a ver a qué le había dado. Si me había tomado por un animal, tenía que haberse acercado a ver si lo había matado, ¿no le parece?

Eso era lo que intrigaba a Brunetti desde el momento en que se había enterado del incidente.

–Y, al oír a los perros y a los otros cazadores, tuvo que suponer que otros se llevaban la pieza que había cobrado él. – Dejó pasar unos segundos y agregó-: Como ya le he dicho, en aquel momento no lo pensé.

–¿Y qué piensa ahora?

Ella fue a hablar, vaciló y dijo:

–No quiero ser melodramática, pero ahora tengo otras cosas en qué pensar.

También las tenía Brunetti. Le hubiera gustado saber si la policía había hecho un informe del incidente y si los dos cazadores que la encontraron vieron a alguien en los alrededores.

Brunetti, viendo que ya no podría tenerla sin fumar mucho más tiempo, dijo:

–Una sola pregunta me queda, *signora*.

Ella no esperó a que la hiciera:

–No; Ernesto no se suicidó. Yo era su madre, y lo sé. Es otra de las razones por las que creo que lo mío no fue un accidente. – Apoyándose en los brazos de la butaca, se levantó-. Si ésa era su última pregunta... - Echó a andar hacia la puerta de la habitación. Cojeaba muy

ligeramente de la pierna derecha, apenas se le notaba y, como llevaba pantalones, Brunetti no pudo ver qué señales tenía en la pierna.

La siguió hasta la puerta del apartamento. Le dio las gracias pero no le tendió la mano. Fuera había subido un poco la temperatura y, puesto que ya eran más de las doce, Brunetti decidió irse directamente a casa, a almorzar con su familia.

OceanofPDF.com

Brunetti llegó antes que los chicos, y optó por quedarse en la cocina haciendo compañía a Paola, que acababa de preparar el almuerzo. Mientras ella ponía la mesa, él destapaba cacerolas y abría el horno. Era reconfortante encontrar platos familiares: sopa de lentejas, pollo bien cubierto de col roja y-le pareció- *radicchio di Treviso*.

–¿Tienes que recurrir a todas tus dotes detectivescas para examinar ese pollo? – preguntó Paola mientras ponía las copas.

–No exactamente -dijo él cerrando el horno e irguiendo el cuerpo-. Mi investigación se centra en el *radicchio*, *signora* y en averiguar si por ventura hay en él vestigios de la misma *pancetta* que he detectado en la sopa de lentejas.

–Un olfato tan fino podría poner fin a toda la delincuencia de la ciudad -dijo ella acercándose y, rozándole la punta de la nariz con la yema del dedo. Destapó la sopa y la removió-. Llegas temprano -agregó entonces.

–Estaba cerca de San Marco, y ya no merecía la pena volver al despacho -dijo él, tomando un trago de agua mineral-. He ido a ver a la *signora* Moro -prosiguió, y se detuvo, por si Paola hacía algún comentario. No lo hizo y él explicó-: Quería hablar con ella del accidente de caza.

–¿Y...? – le instó Paola.

–Alguien le disparó desde un bosque situado cerca de la casa de sus amigos, y luego se presentaron otros cazadores que la llevaron al hospital.

–¿Estás seguro de que eran otros cazadores? – preguntó Paola, con lo que demostraba que su escepticismo natural se había acrecentado después de sus más de veinte años de matrimonio con un policía.

–Eso parece -dijo él sencillamente.

Como sabía que él se resistía a mencionar el caso, le preguntó:

–¿Y el chico?

–Me ha dicho que él no se mató. Y no ha dicho más.

–Era su madre -dijo Paola-. Créela.

–¿Tan simple lo ves? – preguntó Brunetti, sin disimular su propio escepticismo.

–Sí; tan simple. Si alguien puede saber de lo que él era capaz, es ella.

Reacio a debatir el tema, él se sirvió otro vaso de agua y se acercó a la ventana que daba al Norte. A su espalda, Paola preguntó:

–¿Cómo está?

Él pensó en la mujer, recordó la voz, los ojos que lo miraban sin interés, la piel de su cuello, fina como el papel.

–Reducida -dijo él al fin-. Ya no es una persona completa. – Pensó que Paola le pediría que le aclarase eso, pero no se lo pidió-. Yo había visto una foto suya, de hace años, con el chico y con su marido. Aún parece la misma, quiero decir que podrías reconocerla por la foto, pero está disminuida.

–Eso tiene sentido -dijo Paola-. Está disminuida.

No sabía por qué imaginaba que Paola podía tener respuesta, pero de todos modos le preguntó:

–¿Se recuperará?

Hasta después de decirlo, Brunetti no comprendió que su pregunta obligaba a Paula a plantearse la hipótesis de la muerte de sus propios hijos, ya que para contestarla tenía que ponerse en el lugar de la otra mujer. Le pesaba habérselo preguntado. Nunca había tenido valor para preguntarle si ella pensaba en esa posibilidad y, si así era, con qué frecuencia. Aunque siempre le había parecido absurdo que los padres se preocuparan excesivamente por la seguridad de sus hijos, es decir, si no existía un peligro real, no había día en que él no se preocupara por los suyos. El hecho de que comprendiera que ello era ridículo - especialmente, en una ciudad sin coches- en nada mitigaba su inquietud ni le impedía contar las maneras en las que la integridad de sus hijos podía estar amenazada.

La voz de Paola irrumpió en sus reflexiones.

–No; no creo que la muerte de un hijo pueda superarse. No del todo.

–¿A ti te parece que es peor para la madre? – preguntó él.

Ella meneó la cabeza desestimando sus palabras.

–No; eso es una tontería.

Él agradeció que no pusiera un ejemplo para demostrarle que el dolor de un padre puede ser igual de hondo. Apartó la vista de las montañas y la miró a los ojos.

–¿Tú qué crees que ocurrió? – preguntó Paola.

Incapaz de encontrar un sentido a todo lo que había sucedido a la familia Moro, él movió la cabeza negativamente.

–No tengo más que cuatro hechos: él escribe el informe y es represaliado; es elegido al Parlamento y renuncia al escaño; su esposa ha recibido un disparo poco antes de que él dimita; dos años después, su hijo aparece ahorcado en el aseo de la escuela.

–¿La escuela puede tener algo que ver? – preguntó Paola.

–¿Por qué razón? ¿Por ser una academia militar?

–Es la única particularidad que tiene, ¿no? – dijo ella-. Además del hecho de que se pasan todo el invierno andando por la ciudad con aspecto de pingüinos. Y el resto del año como si tuvieran algo maloliente debajo de la nariz. – Ésa era la descripción que solía hacer Paola de los esnobs y sus maneras. Por ser hija de un *conte* y de una *contessa* y haber pasado la juventud rodeada de riquezas y títulos y de los parásitos que atraen unas y otros, ella tenía que conocerlos bien, pensaba su marido.

–Siempre he oído decir que el nivel académico es bueno -dijo él.

–¡Bah! – explotó ella, borrando del aire tal posibilidad con una bocanada de aliento.

–Ése no me parece un argumento concluyente -dijo él-. Pese a estar bien articulado y razonado.

Paola se volvió de cara a él con los brazos en jarras, en la actitud de la actriz que opta al papel de Mujer Airada.

–Quizá mi argumento no sea concluyente, pero procuraré articularlo.

–Me encanta usted cuando se enoja de esa manera, *signora Paola* - dijo él forzando la voz hasta su registro más agudo. Ella dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y se echó a reír-. Te escucho -agregó, alargando la mano hacia la botella de pinot noir que estaba en la encimera.

–Susanna Arici dio clases allí, cuando volvió de Roma, mientras esperaba obtener plaza en una escuela estatal. Pensó que, aceptando el puesto que le ofrecía la academia, aunque fuera sólo a tiempo parcial, por lo menos habría entrado en el sistema de la enseñanza pública. – Al advertir la mirada interrogativa de Brunetti explicó:- Pensó que la

escuela dependía del ejército y que, por lo tanto, era un centro estatal. Pero es totalmente privado, no está adscrita al ejército de modo oficial, aunque da esa impresión y consigue recibir subvención del Estado. En definitiva, lo único que Susanna consiguió fue un empleo a tiempo parcial, mal pagado. Y, cuando llegó el momento de nombrar a un titular permanente para el puesto, no la nombraron a ella.

—¿Qué enseñaba? ¿Inglés? — Brunetti había coincidido con Susanna varias veces. Era la hermana menor de una condiscípula de Paola, había estudiado en Urbino y regresado a Venecia para dar clases, donde seguía residiendo, felizmente divorciada y compartiendo la vida con el padre de su segunda hija.

—Sí, pero sólo un año.

Aquello había ocurrido hacía casi diez años, por lo que Brunetti preguntó:

—¿No crees que desde entonces pueden haber cambiado las cosas?

—No sé por qué habrían de cambiar. Las escuelas públicas no han hecho sino empeorar, desde luego, aunque supongo que los alumnos siguen poco más o menos lo mismo, y no veo por qué las privadas iban a ser diferentes.

Brunetti apartó una silla de la mesa y se sentó.

—Bueno, cuenta. ¿Qué decía Susanna?

—Que la mayoría de los padres eran unos prepotentes que transmitían a los hijos su sentimiento de superioridad. Y a las hijas también, por supuesto, pero como la academia sólo admite a chicos... - La voz de Paola se apagó, y durante un momento Brunetti creyó que iba a aprovechar esa oportunidad para lanzarse a la denuncia de las escuelas que discriminan por el sexo y reciben fondos del Estado.

Ella se acercó, le tomó la copa de la mano, bebió un sorbo y se la devolvió.

—No temas, cariño. Los sermones, uno a uno.

Brunetti, para no alentarla, ahogó una sonrisa.

—¿Qué más decía Susanna? — preguntó.

—Que se creen con derecho a todo lo que tienen, o que tienen sus padres, y que se sienten miembros de un grupo especial.

—¿No nos sentimos todos así? — preguntó Brunetti.

–En ese caso -prosiguió Paola-, es más bien que se sienten vinculados únicamente al grupo, a sus reglas y decisiones.

–¿Y no es eso lo que yo digo? – preguntó Brunetti-. Así nos sentimos también los de la policía. Bueno, por lo menos algunos.

–Sí, claro. Pero también os sentís sometidos al resto de las leyes que nos gobiernan a los demás, ¿no?

–Desde luego -convino Brunetti. Pero entonces su conciencia, y también su inteligencia, le hicieron agregar-: Algunos.

–Bien, pues Susanna decía que esos chicos, no. Que ellos no reconocen más normas que las militares. Que mientras las cumplan y permanezcan leales al grupo, puedan hacer lo que les venga en gana. – Paola observaba a su marido mientras hablaba y, al darse cuenta de la atención con que él escuchaba, prosiguió-: Es más, decía que los profesores, la mayoría de los cuales tienen un pasado militar, hacían cuanto podían para fomentar en los alumnos esta manera de pensar. Les decían que, ante todo y por encima de todo, se considerasen soldados. – Entonces sonrió, pero con tristeza-. Es patético: no son soldados ni tienen una verdadera relación con los militares y, no obstante, se les inculca que deben considerarse guerreros y rendir culto a la violencia. Es nauseabundo.

Algo que le estaba rondando por la cabeza a Brunetti se definió por fin:

–¿Estaba ella allí cuando violaron a aquella muchacha? – preguntó.

–No; me parece que eso ocurrió un año o dos después. ¿Por qué?

–Estaba tratando de recordar el caso. La chica era hermana de uno de los alumnos, ¿verdad?

–Sí, o prima -dijo Paola. Agitó la cabeza, como para estimular la memoria-. Lo único que recuerdo es que se avisó a la policía y, al principio, parecía que la chica había sido violada. Pero la noticia desapareció de los periódicos como por ensalmo.

–Es curioso, pero no lo recuerdo con claridad, sólo el hecho en sí, sin los detalles.

–Debió de ser cuando estabas en Londres, en aquel cursillo -apuntó Paola-. Recuerdo haber pensado que no tenía manera de saber lo que había ocurrido realmente, porque tú no estabas aquí para contármelo, y mi única fuente de información eran los periódicos.

–Sí; eso debió de ser -dijo él-. En los archivos tiene que haber algo; por lo menos, el informe original.

–¿Lo encontrarías?

–La *signorina* Elettra, seguro.

–Pero, ¿por qué molestarse? – dijo Paola con súbita vehemencia-. El caso no tiene nada de particular: niños ricos, papas ricos, silencio, la noticia desaparece de los periódicos y, seguramente, de los archivos públicos.

–De todos modos, le pediré que mire -dijo Brunetti, y preguntó:- ¿Qué más decía Susanna?

–Que nunca se había sentido a gusto allí. Que percibía un resentimiento encubierto, por su condición de mujer.

–Ella nada podía hacer para remediarlo, ¿verdad?

–Ya lo remediaron ellos al contratar a la persona que la sustituyó.

–A ver si lo adivino. ¿Era un hombre?

–Completamente.

Con cautela, procurando no azuzar uno de los caballos de batalla de Paola, él preguntó:

–¿No estaré detectando ahí un cierto sexismo a la inversa?

La mirada de Paola fue furibunda, pero enseguida se suavizó con una sonrisa de tolerancia:

–Según Susanna, el nuevo profesor hablaba un inglés tan bueno como el de un taxista parisiense, pero había pasado por la Academia Naval de Livorno, por lo que si lo hablaba bien o no era un detalle sin importancia. Ni si lo hablaba siquiera. En realidad, se trata de una institución que, salvando las distancias, podría compararse con esos colegios privados femeninos en los que se enseña a las señoritas a comportarse en sociedad, sólo que ahí se prepara a los chicos para seguir los pasos del padre en el ejército o para entrar en el negocio familiar. Y no es que el ejército sea una institución que exija un gran nivel intelectual. – Antes de que Brunetti pudiera discutírselo, Paola dijo:- Sí, quizá exagero, lo reconozco. Es cierto que Susanna tiene tendencia a ver sexismo donde no lo hay.

Cuando se hubo repuesto de la impresión causada por este alarde de ecuanimidad, Brunetti dijo:

–¿Recuerdas que ella dijera entonces todas esas cosas?

–Desde luego. Yo fui una de las personas que la recomendaron para el puesto, y por eso cuando la despidieron me lo dijo. ¿Por qué lo preguntas?

–Quería saber si habías hablado con ella después de que ocurriera eso.

–¿Lo de ese chico?

–Sí.

–No; hace, no sé, por lo menos seis meses que no hemos hablado. Pero si lo recuerdo tan bien tal vez sea porque me confirmó todo lo que yo había pensado siempre de los militares. Tienen la moralidad de las víboras. Todo vale para taparse las faltas unos a otros: la mentira, el fraude, el perjurio. No tienes más que ver lo que ocurrió cuando aquellos norteamericanos chocaron con su avión contra el teleférico. ¿Alguno de ellos contó la verdad? Que yo sepa, ninguno estuvo en prisión. ¿A cuántas personas mataron? ¿Veinte? ¿Treinta? – Gruñó de indignación, se sirvió media copa de vino, pero la dejó en la encimera, sin probarla, mientras proseguía-: Hacen lo que se les antoja a cualquiera que no pertenezca a su grupo y, en cuanto la gente empieza a hacer preguntas, no sueltan prenda y se ponen a hablar de honor y lealtad y de toda la sacrosanta mierda. Hasta a un cerdo le daría náuseas. – Calló, cerró los ojos un momento y los abrió lo justo para ver la copa de vino y asirla. Tomó un sorbo pequeño y luego otro mayor. De repente, sonrió-. Fin del sermón.

En su juventud, Brunetti había hecho dieciocho meses de modesto servicio militar, pasados, en su mayor parte, de caminatas por las montañas con otros *alpini*. Sus recuerdos, cubiertos por la dorada pátina del tiempo, según él mismo reconocía, traslucían un sentimiento de unidad y compañerismo completamente diferente del que evocaban los de su familia. Al rememorar aquella época, la imagen que le venía a la mente con más claridad era la de una cena de pan, queso y salami, devorada en compañía de otros cuatro chicos, en una helada cabaña del Alto Adigio, seguida de dos botellas de *grappa* y de un concierto de cantos marciales. Nunca se lo había contado a Paola, no porque se avergonzara de la borrachera sino porque el recuerdo aún le producía una ingenua alegría. No sabía qué había sido de los otros chicos -ahora ya hombres maduros-, adonde habían ido ni lo que habían hecho

después del servicio militar, pero sabía que, en el frío de aquella cabaña, se había forjado una especial solidaridad y que él nunca volvería a experimentar algo parecido.

Se obligó a volver al presente y a su esposa.

–A ti siempre te han caído mal los militares, ¿verdad?

La respuesta fue instantánea:

–Dame una razón en contra.

Consciente de que ella desestimaría su recuerdo de la cena en la cabaña como un rito de fraternidad masculina de la peor especie, Brunetti descubrió que no tenía argumentos:

–¿La disciplina?

–¿Nunca has viajado en tren con un puñado de soldados? – preguntó Paola, y luego repitió con un resoplido de desdén:-

¿Disciplina?

–El servicio militar los aparta de las faldas de mamá.

Ella se rió.

–Quizá sea ésa la única ventaja. Desgraciadamente, al cabo de los dieciocho meses, todos vuelven al nido.

–¿Eso es lo que crees que hará Raffi? – preguntó Brunetti.

–Si en algo vale mi opinión -empezó ella, y Brunetti se preguntó cuándo no había valido-, Raffi no hará el servicio militar. Vale más que se vaya a Australia y se pase dieciocho meses recorriendo el país y trabajando de lavaplatos. Desde luego, así aprenderá cosas más útiles. O que haga el servicio sustitutorio, trabajando de voluntario en un hospital.

–¿Y tú le dejarías ir a Australia solo? ¿Dieciocho meses? ¿A fregar platos?

Paola lo miró y sonrió al ver la expresión de auténtico asombro que él tenía en la cara.

–¿Por quién me tomas, Guido? ¿Por una gallina clueca? No sería fácil dejarlo marchar, ni mucho menos, pero creo que le haría mucho bien independizarse. – Como Brunetti no decía nada, agregó:- Por lo menos, le enseñaría a hacerse la cama.

–Ya se la hace -dijo Brunetti, tomando la frase al pie de la letra.

–Quiero decir, en un sentido más amplio -explicó Paola-. Así comprendería que la vida no se reduce a esta pequeña ciudad con sus

pequeños prejuicios y quizá se diera cuenta de que para conseguir lo que quieres tienes que trabajar.

–¿En vez de pedirlo a tus padres?

–Exactamente. O a tus abuelos.

Raras veces había oído Brunetti a Paola expresar, ni veladamente, una crítica de sus padres, por lo que la curiosidad le hizo ahondar en el tema.

–¿Para ti fue demasiado fácil? Me refiero a tu infancia.

–No mucho más fácil que para ti difícil, cariño.

Brunetti, que no estaba seguro de lo que ella había querido decir, iba a preguntárselo cuando se abrió bruscamente la puerta del apartamento y Chiara y Raffi irrumpieron en el corredor, catapultados. Él y Paola se miraron y sonrieron. Ya era hora de almorzar.

Como solía ocurrir, el almuerzo en casa, en compañía de su familia, levantó enormemente el ánimo a Brunetti. No hubiera podido precisar si su reacción era distinta de la del animal que vuelve a su guarida: segura, con el calor de la prole que saliva al oler la presa recién muerta que les trae. Cualquiera que fuera la causa, la experiencia lo reconfortaba y le permitía volver al trabajo con nuevas energías para reanudar la caza.

Toda imagen de violencia se borró de su mente cuando entró en el despacho de la *signorina* Elettra y la vio sentada a su mesa, leyendo, con la barbilla apoyada en una mano, cómoda y relajada.

–¿No interrumpo, supongo? – preguntó viendo en los papeles el sello del Ministerio del Interior y, debajo, la franja roja que marcaba los documentos confidenciales.

–Nada de eso, comisario -dijo ella, guardando los papeles en una carpeta con movimiento indolente, con lo que despertó el interés de Brunetti.

–¿Puedo pedirle un favor? – preguntó él mirándola a los ojos y evitando leer la etiqueta de la carpeta.

–Por supuesto, comisario -dijo ella. Guardó la carpeta en el cajón de arriba y se acercó un bloc-. ¿De qué se trata? – preguntó, bolígrafo en mano, con una amplia sonrisa.

–¿En la carpeta de la academia hay algo sobre la violación de una muchacha?

El bolígrafo cayó sobre la mesa y la sonrisa se desvaneció. Toda ella se retrajo, pero no dijo nada.

–¿Se encuentra bien, *signorina*? -preguntó él, alarmado.

Ella miró al bolígrafo, lo recogió, puso el capuchón cuidadosamente, lo quitó, miró a Brunetti y sonrió.

–Desde luego, comisario. – Miró el bloc, apoyó la punta del bolígrafo en el papel-. ¿Nombre de la muchacha? ¿Cuándo ocurrió?

–No lo sé -empezó Brunetti-. Ni siquiera estoy seguro de que ocurriera. Debió de ser hace unos ocho años, seguramente, mientras yo estaba en Londres, en un seminario de la policía. Fue en la San Martino. Según el informe original, la muchacha fue violada, al

parecer, por más de uno. Pero no se presentaron cargos, y no se habló más del caso.

—¿Y qué desea que busque, comisario?

—No lo sé con exactitud -respondió Brunetti-. Cualquier indicio de lo que pudiera ocurrir, quién era la muchacha, por qué el caso desapareció de los periódicos. Todo lo que encuentre.

Pareció que le llevaba mucho tiempo hacer la anotación; él aguardaba a que terminara. Todavía con el bolígrafo en la mano, ella dijo:

—Si no se presentó denuncia, no es probable que tengamos algo aquí, ¿verdad?

—No; pero quizá encuentre alguna referencia del parte original.

—¿Y si no?

Brunetti estaba sorprendido: normalmente, ella no manifestaba tantas dudas ante una investigación.

—Quizá en los periódicos. Una vez sepa la fecha, claro -dijo.

—Miraré en su carpeta de Personal, para ver cuándo estuvo en Londres, comisario. — Ella levantó la mirada del bloc, con la cara serena.

—Sí, claro -dijo él sin convicción-. Estaré en mi despacho.

Mientras subía la escalera, Brunetti pensaba en lo que había dicho Paola acerca de los militares, tratando de descubrir por qué él no podía decidirse a condenarlos tan rotundamente. Sabía que en parte era a causa de su propia experiencia en el ejército, por breve que hubiera sido, y por el buen recuerdo que guardaba de aquel período de franca camaradería. Quizá no fuera nada más elevado que el espíritu de la partida, reunida en torno a la presa, comentando las incidencias de la cacería, mientras la grasa chisporrotea en el fuego. Pero, si no le engañaba la memoria, su lealtad era para con sus camaradas inmediatos, no para un ideal abstracto de cuerpo o regimiento.

En sus lecturas de relatos históricos, Brunetti había encontrado muchos ejemplos de soldados que morían defendiendo con orgullo la bandera del regimiento o realizando gestas heroicas para salvar el supuesto honor del grupo, pero esos actos siempre le parecían una manera un poco estúpida de malgastar la vida. Desde luego, al leer la narración de los hechos en sí y hasta el texto de las honras militares que

se tributaban a los valientes, casi siempre, a título póstumo, Brunetti sentía que se le ensanchaba el corazón ante la nobleza de su conducta, pero, en el fondo, el pragmático sentido común entonaba su antífona, para recordarle que unos muchachos habían sacrificado la vida para defender lo que no era más que un trozo de tela. Intrépidos, sí, y valientes, pero también insensatos hasta la idiotez.

Encontró la mesa cubierta de informes de todas clases, detritus de varios días de falta de atención. Envolviéndose en el sentido del deber, Brunetti dedicó las dos horas siguientes a una ocupación tan fútil como cualquiera de los actos que tanto reprochaba él en aquellos valientes jóvenes. Mientras leía informes de arrestos por robos en domicilios y por las distintas modalidades de delincuencia callejera, observó que los nombres de muchos de los detenidos eran extranjeros y que su edad los eximía de pena. Eso no le preocupaba; lo alarmante era que cada uno de aquellos arrestos suponía otro voto para la derecha. Años atrás, había leído un cuento, seguramente, de un estadounidense, que terminaba con la imagen de un interminable cortejo de pecadores que subían al cielo caminando por un ancho arco. A veces, imaginaba que el mismo cortejo de pecadores caminaba lentamente por el firmamento de la política italiana, pero su destino no era precisamente el paraíso.

Medio idiotizado por el tedio de la tarea, oyó que alguien pronunciaba su nombre desde la puerta y, al levantar la cabeza, vio a Pucetti.

—¿Sí, Pucetti? —dijo llamando con un ademán al joven agente—. Pase. Siéntese. ¿De qué se trata? —preguntó. Al mirar al recién llegado, se sintió impresionado por lo joven que parecía con su bien planchado uniforme; demasiado joven para llevar aquella pistola en la cadera y demasiado inocente para haber aprendido a manejarla.

—Es sobre el chico Moro, señor —dijo Pucetti—. Vine ayer pero usted no estaba.

Sonaba casi como un reproche, algo que Brunetti no estaba acostumbrado a oír de labios de Pucetti. Lo incomodó que el joven se atreviera a hablarle en este tono, pero reprimió el impulso de explicar a Pucetti que no había necesidad de apresurarse. Si se daba la impresión de que la policía trataba el caso de la muerte de Moro como suicidio, quizá la gente se mostrara dispuesta a hablar del chico con mayor

libertad; además, él no tenía por qué justificarse ante este muchacho. Esperó un poco más de lo habitual y preguntó simplemente:

–¿Qué hay?

–¿Recuerda el día en que estuvimos hablando con los cadetes? – dijo Pucetti, y el comisario sintió la tentación de preguntarle si se figuraba que había llegado a la edad en la que necesitaba estímulos para que le funcionase la memoria.

–Sí -se limitó a decir Brunetti.

–Ha ocurrido algo extraño, señor. Cuando fuimos a hablar con ellos otra vez, al parecer algunos no sabían ni que hubiera estudiado con ellos en la escuela. La mayoría me dijeron que no lo conocían bien. Hablé con Pellegrini, el que lo encontró, pero no sabía nada. Me dijo que la noche antes había bebido mucho y se acostó alrededor de la medianoche. – Antes de que Brunetti pudiera preguntar, Pucetti informó-: Sí; había estado en una fiesta, en casa de un amigo, en Dorsoduro. Cuando le pregunté cómo había entrado, me dijo que tenía llave del *portone*. Que había pagado al *portiere* veinte euros por ella y, por la manera de decirlo, daba la impresión de que cualquiera podía comprarla. – Hizo una pausa, por si Brunetti tenía alguna pregunta, y prosiguió-: Hablé con el compañero de cuarto, que dijo que era verdad y que Pellegrini lo había despertado al llegar. Pellegrini explicó que se había levantado a eso de las seis a beber agua y que entonces encontró a Moro.

–Pero no fue él quien llamó, ¿verdad?

–¿El que nos llamó a nosotros, quiere decir?

–Sí.

–No, señor: fue un conserje. Dijo que al entrar a trabajar oyó un tumulto en los aseos y, al ver lo sucedido, nos llamó.

–Más de una hora después de que Pellegrini encontrara el cuerpo - dijo Brunetti, como pensando en voz alta. En vista de que Pucetti callaba, le instó-: ¿Qué más? Siga. ¿Qué más dijeron de Moro?

–Todo está aquí, señor -dijo el agente, poniendo una carpeta en la mesa de Brunetti. Pareció sopesar lo que iba a decir-: Ya sé que parece extraño, pero da la impresión de que a la mayoría no les importa. No como nos importaría a nosotros o a cualquiera, si le pasara una cosa así a un conocido o a un compañero de trabajo. – Reflexionó y agregó-:

Daba un poco de tristeza, su manera de hablar, como si no lo conocieran. Si vivían allí juntos, si iban a clase juntos, ¿cómo no habían de conocerlo? – Al oírse levantar la voz, Pucetti se obligó a calmarse-. De todos modos, uno me dijo que un par de días antes había tenido una clase con Moro y que por la noche y al día siguiente habían estado estudiando juntos, preparando un examen.

–¿Cuándo era el examen?

–Al día siguiente.

–¿Al día siguiente de qué? ¿De la muerte?

–Sí, señor.

La conclusión de Brunetti fue terminante, pero aun así preguntó a Pucetti:

–¿A usted qué le parece?

Era evidente que el agente se había preparado para esa pregunta, porque su respuesta fue inmediata.

–La gente se suicida, bueno, por lo menos, eso me parece a mí, se suicida, quizá, después de un examen, si el resultado es malo. Por lo menos, eso haría yo -dijo, y agregó-: aunque yo nunca me mataría por un estúpido examen.

–¿Por qué se suicidaría usted, Pucetti?

El agente miró a su superior con ojos de búho.

–Pues, me parece que por nada. ¿Y usted, señor?

Brunetti rechazó la idea con un ademán.

–Por nada, desde luego. Aunque supongo que eso nunca se sabe. – Tenía amigos que estaban suicidándose con el estrés, el tabaco o el alcohol, y algunos tenían hijos que se suicidaban con la droga, pero no recordaba a nadie, por lo menos, en este momento, a quien considerase capaz de darse la muerte deliberadamente. Pero quizá ésta sea la razón por la que un suicidio cae siempre como un rayo: el que se suicida es siempre aquel de quien menos sospecharías semejante acto.

Su atención volvió a Pucetti sólo a tiempo de captar el final de lo que decía:

–...para ir a esquiar este invierno.

–¿El joven Moro? – preguntó Brunetti, disimulando su distracción.

–Sí, señor. Y ese chico dijo que a Moro le ilusionaba, que le encantaba esquiar. – Calló esperando algún comentario de su superior

y, en vista de que no llegaba, prosiguió-: Parecía realmente afectado.

–¿Quién? ¿Ese chico?

–¿Sí.

–¿Por qué?

Pucetti lo miró con extrañeza, sorprendido de que Brunetti no lo hubiera deducido.

–Porque, si no se mató él, alguien tuvo que matarlo.

Al ver la mirada de complacencia con que Brunetti lo escuchaba, Pucetti empezó a sospechar, no sin cierta desazón, que quizá su superior sí lo había deducido.

En días sucesivos, la atención de Brunetti tuvo que desviarse de la familia Moro y sus desgracias para concentrarse en el *Casinò*. En esta ocasión, no se pidió a la policía que investigara las frecuentes y refinadas formas de fraude practicadas por jugadores y crupieres sino las acusaciones formuladas contra la administración del casino por enriquecerse a costa del erario público. Brunetti era uno de los pocos venecianos que recordaban que el *Casinò* pertenecía a la ciudad y, por consiguiente, era consciente de que cualquier apropiación indebida o malversación de las ganancias del *Casinò* era una detracción de los fondos destinados a la ayuda a viudas y huérfanos. Que personas que pasan la vida entre apostadores y tahúres roben no era una sorpresa para Brunetti, lo que a veces lo asombraba era el descaro con que actuaban, porque, al parecer, todos los servicios accesorios del *Casinò* - banquetes, fiestas particulares, incluso el bar- habían ido siendo transferidos discretamente a una empresa que estaba administrada por el hermano del director.

Como hubo que traer a detectives de otras ciudades, para que no fueran reconocidos cuando acudieran al *Casinò* haciéndose pasar por jugadores, y encontrar a empleados dispuestos a declarar contra sus jefes y compañeros, hasta el momento, la investigación había sido lenta y complicada. Brunetti se encontró implicado en ella a expensas de otros casos, incluido el de Ernesto Moro, en el que seguían acumulándose los indicios que abonaban la tesis del suicidio: ni el informe del laboratorio con el análisis de la cabina de la ducha y la habitación del muchacho contenía dato alguno que pudiera esgrimirse para justificar sospechas sobre la causa de la muerte, ni las declaraciones de alumnos y profesores revelaban una opinión que no fuera la del suicidio. Brunetti, aunque no se dejaba convencer por la falta de indicios verosímiles que apoyaran su idea, recordaba las veces en las que su impaciencia había perjudicado la investigación. Así pues, paciencia y calma eran el lema que se había impuesto.

El magistrado nombrado para la instrucción del caso iba a dictar orden de arresto para la plana mayor del *Casinò* cuando la oficina del alcalde emitió una declaración por la que se anunciaba el traslado del

director a otra dependencia de la administración municipal y el ascenso de sus adjuntos a cargos de relevancia en otras ciudades. Por su parte, los dos testigos principales pasaron a ocupar puestos importantes en el reorganizado *Casinò*, y entonces ambos comprendieron que su anterior interpretación de los hechos tenía que ser errónea. Reventado el caso, la policía se retiró del suntuoso *palazzo* del Canal Grande y los detectives foráneos volvieron a sus lares.

Estos hechos tuvieron como consecuencia una llamada de Patta a última hora de la mañana, durante la cual el *vicequestore* reprendió a Brunetti por lo que él juzgaba una actuación hiperagresiva de la policía hacia la administración del *Casinò*. Como Brunetti -que siempre consideraba los crímenes contra la propiedad con mentalidad abierta- nunca había mirado a los sospechosos más que con una leve reprobación, las acaloradas palabras de Patta cayeron sobre él sin producir más efecto que una lluvia de primavera en una tierra empapada.

Hasta que su superior se refirió a la familia Moro no empezó Brunetti a prestar atención a sus palabras.

—El teniente Scarpa me ha dicho que ese muchacho estaba considerado inestable, por lo que no hace falta que sigamos empantanados en este asunto. Me parece que ha llegado el momento de cerrar el caso.

—¿Por quién, señor? —inquirió Brunetti cortésmente.

—¿Cómo?

—¿Por quién? ¿Por quién estaba considerado inestable?

La reacción de Patta indicaba que no había creído necesario hacer esa pregunta: para él, la afirmación de Scarpa era prueba más que suficiente.

—Por sus profesores, supongo. Gente de la escuela. Sus amigos. Las personas con las que hablara el teniente -enumeró Patta rápidamente-. ¿Por qué lo pregunta?

—Por curiosidad, señor. No sabía que el teniente estuviera interesado en este caso.

—No he dicho que estuviera interesado -dijo Patta sin disimular su disgusto por esta nueva prueba de la incapacidad de Brunetti para hacer lo que todo buen policía debe hacer: darse cuenta de cuándo una

sugerencia es realmente una orden; aunque, más que incapacidad, el *vicequestore* sospechaba que era resistencia. Aspiró profundamente-. Con quienquiera que hablara, le dijo que el chico era francamente inestable. Por ello parece aún más probable que fuera suicidio.

—Desde luego, eso indicaba la autopsia -afirmó Brunetti con suavidad.

—Sí, ya lo sé. — Antes de que Brunetti pudiera preguntar, Patta prosiguió-: No he tenido tiempo de leer detenidamente el informe del forense, pero la impresión general apunta al suicidio.

A Brunetti no le cabía duda alguna acerca de la identidad del autor de la impresión general. Lo que no estaba claro era por qué el teniente Scarpa se interesaba en un caso en el que no intervenía.

—¿Ha dicho algo más? — preguntó Brunetti, procurando aparentar sólo un leve interés.

—No. ¿Por qué?

—Oh, es sólo que si el teniente está tan convencido, podemos comunicar a los padres que la investigación está cerrada.

—Usted ya ha hablado con ellos, ¿verdad?

—Sí, hace varios días. Pero, como recordará, señor, usted me pidió que me asegurara de que nuestras conclusiones no dejaban lugar a duda, para no dar al padre motivo de queja por nuestra actuación, habida cuenta de los problemas que ha causado a otras agencias del Estado.

—¿Se refiere a su informe? — preguntó Patta.

—Sí, señor. Pensé que desearía usted asegurarse de que no podía promover una investigación similar sobre nuestra forma de actuar respecto a la muerte de su hijo. — Brunetti hizo una pausa, para apreciar el efecto de estas palabras y, al advertir las primeras señales de inquietud en Patta, remachó-: Parece haberse ganado la confianza del público, por lo que cualquier queja que formulara tendría eco en la prensa. — Se permitió un pequeño gesto de displicencia con los hombros-. Pero, si el teniente Scarpa está seguro de que hay pruebas suficientes para convencer a los padres de que fue suicidio, desde luego, no veo razón por la que yo deba seguir trabajando en el caso. — Dándose una palmada en los muslos, Brunetti se puso en pie, deseoso

de ir en busca de nuevas tareas que acometer, ahora que el caso Moro había sido tan limpiamente resuelto por su colega, el teniente Scarpa.

–Bien -dijo Patta arrastrando la sílaba-, quizá sea prematuro pensar que los factores que concurren en el caso sean tan concluyentes como el teniente Scarpa nos los presenta.

–No sé si le he entendido bien, señor -mintió Brunetti, que no estaba dispuesto a dejar que Patta se librara tan fácilmente y quería ver hasta dónde llegaría en su deseo de distanciarse del afán de Scarpa por liquidar el caso. Como Patta no respondiera, Brunetti preguntó, envalentonado-: ¿Hay alguna duda acerca de esa gente? ¿De esos testigos? – Con un estimable ejercicio de autodominio, Brunetti pronunció la última palabra sin asomo de sarcasmo. Patta seguía sin decir palabra, y el comisario preguntó-: ¿Qué le ha dicho, señor?

Patta volvió a señalar la silla a Brunetti, mientras él se arrellanaba en su sillón y apoyaba la barbilla en la palma de la mano: seguramente, postura diseñada para disipar toda idea de amenaza y aprendida en algún seminario de dirección, como medio para mostrar solidaridad con un inferior. Sonrió, se frotó brevemente la sien izquierda y volvió a sonreír.

–Quizá el teniente se haya excedido en su deseo por hacer cuadrar el caso -expresión que bien podía proceder del mismo seminario- frente a los padres del muchacho. Es decir, en la escuela se rumoreaba que, en los días que precedieron a su muerte, Moro no parecía el mismo. Pensándolo mejor, se me ocurre que quizá el teniente se haya precipitado al ver en ello prueba de suicidio -aventuró Patta, y agregó rápidamente-: Aunque estoy seguro de que está en lo cierto.

–¿Han dicho esos chicos cómo se comportaba? – Antes de que Patta pudiera responder a esta primera pregunta, Brunetti hizo la segunda-: ¿Y quiénes son esos chicos?

–No recuerdo si me lo dijo.

–Figurará en su informe, si duda -dijo Brunetti inclinándose hacia adelante mínimamente, como si esperase que Patta le enseñara el informe por escrito del teniente.

–Me hizo el informe verbalmente.

–¿Por lo tanto, sin dar nombres?

–No que yo recuerde.

–¿Sabe si posteriormente el teniente ha redactado su informe por escrito?

–No lo sé, pero no creo que lo considerase necesario, después de haber hablado conmigo -dijo Patta.

–Por supuesto.

–¿Qué quiere decir con eso? – preguntó Patta, recuperando rápidamente su actitud habitual.

La sonrisa de Brunetti era desvaída.

–Sólo que habrá pensado que, con informar a su superior, ya había cumplido con su deber. – Dicho esto, hizo una pausa larga y adoptó la expresión que había visto utilizar a un tenor que hacía el papel de simple en *Boris Godunov*-. ¿Qué hacemos ahora, señor?

Durante un momento, temió haber ido demasiado lejos, pero la respuesta de Patta indicaba que no era así.

–Quizá fuera conveniente volver a hablar con los padres -empezó el *vicequestore*-, para ver si aceptarían un dictamen de suicidio. – A veces, la sinceridad de Patta era pasmosa, dada la falta de interés por la verdad que revelaba.

–¿No debería ir a hablar con ellos el teniente, señor?

La proposición mereció el interés de Patta.

–No; me parece preferible que vaya usted. Al fin y al cabo, ya los conoce y supongo que ellos lo habrán encontrado comprensivo. – Cualidad que, en boca de Patta y atribuida a Brunetti, más que una virtud parecía un defecto. Patta siguió reflexionando:- Sí; así lo haremos. Vaya usted a hablar con ellos, para ver qué dicen. Usted ya sabrá cómo plantearlo. Una vez ellos acepten que fue suicidio, podremos cerrar el caso.

–¿Y volver a centrar la atención en el *Casinò*? -preguntó Brunetti sin poder contenerse.

La frialdad de la mirada de Patta no sólo hizo bajar varios grados la temperatura del despacho sino que proyectó a Brunetti a una gran distancia.

–Me parece que la ciudad se ha mostrado plenamente capaz de resolver ese problema -declaró Patta, haciendo sospechar a Brunetti, no por primera vez, que su superior podía no ser tan corto como a él le gustaba creer.

Una vez en su despacho, el comisario estuvo revolviendo papeles hasta encontrar la delgada carpeta que contenía los documentos generados por la muerte de Ernesto Moro. Marcó el número del padre y, después de seis señales, una voz de hombre contestó dando el apellido.

–*Dottor* Moro. Soy el comisario Brunetti. Me gustaría volver a hablar con usted, si fuera posible. – Moro no respondía, y Brunetti agregó, hablando al silencio-: ¿Podría indicarme a qué hora puedo ir a verle?

Oyó suspirar al otro hombre.

–Ya le dije que no tengo nada más que decirle, comisario. – La voz era serena, inexpresiva.

–Lo sé, *dottore*, y le pido perdón por molestarle, pero necesito hablar otra vez con usted.

–¿Lo necesita?

–Creo que sí.

–En esta vida necesitamos muy pocas cosas, comisario, ¿nunca se ha parado a pensarlo? – preguntó Moro, como si estuviera dispuesto a pasar el resto de la tarde discutiendo la cuestión.

–Muchas veces. Y estoy de acuerdo.

–¿Ha leído Iván Ilich? – preguntó Moro sorprendidamente.

–¿Se refiere al escritor o al cuento, *dottore*?

La respuesta de Brunetti debió de sorprender también a Moro, porque se hizo el silencio antes de que el doctor contestara:

–Al cuento.

–Sí. Más de una vez.

Moro volvió a suspirar, y la línea quedó en silencio durante casi un minuto.

–Venga a las cuatro, comisario -dijo Moro, y colgó.

Aunque no le apetecía ver al padre y a la madre de Ernesto el mismo día, Brunetti se obligó a llamar a la *signora* Moro. Cuando el teléfono hubo sonado una vez, cortó la comunicación y pulso el botón *Redial*. Se alegró de que nadie contestara. No había tratado de mantener localizables a ninguno de los dos. Ella podía haber abandonado la ciudad en cualquier momento después del funeral, que

se había celebrado hacía dos días; abandonado no sólo la ciudad, sino el país, podía haberlo abandonado todo menos su condición de madre.

Como sabía que esos pensamientos no lo llevarían a ningún sitio, Brunetti fijó la atención en los papeles que tenía encima de la mesa.

El hombre que abrió la puerta del apartamento de Moro a Brunetti a las cuatro de la tarde, hubiera podido ser el hermano mayor del doctor, pero un hermano consumido por la enfermedad cuyas huellas se apreciaban, sobre todo, en los ojos, que parecían cubiertos por una fina película de un líquido opaco, el blanco había adquirido ese tono marfil que tienen los ojos de muchas personas de edad avanzada y, debajo de ellos, se le abultaban oscuras bolsas. La afilada nariz se había convertido en un pico de ave y la gruesa columna del cuello era ahora un mástil sostenido por tendones que tensaban la piel separándola del músculo. Para ocultar la impresión, Brunetti bajó la mirada al suelo. Pero, al ver las vueltas del pantalón dobladas sobre los zapatos y arrastrando por detrás, alzó la cara y miró a los ojos al doctor, que dio media vuelta y lo condujo a la sala.

—¿Sí, comisario? ¿Qué tenía usted que decirme? — preguntó Moro con voz de inalterable cortesía cuando estuvieron sentados el uno frente al otro.

Debía de venir con regularidad la prima o alguna otra persona que se encargaba de la limpieza del apartamento. El parquet relucía, las alfombras estaban dispuestas con un orden geométrico y tres jarrones de Murano contenían grandes ramos de flores. La muerte no había afectado la evidente prosperidad de la familia, aunque, por la atención que Moro prestaba a su entorno, lo mismo hubiera podido estar viviendo en la puerta de un banco.

—Me parece que esto lo ha situado más allá de cualquier mentira, *dottore* -dijo Brunetti a bocajarro.

Moro no dio señal alguna de que le parecieran insólitas las palabras de Brunetti.

—Eso diría yo también -respondió.

—He pensado mucho en nuestra última entrevista -dijo Brunetti, buscando la manera de conectar con aquel hombre.

—Yo no la recuerdo -admitió Moro, sin sonreír ni fruncir el ceño.

—Traté de hablar de su hijo.

–Es natural, comisario, ya que él acababa de morir y usted parecía encargado de investigar su muerte.

Brunetti trató de detectar indicios de sarcasmo o de cólera en el tono del doctor, pero no los encontró.

–He pensado mucho en él -insistió Brunetti.

–Y yo no pienso en nada que no sea mi hijo -dijo Moro fríamente.

–¿Hay en sus pensamientos algo que pueda decirme? – preguntó Brunetti, y rectificó:- ¿O que quiera decirme?

–¿Qué interés pueden tener mis pensamientos para usted, comisario? – preguntó el médico. Brunetti observó que, mientras hablaba, Moro no dejaba de mover la mano derecha, frotando el pulgar y el índice, como si retorcieran un hijo invisible.

–Como le decía, *dottore*, creo que a estas alturas usted se encuentra ya más allá de las mentiras, y por eso no le ocultaré que no creo que su hijo se matara.

Moro desvió la mirada un momento y luego la clavó otra vez en su visitante.

–Estoy más allá de muchas cosas, además de las mentiras, comisario.

–¿Qué quiere decir? – preguntó Brunetti estremando la cortesía.

–Que tengo muy poco interés por el futuro.

–¿Se refiere a su propio futuro?

–Mi propio futuro y el de cualquier otra persona.

–¿El de su esposa? – preguntó Brunetti, avergonzado de sí mismo.

Moro parpadeó dos veces, pareció meditar la pregunta y respondió:

–Mi esposa y yo estamos separados.

–¿El de su hija, entonces? – preguntó Brunetti recordando que en uno de los artículos que había leído sobre Moro se mencionaba a una niña.

–La niña está bajo la custodia de su madre -dijo Moro con aparente indiferencia.

Brunetti fue a responder que no por eso dejaba él de ser el padre, pero no se atrevió, y se limitó a decir:

–Una separación es una situación jurídica.

Moro tardó mucho en contestar. Al fin dijo:

–Me parece que no le entiendo.

Hasta ese momento, Brunetti no prestaba mucha atención a las palabras, se dejaba guiar por la intuición, como si navegara con piloto automático. Su mente hacía abstracción del significado de lo que decían y se fijaba sobre todo en el tono y los gestos de Moro, su postura y el registro de su voz. Brunetti intuía que aquel hombre se había trasladado a algún lugar situado lejos del dolor, casi como si le hubieran puesto el corazón bajo protección y sólo le hubieran dejado la mente para responder preguntas. Pero quedaba también una sensación de miedo; no miedo de Brunetti sino de decir algo que pudiera revelar lo que había detrás de aquella fachada de tranquilo autodomínio.

Brunetti decidió responder lo que era evidente que el doctor había planteado como pregunta.

—He hablado con su esposa, *dottore*, y ella no parece guardarle rencor.

—¿Esperaba que me lo guardara?

—Dadas las circunstancias, creo que sería comprensible. En cierta medida, ella podría hacerle responsable de lo que le ocurrió a su hijo. Es probable que la decisión de enviarlo a la academia partiera de usted.

Moro le lanzó una mirada de asombro, abrió la boca como para defenderse, pero calló. Brunetti apartó los ojos de la cólera del otro hombre y, cuando volvió a mirar, la cara de Moro estaba vacía de expresión.

Brunetti estuvo mucho rato sin saber qué decir. Cuando por fin habló, fue para decir espontáneamente:

—Me gustaría que confiara en mí, *dottore*.

Al cabo de un rato, Moro dijo con voz cansada:

—Y a mí me gustaría confiar en usted, comisario. Pero no confío, ni quiero confiar. — Vio que Brunetti iba a protestar y agregó rápidamente:— No es que no me parezca un hombre honrado; es que he aprendido que no hay que confiar en nadie. — Brunetti trató nuevamente de hablar, y esta vez Moro le atajó levantando una mano—. Además, usted representa a un Estado que yo considero tan criminal como negligente, razón más que sobrada para que yo le niegue mi confianza.

En el primer momento, estas palabras ofendieron a Brunetti y suscitaron en él el deseo de defenderse a sí mismo y su honor, pero,

durante el silencio que siguió, comprendió que las palabras del doctor no tenían en absoluto nada que ver con él personalmente. Moro lo veía contaminado, simplemente, porque trabajaba para el Estado. Y el comisario descubrió que no podía rebatir la idea porque, en el fondo, simpatizaba con ella.

Brunetti se puso en pie, pero cansinamente, sin aquella falsa energía que había puesto en este mismo movimiento cuando hablaba con Patta.

–Si decide hablar, *dottore*, le agradeceré que me llame.

–Desde luego -dijo el médico con un símil de cortesía.

Moro se levantó haciendo palanca con las manos en los brazos del sillón y acompañó a Brunetti a la puerta del apartamento.

En la calle, al ir a sacar el *telefonino*, Brunetti descubrió que no lo llevaba; se habría quedado en el despacho o en su casa, en el bolsillo de otra chaqueta. Se resistió al canto de sirena que le susurraba que sería inútil llamar a la *signora* Moro, que ella no querría hablar con él tan tarde. Se resistió, en todo caso, mientras hacía dos vanos intentos para hablar con ella desde teléfonos públicos. El primero, uno de esos nuevos teléfonos plateados de diseño aerodinámico que habían sustituido a los feos pero seguros teléfonos color naranja, se negó a aceptar su tarjeta, y el segundo frustró sus tentativas emitiendo un persistente balido mecánico en lugar de la señal para marcar. Brunetti arrancó la tarjeta de la ranura, la guardó en la cartera y, sintiéndose justificado por haberlo intentado por lo menos, decidió volver a la *questura* para lo poco que quedaba de la jornada.

El comisario viajaba de pie en la góndola que hacía el *traghetto* entre la Salute y San Marco, y sus rodillas de veneciano absorbían automáticamente el vaivén entre el golpe de remo de los *gondolieri* y el contragolpe de las olas de la marea que subía. Mientras cruzaba lentamente el Canal Grande, Brunetti descubrió la magnitud de la abulia que puede llegar a invadir a una persona: frente a él se levantaba el Palazzo Ducale, sobre el que asomaban las cúpulas refulgentes de la Basílica di San Marco, y él los miraba como si fueran el telón de fondo de una pobre representación provinciana de *Otelo*. ¿Cómo había podido llegar a un estado en que semejante belleza lo dejara frío? Siguiendo la misma reflexión, acompañado por el monótono chirriar de los remos, Brunetti se preguntaba cómo podía sentarse frente a Paola y no desear pasarle las manos por los pechos, o contemplar a sus hijos sentados en el sofá haciendo algo tan estúpido como ver televisión y no sentir que se le abrasaban las entrañas de terror al pensar en los peligros que los acecharían durante toda la vida.

La góndola se deslizó hasta el *imbarcadero* y él saltó al muelle, conminándose a dejar esas estúpidas elucubraciones en el barco. La experiencia le había enseñado que su capacidad de asombro permanecía intacta y que volvería a despertarse, y él recuperaría

aquella sensibilidad para las cosas bellas de su entorno, que casi dolía de tan viva.

Una mujer muy bella, conocida suya, había tratado de convencerle años atrás de que, en cierto aspecto, su belleza suponía una maldición, porque era lo único que interesaba a la gente, que no reparaba en las otras cualidades que ella pudiera poseer. Entonces él había rechazado la idea, que le parecía simple deseo de la mujer de que le regalaran los oídos -cosa que él no dejó de hacer-, pero ahora empezaba a comprender lo que ella había querido decir, extrapolándolo a la ciudad. En realidad, a nadie parecía importarle lo que fuera de Venecia -¿cómo explicar si no la actuación de sus últimos gobiernos?-, mientras pudieran sacar provecho de ella explotando su belleza, por lo menos, mientras lograra conservarla.

En la *questura*, Brunetti subió al despacho de la *signorina* Elettra, donde encontró a ésta leyendo *Il Gazzettino*. Ella le sonrió señalando el editorial titulado «Los norteamericanos».

—Al parecer, el presidente electo quiere levantar todas las restricciones en el uso de combustibles fósiles -dijo ella, y leyó el titular-: «Bofetada a los ecologistas».

—Parece muy propio de él -dijo Brunetti, que no estaba interesado en continuar la discusión y se preguntaba si la *signorina* Elettra se habría convertido a las apasionadas ideas ecológicas de Vianello.

Ella miró al comisario y luego al periódico.

—Y esto: «Venecia, condenada».

—¿Cómo? — preguntó Brunetti con extrañeza, sin adivinar a qué se refería el titular.

—Verá, si sube la temperatura, los casquetes polares se fundirán, el nivel del mar subirá, y adiós Venecia. — Parecía muy tranquila ante la perspectiva.

—Y adiós Bangladesh, podríamos añadir -dijo Brunetti.

—Desde luego. Me gustaría saber si el presidente electo ha pensado en las consecuencias.

—No creo que pensar en consecuencias esté dentro de sus aptitudes -observó Brunetti, que rehuía las discusiones políticas con los compañeros de trabajo, aunque no estaba seguro de si debía incluir en la veda la política exterior.

–Probablemente, no. Además, todos los refugiados acabarán aquí, no allí.

–¿Qué refugiados? – preguntó Brunetti, que se había perdido.

–Los de Bangladesh. Si se les inunda el país y se les queda para siempre bajo el agua, la gente no se quedará allí quieta, conformándose con ahogarse para no molestar a los demás. A algún sitio tendrán que emigrar y, como no es probable que les dejen ir hacia el Este, todos acabarán aquí.

–¿No es un tanto fantástica su noción de la geografía, *signorina*?

–No me refiero a ellos: los de Bangladesh no vendrán aquí, pero las gentes a las que ellos desplacen irán hacia el Oeste, y los que desplacen éstos vendrán aquí, o vendrán los que hayan sido desplazados por estos otros. – Lo miró, sorprendida de encontrarlo tan obtuso-. Usted lee historia, ¿verdad, comisario? – Al ver que él movía la cabeza afirmativamente, concluyó:- Pues ya debe de saber que eso es lo que ocurre.

–Quizá -dijo Brunetti con audible escepticismo.

–Ya lo veremos -dijo ella en voz baja, doblando el periódico-. ¿Qué desea, comisario?

–Esta mañana he hablado con el *vicequestore* y no me ha parecido muy decidido a depositar su plena confianza en la opinión del teniente Scarpa de que el joven Moro se suicidara.

–¿Teme un Informe Moro sobre la policía? – preguntó ella, captando al momento lo que quizá el mismo Patta se resistía a admitir.

–Parece probable. De todos modos, antes de cerrar el caso, quiere que descartemos cualquier otra posibilidad.

–Que es sólo una, ¿no?

–Sí.

–¿Usted qué piensa? – Ella apartó el periódico a un lado de la mesa y se inclinó ligeramente hacia adelante, delatando con el movimiento de su cuerpo la curiosidad que había conseguido eliminar de su voz.

–No puedo creer que se suicidara.

–No es normal que un chico tan joven deje a su familia -convino ella.

–Cuando los jóvenes deciden hacer algo no siempre piensan en los sentimientos de sus padres -adujo Brunetti, sin saber muy bien por

qué; quizá para probar los argumentos que sabía iban a esgrimirse contra su opinión.

–Ya lo sé. Aunque está la hermana pequeña. Tendría que haber pensado en ella. Pero quizá tenga usted razón.

–¿Cuántos años tendrá? – preguntó Brunetti, intrigado por aquella criatura misteriosa por la que tan poco interés demostraban sus padres.

–Se hablaba de ella en uno de los artículos que se publicaron sobre la familia, o quizá algún conocido me haya comentado algo. Ahora todo el mundo habla de ellos -respondió la *signorina* Elettra, que cerró los ojos, tratando de recordar. Ladeó la cabeza, y él la imaginó repasando los bancos de datos de su memoria. Al fin ella dijo-: Debe de ser algo que leí, no recuerdo habérselo oído decir a nadie.

–¿Lo guarda todo?

–Sí, señor.

–Los recortes de periódico y los artículos de las revistas están todos en la carpeta, la misma que contiene los artículos que tratan del informe del *dottor* Moro. – Antes de que él pudiera pedírselos, ella dijo-: No, señor; yo los repasaré. Tal vez recuerde qué artículo es cuando lo vea o cuando empiece a leerlo. – Miró el reloj-. Déme quince minutos y se lo subiré.

–Muchas gracias, *signorina* -dijo él, y subió a su despacho a esperarla. Marcó el número de la *signora* Moro, pero no obtuvo respuesta. ¿Por qué la mujer no había mencionado a la niña y por qué en ninguna de las dos casas había señales de ella? Empezó una lista de las averiguaciones que quería que hiciera la *signorina* Elettra y aún no la había terminado cuando entró ella, con la carpeta en la mano.

–Valentina, nueve años.

–¿Dice si vive con el padre o con la madre?

–No, señor. Se la mencionaba en un artículo de hace seis años, que decía que Moro tenía un hijo de doce años, Ernesto, y una hija de tres, Valentina. Y últimamente hablaba de ella el artículo de *La Nuova*.

–No vi señal alguna de ella en casa del padre ni en la de la madre.

–¿Usted dijo algo?

–¿De la niña?

–No exactamente; algo que diera a la madre la oportunidad de mencionarla.

Brunetti trató de recordar su conversación con la *signora* Moro.

–Me parece que no.

–Entonces es natural que no la mencionara, ¿verdad?

Durante casi dos décadas, Brunetti había tenido en su casa primero a uno y después a dos hijos, y no recordaba ni un solo instante en el que no hubiera en ella prueba palpable de su existencia: juguetes, ropa, zapatos, bufandas, libros, papeles y *discmen*, esparcidos por toda la casa en caótica profusión. Órdenes, súplicas y amenazas resultaban vanos ante lo que sin duda era el imperativo biológico de los cachorros de la especie humana de revolver el nido. Un hombre de espíritu menos generoso lo consideraría una plaga: Brunetti lo veía como uno de los medios de que se servía la Naturaleza para hacer que los padres ejercitaran la paciencia para el futuro, cuando el revoltijo pasara de lo físico a lo emocional y moral.

–Pero alguna señal hubiera tenido que ver -insistió él.

–Quizá la enviaran a casa de algún pariente -apuntó la *signorina* Elettra.

–Quizá -asintió Brunetti, pero no estaba convencido. Cuando sus hijos iban a casa de los abuelos o de otros parientes, siempre quedaba un rastro de su reciente presencia. De pronto, tuvo una visión de lo que habría tenido que suponer para los Moro tratar de borrar de cada casa hasta la última prueba de la existencia de Ernesto, y pensó en el peligro que aún subsistiría durante mucho tiempo: un calcetín solitario, olvidado en el fondo de un armario, podía volver a partir el corazón de una madre, un *compact* de las Spice Girls que aparecía en el estuche de las sonatas para flauta de Vivaldi devastaría la paz de espíritu. Tendrían que pasar meses, quizá años, para que la casa dejara de ser un campo minado, para que pudieras abrir un armario o un cajón sin miedo.

Interrumpió su cavilación la *signorina* Elettra, al inclinarse para dejar la carpeta en su mesa.

–Gracias -dijo él-. Hay varias cosas que me gustaría que tratara de averiguar. – Empezó a enumerarlas mientras deslizaba la lista sobre la mesa: A qué colegio va la niña. Si vive o ha vivido aquí con uno de

ellos, tiene que estar inscrita en algún colegio. Luego, los abuelos: intente localizarlos. Luisa Moro, la prima, podría saberlo, pero no tengo la dirección. – Recordó a los amigos de Siena y le pidió que llamara a la policía de allí, para preguntar si la niña vivía con ellos. Ella recorría la lista con el dedo mientras él le hablaba-. Y la esposa, lo mismo: amigos, parientes, colegas.

La joven lo miró y dijo:

–No abandona, ¿eh?

Él echó la silla hacia atrás, pero no se levantó.

–No me gusta esto, ni me gusta lo que me cuentan. Nadie dice la verdad y nadie dice por qué.

–¿Qué quiere decir?

–Por el momento, lo que quiero decir es que me gustaría tener la información que le he pedido. – Lo dijo sonriendo y con suavidad.

–¿Y cuando la tenga? – preguntó ella, sin dudar de que la conseguiría.

–Entonces quizá podamos demostrar un negativo.

–¿Qué negativo, comisario?

–Que Ernesto Moro no se suicidó.

Antes de salir de la *questura*, Brunetti hizo otra llamada al número de la *signora* Moro, sintiéndose un poco como el pretendiente importuno que, ante la falta de respuesta de una mujer, se hace más perseverante. Se preguntó si se habría olvidado de algún amigo común que pudiera recomendarlo, y entonces se dio cuenta de que estaba volviendo a las tácticas de otros tiempos, en los que sus intentos de acercarse a las mujeres tenían motivos muy distintos.

Cuando, absorto en esta curiosa asociación de ideas, Brunetti entraba en el arco que conduce a Campo San Bartolomeo, notó frente a sí un súbito oscurecimiento. Al levantar la mirada, no plenamente consciente todavía de dónde se encontraba, vio que cuatro cadetes de San Martino entraban en la calle procedentes del *campo*, cogidos del brazo, formando una fila compacta, como en un desfile y ocupando todo el ancho de la calle. Dos mujeres, una joven y la otra mayor, instintivamente, se arrimaron a las lunas del banco, y una pareja de turistas portadores de mapas hicieron otro tanto contra las ventanas del bar del otro lado. Dejando tras de sí a los cuatro peatones náufragos, los cadetes avanzaban hacia Brunetti sin romper la formación, como una ola.

Brunetti los miró a los ojos -aquellos chicos no eran mayores que su propio hijo- y las miradas que recibió a su vez eran tan inexpresivas e implacables como el mismo sol. Quizá su pie derecho vaciló un instante, pero él se obligó a avanzarlo y siguió andando hacia ellos, sin aminorar el paso, con gesto impasible, como si en la Calle della Bissa no hubiera nadie más que él y fuera suya toda la ciudad.

Cuando estuvieron más cerca, vio que el cadete del centro izquierda era el que había querido interrogarle en la escuela. El instinto atávico del macho dominante por demostrar su supremacía desvió dos grados la dirección de Brunetti, que ahora iba en línea recta hacia el chico. El comisario contrajo los músculos del estómago y sacó los codos, preparándose para la colisión, pero, en el último momento antes del impacto, el que estaba al lado del objetivo de Brunetti se soltó y se apartó hacia la derecha, dejándole un estrecho paso. Cuando el pie de Brunetti iba a entrar en este espacio, el comisario vio por el rabillo del

ojo cómo el pie izquierdo del cadete conocido, se desplazaba mínimamente en sentido lateral, para ponerle la zancadilla. Lanzándose hacia adelante con todo el peso de su cuerpo, Brunetti apuntó cuidadosamente al tobillo del chico y sintió una grata sacudida cuando la punta de su zapato dio en el blanco, rebotó y se asentó en el suelo. Brunetti siguió adelante sin detenerse, salió al *campo*, y cortó hacia la izquierda en dirección al puente.

En la mesa, Brunetti no dijo nada de aquel encuentro, porque le parecía pueril jactarse de una conducta tan mezquina delante de sus hijos, y se contentó con saborear la cena. Paola había comprado *ravioli di zueca* que había aderezado con hojas de salvia salteadas en mantequilla, y cubierto de parmesano. Después, había echado mano del hinojo, que perfumaba unos filetes de ternera que habían pasado la noche en el frigorífico en un adobo de romero, ajo, semillas de hinojo y *pancetta* picada.

Mientras disfrutaba de aquella mezcla de sabores y del grato mordiente de la tercera copa de sangiovese, Brunetti recordó la intranquilidad que le había asaltado horas antes al pensar en la seguridad de sus hijos, y la idea le pareció absurda. De todos modos, no podía ahuyentarla ni reírse del deseo de que nada viniera a turbar la paz de la familia. No sabía si su constante temor a que las cosas cambiaran a peor era resultado de su innato pesimismo o de las experiencias a las que lo había expuesto su profesión. Fuera lo que fuere, su visión de la realidad siempre estaba oscurecida por un filtro de pesimismo.

—¿Por qué ya nunca comemos buey? — preguntó Raffi.

Paola, mientras pelaba una pera, respondió:

—Porque Gianni no encuentra a un ganadero de confianza.

—¿De confianza para qué? — preguntó Chiara, entre uva y uva.

—Para que críe animales perfectamente sanos, supongo -respondió Paola.

—De todos modos, yo ya no quiero comer buey -dijo Chiara.

—¿Por qué no? ¿Porque tienes miedo de que te haga volverte loca? — preguntó su hermano, y entonces rectificó:- ¿Más loca?

—Me parece que en esta mesa se han hecho ya bastantes chistes sobre las vacas locas -dijo Paola con insólita impaciencia.

–No; no es por eso -dijo Chiara.

–Entonces, ¿por qué? – preguntó Brunetti.

–Oh, por nada -dijo Chiara evasivamente.

–¿Por qué? – insistió su hermano.

–Porque no tenemos ninguna necesidad de comérmolos.

–Eso nunca te había preocupado -objetó Raffi.

–Ya sé que no me había preocupado. Un montón de cosas no me habían preocupado. Y ahora me preocupan. – Miró a su hermano para descargar lo que sin duda ella consideraba que sería el golpe de gracia-: Es lo que se llama madurar, por sí no lo sabes.

Raffi resopló, con lo que impulsó a su hermana a buscar nuevas razones.

–No tenemos que comérmolos sólo porque podemos hacerlo.

Además, ecológicamente es un despilfarro -insistió, como el que repite una lección bien aprendida. Y eso debía de ser, pensó Brunetti.

–¿Y qué comerías? – preguntó Raffi-. ¿Zucchini? -Y a su madre-: ¿Se puede hacer chistes de zucchini locos?

Paola, mostrando aquella olímpica indiferencia por los sentimientos de sus hijos que tanto admiraba Brunetti dijo sólo:

–¿Puedo tomarlo como un ofrecimiento para fregar los platos, Raffi?

Su hijo gruñó pero no protestó. Un Brunetti menos familiarizado con la astucia de los jóvenes hubiera visto en eso la señal de que su hijo estaba dispuesto a asumir ciertas responsabilidades en el cuidado del hogar, quizá, incluso, un indicio de incipiente madurez. El Brunetti real, no obstante, hombre curtido tras décadas de exposición a tortuosas mentes criminales, veía en ello lo que era en realidad: un descarado cambalache, aquiescencia inmediata a cambio de recompensa futura.

Cuando Raffi se inclinaba sobre la mesa para retirar el plato de su madre, Paola le sonrió con benevolencia y, mostrando una astucia similar a la de su marido, le dijo mientras se ponía en pie:

–Muchas gracias por tu ayuda, cariño. Pero no; no puedes tomar clases de submarinismo.

Brunetti la siguió con la mirada mientras ella salía de la cocina, y se volvió hacia su hijo: Raffi tenía la sorpresa escrita en la cara y, al notar

que su padre lo observaba, mudó de expresión y tuvo el bello gesto de sonreír.

–¿Cómo lo hace? – preguntó-. Continuamente.

Brunetti iba a descolgarse con un lugar común acerca del poder de las madres para leer el pensamiento de los hijos cuando Chiara, que hasta entonces había estado ocupada en terminarse la fruta de la fuente, los miró y dijo:

–Es porque lee a Henry James.

En el estudio, Brunetti contó a Paola su encuentro con los cadetes, absteniéndose de mencionar la oleada de satisfacción animal que lo había invadido cuando su pie había entrado en contacto con el tobillo del chico.

–Menos mal que ha ocurrido aquí -dijo ella, cuando él terminó de hablar, y agregó-: En Italia.

–¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

–En muchos sitios eso podría costarte la vida.

–Pon dos ejemplos -instó él, ofendido de que ella desestimara con aquella displicencia lo que para él era una prueba de valor.

–Para empezar, Sierra Leona y Estados Unidos -respondió ella-. Pero eso no quita para que no me alegre de que lo hicieras.

Brunetti estuvo un rato sin decir nada, y al fin preguntó:

–¿Crees que eso indica lo mucho que los detesto?

–¿Que detestas a quién?

–A los chicos esos, con sus familias ricas e influyentes y su prepotencia.

–¿Familias como la mía, quieres decir?

En los primeros años de su relación, antes de comprender que la tremenda sinceridad de Paola casi siempre estaba limpia de toda agresividad, Brunetti se hubiera asombrado de la pregunta. Ahora se limitó a responder:

–Sí.

Ella entrelazó los dedos y apoyó la barbilla en los nudillos.

–Creo que eso sólo lo vería alguien que te conociera muy bien. O alguien que prestara mucha atención a lo que dices.

–¿Como tú? – sonrió él.

–Sí.

–¿Por qué crees tú que se me atragantan con tanta facilidad?

Ella reflexionó. No era que no lo hubiera pensado antes, pero él nunca le había hecho una pregunta tan directa.

–Me parece que, en parte, es por tu sentido de la justicia.

–¿No por envidia? – preguntó él, para asegurarse el elogio.

–No; por lo menos, envidia en el sentido más simple.

Él se apoyó en el respaldo del sofá, enlazó los dedos en la nuca y se arrellanó, buscando una postura cómoda. Cuando ella vio que la había encontrado prosiguió:

–Creo que, en cierta medida, es resentimiento, no porque unos tengan más que otros sino porque se niegan a admitir que su dinero no los hace superiores ni les da derecho a obrar a su antojo. – Y, en vista de que él no cuestionaba esto, agregó:- Y porque se niegan a considerar siquiera la posibilidad de que su mayor fortuna no es algo que ellos se hayan ganado ni merecido. – Le sonrió y terminó:- Por lo menos, a mi me parece que por eso los detestas.

–¿Y tú? ¿Los detestas tú?

Ella se echó a reír:

–Tengo en mi familia a muchos de ellos como para poder detestarlos. – Él se rió a su vez, y Paola agregó:- Los detestaba cuando era joven y más idealista que ahora. Hasta que comprendí que no iban a cambiar, y para entonces a algunos ya los quería mucho, y como tampoco esto tenía remedio, tuve que aceptarlos tal como son.

–¿El amor por encima de la verdad? – preguntó él, buscando la ironía.

–El amor por encima de todo, Guido, mal que nos pese -dijo ella muy seria.

A la mañana siguiente, camino de la *questura*, Brunetti descubrió que, en todo aquello, se le había pasado por alto una anomalía por lo menos: ¿por qué estaba interno en la escuela el muchacho? Había estado tan atento al reglamento y normas de conducta de la academia que, al examinar la habitación de Ernesto, se le había escapado lo más obvio: en una cultura que instaba a los jóvenes a permanecer en casa de los padres hasta que se casaban, ¿por qué este muchacho vivía en la escuela, si el padre y la madre residían en la ciudad?

En la puerta de la *questura*, Brunetti casi chocó con la *signorina* Elettra, que salía.

–¿Alguna gestión urgente? – preguntó él.

Ella miró el reloj.

–¿Necesita algo, comisario? – preguntó la joven a su vez, sin responder, aunque él no se dio cuenta.

–Sí; me gustaría que llamara por teléfono.

Ella volvió a entrar.

–¿A quién?

–A la Academia San Martino.

Sin disimular la curiosidad de su voz, ella preguntó:

–¿Qué quiere que les diga? – Empezó a caminar hacia la escalera que subía a su despacho.

–Me gustaría saber si es obligatorio que los chicos duerman en la escuela o se les permite pasar la noche en casa, si los padres residen en la ciudad. Tener una idea de lo flexibles que son las reglas. Podría decirles que quiere informarse para un hijo suyo que está a punto de terminar la secundaria y siempre ha querido ser soldado y que, siendo veneciana, le gustaría darle la oportunidad de ingresar en la San Martino por su excelente reputación.

–¿Y tengo que hablar con una voz vibrante de orgullo patrio?

–Completamente enardecida.

Fue una actuación impecable. Aunque la *signorina* Elettra hablaba un italiano puro y elegante, además de un dialecto veneciano de solera, al hablar por teléfono, consiguió mezclar uno y otro en la justa proporción para conseguir el acento de la persona a la que quería representar: una veneciana casada con un banquero romano que había sido trasladado al Norte para que dirigiera la sucursal en Venecia de un banco que ella omitió mencionar por descuido. Después de hacer esperar a la secretaria de la academia mientras buscaba el lápiz o el bolígrafo y de pedir perdón por no tenerlos al lado del teléfono como le recomendaba su marido, la *signorina* Elettra empezó a informarse, preguntando la fecha de comienzo del curso siguiente, la política de la academia sobre admisiones a medio curso y la dirección a la que enviar las cartas de recomendación y los certificados de estudios. Cuando la secretaria se ofreció para entrar en pormenores sobre el importe de la

matrícula y el coste de los uniformes, la esposa del banquero desestimó el ofrecimiento alegando que de esas cosas se encargaba su apoderado.

Brunetti escuchaba por la extensión, asombrado por el verismo con que la *signorina* Elettra representaba el papel, y hasta le parecía verla regresar a su casa aquella tarde, después de un agotador día de compras, y comprobar si la cocinera había encontrado auténtico *basilico genovese* para el pesto. Cuando la secretaria decía que confiaba en que el joven Filiberto y sus padres encontraran la escuela de su completo agrado, la *signorina* Elettra dijo, con un leve jadeo, como si acabara de recordar algo importante:

–Ah, sí, una última pregunta. No habrá inconveniente en que mi hijo duerma en casa, supongo.

–Lo lamento, *signora* -respondió la secretaria-. La norma es que los alumnos estén en la escuela en régimen de internado. Está incluido en la matrícula. ¿Dónde viviría su hijo, si no?

–En el *palazzo*, naturalmente, con nosotros. No va a vivir con todos esos otros chicos. No tiene más que dieciséis años. – La esposa del banquero no se hubiera mostrado más horrorizada si la secretaria le hubiera pedido toda la sangre de sus venas-. Pagaremos la matrícula completa, desde luego, pero es inconcebible que un muchacho tan joven tenga que separarse de su madre.

–Ah-dijo la secretaria al oír la primera parte de la respuesta de la *signorina* Elettra y desentendiéndose de la segunda-. En algunos casos, con autorización del comandante, pueden hacerse excepciones, si bien los alumnos tienen la primera clase a las ocho.

–Para algo tenemos la lancha -fue el disparo inicial de la última andanada de la *signorina* Elettra, que terminó la conversación con la promesa de enviar los papeles firmados y la correspondiente transferencia antes del fin de semana, seguida de una cortés despedida.

Brunetti sintió una insólita compasión hacia el *vicequestore* Patta: el pobre estaba aviado.

–¿Filiberto? – preguntó.

–El nombre lo eligió su padre -replicó la *signorina* Elettra.

–¿Y cuál hubiera elegido usted? ¿Eustasio?

–No, señor: Eriprando.

OceanofPDF.com

La información de que, a discreción del comandante, podían hacerse excepciones a las reglas de la escuela, no reveló a Brunetti nada que no sospechara ya: dondequiera que se congregaran los hijos de los ricos y poderosos, las reglas se acomodaban al capricho de los padres. Lo que no sabía era el grado de subordinación del comandante. Tampoco tenía una idea clara, y así lo reconocía, de qué relación podía tener eso con la muerte de Ernesto.

Brunetti renunció a seguir especulando y volvió a marcar el número del teléfono de la *signora* Moro, que también esta vez sonó en vano. Movido por un impulso que no se detuvo a analizar, decidió pasar por su apartamento, por si algún vecino podía darle información de dónde estaba.

Tomó el *vaporetto* hasta San Marco y retrocedió en dirección al apartamento. Llamó al timbre, esperó y volvió a llamar. Entonces pulsó el de la derecha, esperó y fue pulsando sucesivamente todos los demás, moviéndose de izquierda a derecha y de arriba abajo, como un escalador que descendiera por una pared haciendo rapel. La primera respuesta llegó de un apartamento del primer piso, al lado de cuyo timbre se leía el apellido Della Vedova. Contestó una voz femenina, Brunetti explicó que era de la policía y deseaba hablar con la *signora* Moro, y el cierre de la puerta chasqueó. Cuando el comisario entró en el oscuro vestíbulo se encendió la luz y, al cabo de un momento, una voz de mujer gritó desde arriba:

—Suba, *signore*.

Mientras subía la escalera, Brunetti observó que a un lado se había montado un sistema que permitía subir y bajar una silla de ruedas. La explicación aguardaba en la puerta del primer piso: una joven en una silla de ruedas con un enorme gato gris en el regazo. Cuando él llegó al rellano, la joven le sonrió y, apartando ligeramente el gato hacia un lado, le tendió la mano derecha.

—Beatrice della Vedova -dijo-. Encantada de conocerle.

Él dio su nombre y rango y ella puso las manos en las ruedas de la silla, la hizo girar en limpio semicírculo y se dio impulso hacia el interior del apartamento. Brunetti cerró la puerta y la siguió.

La mujer lo condujo a una sala de estar en el centro de la cual había una mesa de dibujo, cuyo tablero había sido bajado casi un metro, hasta situarlo a la altura de la silla de ruedas. La mesa estaba cubierta de dibujos a la acuarela, de puentes y canales, en los vivos colores que solían preferir los turistas. En contraste, las tres vistas de fachadas de iglesia -San Zaccaría, San Martino y San Giovanni in Bragora- que colgaban de la pared del fondo mostraban una meticulosa atención al detalle arquitectónico que no se apreciaba en los dibujos de la mesa. Sus tonos suaves transmitían la cálida incandescencia de la piedra y recogían el juego de la luz en el canal situado frente a San Martino y en las fachadas de las otras iglesias.

Ella giró rápidamente y le vio mirar los dibujos de la pared.

—Eso es lo que hago -dijo y, señalando con un vago ademán las acuarelas del tablero, agregó-: Y esto, lo que vendo. — Inclinandose hacia el gato, le susurró al oído-: Tenemos que procurar que no te falte Whiskas, ¿eh, gordito?

El gato se levantó lentamente de su regazo y saltó al suelo con un golpe sordo que debió de repercutir en el vestíbulo. Con la cola enhiesta, el animal salió de la habitación. La mujer sonrió a Brunetti.

—Nunca sé si lo ofenden mis alusiones a su peso o si le mortifica sentirse responsable de esos dibujos. — Dejando el comentario en el aire, añadió con una sonrisa-: Cualquiera de las dos interpretaciones estaría justificada, ¿no cree?

Brunetti sonrió a su vez y ella le pidió que se sentara. Él así lo hizo y la mujer maniobró con la silla para situarse de cara a él. Debía de tener menos de treinta años, pero las mechas grises de su pelo la avejentaban, lo mismo que las líneas verticales del entrecejo. Tenía los ojos ámbar claro, la nariz un poco grande y una boca suave y relajada que desentonaba de una cara que a Brunetti le parecía marcada por una historia de sufrimiento.

—¿Ha dicho que deseaba información sobre la *signora* Moro? — apuntó ella.

—Sí; me gustaría hablar con ella. La he llamado varias veces, pero no contesta. La última vez que hablé con ella, no me...

—¿Cuándo fue eso?

—Hace varios días. No me dijo que pensara salir de la ciudad.

—Por supuesto que no. Me refiero a que no lo diría.

Brunetti tomó nota de la observación.

—No me dio la impresión de que... -Se interrumpió, buscando las palabras-. No me dio la impresión de que tuviera a donde ir.

La *signora* o *signorina* Della Vedova lo miró con nuevo interés.

—¿Por qué lo dice?

—No lo sé. Pero me pareció que la ciudad era su medio natural y que no tenía interés en ir a ningún otro sitio. Ni deseo.

Al advertir que Brunetti no tenía más que decir, ella respondió:

—Y no tenía. A donde ir, me refiero.

—¿Usted la conoce bien?

—En realidad, no. Aún no hace dos años que vive aquí.

—¿Desde el accidente? — preguntó Brunetti.

Ella miró a Brunetti y de su cara desapareció la afabilidad.

—Esto fue un accidente -dijo señalándose el regazo con los dedos extendidos de la mano derecha para indicar sus piernas inútiles-. Lo de Federica, no.

Brunetti, ahogando toda reacción, preguntó serenamente:

—¿Tan segura está?

—Claro que no -dijo ella, sosegándose-. Yo no estaba allí y no pude ver lo que ocurrió. Pero Federica, las dos veces que me ha hablado de aquello, ha dicho: «Cuando me dispararon...» Una persona que ha tenido un accidente no habla así.

Brunetti no dudaba de que esta mujer sabría bien cómo habla una persona que ha tenido un accidente.

—¿Dos veces lo ha dicho?

—Que yo recuerde. Pero de pasada, a modo de descripción, no de queja. Tampoco le he preguntado qué pasó, no me gusta ser indiscreta. Bastantes indiscreciones he tenido que soportar yo. Supuse que ya me lo contaría, cuando quisiera.

—¿Y no se lo ha contado?

Ella movió la cabeza negativamente.

—No; sólo esas dos alusiones.

—¿Se ven a menudo?

—Una vez a la semana o cosa así. Entra y tomamos un café o baja a charlar un rato.

–¿La conocía antes de que se mudara a este apartamento?

–No; conocía a su marido, desde luego. Pero como lo conoce todo el mundo. Por el informe, quiero decir. – Brunetti asintió-. La conocí a causa de *Gastone*.

–¿*Gastone*?

–El gato. Lo encontró un día delante de la puerta de la calle y, cuando abrió, él se coló. Al ver que se paraba en mi puerta, llamó para preguntarme si era mío. A veces, el animal sale y se queda en la calle hasta que alguien abre la puerta o llama al timbre para que yo abra. Me refiero a los que saben que es mío. – Su cara se animó con una sonrisa-. Y yo se lo agradezco, porque no es fácil para mí bajar a buscarlo. – Lo dijo con naturalidad, y Brunetti no advirtió en su tono ni una muda invitación a un extraño a hacer preguntas ni una inconsciente petición de compasión.

–¿Cuándo la vio por última vez?

Ella tuvo que pensarlo.

–Anteayer, aunque en realidad no la vi, sólo la oí en la escalera. Era ella, estoy segura. Yo había leído lo de la muerte de su hijo, y cuando la oí en la escalera, fui a la puerta con intención de abrir, pero, al darme cuenta de que no sabría qué decirle, me quedé quieta, escuchando sus pasos. Luego, al cabo de una hora, la oí bajar.

–¿Y desde entonces?

–Nada. – Antes de que él pudiera hablar, ella agregó-: Pero duermo en la parte de atrás, y muy profundamente, por las píldoras que tomo, así que puede haber entrado o salido sin que yo la oyera.

–¿No la ha llamado?

–No.

–¿Es normal que esté dos días fuera de casa?

La respuesta de la mujer fue inmediata:

–En absoluto. Está en casa casi siempre, pero no la he oído ni en la escalera ni en el piso. – Y señalaba al techo al decirlo.

–¿Tiene idea de adonde puede haber ido?

–No, desde luego. No hablábamos de esas cosas. – Al ver que él la miraba desconcertado, trató de explicarse-: Quiero decir que no éramos como dos amigas sino dos mujeres solitarias que se hablaban de vez en cuando.

Tampoco esta frase, según Brunetti, contenía un mensaje oculto: sólo la verdad, dicha claramente.

–¿Y ella vivía sola?

–Que yo sepa, sí.

–¿No la visitaba nadie?

–Nadie, que yo sepa.

–¿Nunca oyó a una criatura?

–¿Se refiere a su hijo?

–No; a su hija.

–¿Hija? – repitió ella con un gesto de sorpresa que por sí solo respondió a la pregunta. Moviò negativamente la cabeza.

–¿Nunca?

Otra vez ella denegó con la cabeza, como si la idea de que una madre pudiera no hablar de uno de sus hijos fuera muy monstruosa para cualquier comentario.

–¿Y a su marido, lo mencionaba?

–Poco.

–¿Y cómo? Quiero decir cómo hablaba de él. ¿Con resentimiento? ¿Con amargura?

Ella meditó antes de contestar.

–No; lo mencionaba en tono normal.

–¿Con afecto?

Ella le lanzó una mirada rápida, cargada de muda curiosidad y respondió:

–Yo no diría tanto. Hablaba de él con naturalidad.

–¿Podría ponerme un ejemplo? – preguntó Brunetti, buscando el matiz.

–Un día, hablábamos del hospital... -Ella aquí se interrumpió, suspiró y prosiguió-: Hablábamos de los errores que cometen, y ella dijo que el informe de su marido había puesto fin a todo eso, pero por poco tiempo.

Brunetti esperaba que la mujer diera más detalles, pero ella parecía considerar que ya había hablado bastante. Como no se le ocurrían más preguntas, el comisario se levantó.

–Muchas gracias, *signora* -dijo inclinándose a estrecharle la mano.

Ella le sonrió y volvió la silla hacia la puerta. Brunetti llegó antes y ya alargaba la mano hacia el picaporte cuando la oyó gritar:

–Espere.

Pensando que la mujer habría recordado algo que podía ser importante, Brunetti se volvió. En aquel momento, sintió una repentina presión en la pantorrilla izquierda y, al bajar la mirada, vio a *Gastone* que se restregaba contra ella, para congraciarse con aquel extraño que tenía el poder de abrir la puerta. Brunetti lo tomó en brazos, asombrado por el peso de aquella masa de animal. Sonriendo, lo puso en el regazo de la mujer, se despidió y salió del apartamento, asegurándose antes de cerrar la puerta de que no pillaba a *Gastone*.

Brunetti subió al apartamento de la *signora* Moro. Desde el momento en que oyó decir a la *signora* Della Vedova que hacía dos días que no oía a su vecina, él sabía que subiría. La cerradura era sencilla: al parecer, al dueño del apartamento no le preocupaba que sus inquilinos estuvieran bien protegidos contra los ladrones. Sacó de la cartera una fina tarjeta de plástico. Hacía años, Vianello se la había quitado a un ladrón al que el éxito había hecho imprudente. Vianello la había utilizado más de una vez, siempre en flagrante violación de la ley y, con ocasión de su ascenso de sargento a inspector, la había regalado a Brunetti, en señal de agradecimiento porque le constaba que su ascenso se debía principalmente a la insistencia y apoyo de Brunetti. En aquel momento, el comisario pensó que tal vez Vianello quería alejar de sí una ocasión de pecado. En cualquier caso, la tarjeta le había sido muy útil y había llegado a apreciarla en todo su valor.

Ahora introdujo la tarjeta entre la puerta y el marco, a la altura de la cerradura y sólo tuvo que hacer girar el picaporte para que la puerta se abriera. El hábito de muchos años le hizo pararse en el umbral a olfatear el aire buscando el olor de la muerte. Olía a polvo, a humo viejo de cigarrillo y un poco a un ácido producto de limpieza, pero no a carne en descomposición. Con una sensación de alivio, Brunetti cerró la puerta y entró en la sala. La encontró exactamente tal como la había dejado, con los muebles en la misma posición y el libro en el brazo del sofá, abierto sin duda por la misma página.

La cocina estaba en orden, no había platos sucios en el fregadero y, cuando abrió el frigorífico con la punta del zapato, no vio comida

perecedera. Con un bolígrafo que sacó del bolsillo interior de la chaqueta, fue abriendo armarios, pero sólo encontró un bote de café.

En el cuarto de baño, abrió el armario de las medicinas con un nudillo y vio aspirinas, un gorro de ducha, un frasco de champú sin abrir y un paquete de limas de esmeril. Las toallas del toallero estaban secas.

OceanofPDF.com

Aquella noche, cuando los chicos se acostaron y él y Paola estaban solos en la sala, ella, leyendo *Persuasión* por enésima vez y él, reflexionando sobre la admonición de Anna Comnena de que «el que asume el papel de historiador debe olvidarse de la amistad y la enemistad», Brunetti se refirió a su visita al apartamento de la *signora* Moro, pero abordó la cuestión indirectamente.

–Paola -empezó, y ella lanzó por encima del libro una mirada ausente-, ¿qué harías si yo solicitara la separación?

Los ojos de su mujer, que habían vuelto a la página, lo asaetearon de modo fulminante, y Anne Eliot quedó abandonada a sus propios problemas sentimentales.

–¿Si tú *qué*?

–Solicitarla la separación.

Con voz llana, ella preguntó:

–Antes de que vaya a la cocina a buscar el cuchillo del pan, ¿puedes decirme si es una pregunta teórica?

–Completamente -respondió él, no sin cierta turbación por el contento que le producía aquella amenaza de violencia-. ¿Tú qué harías?

Ella dejó el libro a su lado, cara abajo.

–¿Por qué quieres saberlo?

–Te lo diré cuando contestes. ¿Qué harías?

Ella mantenía un gesto hermético.

–Di, mujer -instó él.

–Si fuera una verdadera separación, te echaría de casa y después arrojaría a la calle todas tus cosas.

La sonrisa de Brunetti fue francamente beatífica.

–¿Todas?

–Todas. Hasta las que más me gustan.

–¿Te pondrías una camisa mía para dormir?

–¿Estás loco?

–¿Y si fuera una separación falsa?

–¿Falsa?

–Para fingir que estábamos separados pero sin estarlo, porque necesitáramos que la gente lo creyera.

–Te echaría de casa, pero me quedaría con las cosas que me gustan.

–¿Y la camisa? ¿Te la pondrías para dormir?

Ella lo miró largamente.

–¿Quieres que te conteste en serio o con otra tontería?

–Creo que en serio -confesó él.

–Pues sí, me pondría tu camisa para dormir o dormiría con ella bajo la almohada, para tener conmigo por lo menos tu olor.

Brunetti creía en la solidez de su matrimonio con la misma firmeza que en la tabla periódica de los elementos, si no más; no obstante, nunca estorbaba algún que otro refuerzo suplementario. También estaba seguro de la solidez del matrimonio de los Moro, aunque no tenía ni idea de lo que esto significaba.

–La *signora* Moro no vive con su marido -empezó Brunetti, y Paola asintió, indicando que eso ya se lo había dicho él-. Pero debajo de la almohada de la cama en la que duerme sola tiene una camisa de vestir de su marido.

Paola miró hacia la izquierda, donde aún se veía luz en alguna ventana del último piso de la casa de enfrente.

–Ah -dijo después de un rato.

–Sí -dijo él-. «Ah», desde luego.

–¿Por qué tienen que fingir que están separados?

–Para que quienquiera que disparase contra ella no repita la intentona con mejor fortuna.

–Parece lo más lógico, sí. – Ella se quedó pensativa un momento y preguntó:- ¿Quién habrá sido?

–Tal vez, si supiera eso, lo entendería todo.

Instintivamente, sin pensar lo que decía, sólo enunciando la verdad por la fuerza de la costumbre, ella respondió:

–Nunca lo sabemos todo.

–Por lo menos, sabría más de lo que ahora sé. Y es casi seguro que sabría quién mató al muchacho.

–Tú sigues en tus trece, ¿verdad? – preguntó ella sin reproche.

–Sí.

–Estoy segura de que haces bien.

–¿También tú crees que fue asesinado?

–Lo he creído siempre.

–¿Por qué?

–Porque me fío de tu instinto, y porque siempre lo has visto claro.

–¿Y si estuviera equivocado?

–Pues lo estaríamos los dos -dijo ella. Tomó el libro, puso una señal de lectura y lo cerró-. Ya no puedo leer más -agregó al dejarlo.

–Yo tampoco -dijo él, poniendo a Anna Comnena encima de la mesa.

Ella lo miraba desde el otro lado.

–¿Te importa si no me pongo una camisa tuya? – preguntó.

Él se echó a reír y se fueron a la cama.

Lo primero que hizo Brunetti a la mañana siguiente fue ir a ver a la *signorina* Elettra, a la que encontró en su despacho. Cubrían la mesa por lo menos seis ramos de flores, envueltos por separado en cucuruchos de papel de colores pastel. Como sabía que ella había pasado a Biancat un pedido fijo para un suministro de flores cada lunes, Brunetti pensó si se habría equivocado al creer que hoy era martes o habría inventado los sucesos de la víspera.

–¿Son de Biancat? – preguntó.

Ella rasgó dos de los envoltorios y empezó a poner girasoles enanos en un jarrón verde.

–No, señor; de Rialto. – Dio un paso atrás, contempló el jarro y agregó tres girasoles.

–¿Entonces hoy es realmente martes?

Ella lo miró con extrañeza.

–Desde luego.

–¿No traen las flores los lunes?

Ella sonrió, levantó el jarrón y lo puso en el lado opuesto del ordenador.

–En principio, sí, señor; pero el *vicequestore* Patta ha empezado a armar jaleo acerca de los gastos de oficina y, como en Rialto las flores son mucho más baratas, decidí traerlas de allí durante una temporada, hasta que le dé por otra cosa.

–¿Las ha traído todas usted? – preguntó él, tratando de calcular si le habrían cabido en los brazos.

–No, señor; cuando vi que había comprado tantas, pedí una lancha.

–¿Una lancha de la policía?

–Claro. Un taxi hubiera sido difícil de justificar -explicó ella recortando el tallo de un clavel.

–Desde luego, con la política de austeridad y demás -convino Brunetti.

–Exactamente.

Tres de los ramos acabaron juntos en un enorme jarrón de cerámica y el último, asters, en un esbelto búcaro de cristal que Brunetti no recordaba haber visto nunca. Cuando los tres ramos estuvieron situados a su gusto, y los papeles, bien doblados, en el cesto del papel para reciclar, ella dijo:

–¿Sí, comisario?

–¿Ha encontrado algo acerca de la hija?

La *signorina* Elettra sacó un bloc del cajón lateral de la mesa, lo abrió y empezó a leer:

–La sacaron del colegio hace dos años y desde entonces no hay rastro de ella, por lo menos, en documentos oficiales.

–¿Quién la sacó?

–Al parecer, su padre.

–¿Por qué razón?

–Los datos del colegio indican que su último día de clase fue el dieciséis de noviembre.

Ella lo miró. No era necesario que uno de los dos recordara al otro que a la *signora* Moro le habían disparado una semana antes.

–¿Y qué más? – preguntó él.

–Eso es todo. En el formulario que está en el archivo figura que los padres decidieron enviarla a una escuela privada.

–¿Dónde? – preguntó Brunetti.

–No es necesario hacerlo constar, me dijeron.

–¿Y no preguntaron? – indagó él con patente irritación-. ¿Es que no han de saber adonde va cada criatura?

–La mujer que me atendió dijo que lo único que se necesita es que los padres rellenen y firmen los formularios correspondientes, por duplicado -recitó la *signorina* Elettra con la que Brunetti supuso que era la voz mecánica de la empleada del colegio.

–¿Así que una criatura puede desaparecer sin que nadie haga preguntas?

–Me dijeron que la responsabilidad de la escuela termina una vez que los padres rellenan los formularios y uno de ellos se lleva a la criatura.

–¿Así, sin más?

La *signorina* Elettra abrió las manos en un ademán que expresaba su falta de responsabilidad en la cuestión.

–La mujer me dijo que ella aún no trabajaba en la escuela cuando se llevaron a la niña, por lo que lo único que podía hacer era explicarme el procedimiento.

–¿Y dónde está ahora? – insistió Brunetti-. Una niña no puede desaparecer así como así.

–Podría estar en cualquier sitio, imagino -dijo la *signorina* Elettra, y agregó:- Pero en Siena no está.

Brunetti la miró interrogativamente.

–He llamado a la policía de allí y mirado en los archivos de los colegios. No figura ni ella ni ningún hijo de los Ferro.

–Y ahora también la madre ha desaparecido -dijo Brunetti, y le habló de su visita al apartamento y las deducciones que había hecho del hallazgo de la camisa.

La *signorina* Elettra palideció de pronto y, con la misma rapidez, se puso colorada.

–¿Su camisa? – preguntó y, antes de que él pudiera responder, repitió:- ¿Su camisa?

–Sí -dijo Brunetti. Iba a preguntarte qué pensaba ella de eso, pero, al mirarla más atentamente, comprendió que ese detalle sólo podía recordarle a un hombre, y entonces, para llenar el angustioso silencio que el recuerdo de su pérdida había traído a la habitación, siguió hablando:- ¿Se le ocurre la manera de localizar a la niña? – dijo. Y, como ella parecía no oírle, prosiguió:- Algún medio habrá para encontrarla. ¿Quizá un registro central de todos los niños escolarizados?

Como si volviera de muy lejos, la *signorina* Elettra dijo con una voz muy tenue:

–Quizá su ficha médica, o sí está en las Girl Scouts.

Antes de que ella pudiera hacer más sugerencias, Brunetti cortó diciendo:

–Los abuelos. Ellos sabrán dónde está.

–¿Los ha localizado? – preguntó la *signorina* Elettra mostrando de nuevo cierto interés.

–No; pero los dos Moro son venecianos, por lo que deben de vivir en la ciudad.

–Veré qué puedo encontrar -fue la única observación que ella se permitió. Y entonces-: A propósito, comisario, he descubierto algo sobre la muchacha que presuntamente fue violada en la academia.

–¿Sí? ¿Cómo?

–Amigos del pasado -fue toda la respuesta que ella dio. Cuando vio que tenía la atención de Brunetti, prosiguió-: La muchacha era la *fidanzata* de uno de los alumnos, que una noche la llevó a su cuarto. El capitán de la clase se enteró y se presentó en la habitación. Ella, al verlo entrar, se puso a gritar y alguien llamó a la policía. Pero no se presentaron cargos y, por lo que he podido deducir de la lectura del informe original, tampoco procedían.

–Comprendo -dijo él sin preocuparse de preguntar cómo había podido encontrar tan pronto el informe-. *Tanto fumo, poco arrosto*. -No bien lo hubo dicho, se dio cuenta del mal efecto que debía de producir su displicencia, y se apresuró a añadir-: Fue una suerte para la muchacha, desde luego, gracias a Dios.

–Desde luego -dijo la *signorina* Elettra tan sólo, no muy convencida por su piadoso colofón, volviéndose hacia su ordenador.

Brunetti llamó a la oficina de agentes de uniforme para preguntar por Pucetti, y le dijeron que había salido de patrulla y no regresaría hasta la mañana siguiente. Al colgar el teléfono, Brunetti se preguntó cuánto tardaría su buen concepto de la inteligencia de Pucetti en empezar a perjudicar al joven. No era probable que la mayoría de sus compañeros, ni los más cortos, como Alvise y Riverre, le tomaran ojeriza: en general, los agentes uniformados estaban exentos de envidias, por lo menos, hasta donde Brunetti podía apreciar. Quizá Vianello, más próximo a ellos en edad y rango, tuviera una percepción más clara.

Ahora bien, una persona como Scarpa tenía que mirar a Pucetti con la misma prevención con que miraba a Vianello. Aunque hacía años que Vianello no se había permitido ninguna manifestación al respecto, era evidente para Brunetti que la antipatía entre ambos había sido instantánea y feroz. No faltaban las causas: aversión entre el hombre del Norte y el del Sur, entre un solterón y un hombre felizmente casado, entre el que gozaba imponiendo su voluntad a cuantos tenía alrededor y el que sólo deseaba vivir en paz. Brunetti no había podido encontrar otra explicación que la de una visceral antipatía mutua.

Sintió una punzada de impaciencia porque rencillas personales complicaran su labor profesional: ¿por qué los servidores de la ley no podían situarse por encima de estas cosas? Meneó la cabeza ante sus utópicas ideas: no faltaba sino que ahora se pusiera a suspirar por un rey filósofo. Aunque no tenía más que pensar en el actual jefe del Gobierno para que toda esperanza en la llegada del rey filósofo muriera en germen.

Puso fin a sus cavilaciones la entrada de Alvise con las últimas cifras estadísticas de delincuencia, que dejó en la mesa de Brunetti diciendo que el *vicequestore* necesitaba el informe completo antes del fin de la jornada y que deseaba ver unos datos que pudiera presentar a la prensa sin tener que avergonzarse.

–¿Qué cree que habrá querido decir con eso, Alvise? – se permitió preguntar Brunetti.

–Que él lo resuelve todo, supongo, señor -respondió Alvise, muy serio. El agente saludó y se fue, dejando a Brunetti con la vaga sospecha de que Lear no era el único que tenía a un tonto sabio en su corte.

Brunetti estuvo trabajando durante la hora del almuerzo y hasta última hora de la tarde, jugando con los números e inventándose apartados para conseguir unos resultados que pudieran satisfacer a Patta sin faltar a la verdad. Cuando por fin miró el reloj, vio que eran más de las siete, hora de poner fin a la tarea e irse a casa. Impulsivamente, llamó a Paola y le preguntó si quería que cenaran fuera. Ella, sin dudar ni un instante, respondió que dejaría preparado algo para los chicos y lo esperaría donde él quisiera.

–¿En Sommariva?

–Caramba, ¿qué celebramos?

–Necesito darme un gusto.

–¿La cocina de Maria? – preguntó ella.

–Tu compañía -respondió él-. Te espero allí a las ocho.

Casi tres horas después, un Brunetti ahído de langosta y su consorte repleta de champán subían la escalera de su piso, lentamente; frenaba los pasos de él la sensación de plenitud y los de ella, la *grappa* bebida después de la cena. Cogidos del brazo, contemplaban la perspectiva de ir a la cama y, después, dormir.

Al abrir la puerta, Brunetti oyó el teléfono. Durante un momento, pensó en no contestar y dejar lo que fuera para la mañana siguiente. Si hubiera tenido tiempo para ver si los chicos estaban en sus cuartos y asegurarse de que la llamada no tenía que ver con su integridad, hubiera dejado sonar el teléfono, pero su condición de padre se impuso y, a la cuarta señal, contestó:

–Soy yo, comisario -dijo Vianello.

–¿Qué ocurre? – fue la respuesta instintiva de Brunetti a la voz del inspector.

–La madre de Moro está herida.

–¿Cómo?

Parásitos en la línea ahogaron las palabras de Vianello. Cuando desaparecieron, Brunetti sólo alcanzó a oír:

–... ni idea de quién.

–¿Quién qué? – preguntó Brunetti.

–El que lo ha hecho.

–¿Ha hecho el qué? No he oído bien.

–La ha atropellado un coche, comisario. Ahora estoy en Mestre, en el hospital.

–¿Qué ha pasado?

–La mujer iba a la estación del tren de Mogliano, donde ella vive. Por lo menos, iba en esa dirección cuando un coche le ha dado un golpe que la ha hecho caer y no se ha parado.

–¿Alguien lo ha visto?

–Dos personas. La policía de allí ha hablado con ellas, pero no estaban seguras de nada, sólo de que era un coche de color claro y coinciden en que quizá lo conducía una mujer.

Brunetti preguntó mirando el reloj:

–¿Qué hora era?

–Alrededor de las siete. Cuando los policías han visto que era la madre de Moro, uno de ellos se ha acordado de la muerte del chico y ha llamado a la *questura*. Han tratado de localizarlo a usted y después me han llamado a mí.

Brunetti miró el contestador. El parpadeo de una lucecita le avisaba de que le aguardaba un mensaje.

–¿Lo sabe él?

–Le han llamado antes que a nosotros, comisario. Ella es viuda y llevaba en el bolso un papel con el nombre y la dirección del hijo.

–¿Y...?

–Ha venido. – Los dos hombres pensaron en lo que aquello habría significado para Moro, pero no dijeron nada.

–¿Ahora dónde está?

–Aquí, en el hospital.

–¿Qué dicen los médicos? – preguntó Brunetti.

–Cortes y magulladuras, pero ninguna fractura. El coche sólo debió de rozarla. Pero, como tiene setenta y dos años, los médicos han decidido mantenerla en observación hasta mañana. – Después de una pausa, Vianello dijo:- Él acaba de irse.

Hubo un silencio largo. Al fin Vianello dijo, en respuesta a la pregunta que Brunetti no había hecho:

–Sí; sería buena idea. Estaba muy afectado.

Una parte de la mente de Brunetti comprendía que su instintivo deseo de aprovecharse del trauma de Moro no era menos perverso que la incitación de Vianello. Pero no se paró en consideraciones.

–¿Cuánto hace que se ha ido? – preguntó Brunetti.

–Unos cinco minutos. En taxi.

Del fondo del apartamento llegaban sonidos familiares: Paola se movía en el cuarto de baño, salía al pasillo, iba al dormitorio. Con la imaginación, Brunetti se elevó por encima de la ciudad, hasta el continente, vio un taxi que circulaba por las desiertas calles de Mestre y cruzaba el viaducto que conducía a *piazzale* Roma. Del taxi se apeaba un hombre, metía la mano en el bolsillo, pagaba al conductor, daba media vuelta y empezaba a andar hacia el *imbarcadero* del Uno.

Paola ya dormía cuando él se asomó a la habitación, proyectando una franja de luz sobre sus piernas, le escribió una nota y buscó donde dejarla. Al fin la puso encima del contestador, donde la luz que parpadeaba seguía reclamando atención.

Mientras cruzaba la ciudad dormida, la imaginación de Brunetti volvió a levantar el vuelo, pero ahora observaba a un hombre con traje oscuro y abrigo gris que iba andando de San Polo al puente de Accademia. Lo vio cruzar por delante del museo y meterse por las estrechas calles de Dorsoduro. Al extremo del pasaje que discurre junto a la iglesia de San Gregorio, cruzó el puente hacia la ancha *Riva* del otro lado de la Salute. A su derecha quedaba la casa de Moro, a oscuras, pero con todas las persianas abiertas. Bordeando el agua, Brunetti fue hasta el pie del puente que cruzaba el estrecho canal en dirección a la puerta de la casa. Desde allí podría ver llegar a Moro tanto si venía a pie como si llegaba en taxi o en el Uno. Volvió la cara y, al otro lado del agua tranquila, contempló el desigual perfil de las cúpulas de San Marco y el claroscuro de la fachada del Palazzo Ducale, percibiendo la sensación de paz que su belleza le transmitía. Curioso: una simple amalgama de formas y colores, y ya se sentía mejor que antes de mirarla.

Oyó la vibración del motor del *vaporetto* que se aproximaba y vio asomar la proa por detrás de la pared de un edificio. El sonido cambió de clave, y la nave se deslizó hasta el *imbarcadero*. El tripulante arrojó

el cabo con ademán suelto y certero y lo ató al amarre de metal con el nudo secular. Desembarcaron varios pasajeros, pero ninguno de ellos era Moro. Rechinó el metal al cerrarse la puerta, luego un simple tirón liberó el cabo y la embarcación siguió su recorrido.

Veinte minutos después, llegó otro barco, pero Moro tampoco venía en él. Brunetti ya pensaba que Moro podía haber decidido ir a casa de su madre en Mogliano cuando oyó pasos que se acercaban por la izquierda. Moro salió de una estrecha calle situada al fondo del pequeño *campo*, Brunetti cruzó el puente y se quedó al pie, a poca distancia de la puerta de la casa de Moro.

El doctor venía con las manos en los bolsillos de la americana y la cabeza baja, como si tuviera que pisar con precaución. Cuando estuvo a pocos metros de Brunetti, introdujo primero la mano izquierda y luego la derecha en los bolsillos del pantalón. Al segundo intento, sacó un manojo de llaves y las miró como si no supiera muy bien lo que eran ni lo que tenía que hacer con ellas.

Entonces levantó la cabeza y vio a Brunetti. Su expresión no cambió, pero el comisario estaba seguro de que lo había reconocido.

Brunetti empezó a andar hacia el otro hombre y empezó a hablar antes de darse cuenta de lo que hacía, sorprendido por la fuerza de su propia cólera.

—¿Piensa dejar que maten también a su esposa y a su hija?

Moro dio un paso atrás, y las llaves se le cayeron de la mano. Levantó un brazo a la altura de la cara, como si las palabras de Brunetti fueran un ácido del que tuviera que protegerse los ojos. Pero entonces, con una rapidez que asombró a Brunetti, Moro se acercó a él y lo agarró por el cuello del abrigo. Calculó mal la distancia y le clavó las uñas de los índices en la nuca.

El médico lo atrajo hacia sí con un tirón tan violento que le hizo avanzar medio paso. Brunetti abrió los brazos tratando de mantener el equilibrio, pero fue la fuerza de las manos del otro lo que le impidió caer.

Moro se le acercó, zarandeándolo como un perro a una rata.

—No se meta en esto -siseó, salpicándole la cara de saliva-. No han sido ellos. ¿Qué sabe usted?

Brunetti dejó que Moro lo sostuviera un momento, hasta que recuperó el equilibrio y, cuando el médico lo empujaba hacia afuera, asiéndolo todavía con fuerza, dio un paso atrás y, alzando las manos, se desasíó. Instintivamente, se palpó la nuca, donde notó un arañazo que empezaba a doler.

Se inclinó hacia adelante, acercando peligrosamente la cara a la del médico:

—Las encontrarán. Han encontrado a su madre. ¿Quiere que las maten a todas?

El médico volvió a levantar la mano, rechazando las palabras de Brunetti. Como un autómata, levantó la otra mano: era un ciego, un hombre acosado que busca refugio. Dio media vuelta y, tambaleándose, con las rodillas rígidas, fue hacia la puerta de su casa. Apoyado en la pared como si no pudiera tenerse en pie, Moro empezó a palparse el pantalón, en busca de las llaves que estaban en el suelo. Metió las manos en los bolsillos y los volvió del revés, esparciendo alrededor monedas y papeles. Cuando hubo registrado todos los bolsillos, hundió la barbilla en el pecho y empezó a sollozar.

Brunetti se agachó y recogió las llaves. Fue hasta el médico y le tomó la mano derecha que le colgaba inerte al lado del cuerpo, le puso la palma hacia arriba, depositó en ella las llaves y le hizo cerrar los dedos.

Lentamente, como un artrítico, Moro se separó de la pared y metió en la cerradura primero una llave, luego otra y otra, hasta que encontró la buena, que giró ruidosamente cuatro veces. Empujó la puerta y desapareció en el interior. Sin esperar a ver si se encendían las luces, Brunetti dio media vuelta y se encaminó a su casa.

A la mañana siguiente, Brunetti se despertó atontado, al sordo rumor de la lluvia que repicaba en las ventanas del dormitorio y sin Paola a su lado. Ni ella ni los niños estaban en casa. Una mirada al reloj le reveló la razón: hacía rato que todos habían ido a sus ocupaciones. Al entrar en la cocina vio con gratitud que Paola había dejado la cafetera preparada en el fogón. Se quedó mirando por la ventana mientras esperaba y, cuando el café estuvo hecho, se sirvió una taza que se llevó a la sala. Se lo tomó de pie, contemplando a través de la lluvia el campanario de San Polo. Cuando hubo terminado, volvió a la cocina y se preparó otra taza. Esta vez se sentó en el sofá, con los pies apoyados en la mesita, mirando fijamente las vidrieras de la terraza, sin ver los tejados que había al otro lado.

Trataba de adivinar quiénes podían ser «ellos». Moro, desprevenido ante la interpelación de Brunetti, no había tenido tiempo de preparar una defensa y ni intentó siquiera negar nada ni fingir que no comprendía la alusión de Brunetti a aquellos anónimos «ellos». La primera posibilidad que se le ocurrió a Brunetti, como tenía que ocurrírsele a cualquiera que supiera algo, por poco que fuera, de la carrera de Moro, era que tenía que ser alguien del servicio de Sanidad, que hubiera sido blanco de la acusación de corrupción y codicia institucionalizadas contenida en el Informe Moro. Brunetti cerró los ojos, apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y trató de recordar qué había sido de los hombres que estaban al frente del servicio provincial de Sanidad en la época del Informe Moro.

Uno había desaparecido de la escena pública y ahora ejercía la abogacía, otro se había jubilado y un tercero detentaba una cartera menor en el nuevo Gobierno: Seguridad Viaria o Defensa Civil, no lo recordaba con exactitud. Sí recordaba que, en medio del escándalo e indignación suscitados por la malversación de los fondos públicos que el informe había revelado, la respuesta del Gobierno se revistió de la augusta parsimonia de la Danza Fúnebre de *Saúl*. Habían pasado años: ni se habían construido los hospitales, ni se habían rectificado las estadísticas, ni se había molestado a los responsables del engaño.

Brunetti sabía que, en Italia, un escándalo tiene el mismo período de caducidad que el pescado fresco: a los tres días uno y otro están inservibles, el pescado, porque huele mal, y lo otro, porque ha dejado de oler. Cualquier castigo o venganza que «ellos» hubieran deseado infligir al autor del informe se hubiera perpetrado años atrás: el castigo que se demora seis años no disuadirá a otros funcionarios honrados de exponer ante la opinión pública las irregularidades del Gobierno.

Descartada esta posibilidad, Brunetti centró su atención en la carrera médica de Moro, y trató de ver en los ataques a su familia la obra de un paciente resentido, pero enseguida desestimó la hipótesis. Brunetti no creía que la finalidad de lo que había ocurrido a Moro fuera el castigo; en este caso, lo hubieran atacado a él personalmente: era una amenaza. La razón de los ataques contra la familia había que buscarla en lo que Moro estaba haciendo o en algo que había descubierto en la época en la que dispararon contra su esposa. En tal caso, los ataques tendrían su lógica en tanto que reiteradas y violentas tentativas de impedir la publicación de un segundo Informe Moro. Pero no dejaba de sorprender a Brunetti, al sopesar la reacción de Moro de la noche antes, que el médico no hubiera tratado de negar que «ellos» existían y, al mismo tiempo, insistiera en que «ellos» no eran los responsables de los ataques.

Brunetti tomó un sorbo de café, y notó que estaba frío. Fue entonces cuando oyó sonar el teléfono. Dejó la taza y salió al pasillo a contestar.

—Brunetti.

—¿Aún estás en la cama? — preguntó Paola.

—No; hace rato que me he levantado.

—Te he llamado tres veces durante la media hora última. ¿Dónde estabas? ¿En la ducha?

—Sí -mintió Brunetti.

—¿Mientes?

—Sí.

—¿Qué hacías? — preguntó ella, preocupada.

—Estaba sentado, mirando por la ventana.

—Me alegro de saber que has empezado el día de manera tan productiva. ¿Sentado y mirando o sentado, mirando y pensando?

—Y pensando.

–¿En qué?

–Moro.

–¿Y...?

–Me parece que ahora veo algo que antes no veía.

–¿Quieres contármelo? – preguntó ella, pero él detectó la prisa en su voz.

–No; tengo que pensar un poco más.

–¿Esta noche pues?

–Sí.

Ella hizo una pausa y, con voz de culebrón brasileño, dijo:

–Tenemos un asunto pendiente desde anoche, mi vida.

El cuerpo de él recordó entonces el asunto pendiente, con una sacudida, pero, antes de que pudiera hablar, ella colgó riendo.

Media hora después, Brunetti salía de casa, calzado con chanclos de goma y protegido por un paraguas oscuro. El paraguas dificultaba su avance, haciéndole serpentear para evadir a la gente. La lluvia había hecho menguar, pero no eliminado del todo, el flujo de turistas. Cómo deseaba poder pasar por otro sitio para ir a trabajar, y no verse atrapado en las apreturas de Ruga Rialto. Pasado Sant'Aponal, torció hacia la derecha y bajó hacia el Canal Grande. Al salir del pasaje, vio que un *traghetto* se acercaba a la Riva. Cuando desembarcaron los pasajeros, él subió a bordo y dio al *gondoliere* una de aquellas monedas de euro con las que no acababa de familiarizarse, confiando en que fuera suficiente. El joven le devolvió unos céntimos, y Brunetti se dirigió hacia la parte de atrás, flexionando las rodillas, para mantener el equilibrio y absorber el balanceo de la embarcación.

Cuando hubieron subido a bordo trece pasajeros, uno de ellos, con un empapado pastor alemán, y todos tratando de guarecerse bajo los paraguas, que formaban un dosel casi continuo sobre sus cabezas, los *gondolieri* empezaron a bogar y rápidamente los transportaron al otro lado. Brunetti vio gente en lo alto del puente, de espaldas al agua, posando para fotos bajo la lluvia.

La góndola se deslizó hasta la escalera de madera y los pasajeros desembarcaron. Brunetti esperó mientras el *gondoliere* de la proa entregaba a una mujer el carrito de la compra. Una rueda tropezó con un peldaño y el carro se inclinó hacia el *gondoliere*, que lo agarró del

asa y lo levantó hacia la mujer. De pronto, el perro volvió a la embarcación, en busca de lo que en otro tiempo debió de ser una pelota de tenis y, con ella entre los dientes, saltó al muelle y corrió tras de su amo.

Brunetti advirtió que acababa de ser testigo de una serie de infracciones. El número de pasajeros excedía del límite autorizado. Probablemente, había una ordenanza que estipulaba que, durante la travesía del canal, era obligatorio cerrar los paraguas, aunque no estaba muy seguro, por lo que ésta la descontó. El perro no llevaba bozal ni iba sujeto con correa. A dos personas que hablaban alemán no les habían devuelto el cambio hasta que lo habían pedido.

Camino de su despacho, Brunetti entró en la oficina de los agentes y pidió a Pucetti que subiera con él. Cuando estuvieron sentados, el comisario preguntó:

—¿Qué más ha averiguado?

Evidentemente sorprendido por la pregunta, Pucetti dijo:

—¿Se refiere a la escuela, comisario?

—Desde luego.

—¿Aún está interesado?

—Sí; ¿por qué no había de estarlo?

—Creí que la investigación estaba cerrada.

—¿Quién se lo ha dicho? — preguntó Brunetti, aunque ya tenía una idea bastante clara.

—El teniente Scarpa, señor.

—¿Cuándo?

Pucetti desvió la mirada, tratando de recordar.

—Ayer, señor. Entró en la oficina y me dijo que el caso Moro estaba cerrado y que yo había sido destinado a Tronchetto.

—¿A Tronchetto? — preguntó Brunetti, sin poder disimular el asombro porque se enviara a un agente de policía a patrullar un parking-. ¿Con qué objeto?

—Se han recibido denuncias acerca de los individuos que se sitúan en la puerta ofreciendo pasajes en barco a la ciudad.

—¿Denuncias de quién? — preguntó Brunetti.

—Alguien fue a quejarse a la Embajada de Estados Unidos en Roma. Dijo que había pagado doscientos euros por un viaje a San Marco.

–¿Qué hacía en Tronchetto?

–Trataba de aparcar el coche, señor. Y entonces uno de esos tipos con la gorra blanca y uniforme falso le dijo dónde podía aparcar y se ofreció para proporcionarle un barco-taxi que lo llevaría directamente a su hotel.

–¿Y él pagó?

Pucetti se encogió de hombros.

–Ya sabe cómo son los norteamericanos, señor. Como no sabía de qué iba la cosa, pagó, pero, cuando se lo contó a los del hotel, le dijeron que le habían timado. Resulta que este hombre tiene un cargo importante en la Embajada, y llamó a Roma, y ellos nos llamaron a nosotros y se quejaron. Por eso, ahora vamos al parking, para impedir que vuelva a ocurrir.

–¿Cuánto tiempo lleva en eso?

–Fui ayer y tengo que volver dentro de una hora -dijo Pucetti y, en respuesta a la expresión de Brunetti, agregó-: Era una orden.

Brunetti decidió no hacer observación alguna sobre la docilidad del joven oficial.

–La investigación de la muerte del joven Moro sigue abierta -dijo-, por lo que puede usted olvidarse de Tronchetto. Quiero que vuelva a hablar con uno de los chicos. Se llama Ruffo, me parece que ya ha hablado con él. – Brunetti había visto el apellido en el informe del agente y recordaba el comentario de éste de que el muchacho parecía estar muy nervioso. Pucetti asintió al oír el nombre, y Brunetti puntualizó-: A ser posible, fuera de la escuela, y no vaya de uniforme.

–Sí, señor. Es decir, no, señor -dijo Pucetti, y rápidamente agregó-: ¿Y el teniente?

–Yo hablaré con él -respondió Brunetti.

Pucetti se levantó y dijo:

–Iré en cuanto me cambie, señor.

Ahora Brunetti tendría que habérselas con el teniente Scarpa. Pensó en llamarlo a su despacho, pero después consideró preferible aparecer de improviso y bajó dos pisos hasta el despacho que Scarpa había reclamado para sí. Durante muchos años, aquella habitación hacía las veces de almacén, donde los agentes guardaban paraguas, botas e impermeables para utilizarlos en caso de un cambio brusco de

tiempo o la repentina llegada del *acqua alta*. Un día, allí apareció, como por arte de magia, un sofá, en el que los agentes del turno de noche echaban algún que otro sueñecito. Circulaba una leyenda según la cual, en aquel sofá, una comisaria conoció los placeres del adulterio. Tres años atrás, el *vicequestore* Patta había ordenado quitar de allí las botas, los paraguas y los impermeables; al día siguiente, desapareció también el sofá, que fue sustituido por una mesa formada por una gruesa placa de vidrio sustentada por robustas patas de metal. En la *questura* nadie que no fuera, por lo menos, comisario, tenía despacho propio, pero el *vicequestore* Patta había instalado a su ayudante detrás de la mesa de cristal. Oficialmente, no se dieron explicaciones, pero los comentarios se dispararon.

Brunetti llamó a la puerta y, en respuesta al grito de «*Avanti!*», entró. Siguió entonces un momento de incertidumbre durante el cual Brunetti pudo observar la reacción de Scarpa a la llegada de un superior. En el primer momento, se impuso el instinto, y Scarpa apoyó las manos en el borde de la mesa, disponiéndose a levantarse. Pero luego Brunetti le vio reaccionar no sólo al descubrimiento de quién era el superior sino también a la prerrogativa territorial, y el teniente hizo como si, con el movimiento iniciado, no pretendiera sino asentar mejor el cuerpo en la silla.

—Buenos días, comisario -dijo-. ¿En qué puedo servirle?

Haciendo caso omiso del gesto, que quería ser cortés, con el que Scarpa le indicaba la silla situada frente a la mesa, Brunetti permaneció cerca de la puerta y dijo:

—He asignado un servicio especial a Pucetti.

La cara de Scarpa se movió con lo que quizá pretendía ser una sonrisa:

—Pucetti ya tiene asignado un servicio especial, comisario.

—¿Se refiere a Tronchetto?

—Sí; lo que ocurre allí está dañando la imagen de la ciudad.

Haciendo un esfuerzo, Brunetti pasó por alto la incongruencia entre el sentido de la frase y el acento palermitano con el que había sido pronunciada y respondió:

—No estoy seguro de compartir su preocupación por la imagen de la ciudad, teniente, por lo que le he asignado otro servicio.

Otra vez, aquel movimiento de los labios.

–Tendrá la aprobación del *vicequestore*, por supuesto.

–No creo que un detalle tan insignificante como el servicio de un agente sea de gran interés para el *vicequestore* -respondió Brunetti.

–Al contrario, comisario, me consta que el *vicequestore* está vivamente interesado en todo lo que se refiera a la policía de la ciudad.

Cansado de este peloteo, Brunetti preguntó:

–¿Qué quiere decir con eso?

–Sólo lo que he dicho, señor. Que el *vicequestore* estará muy interesado en este detalle. – Como el tenor que tiene problemas de registro, Scarpa no podía controlar su voz, que oscilaba entre la cortesía y la amenaza.

–¿En otras palabras, que usted piensa decírselo? – preguntó Brunetti.

–Si se presenta la ocasión -respondió Scarpa con suavidad.

–Por supuesto -dijo Brunetti con no menos suavidad.

–¿Eso es todo, comisario?

–Sí -dijo Brunetti, y salió del despacho, antes de ceder a la tentación de agregar algo más. Brunetti no sabía casi nada del teniente Scarpa ni de lo que lo motivaba: probablemente, el dinero. Este pensamiento le trajo a la memoria una observación que Anna Comnena había hecho acerca de Robert Guiscard: «Una vez un hombre se hace con el poder, su amor al dinero sigue el mismo proceso que la gangrena, porque cuando la gangrena se instala en un cuerpo, no para hasta invadirlo y corromperlo por entero.»

Una anciana estaba en el hospital de Mestre, herida, y él tenía que dedicarse a discutir con la criatura de Patta, y a tratar de descubrir los motivos del teniente. Subía la escalera furioso con Scarpa, pero, cuando llegó a su despacho, ya había aceptado el hecho de que, en realidad, la causa de su furor era su propia incapacidad para prever el ataque contra la madre de Moro. Poco importaba a Brunetti que este sentimiento fuera infundado; él hubiera tenido que darse cuenta del peligro y hacer algo para protegerla.

Llamó al hospital y, en el tono áspero y autoritario que solía utilizar para tratar con las burocracias cerriles, dio su rango y exigió que le pusieran con el departamento en el que estaba ingresada la *signora*

Moro. Tuvo que esperar a que transfiriesen la llamada, pero la enfermera de guardia que contestó se mostró amable y servicial, le dijo que el médico había recomendado que se tuviese en observación a la *signora* Moro hasta el día siguiente, en que podría irse a su casa. No; no tenía lesiones graves, había quedado ingresada más a causa de la edad que de su estado.

Animado tras recibir esta reconfortante señal de humanidad, Brunetti dio las gracias a la enfermera, terminó la llamada e inmediatamente marcó el número de la policía de Mogliano. El agente encargado de la investigación le dijo que aquella mañana se había presentado en la *questura* una mujer que había reconocido conducir el coche que había atropellado a la *signora* Moro. El pánico la hizo huir pero, tras una noche de insomnio, presa de miedo y de remordimientos, había decidido confesar lo ocurrido.

Cuando Brunetti preguntó al policía si él creía a la mujer, éste respondió con extrañeza que por descontado, agregó que tenía que volver al trabajo y colgó.

Así pues, Moro estaba en lo cierto cuando decía que «ellos» no habían tenido nada que ver con el ataque a su madre. Incluso esta palabra, «ataque», reconoció Brunetti, la había puesto él. ¿A qué venía entonces aquel furor de Moro contra Brunetti cuando éste la había sugerido? Y, más importante todavía, ¿qué había causado aquel estado de angustia y desesperación en el que se encontraba anoche, desproporcionado e ilógico en un hombre al que acaban de decir que su madre no está gravemente herida?

La idea de que había hecho una cosa más para merecer la hostilidad del teniente Scarpa hubiera tenido que inquietar a Brunetti, pero no le preocupaba: en la antipatía implacable no había grados. Sólo lamentaba que Pucetti tuviera que sufrir las iras de Scarpa, ya que el teniente no era hombre que atacara a los que estaban por encima de él, por lo menos, abiertamente. Se preguntaba si otras personas se comportarían así, con total indiferencia a las exigencias de su profesión, ciegos y sordos a todo lo que no fuera la conquista del éxito y el poder personal, aunque ya hacía tiempo que Paola decía que las luchas que se libraban en el seno del departamento de Literatura Inglesa de la universidad eran mucho más feroces que las descritas en *Beowulf* o en las tragedias de Shakespeare más sangrientas.

Brunetti sabía que la ambición estaba reconocida como un rasgo natural en el ser humano, hacía décadas que observaba cómo otros luchaban por conseguir lo que ellos creían el éxito. Por más que él sabía que esos deseos se consideraban perfectamente normales, no podía menos que sentirse asombrado por la pasión y las energías que estas gentes dedicaban a sus afanes. Una vez, Paola comentó que él debía de haber venido al mundo sin alguna pieza esencial, porque parecía incapaz de desear algo que no fuera la felicidad. La observación de su mujer lo alarmó, hasta que ella le explicó que ésta era una de las razones por las que se había casado con él.

Ocupado en esos pensamientos, entró en el despacho de la *signorina* Elettra. Cuando la joven levantó la mirada, él dijo sin preámbulos:

–Necesito información sobre la gente de la academia.

–¿Qué clase de información en concreto?

Él reflexionó y dijo:

–Creo que lo que me gustaría saber es si alguno de ellos pudo ser capaz de matar a ese chico y por qué motivo.

–Pudo haber muchos motivos -respondió ella, y agregó-: Si es que usted quiere creer que fue asesinado.

–No; no quiero creer eso. Pero, si lo fue, quiero saber por qué.

–¿Siente curiosidad por los alumnos o por los profesores?

–Por unos y por otros.

–Dudo que pudieran ser unos y otros.

–¿Por qué? – preguntó él.

–Probablemente, porque unos y otros tendrían motivos diferentes.

–¿Como por ejemplo?

–No me he explicado bien -empezó ella meneando la cabeza-.

Supongo que los maestros lo harían por motivos graves, motivos adultos.

–¿Por ejemplo?

–Peligro para su propia carrera. O para la escuela.

–¿Y los chicos?

–Porque era un incordio.

–Me parece un motivo muy trivial para matar a una persona.

–Según se miren, la mayoría de los motivos para matar a una persona son bastante triviales.

Él tuvo que reconocer que no le faltaba razón. Al cabo de unos instantes, preguntó:

–¿En qué sentido podía ser un incordio ese chico?

–Cualquiera sabe. No tengo ni idea de lo que irrita a los chicos de esa edad. El que es muy duro, o muy blando. El que es muy listo, y deja en mal lugar a los otros. O que presume, o...

–Siguen pareciéndome motivos triviales -cortó Brunetti-. Incluso para adolescentes.

Ella, sin ofenderse, dijo:

–Es todo lo que se me ocurre. – Señalando el teclado con un movimiento de la barbilla, dijo:- Daré una ojeada, a ver qué encuentro.

–¿Dónde buscará?

–En las listas de los alumnos. En sus familias. Listas de profesores y familias. Luego haré cruces con... en fin, otros datos.

–¿Dónde ha conseguido esas listas?

Ella aspiró largamente, con clase.

–No las tengo, comisario, pero puedo tenerlas. – Se quedó mirándolo, en espera de su comentario.

Brunetti, descolocado, le dio las gracias y le pidió que le llevara toda la información que consiguiera en cuanto le fuera posible.

En su despacho, Brunetti se aplicó a recordar todo lo que hubiera oído o leído acerca de la academia durante los últimos años. Como no

se le ocurría nada, amplió la búsqueda a todos los militares en general, puesto que la mayoría de los miembros del profesorado habían sido oficiales de alguna rama de las fuerzas armadas.

Le rondaba por la cabeza una vaga idea que no acababa de perfilarse. Como el tirador de primera que fuerza la vista en la oscuridad, Brunetti concentró la atención no en el objetivo, que le rehuía, sino en lo que estuviera justo al lado o detrás. Era algo sobre los militares, sobre jóvenes y militares.

Entonces se concretó el recuerdo: un incidente ocurrido hacía varios años, en el que dos soldados -paracaidistas, seguramente- habían recibido la orden de saltar de un helicóptero en algún lugar de la antigua Yugoslavia. Ellos, que ignoraban que el helicóptero se hallaba estacionario a cien metros del suelo, saltaron y se mataron. Lo ignoraban porque los otros hombres que iban en el helicóptero, que lo sabían, pero eran de otra fuerza militar, no se lo habían dicho. Y este recuerdo trajo otro, el de un joven que había aparecido muerto al pie de un trampolín de saltos en paracaídas, quizá víctima de una novatada nocturna que había salido mal. Que él supiera, ninguno de aquellos casos se había resuelto ni se había dado una explicación satisfactoria por la muerte, totalmente innecesaria, de aquellos tres jóvenes.

También recordaba una mañana de hacía varios años en la que, durante el desayuno, Paola había levantado la mirada del periódico que informaba de que el entonces dirigente del país había ofrecido enviar tropas italianas a un aliado en una operación bélica.

—Va a enviar tropas -dijo-. ¿Te parece un ofrecimiento o una amenaza?

Sólo uno de los amigos íntimos de Brunetti había optado por la carrera militar, y habían perdido el contacto desde hacía años, por lo que no quería llamarle ahora. De todos modos, ¿qué podía preguntarle? Brunetti no tenía ni idea. ¿Que si el ejército era realmente tan incompetente y corrupto como parecía creer todo el mundo? No era una pregunta que uno pudiera hacer, por lo menos, a un general en activo.

Quedaban sus amigos de la prensa. Llamó a uno a Milán, pero, cuando se conectó el contestador, no quiso dejar mensaje ni nombre. Lo mismo ocurrió cuando llamó a otro amigo a Roma. En la tercera

tentativa, en la que trataba de contactar con Beppe Avisani, de Palermo, contestaron a la segunda señal:

–Avisani.

–*Ciao*, Beppe. Soy yo, Guido.

–Ah, encantado de oír tu voz -dijo Avisani y, durante unos minutos, intercambiaron la clase de información que dan y reciben los amigos que hace tiempo que no saben uno de otro, quizá con un punto de formalidad en la voz, porque ambos sabían que ahora sólo se hablaban cuando uno de ellos necesitaba información.

Cuando todo lo que había que decir sobre las respectivas familias estuvo dicho, Avisani preguntó:

–¿De qué quieres que te hable?

–Investigo la muerte del joven Moro -dijo Brunetti, y esperó la respuesta del periodista.

–¿Así pues, no fue suicidio? – preguntó éste, prescindiendo de cualquier piadosa delicadeza.

–Eso es lo que deseo saber -respondió Brunetti.

Sin vacilar, Avisani declaró espontáneamente:

–Si no fue suicidio, está claro que la causa es el padre, algo que ver con él.

–Hasta ahí ya había llegado, Beppe -dijo Brunetti sin asomo de sarcasmo.

–Es natural. Perdona.

–Pero el informe salió hace mucho tiempo -dijo Brunetti, seguro de que un hombre que se dedicaba al periodismo desde hacía veinte años seguiría su razonamiento y también descartaría el informe como posible causa-. ¿Sabes en qué trabajaba cuando estaba en el Parlamento?

Se hizo el silencio mientras Avisani exploraba la senda que abría Brunetti con su pregunta.

–Probablemente, tienes razón -dijo al fin, y añadió-: ¿Aguardas un momento?

–Desde luego. ¿Por qué?

–Debo de tenerlo por aquí, en algún archivo.

–¿En el ordenador? – preguntó Brunetti.

–¿Y dónde quieres que lo tenga? – rió el periodista-. ¿En un cajón?

Brunetti se echó a reír a su vez, como si hubiera querido hacer un chiste.

—Un momento -dijo Avisani. Brunetti oyó el golpecito del teléfono en una superficie dura.

Estuvo mirando por la ventana mientras esperaba, sin tratar de imponer orden en la información que daba tumbos en su cabeza. Perdió la noción del tiempo, aunque Avisani tardó bastante más de un minuto en volver.

—¿Sigues ahí, Guido? — preguntó.

—Sí.

—No tengo mucho sobre él. Estuvo en el Parlamento tres años, es decir, un poco menos, hasta que dimitió, pero lo mantenían fuera de la vista.

—¿Lo mantenían, quiénes?

—El partido por el que se presentó lo apoyó porque en aquel momento Moro era famoso, y ellos sabían que con él ganarían, pero después de las elecciones, cuando vieron cuáles eran sus ideas en realidad, procuraron esconderlo todo lo posible.

Brunetti había visto eso otras veces: personas honradas eran elegidas y entraban en el sistema con la esperanza de reformarlo, pero, poco a poco, eran absorbidas por él como los insectos por una planta carnívora. Consciente de que Avisani había visto muchos más casos de éstos que él, Brunetti se ahorró los comentarios y, acercándose un bloc, dijo tan sólo:

—Me gustaría saber en qué comisiones estuvo.

—¿Buscas lo que imagino: alguien con quien hubiera chocado?

—Sí.

Avisani lanzó un gruñido largo que Brunetti catalogó de especulativo.

—Te daré lo que tengo. Había una comisión de pensiones para campesinos -empezó Avisani, y lo descartó con un simple-: Aquí no hay nada. Son gente menuda. — Y luego-: La comisión que supervisó el envío de todo aquel material a Albania.

—¿Intervino el ejército? — preguntó Brunetti.

—No; creo que se hizo a través de organizaciones benéficas privadas. Caritas y similares.

–¿Qué más?

–Correos.

Brunetti resopló.

–Y *procurezza* militar -dijo Avisani con audible interés.

–¿Qué significa?

El periodista no respondió enseguida.

–Probablemente, supervisión de los contratos de las empresas proveedoras del ejército.

–¿Supervisión o adjudicación? – preguntó Brunetti.

–Yo diría que supervisión. En realidad, era sólo una subcomisión, lo que significa que no tenía más poder que el de elevar sus recomendaciones a la comisión en sí. ¿Crees que pueda ser eso?

–No estoy seguro de que haya un «eso» -respondió Brunetti vagamente, obligándose ahora a recordar que su amigo era miembro de la prensa.

Con estudiada paciencia, Avisani dijo:

–Te pregunto como amigo curioso, Guido, no como periodista.

Brunetti se rió con alivio:

–Parece una posibilidad más verosímil que algo relacionado con la comisión de Correos; los carteros no son muy violentos.

–No; sólo en Norteamérica -dijo Avisani.

Se hizo un silencio un poco incómodo, porque los dos eran conscientes del conflicto existente entre sus respectivas profesiones y su amistad. Luego, Avisani dijo:

–¿Quieres que siga buscando?

Brunetti no encontraba la manera de decirlo. Al fin apuntó:

–Si pudieras hacerlo con delicadeza.

–Si aún estoy vivo es porque hago las cosas con delicadeza, Guido - dijo Avisani sin buscar la nota humorística, se despidió en un tono que no se distinguía por la cordialidad y colgó.

Brunetti llamó a la *signorina* Elettra y, cuando ella contestó, dijo:

–Me gustaría agregar otro apartado a su... -aquí se interrumpió, porque no sabía cómo llamar a lo que hacía ella-, su trabajo de documentación.

–¿Sí, señor?

–*Procurezza* militar.

—¿No podría ser más explícito?

—Conseguir dinero y gastarlo -empezó él, y entonces le vino a la memoria una frase que solía citar Paola. La ahuyentó y agregó-: Para los militares. Era una de las comisiones en las que estaba Moro.

—¡Caramba, milagro! — exclamó ella-. ¿Cómo sería posible?

Al oír esta manifestación de sincero asombro, Brunetti se preguntó cuánto tardaría en explicar a un extranjero tal reacción, que suponía la honradez de Moro al tiempo que expresaba sorpresa porque se hubiera designado a un hombre honrado para formar parte de una comisión que podía influir en la asignación de importantes sumas de fondos públicos.

—No tengo ni idea. A ver si encuentra quiénes eran los otros miembros de la comisión.

—Sí, señor. Es fácil acceder a los archivos del Gobierno -dijo ella, mientras él especulaba sobre el grado exacto de criminalidad que podía encerrar tal verbo.

Él miró el reloj y preguntó:

—¿Salgo a almorzar o espero?

—Almuerce, comisario -le aconsejó ella, y colgó. Brunetti bajó a Testiere, donde el dueño siempre le encontraba un hueco, y tomó un *antipasto* de pescado y un filete de atún a la parrilla, que Bruno le juró que era fresco. Por la atención que le prestó Brunetti, lo mismo podía haber sido congelado o liofilizado. En cualquier otro momento, hubiera considerado una vergüenza dejar de apreciar un plato tan exquisito; pero hoy no podía sustraerse a los intentos por descubrir la relación que pudiera existir entre la vida profesional de Moro y las desgracias ocurridas en su familia, por lo que la comida fue ingerida pero no saboreada.

Brunetti se paró en la puerta del despacho de la *signorina* Elettra, a la que encontró de pie junto a la ventana, mirando al canal que salía al *Bacino*. Estaba tan abstraída que no le oyó llegar, y él se quedó en el umbral, no queriendo asustarla. La joven tenía los brazos cruzados sobre el pecho, un hombro apoyado en el marco de la ventana y un pie delante del otro. Él, que la veía de perfil, observó que bajaba la cabeza y cerraba los ojos un instante más de lo necesario. Los abrió, aspiró

profundamente hinchando el pecho y se apartó de la ventana. Y lo encontró a él mirándola.

Pasaron tres segundos. Paola le había dicho una vez que, en los momentos en los que una persona necesita consuelo, los irlandeses suelen decir «Siento tus penas», y Brunetti ya tenía la frase a flor de labios cuando ella dio un paso hacia la mesa y dijo, tratando de sonreír:

–Ya lo tengo todo -pero lo decía en el tono del que no tiene nada.

Pasaron otros tres segundos, y él se acercó a la mesa a su vez, suscribiendo el tácito acuerdo de silenciar lo ocurrido.

Brunetti vio encima de la mesa dos montones de papeles. Ella, de pie, señaló uno de ellos:

–Ésa es la lista de los alumnos hijos de militares o de funcionarios del Gobierno; es el único dato de los chicos por el que me he guiado. Debajo está la lista de los profesores, con indicación de la rama del ejército en la que sirvieron y el grado que alcanzaron. Y, debajo de todo, la lista de los hombres que estaban con el *dottor* Moro en la comisión de abastecimiento militar.

Pudo más la curiosidad que la sensatez, y Brunetti preguntó:

–Excelente. Pero ahora dígame, ¿de dónde saca usted todo eso? – Como ella no contestara, él levantó la mano derecha y dijo–: Prometo por la salud de la persona de mi familia que usted designe, que no revelaré nada de lo que me diga, que lo olvidaré al instante y que el teniente Scarpa no conseguirá arrancarme el secreto sean cuales fueren los medios que empleare para hacerme cantar.

Ella pareció reflexionar.

–¿Ni con las más terribles amenazas?

–¿Como la de invitarme a una copa?

–Peor que eso: a cenar.

–Seré fuerte.

Ella capituló:

–Hay un modo de acceder a los archivos del personal militar. No se necesita nada más que el código y, a partir de ahí, el número del individuo. – Puesto que ella había accedido a brindarle esa información, Brunetti se abstuvo de preguntar cómo había conseguido el código y los números-. El Parlamento es fácil -agregó ella con desdén-. Ahí podría entrar hasta un niño.

El supuso que se refería a los archivos, no al edificio.

—¿Y las listas de la escuela?

Ella lo miró inquisitivamente y él asintió, renovando su voto de silencio.

—Pucetti las robó y me las dio, por si podían sernos útiles.

—¿Ha tenido tiempo de repasarlas?

—Un poco. Hay nombres que están en más de una.

—¿Por ejemplo?

Ella sacó una hoja de papel del primer montón y señaló dos nombres que había resaltado en amarillo.

—El *maggior* Marceilo Filippi y el *colonello* Giovanni Toscano.

—Explíquemelo -dijo él-. De viva voz es más rápido.

—El *maggiore* estuvo en el ejército veintisiete años y se retiró hace tres. Durante los seis años inmediatamente anteriores a su retiro, estuvo al frente de la oficina de suministros a los paracaidistas. Su hijo es alumno de tercero en la academia. — Señaló el segundo nombre-. El *colonello* era asesor militar de la comisión parlamentaria en la que estaba Moro. Ahora da clases en la academia. Estaba en París, en un seminario, durante la semana en la que murió el chico.

—¿No le parece un retroceso pasar de un cargo en el Parlamento a dar clase en una academia militar de provincias?

—El *colonello* se retiró después de veintidós años de servicio militar, en circunstancias poco claras -dijo la signorina Elettra-. Por lo menos - puntualizó- ésa es la impresión que he sacado de la lectura de los archivos internos.

«Archivos internos», repitió Brunetti para sus adentros. ¿Dónde se detendría esta mujer?

—¿Qué dicen los archivos?

—Que varios miembros de la comisión no estaban muy satisfechos de la actuación del *colonello*. Uno de ellos llegó a sugerir que el *colonello* no era totalmente imparcial en los consejos que daba a la comisión.

—¿Moro?

—Sí.

—Ah, vamos.

—Sí, vamos.

—¿No totalmente imparcial en qué sentido? — preguntó Brunetti.

—Eso no consta, pero me parece obvio.

—Si; desde luego. — Si el *colonello* obraba de una forma que desagradaba a la comisión, sería porque favorecía a determinadas empresas que abastecían a los militares, y a sus propietarios. El atávico cinismo de Brunetti le sugería que eso también podía significar que Toscano estaba a sueldo de empresas distintas de las que untaban a los parlamentarios de la comisión. Lo sorprendente aquí no era que él fuera parcial —¿por qué, si no, optar a semejante cargo?—, sino que lo hubieran... Brunetti se resistió a formular siquiera mentalmente la palabra «pillado». Era asombroso que hubieran podido obligarle a retirarse; Brunetti no podía imaginar que un hombre en su posición se aviniera a marcharse tranquilamente. ¿Hasta dónde había llegado su venalidad, para provocar su cese?

—¿El *colonello* es veneciano?

—No; lo es su esposa.

—¿Cuándo vinieron a vivir aquí?

—Hace dos años. Cuando él se retiró.

—¿Tiene idea de cuánto le pagan en la academia?

La *signorina Elettra* volvió a señalar el papel.

—A la derecha de cada nombre figura el salario.

—Seguramente, también cobra pensión militar.

—También está indicado.

Brunetti miró el papel y vio que la suma de la pensión del *colonello* y del salario de la academia era muy superior a su propio sueldo de comisario.

—No está mal.

—Se defienden, supongo —dijo ella.

—¿Y la mujer?

—Rica.

—¿Qué asignaturas enseña él?

—Historia y Teoría Militar.

—¿Y se le conoce alguna peculiar tesitura política que pueda incidir en su manera de enseñar la Historia?

Ella sonrió por la delicadeza de la fórmula y respondió:

—Aún no puedo contestar a eso, comisario. Pero tengo un amigo que es sobrino del profesor de Matemáticas de la academia, y me ha

prometido informarse. Probablemente, no sería difícil adivinar sus ideas -prosiguió-, pero más valdrá asegurarse.

Él asintió, aunque ninguno de los dos se hacía ilusiones acerca de la visión de la política y, por consiguiente, de la Historia, que podía tener un hombre que había pasado veintidós años en el ejército. De todos modos, al igual que la *signorina* Elettra, Brunetti pensaba que era preferible cerciorarse.

—¿Y sabe si esos dos hombres estuvieron en contacto mientras alguno de ellos se hallaba en servicio activo?

Ella volvió a sonreír, como si la complaciera su perspicacia, y atrajo hacia sí el otro montón de papeles.

—Parece ser que cuando el *colonello* asesoraba a la comisión parlamentaria, el *maggior*, que acababa de retirarse, estaba en el Consejo de Administración de Edilan-Forma.

—¿Que es...?

—Una empresa con sede central en Ravenna que suministra a los militares uniformes, botas y mochilas, además de otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Todavía no he podido entrar en su ordenador -dijo ella, convencida sin duda de que la conversación seguía amparada por la promesa de discreción-. Pero parece ser que suministran todo lo que un soldado puede llevar encima. También podrían subcontratar a proveedores de bebidas y productos alimenticios al ejército.

—¿Y todo ello supone...? — preguntó Brunetti.

—Millones, comisario, millones y millones. Es una mina, o podría serlo. Al fin y al cabo, el ejército se gasta quince mil millones de euros al año.

—¡Pero eso es un escándalo! — estalló él.

—No lo es para los que tienen la posibilidad de llevarse un pellizco.

—¿Edilan-Forma?

—Por ejemplo -respondió ella, y entonces volvió a la información que había reunido-. En cierta ocasión, la comisión examinó los contratos con Edilan-Forma porque uno de sus miembros había planteado preguntas sobre ellos.

—¿Moro? — inquirió Brunetti, a fin de cerciorarse.

Ella asintió.

–¿Qué tipo de preguntas?

–En las actas del Parlamento se hace mención de los precios de varias partidas, y de las cantidades pedidas -dijo ella.

–¿Y qué pasó?

–Que, cuando el miembro de la comisión dimitió, no se repitieron las preguntas.

–¿Y los contratos?

–Todos se renovaron.

Brunetti se preguntaba si estaría loco, por encontrar todo eso tan normal y tan fácil de entender. ¿O estarían locos todos los ciudadanos de este país, por entender que los papeles que la *signorina* Elettra tenía encima de la mesa sólo admitían una lectura? Los fondos públicos estaban ahí para que metiera mano todo el que pudiera, y su saqueo era la suprema prebenda del servidor del Estado. Moro, con su integridad y su ingenuidad transparentes, se había atrevido a desafiar este principio. Brunetti ya no abrigaba la menor duda de que la respuesta a las preguntas de Moro se la habían dado no a él sino a su familia.

–¿Podría investigar más de cerca a Toscano y Filippi? Suponiendo que no lo haya hecho ya.

–Precisamente en eso estaba trabajando cuando ha entrado, comisario -dijo ella-. Pero mi amigo de Roma, el que trabaja en los archivos militares, ha sido enviado a Livorno para varios días y no tendré acceso a sus datos hasta finales de semana.

Absteniéndose de recordarle que, cuando él había entrado, ella estaba en la ventana contemplando tristemente su pasado o su futuro y no trabajando en nada, Brunetti le dio las gracias y volvió a su despacho.

Brunetti, ejercitando su fuerza de voluntad, se obligó a permanecer en la *questura* hasta la hora de salida habitual, dedicado a leer y contraseñar informes. Al cabo de un rato, decidió leer sólo uno de cada dos, y después, uno de cada tres, aunque sin olvidarse de estampar un esmerado «G. B.» al pie de cada uno, incluso de los no leídos. Mientras recorría con la vista las palabras, las columnas de números, el torrente interminable de hechos y cifras que tenían con la realidad el mismo parentesco que Anna Anderson con el zar Nicolás II, el pensamiento de Brunetti no se apartaba de Moro.

Antes de salir, llamó a Avisani a Palermo. Nuevamente, el periodista contestó dando su apellido.

–Soy yo, Beppe -dijo Brunetti.

–Si no ha pasado ni un día, Guido. Dame tiempo, ¿no? – dijo el periodista con mordacidad.

–No llamo para achuchar, Beppe, créeme. Es que quiero añadir dos nombres a la lista -empezó Brunetti. Sin dar a Avisani tiempo de protestar, prosiguió-: *Colonello* Giovanni Toscano y *maggior* Marcello Filippi.

Al cabo de un rato, Avisani dijo:

–Bien, bien, bien. Donde hay sal hay pimienta; donde hay aceite hay vinagre; donde hay humo hay fuego...

–¿Y donde está Toscano está Filippi, imagino? – preguntó Brunetti.

–Exactamente. ¿Cómo te has tropezado con esos dos?

–Moro -dijo Brunetti escuetamente-. Los dos estaban involucrados en la comisión en la que trabajaba Moro cuando dejó el Parlamento.

–Ah, sí. *Procurezza* -dijo Avisani, alargando las sílabas para saborear su sonido.

–¿Sabes algo? – preguntó Brunetti, aunque estaba seguro de que así era.

–Sé que al *colonello* Toscano le instaron a dejar su puesto de asesor de la comisión parlamentaria y que, al poco tiempo, dejó el servicio activo en el ejército.

–¿Y Filippi?

–Mi impresión es que el *maggior* comprendió que su posición se había hecho muy evidente.

–¿Qué posición?

–La de marido de la prima del presidente de la empresa que proveía a los paracaidistas de la mayor parte de sus suministros.

–¿Edilan-Forma? – preguntó Brunetti.

–Eres un chico aplicado -elogió Avisani. A fuer de sincero, Brunetti hubiera tenido que aclarar que la aplicada era la *signorina* Elettra, pero creyó preferible no revelar ese detalle a un miembro de la prensa.

–¿Has escrito sobre eso?

–Una y otra vez, Guido -respondió Avisani con enfática resignación.

–¿Y qué crees que va a hacer la gente? ¿Rasgarse las vestiduras, fingir que ésa no es la manera en la que también ellos hacen sus negocios? ¿Recuerdas lo que dijo aquel cómico de la televisión cuando empezaron la investigación de *Mani Pulite*?

–¿Que todos éramos culpables de corrupción y todos deberíamos pasar unos días en la cárcel? – preguntó Brunetti, recordando la vehemente amonestación que Beppe Grillo hizo a sus conciudadanos. Grillo era un cómico, y la gente podía reírse, pero lo que dijo aquella noche no tenía gracia.

–Sí -dijo Avisani, recuperando la atención de Brunetti-. Hace años que vengo escribiendo artículos sobre eso, y también sobre otras agencias del Gobierno, cuya función primordial es la de desviar dinero a amigos y parientes. Pero nadie protesta. – Esperó la reacción de Brunetti y repitió:- Y nadie protesta porque todos piensan que un día puede llegarles a ellos la oportunidad de hacerse con ese dinero fácil y que les conviene que el sistema siga tal como está. Y sigue.

Como Brunetti sabía que ésa era la situación, nada tuvo que objetar a los comentarios de su amigo. Volviendo a la primera observación de Avisani, preguntó:

–¿Ésa es la única relación que existe entre los dos?

–No. Se graduaron por la Academia de Modena el mismo año.

–¿Y después de aquello? – preguntó Brunetti.

–No lo sé. Dudo que tenga importancia. Lo que importa es que se conocían bien y que los dos acabaron interviniendo en los suministros.

–¿Y que los dos se retiraron?

–Sí, y casi al mismo tiempo.

–¿Sabes dónde está Filippi? – preguntó Brunetti.

–Creo que ahora vive en Verona. ¿Quieres que me informe?

–Sí.

–¿Hasta dónde he de llegar?

–Hasta donde puedas.

–¿Y tú pensarás pagarme como siempre, imagino? – preguntó Avisani riendo.

–¿No quieres comer los guisos de mi mujer? – preguntó Brunetti fingiendo indignación y, antes de que Avisani pudiera responder, agregó:- No quiero causarte contratiempos.

El periodista volvió a reír.

–Guido, si me asustaran los contratiempos, no podría dedicarme a este oficio.

–Gracias, Beppe -dijo Brunetti, y el afecto que había en la risa del otro al despedirse le dijo que su amistad seguía tan sólida como siempre.

Bajó la escalera y, por más que trató de resistirse al canto de sirena del ordenador de la *signorina* Elettra, no lo consiguió. En el despacho no había luz, y el monitor apagado daba a entender que la joven no había conseguido todavía los datos que él le había pedido. Nada podía hacer Brunetti, como no fuera registrar la mesa, por lo que decidió irse a casa, en busca de su cena.

A la mañana siguiente, Brunetti llegó a la *questura* antes de las ocho, dio un rodeo por el despacho de la *signorina* Elettra y, al verlo desierto, siguió hasta la oficina de los agentes, donde encontró a Pucetti sentado a una mesa, leyendo una revista. El joven se puso de pie al ver a Brunetti.

–Buenos días, comisario. Esperaba que llegara temprano.

–¿Qué tiene para mí? – preguntó Brunetti. Percibió vagamente un movimiento a su espalda, y vio su reflejo en la cara de Pucetti, de la que se borró la sonrisa.

–Estos formularios, comisario -dijo el joven, acercándose dos montones de papeles que estaban en la mesa contigua a la suya-. Creo que requieren su firma -dijo con voz neutra.

En el mismo tono, Brunetti dijo:

–Ahora he de bajar a hablar un momento con Bocchese. ¿Podría subírmelos al despacho?

–Desde luego, señor -dijo Pucetti poniendo primero un fajo de papeles y luego el otro encima de la revista y alisando los bordes. Cuando los levantó de la mesa, la revista había desaparecido.

Brunetti se volvió hacia la puerta y la encontró bloqueada por el teniente Scarpa.

–Buenos días, teniente -dijo Brunetti con naturalidad-. ¿Desea hablar conmigo?

–No, señor; quería hablar con Pucetti.

A Brunetti le iluminó la cara un gesto de sorpresa y agradecimiento.

–Ah, le agradezco que me lo haya recordado, teniente: tengo algo que preguntar a Pucetti. – Miró al joven-. Espéreme en mi despacho, agente. – Sonriendo amistosamente al teniente añadió-: Ya sabe cómo le gusta a Bocchese empezar temprano -insinuando que esta particularidad era del dominio público en la *questura*-, cuando lo cierto era que Bocchese pasaba la primera hora de la jornada leyendo *La Gazzetta dello Sport* y utilizando su dirección electrónica de la *questura* para hacer apuestas en tres países.

En silencio, el teniente se hizo a un lado para dejar paso a su superior. Brunetti esperó junto a la puerta a que Pucetti se reuniera con él y entonces la cerró.

–En fin, creo que Bocchese podrá esperar unos minutos -dijo Brunetti con resignación. Cuando hubieron entrado en su despacho, cerró la puerta y, mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba en el armario, dijo-: ¿Qué ha averiguado?

Pucetti, que conservaba los papeles debajo del brazo, dijo:

–Me parece que al chico Ruffo le pasa algo, señor. Ayer me acerqué por allí y me quedé cerca del bar que hay en la calle de la escuela. Cuando el chico entró, yo lo saludé y le ofrecí un café, pero me pareció que le ponía nervioso hablar conmigo.

–O que lo vieran hablar con usted -apuntó Brunetti. Pucetti asintió y el comisario preguntó-: ¿Por qué dice que le pasa algo?

–Porque me parece que ha tenido una pelea. – Sin esperar a que Brunetti le preguntara, Pucetti prosiguió-: Tenía desolladuras en las

dos manos y los nudillos de la derecha hinchados. Cuando vio que se las miraba, las escondió a la espalda.

–¿Qué más?

–Se movía de otra manera, comisario, como rígido.

–¿Qué le dijo? – preguntó Brunetti sentándose detrás de su mesa.

–Dijo que había tenido tiempo de pensarlo y que, después de todo, ahora le parece que quizá se suicidara -dijo Pucetti.

Brunetti puso los codos en la mesa y apoyó la barbilla en ambas manos. Guardó silencio, esperando que Pucetti le revelara no sólo lo que le habían dicho sino también lo que él pensaba.

Frente al silencio de su superior, Pucetti aventuró:

–Pero él no lo cree, comisario. Por lo menos, ésa es mi impresión.

–¿Por qué?

–Parecía asustado, y por su forma de hablar, daba la impresión de estar repitiendo algo que había aprendido de memoria. Cuando le pregunté por qué pensaba que había podido suicidarse, dijo que Moro se había comportado de forma extraña durante las últimas semanas. – Pucetti hizo una pausa y agregó:- Todo lo contrario de lo que me dijo la primera vez. Y parecía necesitar recibir de mí una señal de que le creía.

–¿Usted se la dio? – preguntó Brunetti.

–Desde luego, señor. Pensé que, si necesitaba eso para sentirse seguro, valdría más que lo tuviera.

–¿Por qué, Pucetti?

–Porque así se tranquilizará y, cuando esté tranquilo, la próxima vez que hablemos con él se asustará todavía más.

–¿Que hablemos con él aquí, quiere decir?

–Sí, señor. Abajo y en compañía de alguien grande.

Brunetti levantó la mirada y sonrió al joven.

La persona más idónea para conducir el interrogatorio era Vianello, que había perfeccionado el arte de disimular su innata bondad con una gama de expresiones que iban de la simple reprobación a un furor escalofriante. Pero esta vez no tendría ocasión de emplear su repertorio con el cadete Ruffo, porque cuando, una hora después, el inspector y Pucetti llegaron a la Academia San Martino, el cadete no estaba en su habitación, ni los chicos de su planta sabían dónde podían encontrarlo.

Fue el comandante quien les informó, cuando, finalmente, sus indagaciones los llevaron a su despacho, de que al cadete Ruffo se le había concedido un permiso para visitar a su familia y no regresaría a la academia hasta al cabo de dos semanas por lo menos.

Cuando preguntaron el motivo del permiso, el comandante se limitó a aludir vagamente a «asuntos familiares», como si esta respuesta tuviera que bastar para satisfacer su curiosidad.

Vianello sabía que la *signorina* Elettra tenía la lista de alumnos, y suponía que allí figuraría la dirección de los padres de Ruffo, por lo que no era sino el interés por oír la respuesta del comandante lo que impulsó al inspector a pedírsela. Aquél se la negó, aduciendo que las direcciones de los alumnos eran información reservada, y luego declaró que debía asistir a una reunión y les pidió que se marcharan.

Cuando los dos hombres regresaron a la *questura* e informaron a Brunetti de la visita, el comisario preguntó a Pucetti:

—¿Qué impresión le causaron los cadetes en general?

—Me gustaría poder decir que estaban asustados, como lo estaba Ruffo la última vez que hablé con él, pero no era así. En realidad, parecían molestos porque yo les hiciera preguntas, casi como si no tuviera derecho a hablarles. — El agente se encogió de hombros, buscando la manera de explicarse—. Quiero decir que todos tienen siete u ocho años menos que yo, pero me trataban como a un niño o alguien que tuviera que obedecerles. — El agente parecía desconcertado.

—¿Por ejemplo, un soldado raso? — preguntó Brunetti.

Pucetti no comprendía.

—¿Cómo dice, señor?

—¿Como si hablaran a un soldado raso? ¿Así le hablaban?

Pucetti asintió.

—Sí, señor; como si tuviera que obedecerles sin hacer preguntas.

—Pero eso no explica por qué no quieren hablar -objetó Vianello.

—Para eso suele haber una sola razón -dijo Brunetti.

Antes de que Vianello pudiera preguntar, Pucetti saltó:

—Porque todos saben lo que sabe Ruffo, y no quieren que hablemos con él.

Una vez más, Brunetti obsequió al joven con una sonrisa de aprobación.

A las tres de la tarde, estaban en un coche sin distintivos, parado a cien metros de la dirección del cadete Ruffo indicada en la lista, una granja lechera de las afueras de Dolo, pequeña población situada a medio camino entre Venecia y Padua. La casa, de piedra, baja y larga, con un gran establo adosado, quedaba a cierta distancia de una carretera bordeada de álamos, de la que arrancaba un camino de grava que las últimas lluvias habían dejado reducido a una estrecha cinta de barro que discurría entre parches de una hierba muerta salpicada de charcos ribeteados de lodo. No había árboles, pero en los campos de alrededor varias cepas daban testimonio de una tala reciente. A Brunetti, entumecido de frío en el coche, se le hacía difícil imaginar una estación diferente de ésta, pero se preguntaba qué protegería al ganado del sol del verano. Entonces recordó que pocas vacas se veía pastar en los campos del nuevo Véneto: generalmente estaban en el establo, reducidas a simples engranajes en la rueda de la producción de leche.

Hacía frío, y soplaban un fuerte viento del Norte. De vez en cuando, Vianello ponía el motor en marcha y daba la calefacción a tope, y entonces el coche se calentaba de tal modo que tenían que bajar un cristal.

Al cabo de media hora, Vianello dijo:

—No tiene sentido quedarse aquí, esperando a que aparezca. ¿Por qué no nos acercamos y preguntamos si está o no?

Pucetti, como correspondía a su situación de inferioridad, tanto en la jerarquía como en la geoestrategia, ya que estaba sentado detrás, no dijo nada, dejando que respondiera Brunetti.

Hacía un rato que el comisario tenía ese mismo pensamiento, y bastó la pregunta de Vianello para hacer que se decidiera.

—Tiene razón -dijo-. Vamos a ver si está.

Vianello puso el motor en marcha y metió la primera. Despacio, el coche empezó a avanzar hacia la casa. Las ruedas patinaban en el barro y la grava, buscando apoyo. A medida que se acercaban, se hacían más evidentes las señales de vida rural. Apoyado en la pared de un establo había un neumático abandonado, tan grande que sólo podía ser de un tractor. A la izquierda de la puerta de la casa se alineaban varios pares de botas de goma diversas: las había negras y marrones, altas y bajas. Por la esquina de la casa salieron dos perros grandes que

corrieron hacia ellos en silencio, lo que los hacía más temibles. Los animales se pararon a dos metros del coche, los dos, en el lado del copiloto, mirando fijamente a los hombres y enseñando los dientes con desconfianza, pero todavía sin ladrar.

Brunetti sólo podía distinguir unas cuantas razas de las más conocidas, y creyó ver en aquellos perros rasgos de pastor alemán, pero poco más pudo identificar.

—¿Bien? —preguntó a Vianello.

En vista de que ninguno de sus acompañantes decía algo, Brunetti abrió la puerta del coche y puso un pie en el suelo, procurando elegir una zona de hierba seca. Los perros no hicieron nada. Entonces él sacó el otro pie y salió del coche. Los perros seguían quietos. El ácido olor de orines de vaca le hirió las fosas nasales y él observó que el líquido de los charcos que había delante de la puerta de lo que parecía el establo era pardo y espumoso.

Brunetti oyó abrirse una puerta del coche y luego la otra, y notó a su lado a Pucetti. Al ver a dos hombres, uno al lado del otro, los perros retrocedieron un poco. Vianello dio la vuelta por delante del coche, y los perros siguieron retrocediendo, hasta la esquina de la casa. Vianello pateó en el suelo con el pie derecho, y los animales desaparecieron, sin haber proferido sonido alguno.

Los hombres fueron a la puerta, Brunetti empuñó el enorme aro de hierro que servía de aldaba y golpeó con él la placa de metal clavada en la madera. Era agradable sentir en la mano el peso del hierro y oír su recia percusión. Al no recibir respuesta, volvió a llamar. Al cabo de un momento, oyeron en el interior una voz que gritaba algo que no entendieron.

Abrió la puerta una mujer baja, de cabello oscuro, con un deformado vestido de lana gris sobre el que llevaba una chaqueta de punto verde tejida a mano, pero una mano poco hábil. Como era bastante más baja que ellos, la mujer dio un paso atrás y levantó la cabeza para mirarlos, entornando los ojos. Brunetti observó una extraña asimetría en su cara: el ojo izquierdo apuntaba hacia la sien en sentido ascendente mientras la comisura de los labios del mismo lado se doblaba hacia abajo. La mujer tenía un cutis suave y terso, de niña, aunque debía de tener más de cuarenta y cinco años.

–¿Sí? – preguntó al fin.

–¿Vive aquí Giuliano Ruffo? – preguntó Brunetti.

Por el tiempo que tardó en descifrar sus palabras, la mujer podía haber hablado un idioma distinto. A Brunetti le pareció ver que vocalizaba el nombre de «Giuliano», como si esto pudiera ayudarla a responder a la pregunta.

–*Momento* -dijo ella entonces, pronunciando las consonantes con gran dificultad. Dio media vuelta, dejando que ellos cerraran la puerta. O, pensó Brunetti, que se llevaran todo lo que había en la casa, o que mataran a sus ocupantes, si lo preferían, y se marcharan tranquilamente sin que ni los perros les molestaran.

Los tres hombres se quedaron en el zaguán, esperando el regreso de la mujer o la aparición de otra persona más capacitada para responder a sus preguntas. Al cabo de varios minutos, oyeron acercarse unos pasos procedentes del fondo de la casa. La mujer del jersey verde volvió y, detrás de ella, venía otra mujer, más joven, que llevaba una chaqueta tejida de la misma lana, pero con más destreza. También las facciones y los movimientos de la mujer denotaban un mayor refinamiento: unos ojos oscuros que rápidamente buscaron los de Brunetti, unos labios bien dibujados, preparados para hablar y un gesto alerta causaron en el comisario una impresión de inteligencia y lucidez.

–¿Sí? – dijo la mujer. Tanto el tono como la expresión imprimieron en la pregunta un imperativo que exigía no sólo una respuesta sino una explicación.

–Soy el comisario Guido Brunetti, *signora*. Deseo hablar con Giuliano Ruffo. Según nuestros archivos, éste es su domicilio.

–¿De qué quiere hablar con él? – preguntó la segunda mujer.

–De la muerte de uno de sus compañeros de estudios.

Durante esta conversación, la primera mujer estaba a un lado de Brunetti, con la boca abierta, moviendo la cara hacia cada interlocutor, pero como si sólo captara los sonidos. Brunetti, al verla de perfil, observó que la parte indemne de su cara tenía cierto parecido con la de la otra mujer. Podían ser hermanas, o quizá primas.

–No está -dijo la más joven.

Brunetti se impacientó.

–En tal caso, está violando su permiso de la academia -dijo, pensando que podía ser verdad.

–Al diablo la academia -dijo la mujer ásperamente.

–Mayor motivo para que hable con nosotros -repuso él.

–Ya le he dicho que no está.

Con repentina irritación, Brunetti dijo:

–No la creo. – De pronto, lo asaltó la idea de lo que era la vida en el campo, la aburrida monotonía del trabajo, amenizada sólo por la esperanza de que algún nuevo desastre afligiera al vecino-. Si lo prefiere, ahora nos vamos y volvemos con tres coches, sirenas y luces rojas, aparcamos en el patio y vamos casa por casa preguntando a los vecinos sí saben dónde está.

–Ustedes no harían eso -respondió la mujer, más verazmente de lo que imaginaba.

–Entonces permítame hablar con él -dijo Brunetti.

–Giuliano -dijo la primera mujer, sorprendiéndolos a todos.

–No pasa nada, Luigina -dijo la más joven poniéndole una mano en el antebrazo-. Estos señores han venido a ver a Giuliano.

–Giuliano -repitió la otra, con la misma voz átona.

–Eso es, cara. Son amigos suyos que vienen a visitarle.

–Amigos -dijo la mujer con una sonrisa torcida. Se acercó al corpulento Vianello, que se había quedado detrás de sus colegas. Ella levantó la mano derecha y apoyo la palma en el pecho del inspector. Levantó la cara para mirarlo y dijo-: Amigo.

Vianello puso su mano sobre la de ella y dijo:

–Eso es, *signora*. Amigos.

Siguió un momento de tensión, por lo menos, para Brunetti, Pucetti y la mujer más joven. Mientras Vianello y Luigina mantenían las manos unidas en el pecho de él, Brunetti dijo a la otra mujer:

–*Signora*, necesito hablar con Giuliano. Tiene usted la palabra del inspector: somos amigos.

–¿Por qué había de confiar en ustedes? – preguntó ella.

Brunetti se volvió ligeramente hacia Vianello, que ahora daba palmaditas en el dorso de la mano de la mujer:

–Porque ella confía.

La más joven fue a protestar pero desistió antes de pronunciar la primera palabra. Brunetti vio por su expresión que daba por válida su respuesta. Relajando la postura, ella inquirió:

–¿Qué quiere preguntarle?

–Ya se lo he dicho, *signora*. Deseamos hablar sobre la muerte del cadete.

–¿Sólo eso? – La mirada de la mujer era tan clara y directa como la pregunta.

–Sí. – Brunetti hubiera podido dejarlo ahí, pero se sentía obligado por la promesa de Vianello y agregó:– Eso debería ser todo, pero no lo sabré hasta que hable con él.

De pronto, Luigina retiró la mano del pecho de Vianello, miró a la otra mujer y dijo:

–Giuliano. – Después de pronunciar el nombre, le tembló en los labios una sonrisa nerviosa que despertó la compasión de Brunetti.

La más joven se acercó a ella y le tomó la mano derecha entre las suyas.

–Todo va bien, Luigina. A Giuliano no le pasará nada.

La mujer debió de entender lo que oía, porque se le ensanchó la sonrisa, juntó las manos con júbilo y dio media vuelta, hacia el interior de la casa, pero, antes de que pudiera alejarse, la más joven le puso la mano en el brazo, para retenerla.

–Este señor desea hablar con Giuliano a solas -empezó, y miró el reloj ostensiblemente-. Mientras ellos hablan, tú podrías dar de comer a las gallinas. Ya es la hora.

Brunetti no estaba muy versado en las costumbres campesinas, pero sabía que a las gallinas no se les da de comer a primera hora de la tarde.

—¿Gallinas? — preguntó Luigina, confusa por el brusco cambio de tema.

—¿Tiene gallinas, *signora*? —preguntó Vianello con entusiasmo, poniéndose delante de ella-. ¿No querría enseñármelas?

Otra vez apareció la sonrisa torcida, ante la posibilidad de enseñar las gallinas a su amigo.

Vianello miró entonces a Pucetti:

—La *signora* va a enseñarnos las gallinas, Pucetti. — Sin esperar la respuesta de Pucetti, Vianello puso la mano en el brazo de la mujer y empezó a andar hacia la puerta-. ¿Cuántas...? — oyó decir Brunetti al inspector, y entonces, como si, de pronto, comprendiera que el ejercicio de contar no estaba al alcance de la mujer, terminó, sin solución de continuidad-:... veces he pensado que me gustaría ver gallinas. — Se volvió hacia Pucetti-: Venga usted también a ver las gallinas.

Cuando se quedaron a solas, Brunetti preguntó a la mujer:

—¿Puedo preguntar quién es usted, *signora*?

—Soy la tía de Giuliano.

—¿Y la otra *signora*?

—Su madre. — Como Brunetti no preguntaba, explicó-: Sufrió un accidente hace años, cuando Giuliano era niño.

—¿Y antes? — preguntó Brunetti.

—¿Que quiere decir? ¿Si antes era normal? — inquirió ella buscando un tono de indignación sin acabar de encontrarlo.

Brunetti asintió.

—Sí; tan normal como yo. Soy su hermana, Tiziana.

—Me lo figuraba -dijo Brunetti-. Se parecen ustedes mucho.

—Ella era la guapa -dijo la mujer con tristeza-. Antes. — Si la descuidada belleza de esta mujer había de servir de indicio, Luigina debió de ser una preciosidad.

—¿Puedo preguntar qué sucedió?

—Usted es policía, ¿no?

—Sí.

—¿Eso quiere decir que no puede revelar las cosas que le dicen?

–Si no tienen relación con el caso que esté investigando, no, *signora*.
-Brunetti no aclaró que, más que una prohibición expresa, era cuestión de criterio personal, pero la respuesta pareció satisfacerla.

–Su marido le disparó. Y luego se suicidó -dijo la mujer. Como Brunetti no hacía comentario alguno, prosiguió-: Quería matarla a ella y suicidarse. Pero con Luigina falló.

–¿Por qué lo hizo?

–Porque creyó que ella lo engañaba.

–¿Y era verdad?

–No. – La respuesta disipó por completo las dudas de Brunetti-. Pero mi cuñado era un hombre muy celoso. Y violento. Todos le habíamos dicho que no se casara con él, pero se casó. – Después de una larga pausa, agregó-: El amor -como si le hubieran pedido que nombrara la enfermedad que había destruido a su hermana.

–¿Cuándo sucedió?

–Hace ocho años. Giuliano tenía diez. – La mujer cruzó los brazos bruscamente delante del estómago, asiéndoselos con fuerza, como si buscara seguridad.

Cuando se le ocurrió la idea, se sintió tan horrorizado que habló sin pararse a pensar en lo dolorosa que la pregunta sería para ella:

–¿Dónde estaba Giuliano?

–No; el niño no estaba. Por lo menos, no le hizo eso a su hijo.

Brunetti deseaba saber el alcance del daño que había sufrido la otra mujer, pero, al comprender que su motivo no era sino morbosa curiosidad, se abstuvo de preguntar. No había más que ver la vitalidad que aún conservaba esta mujer en sus movimientos y en su pobre cara desfigurada para hacerse una idea de lo que le había sido arrebatado.

Mientras iban hacia el interior de la casa, Brunetti preguntó:

–¿Por qué se fue Giuliano de la escuela?

–Dijo que... -Ella se interrumpió, y Brunetti intuyó que la mujer sentía no poder explicárselo-. Creo que será mejor que se lo pregunte a él.

–¿Estaba contento en la academia?

–No. Nunca. – La respuesta fue rápida y vehemente.

–Entonces, ¿por qué ingresó? ¿Y por qué permaneció en ella?

Ella se paró y lo miró, y él observó entonces que sus ojos, que le habían parecido oscuros, en realidad tenían estrías de ámbar y parecían fulgurar en la penumbra del vestíbulo.

—¿Usted sabe algo de esta familia?

—No, *signora*; nada -dijo él, lamentando ya no haber pedido a la *signorina* Elettra que ahondara en su intimidad y escarbado en sus secretos un poco más. Ello le hubiera evitado sorpresas y ahora sabría qué información debía tratar de extraer de ella exactamente.

Nuevamente, ella cruzó los brazos y trató de mirarle a los ojos.

—Entonces, ¿no leyó usted la noticia?

—No que yo recuerde. — Brunetti se preguntaba cómo pudo haber pasado por alto un caso como aquél. Debió de ser una sensación para la prensa durante tres días.

—Ocurrió cuando estaban en Cerdeña, en la base naval -dijo ella, como si esto lo explicara todo-. El suegro de mi hermana consiguió tapar el caso.

—¿Quién es el suegro? — preguntó Brunetti.

—El *ammiraglio* Giambattista Ruffo -dijo ella. Brunetti reconoció inmediatamente el nombre del llamado «Almirante del Rey» porque no ocultaba sus fervorosos sentimientos monárquicos. Tenía la idea de que Ruffo era de origen genovés y el vago recuerdo de haber oído hablar de él durante décadas. Ruffo había ascendido en la Marina por méritos propios y se había reservado sus opiniones hasta ver confirmado su ascenso -lo que Brunetti creía que había ocurrido hacía quince años-, y entonces dejó de disimular o enmascarar su convicción de que había que restaurar la monarquía. Los esfuerzos del Ministerio de la Guerra por silenciar a Ruffo le habían dado una repentina fama, ya que él se negó a retractarse de sus declaraciones. Los periódicos serios -si es que puede decirse que éstos existan en Italia- pronto se cansaron de la historia, que fue relegada a las revistas cuyas portadas dedican especial atención a diversas partes de la anatomía femenina semana tras semana.

Habida cuenta de la fama del almirante, fue casi un milagro que el suicidio de su hijo no se convirtiera en un bombazo periodístico, pero Brunetti no recordaba haber leído nada al respecto.

—¿Cómo consiguió silenciar a la prensa? — preguntó Brunetti.

–En Cerdeña, él estaba al mando de la base naval -empezó ella.

–¿Se refiere al almirante? -interrumpió Brunetti.

–Sí; como todo ocurrió allí, fue posible mantener alejada a la prensa.

–¿Cómo se dio la noticia? – preguntó Brunetti, consciente de que, en tales circunstancias, cualquier cosa sería posible.

–Se dijo que había muerto a consecuencia de un accidente, en el que también Luigina había resultado gravemente herida.

–¿Y nada más? – preguntó Brunetti, sorprendido de su propia ingenuidad por considerarlo insólito.

–Nada más. La policía de la Marina llevó la investigación y un médico de la Marina hizo la autopsia. La bala sólo hirió a Luigina levemente, en un brazo. Pero al caer al suelo se dio un golpe en la cabeza, y eso le causó el daño.

–¿Por qué me cuenta estas cosas? – preguntó Brunetti.

–Porque Giuliano no sabe qué pasó en realidad.

–¿Dónde estaba él? – preguntó Brunetti-. Quiero decir, en el momento en que ocurrió aquello.

–En otra parte de la casa, con los abuelos.

–¿Y nadie se lo ha contado?

Ella movió la cabeza negativamente.

–Me parece que no. Por lo menos, hasta ahora.

–¿Por qué dice «hasta ahora»? – preguntó él, percibiendo una leve pérdida de firmeza en su tono.

Ella levantó la mano derecha y se frotó la sien, justo en el nacimiento del pelo.

–No lo sé. Cuando volvió a casa esta vez me hizo preguntas, y me parece que yo no supe reaccionar. En lugar de decirle lo mismo que le hemos dicho siempre, que fue un accidente, quise saber por qué preguntaba. – Se interrumpió, mirando al suelo, sin dejar de palparse el pelo de la sien.

–¿Y...? – la animó Brunetti.

–Como no me contestaba, le dije que él ya sabía lo que había ocurrido, que su padre había muerto en un trágico accidente. – Volvió a callar.

–¿Él la creyó?

La mujer se encogió de hombros, como una niña obstinada que se resiste a afrontar un hecho desagradable.

Brunetti esperaba, sin repetir la pregunta. Al fin, ella dijo mirándole a los ojos:

—No sé si me creyó o no. — Se detuvo, buscando la manera de explicarlo, y prosiguió-. Cuando era más pequeño, solía preguntar por aquello. Era como si le diera una calentura que iba aumentando hasta que él no podía resistir más y tenía que volver a preguntarme, por muchas veces que yo le hubiera explicado lo sucedido. Luego se quedaba tranquilo un tiempo, hasta que volvía la obsesión, y empezaba otra vez a hablar de su padre y a hacer preguntas sobre él, o sobre su abuelo, y al fin no podía remediarlo y preguntaba por la muerte de su padre. — La mujer cerró los ojos y dejó caer los brazos-. Y yo volvía a contarle la vieja mentira. Hasta que yo misma me cansaba de oírla.

Ella echó a andar otra vez hacia el fondo de la casa. Brunetti, mientras la seguía, aventuró una última pregunta:

—¿Esta vez fue diferente?

La mujer siguió andando, pero él la vio encogerse de hombros bruscamente, rechazando la pregunta. Ella dio varios pasos más y se paró delante de una puerta, pero no se volvió a mirarlo.

—Antes, cada vez que él preguntaba y yo le repetía lo sucedido, se quedaba tranquilo durante un tiempo; pero ahora no. No me creyó. Ya no me cree. — Ella no explicó por qué tenía esa impresión y Brunetti no consideró necesario preguntar: el muchacho sería una fuente mucho más segura.

Ella abrió una puerta que daba a otro largo corredor, se paró en la segunda puerta de mano derecha y llamó. Casi inmediatamente, la puerta se abrió, y Giuliano Ruffo salió al pasillo. Al ver a su tía, sonrió, luego se volvió hacia Brunetti y lo reconoció. La sonrisa se borró de su cara, reapareció, expectante, un momento y volvió a desvanecerse.

—Zia, ¿qué sucede? — preguntó a la mujer. Al ver que ella no contestaba, dijo a Brunetti-: Usted es el que vino a mi cuarto. — A la señal afirmativa de Brunetti, preguntó-: ¿Qué desea ahora?

—Lo mismo que la otra vez, hablar de Ernesto Moro.

—¿Qué hay de él? — preguntó Giuliano llanamente.

Brunetti estimaba que el chico hubiera debido mostrar más inquietud al ver que la policía lo había seguido hasta su casa para hacerle preguntas sobre Ernesto Moro. De pronto, se le apareció lo insólito de la situación: ellos tres, de pie en aquel pasillo sin calefacción, la mujer, callada, mientras Brunetti y el muchacho giraban uno en torno al otro, fintando con preguntas. Como si le leyera el pensamiento, ella dijo entonces señalando la habitación que estaba a la espalda de su sobrino:

—¿Y si fuéramos a hablar a donde no haga tanto frío?

Si hubiera sido una orden, no hubiera respondido el chico con más rapidez. Volvió a entrar en la habitación, dejando la puerta abierta para que ellos le siguieran. Al entrar, Brunetti pensó en el orden casi antinatural de la habitación de Giuliano en la academia, pero lo recordó porque aquí contemplaba la antítesis: prendas de vestir encima de la cama y del radiador; compactos, desnudos y vulnerables, fuera de sus estuches, sobre la mesa: botas y zapatos, tirados en el suelo. Lo sorprendente era que no olier a tabaco, aunque vio un paquete de cigarrillos abierto en el escritorio y otro en la mesita de noche.

Giuliano quitó la ropa de la butaca situada frente a la ventana y dijo a su tía que se sentara allí. Arrojó la ropa al pie de la cama, donde ya había un pantalón vaquero. Con un movimiento de la cabeza, señaló a Brunetti la silla que estaba detrás del escritorio y él se sentó en un hueco que se hizo en la cama.

—Giuliano -empezó Brunetti-, no sé lo que hayan podido decirte o hayas podido leer, ni me importa lo que hayas dicho tú. Yo no creo que Ernesto se suicidara; no me parece que fuera la clase de persona que pudiera hacer eso, ni que tuviera razones para matarse. — Hizo una pausa, esperando que el chico o la tía dijeran algo. Como ninguno de los dos hablaba, prosiguió-: Eso quiere decir que murió a causa de algún tipo de accidente o que alguien lo mató.

—¿Qué quiere decir con accidente? — preguntó Giuliano.

—Una broma que acabara mal, que él estuviera gastando a otros o que otros le gastaran a él. Si fue eso, es posible que las personas involucradas sintieran pánico e hicieran lo primero que se les ocurrió: simular un suicidio. — Calló, con la esperanza de que el muchacho aprovechara la oportunidad para decir algo, pero Giuliano siguió

callado-. O, si no -prosiguió Brunetti-, por razones que ignoro, lo mataron intencionadamente, o algo se torció o se les fue de la mano. Y luego trataron de hacer que pareciera un suicidio.

–Pero los periódicos decían que había sido un suicidio -interrumpió la tía.

–Eso no significa nada, *zia* -dijo el muchacho, para sorpresa de Brunetti.

En el silencio que siguió, el comisario dijo:

–Me temo que tenga razón su sobrino, *signora*.

El muchacho apoyó las manos en la cama y bajó la cabeza, como si contemplara el revoltijo de calzado que había en el suelo. Brunetti observó cómo sus manos se cerraban en puños y luego volvían a abrirse. Giuliano levantó la cabeza, ladeó el cuerpo y agarró el paquete de cigarrillos que estaba en la mesa. Lo apretaba con la derecha como si fuera un talismán o una mano amiga, pero no hacía ademán de sacar un cigarrillo. Se pasó el paquete a la mano izquierda y, por fin, sacó un cigarrillo. Se puso de pie, lanzó el paquete a la cama y se acercó a Brunetti, que permanecía inmóvil.

Giuliano tomó un encendedor de plástico del escritorio y fue hacia la puerta. Sin decir nada, salió de la habitación cerrando la puerta.

–Le he pedido que no fume dentro de la casa -dijo su tía.

–¿No le gusta el olor? – preguntó Brunetti.

Ella sacó del bolsillo de la chaqueta un arrugado paquete y se lo enseñó:

–Al contrario. Pero el padre de Giuliano era un gran fumador, y mi hermana asocia el olor con él. Sólo fumamos fuera de la casa, para que no se altere.

–¿Volverá? – preguntó Brunetti; no había tratado de retener a Giuliano, y estaba convencido de no poder obligar al chico a revelar lo que no quisiera.

–No tiene otro sitio a donde ir -dijo la tía, no sin afecto.

Permanecieron en silencio hasta que Brunetti preguntó:

–¿Quién se ocupa de la granja?

–Me ocupo yo, con un hombre del pueblo.

–¿Cuántas vacas tienen?

–Diecisiete.

–¿Dan lo suficiente? – preguntó Brunetti. Sentía curiosidad por saber cómo podía mantenerse la familia, aunque reconocía que sus escasos conocimientos de ganadería no le permitían deducir la prosperidad de una explotación por el número de reses.

–Tenemos un fideicomiso del abuelo de Giuliano -explicó la mujer.

–¿Ya ha muerto?

–No.

–Entonces, ¿cómo puede haber un fideicomiso?

–Lo estableció cuando murió su hijo. Para Giuliano.

–¿Y qué estipula? – preguntó Brunetti. Como ella no respondía, agregó:- Si me permite la pregunta.

–No puedo impedirle que pregunte -dijo ella con cansancio.

Al cabo de un rato, se decidió a contestar:

–Giuliano recibe una cantidad cada cuatro meses. Cierta vacilación que detectó en la voz de la mujer indujo a Brunetti a preguntar:

–¿Impone condiciones?

–Él cobrará la pensión mientras siga la carrera militar.

–¿Y si la deja?

–Cesarán los pagos.

–¿Entonces, los estudios en la academia...?

–Forman parte del plan.

–¿Y ahora? – preguntó él señalando con un ademán el caos de la habitación, tan alejado del orden militar.

La mujer se encogió de hombros, gesto que a él ya empezaba a resultarle familiar en ella, y respondió:

–Mientras, oficialmente, siga con permiso, puede considerarse que... -dejó la frase sin terminar.

–¿Sigue? – aventuró Brunetti, y observó con satisfacción que ella sonreía.

Se abrió la puerta y entró Giuliano, que traía olor a humo de cigarrillo. Volvió a acercarse a la cama, y Brunetti observó que sus zapatos dejaban marcas de barro en las baldosas. Se sentó en la cama, con las manos apoyadas en el colchón, miró a Brunetti y dijo:

–No sé qué pasó.

–¿Es la verdad o es lo que has decidido decir mientras estabas fuera? – preguntó Brunetti suavemente.

–Es la verdad.

–¿Tienes alguna idea de lo que pasó? – preguntó Brunetti. El chico no dio señales ni de haberle oído, por lo que Brunetti imprimió en sus palabras un tono aún más hipotético-: ¿O de lo que pudiera haber pasado?

Al cabo de mucho rato, con la cabeza aún baja y la mirada en los zapatos, el chico dijo:

–No puedo volver.

Brunetti no lo dudó ni un instante; nadie que le oyera podría dudarlo. Pero sentía curiosidad por las razones del chico:

–¿Por qué?

–No puedo ser soldado.

–¿Por qué, Giuliano?

–Porque no lo llevo dentro. No lo siento. Todo me parece estúpido: las órdenes, la formación y que todo el mundo tenga que hacer lo mismo al mismo tiempo. Es estúpido.

Brunetti miró a la tía, pero ella tenía los ojos fijos en su sobrino, quieta y callada, ajena al comisario. Cuando el chico siguió hablando, Brunetti se volvió de nuevo hacia él.

–Yo no quería, pero el abuelo me dijo que eso era lo que mi padre hubiera deseado que hiciera. – Miró a Brunetti, que sostuvo su mirada pero guardó silencio.

–Eso no es cierto, Giuliano -intervino la tía-. Tu padre siempre odió la vida militar.

–Entonces, ¿por qué se dedicó a ella? – dijo Giuliano airadamente.

Tras unos instantes, como si hubiera estado calculando el efecto que habían de tener sus palabras, ella contestó:

–Por la misma razón que tú, Giuliano: para que el abuelo estuviera contento.

–Él nunca está contento -rezongó Giuliano, Se hizo el silencio.

Brunetti se volvió hacia la ventana, pero lo único que vio fue una gran extensión de campos embarrados, salpicados de algún que otro tronco.

Fue la mujer quien al fin rompió el silencio:

–Tu padre siempre quiso ser arquitecto, por lo menos, eso me decía tu madre. Pero su padre, tu abuelo, se empeñó en que fuera soldado.

–Como todos los Ruffo -escupió Giuliano con franco desdén.

–Sí -dijo ella-; creo que eso fue en parte la causa de su depresión.

–Se suicidó, ¿verdad? – preguntó Giuliano, sorprendiendo a ambos.

Brunetti volvió la mirada a la mujer. Ella lo miró a su vez, luego miró a su sobrino y finalmente dijo:

–Sí.

–¿Y antes trató de matar a mamá?

Ella asintió.

–¿Por qué no me lo dijisteis? – preguntó el muchacho con voz tensa y próxima al llanto.

Las lágrimas asomaron también a los ojos de la mujer y empezaron a resbalarle por las mejillas. Ella apretó los labios, incapaz de hablar, y agitó la cabeza. Al fin levantó la mano derecha con la palma hacia su sobrino, como para pedirle que tuviera paciencia para aguardar hasta que las palabras volvieran a ella. Al cabo de unos segundos, dijo:

–Tenía miedo.

–¿De qué? – preguntó el chico.

–De hacerte sufrir.

–¿Y no me haría sufrir una mentira? – preguntó él, pero ahora confuso, ya no enfadado.

Ella volvió la palma de la mano hacia arriba, con los dedos abiertos en un ademán que expresaba incertidumbre y también, curiosamente, esperanza.

–¿Qué pasó? – preguntó Giuliano. Como ella no respondía, insistió-: Por favor, zia, dímelo.

Brunetti la veía batallar por recobrar el habla. Finalmente, ella dijo:

–Tenía celos de tu madre, y la acusó de tener una aventura. – Como el chico no mostraba curiosidad por esto, prosiguió-: Le disparó y luego se suicidó.

–¿Y por eso mamá está así?

Ella asintió.

–¿Por qué no me lo dijiste? Yo creía que tenías miedo de decírmelo porque era una enfermedad. – Se interrumpió y entonces, como arrastrado por la corriente de sus confesiones, agregó-: Que era algo de familia. Y que también me afectaría a mí.

Esto hundió a la mujer, que empezó a llorar abiertamente, en un silencio interrumpido sólo por profundas inspiraciones.

Brunetti preguntó entonces al chico:

–¿Quieres decirme lo que crees que ocurrió, Giuliano?

El muchacho miró a Brunetti, a la mujer que lloraba y otra vez a Brunetti.

–Creo que lo mataron -dijo al fin.

–¿Quiénes?

–Los otros.

–¿Por qué? – preguntó Brunetti, dejando para después la pregunta de quiénes eran «los otros».

–Por lo de su padre y porque salió en mi defensa.

–¿Qué decían de su padre? – preguntó Brunetti.

–Que era un traidor.

–¿Traidor a quién?

–A la *patria* -respondió el chico, y Brunetti nunca había oído pronunciar esta palabra con tanto desprecio.

–¿Por su informe?

El chico denegó con la cabeza.

–No lo sé. No lo decían. Sólo repetían que su padre era un traidor.

Como parecía que Giuliano había hecho un alto, Brunetti lo azuzó.

–¿Por que salió en tu defensa?

–Uno de ellos empezó a hablar de mi padre. Dijo que él sabía lo que había pasado y que mi madre era una puta. Que no hubo un accidente y que ella se volvió loca cuando mi padre se mató, porque se mató por su culpa.

–¿Y qué hizo Moro?

–Pegarle. Al que decía esto, Paolo Filippi. Lo derribó y le rompió un diente.

Brunetti esperaba, no quería presionarle, para no romper el hilo de las revelaciones.

–Aquello les hizo callar durante un tiempo -prosiguió Giuliano-; pero entonces Filippi empezó a amenazar a Ernesto, y un puñado de amigos suyos también. – Brunetti había retenido el nombre de Filippi, el estudiante de tercero cuyo padre hacía suministros al ejército.

–¿Qué pasó?

–No lo sé. Aquella noche, la noche en que Ernesto murió, no oí nada. Pero al día siguiente, todos estaban raros, preocupados y contentos a la vez, como los niños que tienen un secreto, o un club secreto.

–¿Tú dijiste algo? ¿Preguntaste a alguien?

–No.

–¿Por qué?

Giuliano miraba de frente a Brunetti al decir:

–Tenía miedo -y Brunetti se admiró del valor que había necesitado el chico para decir eso.

–¿Y después?

Giuliano volvió a mover negativamente la cabeza.

–No lo sé. Dejé de ir a clase, me quedaba en mi cuarto. Las únicas personas con las que hablé fueron usted y el policía que vino al bar, el simpático.

–¿Por qué te fuiste?

–Uno de ellos, no Filippi, otro, me vio hablar con el policía, lo reconoció de cuando nos interrogó en la academia, y entonces Filippi me dijo que, si hablaba con la policía, tuviera mucho cuidado... -Su voz se apagó, dejando la frase sin terminar. Aspiró profundamente y agregó-: Que tuviera mucho cuidado, porque hablar con la policía puede conducir a una persona al suicidio, y se rió. – Hizo una pausa, para ver el efecto que esto tenía en Brunetti, y terminó-: Por eso me fui. Salí de allí y vine a casa.

–Y no volverás -interrumpió la tía sorprendiéndolos a ambos. Se levantó, dio dos pasos hacia su sobrino y se paró. Miró a Brunetti y dijo-: Basta. Por favor, ya basta.

–Está bien -dijo Brunetti poniéndose en pie. Durante un momento, debatió consigo mismo si debía decir al chico que tendría que hacer una declaración formal, pero comprendió que no era el momento para tratar de presionarle, y menos, delante de su tía. En el futuro, los dos podrían negar que esta conversación hubiera tenido lugar o podrían admitirlo. Hicieran lo que hicieran, a Brunetti le era indiferente: lo que contaba para él era la información que había obtenido.

Cuando se acercaban al vestíbulo, oyó la voz grave y reconfortante de Vianello entremezclada con un ligero gorjeo femenino. Al salir

Brunetti y los otros, la madre de Giuliano volvió para saludarlos una cara radiante de gozo. Vianello estaba en el centro del vestíbulo, con un cesto lleno de huevos morenos colgando de la mano derecha. La madre de Giuliano señaló a Vianello y dijo:

–Amigo.

OceanofPDF.com

Durante el viaje de regreso a Venecia, Brunetti explicó que, si bien con lo que sabían ya podían llamar a interrogatorio al joven Filippi, él prefería concentrar las energías en averiguar todo lo posible sobre el padre.

Vianello lo sorprendió al anunciar que al día siguiente dedicaría unas horas a echar una ojeada a Internet, a ver qué encontraba. Brunetti se abstuvo de comentar que la expresión «echar una ojeada» le sonaba a cosecha *signorina* Elettra, al comprender el alivio que podía suponer para él que una persona que no fuera la *signorina* Elettra, alguien con quien no hubiera contraído tan fuerte deuda por pasados favores, pudiera ser su rastreador de información delicada.

–¿Cómo piensa hacerlo? – preguntó a Vianello.

Sin desviar la mirada del tráfico que congestionaba los accesos a Venecia, el inspector dijo:

–Como lo hace la *signorina* Elettra: ver qué encuentro yo y ver qué encuentran mis amigos.

–¿Sus amigos son los mismos que los de ella?

A esto, Vianello apartó la vista de la carretera y se permitió lanzar una rápida mirada a Brunetti.

–Supongo que sí.

–En tal caso, quizá sea más rápido pedirselo a la *signorina* Elettra - concluyó Brunetti con resignación.

Así lo hizo, a la mañana siguiente entró en el despacho de ella y le preguntó si su amigo militar había regresado de Livorno y, en tal caso, si querría pedirle que le dejara echar un vistazo a sus archivos. Como si al levantarse aquella mañana hubiera tenido el presentimiento de que iba a ponerse en contacto con la clase militar, la *signorina* Elettra llevaba un jersey azul marino con tiras abotonadas en los hombros, a modo de charreteras.

–¿Por casualidad no llevará también espada? – preguntó Brunetti.

–No, señor; con la ropa de mañana es un engorro. – Sonriendo, pulsó rápidamente varias teclas, se detuvo un momento y dijo:- Ahora mismo empezará a trabajar.

Brunetti volvió a su despacho.

Mientras aguardaba, leyó dos periódicos considerándolo trabajo e hizo varias llamadas telefónicas, sin tratar de justificarlas más que como política de buenas relaciones con personas que un día podrían proporcionarle información.

A la hora del almuerzo, aún no había tenido noticias de la *signorina Elettra*, pero salió de la *questura* sin reclamárselas. Sí llamó a Paola para avisar de que no almorzaría en casa. Fue a Da Remigio y pidió *insalata di mare* y *coda di rospo con salsa de tomate*, diciéndose que, puesto que no había tomado más que un *quartino* del vino blanco de la casa y una sola *grappa*, podía considerarlo un almuerzo ligero que le daba derecho a una cena mas consistente.

Al regresar, se asomó al despacho de la *signorina Elettra*, pero ella no estaba. Se sintió defraudado, temiendo que no fuera a volver aquella tarde y él tuviera que esperar hasta el día siguiente para disponer de la información sobre Filippi. Pero ella no le falló. A las tres y media, cuando él empezaba a pensar en bajar a pedir a Vianello que mirase en su ordenador, ella entró en su despacho con unos papeles en la mano.

—¿Filippi? — preguntó él.

—¿No es el nombre de una batalla?

—Sí. Donde Bruto y Casio fueron derrotados.

—¿Por Marco Antonio? — preguntó ella, sin sorprenderlo.

—Y Octavio -puntualizó él-. Quien, después, si no me falla la memoria, derrotó a Marco Antonio.

—No le falla -dijo ella y, al dejar los papeles en la mesa, agregó:- Gente de cuidado, los soldados. Él señaló los papeles con la barbilla.

—¿Lo dice por eso o por la batalla de Filippi?

—Por las dos cosas -respondió ella. Explicó que dentro de una hora se iría de la *questura*, porque tenía una cita, y salió del despacho.

No eran más que una docena de hojas, pero contenían una exposición completa de la carrera militar de ambos hombres. Después de graduarse por la Academia San Martirio, Filippi pasó a la academia, ya estrictamente militar, de Mantua, donde fue un cadete mediocre y consiguió un número intermedio de su promoción. Entonces empezó una carrera que nada tuvo que ver con batallas ni peligros bélicos. Durante los primeros años en activo fue «especialista en recursos» en un regimiento de tanques. Después de su primer ascenso,

estuvo destinado tres años en la Embajada de Italia en España, en calidad de agregado militar. Ascendido de nuevo, fue nombrado oficial encargado de suministros a un regimiento de paracaidistas, donde permaneció hasta su retiro. Al repasar la hoja que describía el primer destino de Filippi, la mirada de Brunetti tropezó con la palabra «tanque», e inmediatamente le vino a la mente su padre y la indignación que provocaba en él esa sola palabra. Durante dos años de la guerra, mientras el ejército se tambaleaba bajo el mando del general Cavallero, ex director del complejo armamentista Ansaldo, el padre de Brunetti había conducido un tanque. Más de una vez, había visto volar en pedazos a los hombres de su batallón al romperse el blindaje, como si fuera cristal, bajo el fuego enemigo.

No fue más belicosa la carrera de Toscano. Al igual que Filippi, había ascendido sin esfuerzo, como impulsado por suaves soplos de las mejillas de querubines protectores. Al cabo de varios años en los que en ningún momento le turbó el sonido de disparos hecho con hostilidad, el *colonello* Toscano fue nombrado asesor militar del Parlamento, puesto que hacía dos años había sido invitado a abandonar. En la actualidad era profesor de Historia y Teoría Militar en la Academia San Martino.

Debajo de las dos hojas que tenían impreso el membrete del ejército había otras dos que contenían listas de las propiedades de Filippi y Toscano y de sus familiares, así como copias de los últimos estados de cuenta bancarios. Quizá los dos tenían mujer rica; quizá los dos descendían de familia acomodada; quizá los dos administraron su paga sabiamente durante todos aquellos años. Quizá.

Hacía años, cuando Brunetti conoció a Paola, se limitaba a llamarla por teléfono una vez cada tres o cuatro días, con el propósito de disimular su interés y también con la no menos vana esperanza de mantener lo que él definía como su superioridad masculina. Aquella forzada reserva suya le vino ahora a la memoria mientras marcaba el número de Avisani en Palermo.

Pero Avisani, al oír su voz, estuvo tan afable como solía estarlo Paola en aquel entonces.

—Tenía intención de llamarte, Guido; pero esto es un caos. Da la impresión de que aquí nadie sabe quién manda en el Gobierno.

Brunetti se sorprendió de que un hombre tan ducho en el periodismo como Avisani pudiera considerar que eso merecía un comentario, pero sólo dijo:

–Perdona si me pongo pesado.

–Nada de eso -rió Avisani-. He repasado los archivos, pero lo único que he encontrado, aparte de lo que ya te dije, es que los dos, tanto Filippi como Toscano, poseen enormes paquetes de acciones de Edilan-Forma.

–¿Como cuánto de «enormes»?

–Como diez millones de euros cada uno. Brunetti hizo un leve sonido gutural de interés y preguntó:

–¿Alguna idea de cómo las han adquirido?

–Las de Toscano son de su mujer. Por lo menos, están a nombre de ella.

–Y ya me dijiste que Filippi está casado con una prima del presidente de la empresa.

–Sí; pero las acciones están a nombre de él, no de ella. Parece ser que cuando estaba en el Consejo de Administración le pagaban en acciones.

Estuvieron un rato sin hablar, hasta que Brunetti dijo:

–A los dos les convendría procurar que no bajara la cotización de las acciones.

–Precisamente -convino Avisani. – Y una investigación parlamentaria hubiera podido tener ese efecto.

Ahora fue el periodista quien respondió con un sonido gutural, aunque el suyo era ya un franco gruñido.

–¿Has comprobado la cotización?

–Firme como una roca, mejor dicho, una roca que va subiendo y da dividendos seguros.

La línea telefónica quedó en silencio, pero a cada uno le parecía oír girar y chasquear los engranajes mentales del otro mientras hacían cálculos y sacaban conclusiones. Finalmente, Avisani dijo, con premura en la voz:

–Ahora he de dejarte, Guido. Quizá mañana nos despertemos sin gobierno.

–Lástima que Tomás de Aquino ya no esté entre nosotros -comentó Brunetti suavemente.

–¿Qué? – dijo Avisani, desconcertado, y enseguida rectificó-: ¿Por qué?

–Hubiera podido añadir eso a sus pruebas de la existencia de Dios. Otro sonido sordo, y Avisani colgó.

Pero, ¿cómo introducirse en el mundo de los cadetes?, se preguntaba Brunetti. Hacía tiempo que tenía la convicción de que no era casualidad que la Mafia se hubiera desarrollado en la misma tierra que el Vaticano, porque una y otro exigían a sus seguidores total fidelidad y ambos castigaban la traición con la muerte: la del cuerpo o la del alma. El tercer integrante de esta trinidad de fanáticos de la lealtad era sin duda la clase militar: quizá la práctica de dar muerte al enemigo hacía más fácil dársela al amigo.

Brunetti permaneció sentado a su mesa mucho rato, contemplando alternativamente la pared del despacho y la fachada de San Lorenzo, pero sin encontrar en ninguna de ambas superficies un resquicio por el que introducirse en el código que regía en San Martino. Finalmente, descolgó el teléfono y llamó a Pucetti. Cuando el agente respondió, Brunetti preguntó:

–¿Cuántos años tiene Filippi?

–Dieciocho, señor.

–Me alegro.

–¿Por qué?

–Podemos hablar con él a solas.

–¿No pedirá un abogado?

–No si se cree más listo que nosotros.

–¿Cómo conseguiremos hacérselo creer?

–Enviaré a Alvise y Riverre a buscarlo.

Brunetti observó con satisfacción que Pucetti se abstenía de reírse y de hacer comentarios, y vio en su discreción una señal tanto de la inteligencia como de la caridad del joven.

Cuando, una hora después, Brunetti bajó a la sala de interrogatorios, encontró a Paolo Filippi sentado a la cabecera de la mesa rectangular, de cara a la puerta. El joven estaba muy erguido en la silla, con la espalda por lo menos a diez centímetros del respaldo y

las manos cuidadosamente entrelazadas sobre la mesa, como el general que ha convocado a su estado mayor y espera con impaciencia su llegada. Vestía de uniforme y había dejado la gorra a su derecha, con los guantes bien plegados sobre la copa. Miró a Brunetti, cuando éste entró con Vianello, pero no hizo gesto alguno que acusara su llegada. Inmediatamente, Brunetti reconoció en él al muchacho al que con tanta satisfacción había dado aquel puntapié en la espinilla, y vio que el reconocimiento era mutuo.

Imitando el silencio de Filippi, Brunetti se dirigió hacia un lado de la mesa, mientras Vianello iba hacia el lado opuesto. El comisario llevaba una gruesa carpeta azul que dejó frente a sí al sentarse. Sin mirar al muchacho, alargó el brazo, conectó el micrófono y dio la fecha y el nombre de los tres presentes. Entonces se volvió hacia el muchacho y, en el tono más formalista posible, preguntó a Filippi si deseaba la presencia de un abogado, confiando en que ello sonara a los oídos del joven como el ofrecimiento que desdeñaría un valiente.

—No, por supuesto -dijo el chico, buscando el tono de negligente superioridad que utilizan los actores mediocres en las malas películas de guerra. Brunetti, en su fuero interno, dio gracias por la arrogancia de la juventud.

Rápidamente, en el mismo tono de trámite, Brunetti despachó las habituales preguntas sobre nombre, edad, lugar de residencia y, finalmente, actividad del interrogado.

—Estudiante, desde luego -respondió Filippi, como si fuera inconcebible que una persona de su edad y posición pudiera ser otra cosa.

—¿En la Academia San Martino? -preguntó Brunetti.

—Usted ya lo sabe.

—Lo siento, pero eso no es una respuesta -dijo Brunetti tranquilamente.

Con voz hosca, el muchacho contestó:

—Sí.

—¿En qué curso está? — preguntó Brunetti, a pesar de que conocía la respuesta y creía que la información carecía de importancia. Quería comprobar si Filippi había aprendido a responder sin protestar.

—Tercero.

–¿Ha estudiado en la academia los tres cursos?

–Desde luego.

–¿Forma parte de la tradición de su familia?

–¿Qué, la academia?

–Sí.

–Naturalmente. La academia y, después, el ejército.

–Entonces, ¿su padre está en el ejército?

–Lo estuvo hasta que se retiró.

–¿Cuándo fue eso?

–Hace tres años.

–¿Tiene idea de por qué se retiró su padre?

Irritado, el muchacho preguntó:

–¿Quién le interesa, mi padre o yo? Si le interesa mi padre, ¿por qué no le trae y le pregunta a él?

–Cada cosa a su tiempo -dijo Brunetti calmadamente, y repitió-: ¿Tiene idea de por qué se retiró su padre?

–¿Por qué se retira uno? – replicó el muchacho, enojado-. Tenía años de servicio suficientes y quería hacer otra cosa.

–¿Como estar en el Consejo de Edilan-Forma?

El chico rechazó la posibilidad con un ademán.

–No sé lo que quería mi padre. Tendrá que preguntárselo a él.

Como ateniéndose a una secuencia lógica, Brunetti preguntó:

–¿Conocía usted a Ernesto Moro?

–¿El que se suicidó? – preguntó Filippi, innecesariamente, a juicio de Brunetti.

–Sí.

–Sí; lo conocía, aunque iba un año por detrás de mí.

–¿Asistían juntos a alguna clase?

–No.

–¿Practicaban deporte juntos?

–No.

–¿Tenían amigos comunes?

–No.

–¿Cuántos alumnos tiene la academia? – preguntó Brunetti.

Este giro del interrogatorio desconcertó a Filippi, que lanzó una rápida mirada al silencioso Vianello, como si éste pudiera saber por

qué se le hacía la pregunta.

Como Vianello permanecía impasible, el chico respondió:

–Lo ignoro. ¿Por qué?

–Es una escuela pequeña. Tiene menos de cien alumnos.

–Si ya lo sabe, ¿por qué pregunta? – Brunetti observó con satisfacción que el muchacho se irritaba porque se le hiciera una pregunta a la que la policía, evidentemente, ya tenía la respuesta.

Haciendo caso omiso de la pregunta de Filippi, Brunetti dijo:

–Tengo entendido que es una buena escuela.

–Sí; es muy difícil entrar.

–Y muy cara -observó Brunetti con voz neutra.

–Desde luego -dijo Filippi sin disimular el orgullo.

–¿Se da preferencia a los hijos de antiguos alumnos?

–Es de esperar que sí.

–¿Por qué lo dice?

–Porque así sólo entra gente como es debido.

–¿Y qué gente es ésa? – preguntó Brunetti en tono de ligera curiosidad, consciente, mientras lo decía, de que si su hijo utilizara la frase «gente como es debido» en aquel tono, él sentiría que había fracasado como padre.

–¿Quién?

–La gente como es debido.

–Los hijos de oficiales del ejército, naturalmente.

–Naturalmente -repitió Brunetti. Abrió la carpeta y miró la hoja de encima, que no tenía nada que ver con Filippi ni con Moro. Miró a Filippi, al papel y otra vez al chico-. ¿Recuerda dónde estaba usted la noche en que el cadete Moro fue...? – titubeó deliberadamente después de la última palabra, y terminó:- ¿... murió?

–En mi habitación, supongo.

–¿Supone?

–¿Y dónde iba a estar?

Brunetti miró a Vianello, que movió ligeramente la cabeza de arriba abajo. Con movimientos pausados, Brunetti volvió la hoja y examinó la siguiente.

–¿Había alguien con usted en la habitación?

–No. – La respuesta fue inmediata.

–¿Dónde estaba su compañero de habitación?

Filippi extendió la mano y rectificó la posición de los guantes, perfectamente doblados sobre la gorra, hasta dejarlos perpendiculares al centro de la visera.

–Debía de estar allí -dijo al fin.

–Ya -dijo Brunetti. Como obedeciendo a un impulso irresistible, volvió a mirar a Vianello. Nuevamente, el inspector asintió. Brunetti dio otra ojeada al papel y, hablando de memoria, preguntó-: Se llama Davide Cappellini, ¿verdad?

–Sí -respondió Filippi, reprimiendo toda señal de sorpresa.

–¿Son buenos amigos?

–Supongo -dijo Filippi con la petulancia que sólo los adolescentes pueden expresar.

–¿Sólo eso?

–¿Sólo qué?

–Que lo supone. Que no está seguro.

–Claro que estoy seguro. ¿Cómo no vamos a ser amigos, si hace dos años que compartimos habitación?

–Exactamente -se permitió observar Brunetti y volvió a fijar la atención en los papeles. Al cabo de lo que le pareció mucho rato, preguntó:

–¿Hacen cosas juntos? – Y, antes de que Filippi pudiera preguntar a quién se refería, aclaró-: Usted y su compañero de habitación, el cadete Cappellini.

–¿Qué quiere decir?

–Actividades. Estudio. Deportes. Otras cosas.

–¿Qué otras cosas? – preguntó Filippi con recelo.

–¿Cazar? – preguntó Vianello sorprendiéndolos a ambos.

Bruscamente, casi como si hubiera olvidado la presencia de aquel otro hombre, Filippi volvió la cabeza hacia Vianello y preguntó en un tono una octava más alto:

–¿Cómo?

–¿Pescar? ¿Cazar? – preguntó Vianello con inocente curiosidad, y agregó-: ¿Fútbol?

Filippi alargó la mano en dirección a los guantes, pero se detuvo y puso las dos manos juntas encima de la mesa, frente a sí.

–Quiero que venga un abogado -dijo.

Con toda naturalidad, como si Filippi hubiera pedido un vaso de agua, Brunetti dijo:

–Desde luego. – Se inclinó hacia el micrófono, indicó la hora y dijo que la entrevista quedaba interrumpida.

OceanofPDF.com

Cuando el chico dijo que no conocía a ningún abogado, lo dejaron solo en una habitación y le permitieron llamar a su padre. Al cabo de unos minutos, salió y dijo que dentro de una hora su padre estaría allí con un abogado. Brunetti llamó a un agente y le pidió que acompañara al cadete a la sala de interrogatorios y dijo a Filippi que lo tendrían allí, sin ser molestado, hasta que llegara su padre. Cortésmente, Brunetti le preguntó si deseaba comer o beber algo, pero el muchacho rehusó. En el tono de su negativa, Brunetti vio a generaciones de intérpretes de películas de la serie B rechazando el pañuelo que ofrece el jefe del pelotón de fusilamiento.

Tan pronto como se llevaron al cadete, Brunetti dijo a Vianello que se quedara esperando al comandante Filippi y al abogado y que procurara entretenerlos todo lo posible antes de permitirles ver al chico.

El comisario llamó entonces a Pucetti y le pidió que lo esperase en la lancha, que él bajaría en un momento.

–¿Adónde va? – preguntó un desconcertado Vianello.

–A la academia. Quiero hablar con el joven Cappellini antes de que ellos puedan ponerse en contacto con él -dijo Brunetti-. Déjeles hablar a solas con el chico tanto rato como quieran. Si es preciso, permita que se lo lleven. Pero procure alargarlo todo lo posible. Haga cuanto pueda por demorarlos. – Y se fue sin esperar la respuesta de Vianello.

La lancha estaba frente a la *questura*. El piloto aceleraba el motor, a la vista de la agitación de Pucetti, que ya había soltado la amarra y sujetaba la embarcación desde el muelle. Brunetti saltó a bordo, seguido un segundo después por Pucetti, quien perdió el equilibrio al poner pie en la lancha, que ya avanzaba, y tuvo que agarrarse al hombro de Brunetti. A toda máquina, la embarcación salió al *Bacino*, lo cruzó y entró en el Canale della Giudecca. El piloto, siguiendo instrucciones de Brunetti, utilizaba el faro azul pero no la sirena.

Pasados los primeros momentos de excitación, Brunetti casi se avergonzó de que, incluso frente a la muerte y la mentira, él aún fuera capaz de disfrutar con el simple placer de la velocidad. Sabía que aquello no era una excursión de colegio ni una persecución de película

de policías y ladrones y, no obstante, el viento de la carrera y el rítmico golpeteo de las olas en la proa le producían un vértigo de gozo.

Miró a Pucetti y experimentó un cierto alivio al ver sus propios sentimientos reflejados en la cara del joven. Pasaban por el lado de las otras embarcaciones como una exhalación. Brunetti veía cómo la gente volvía la cabeza para seguir con la mirada su rápido avance por el canal arriba. Pero muy pronto el piloto entró en Rio di Sant'Eufemia, puso la marcha atrás y la embarcación se deslizó en silencio hacia la orilla izquierda del canal. Mientras saltaban a tierra, Brunetti se preguntó si habría estado acertado al hacerse acompañar por el amable Pucetti en lugar de haber traído, por ejemplo, a un Alvise que, aun siendo igual de buena persona, ofrecía, profesionalmente, la ventaja de tener aspecto de matón.

—Quiero asustar a este chico -dijo Brunetti, al echar a andar por la Riva hacia la escuela.

—Eso es fácil, señor.

Cuando cruzaban el patio, Brunetti percibió cierto movimiento o alteración a su derecha, donde caminaba Pucetti. Sin aminorar el paso, lanzó una mirada rápida, y casi tuvo que pararse, de la sorpresa. Pucetti, cuyos hombros parecían ahora más robustos, había adoptado el andar de un boxeador o de un estibador: la cabeza inclinada hacia adelante, el cuello dilatado, las manos entrecerradas, aguardando la orden de convertirse en puños, el paso firme, desafiando al suelo a oponerse a su avance.

La mirada de Pucetti recorría el patio, pasando de un cadete a otro con depredadora celeridad. Su boca tenía gesto de hambre y de sus ojos habían desaparecido la cordialidad y el buen humor que habitualmente los animaban.

Brunetti aminoró la marcha automáticamente, dejando que Pucetti se adelantara, como un buque de crucero se hace a un lado en el Antártico, para situarse a la zaga del rompehielos. Los pocos cadetes que había en el patio enmudecían a su paso.

Pucetti subió de dos en dos los peldaños de la escalera del dormitorio, y Brunetti lo siguió, más despacio. Al llegar a la puerta de la habitación de Filippi, Pucetti levantó el puño y dio dos fuertes golpes, seguidos rápidamente de otros dos. Desde el extremo del corredor,

Brunetti oyó el grito agudo que sonó en el interior y vio a Pucetti abrir la puerta violentamente haciéndola rebotar en la pared.

Cuando Brunetti llegó a la puerta, Pucetti estaba a un paso del umbral, con las manos levantadas casi a la altura del pecho. Sus hombros parecían aún más anchos que antes.

En la litera superior había un muchacho rubio y delgado, con las mejillas acribilladas de acné, medio sentado y medio echado, con la espalda pegada a la pared y las rodillas dobladas, como si temiera dejar los pies colgando al alcance de los dientes de Pucetti. Cuando Brunetti entró, Cappellini levantó una mano, pero era para pedir a Brunetti que se acercara, no que se parase.

—¿Qué quieren? — preguntó el chico, sin poder disimular el terror.

A esto, Pucetti giro lentamente la cabeza hacia Brunetti y levantó la barbilla como para preguntar si quería que trepase a la litera y arrojase al suelo al chico.

—No, Pucetti -dijo el comisario en el tono de voz que generalmente se usa con los perros.

Pucetti bajó las manos, pero no del todo, volvió a mirar al chico y cerró la puerta de un golpe de tacón.

En el reverbero del portazo, Brunetti preguntó:

—¿Cappellini?

—Sí, señor.

—¿Dónde estaba la noche en que mataron al cadete Moro?

—Yo no lo hice -gritó con voz aguda el chico, muy asustado para poder pensar y darse cuenta de lo que acababa de admitir-. Yo ni lo toqué.

—Pero lo sabe -dijo Brunetti con voz firme, como si repitiera algo que ya le había dicho otra persona.

—Sí. Pero yo no tuve nada que ver -insistió el chico, tratando de echar el cuerpo hacia atrás, pero ya sentía la pared en la espalda, no tenía escapatoria.

—¿Quien fue? — agregó Brunetti, frenándose de sugerir el nombre de Filippi. Al ver que el chico vacilaba, agregó-: Dígamelo.

Cappellini dudaba, calculando si no sería peor este peligro que aquel otro con el que convivía. Evidentemente, se decantó por Brunetti, porque dijo:

–Filippi. Todo fue idea suya.

Este reconocimiento tuvo el efecto de hacer que Pucetti bajara las manos, y Brunetti percibió cómo se relajaba el cuerpo del agente, al deponer éste su actitud de amenaza. Estaba seguro de que, si apartaba la mirada de Cappellini, vería que Pucetti había recuperado su tamaño normal.

El chico se calmó, mínimamente por lo menos. Se deslizó unos centímetros sobre el colchón, extendió las piernas y dejó colgar un pie por el borde de la litera.

–Filippi lo odiaba -dijo-. No sé por qué, pero lo había odiado siempre, y nos decía que todos teníamos que odiarlo, que era un traidor. Su familia era una familia de traidores. – Al ver que Brunetti no hacía a esto comentario alguno, Cappellini agregó-: Es lo que decía él. Que Moro padre, también.

–¿Sabe por qué decía eso? – preguntó Brunetti suavizando el tono de voz.

–No, señor. Eso era lo que nos decía.

Por mucho que Brunetti deseara saber quiénes eran los otros, comprendía que indagar ahora en ello sería abrir un inciso que rompería el ritmo del interrogatorio, y preguntó:

–¿Moro protestaba o se defendía? – Al percibir la vacilación de Cappellini, agregó-: Cuando Filippi le llamaba traidor.

Cappellini pareció sorprendido por la pregunta.

–Naturalmente. Tuvieron más de una pelea, y una vez Moro le pegó, pero los separaron. – Cappellini se pasó la mano derecha por el pelo, apoyó las dos manos en la cama y bajó la cabeza. La pausa se prolongaba, Pucetti y Brunetti hubieran podido ser dos figuras de piedra.

–¿Qué pasó aquella noche? – preguntó Brunetti finalmente.

–Filippi llegó tarde. No sé si tenía permiso o usó su llave -explicó Cappellini con naturalidad, como si diera por descontado que ellos estaban al corriente del tráfico de llaves-. No sé con quién habría estado; seguramente, con su padre. Siempre parecía más furioso cuando volvía de ver a su padre. Bueno, cuando entró... -Con un ademán, Cappellini señaló el espacio que tenía ante sí, el mismo que ahora ocupaban los dos inmóviles policías-. Empezó a hablar de Moro

y de lo muy traidor que era. Yo quería seguir durmiendo y le dije que se callara.

Aquí se interrumpió, hasta que Brunetti se sintió obligado a preguntar:

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Que me pegó. Se acercó a la litera, levantó el brazo y me pegó. Un puñetazo en el hombro, no muy fuerte, como para demostrar lo furioso que estaba. Y no hacía más que repetir que Moro era un mierda y un traidor.

Brunetti confiaba en que el muchacho continuara. Y así lo hizo.

—Entonces se fue, dio media vuelta y salió de la habitación, quizá fue a buscar a Maselli y Zanchi, no sé. — El chico calló y miró al suelo.

—¿Y qué pasó entonces?

Cappellini levantó la cabeza hacia Brunetti.

—No lo sé. Volví a dormirme.

—¿Qué pasó, Davide? — preguntó Pucetti.

De pronto, Cappellini se echó a llorar o, por lo menos, las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas. Sin enjugarlas, siguió hablando.

—Volvió al cabo de un rato, no sé cuánto, pero me desperté cuando entró. Y noté que había pasado algo malo. Sólo por la manera en que entró. No trató de despertarme ni nada. Pero algo me despertó, como una especie de energía en el aire. Me senté en la cama y encendí la luz. Y él estaba ahí, como si acabara de ver algo horrible. Le pregunté qué tenía, y él me dijo que no era nada, que volviera a dormirme. Pero yo sabía que había pasado algo malo.

Las lágrimas le resbalaban por la cara, como si fueran independientes de los ojos. No hipaba ni las secaba. Le corrían por las mejillas y le caían en la camisa, oscureciendo la tela.

—Seguramente, volví a dormirme, y lo siguiente que recuerdo es haber oído a gente que corría por los pasillos, gritando y metiendo ruido. Eso me despertó. Entonces entró Zanchi, que despertó a Filippi y le dijo algo. A mí no me hablaron, pero Zanchi me miró de un modo que me hizo comprender que tenía que callarme.

Volvió a interrumpirse, y los dos policías miraban sus lágrimas. Él señaló a Pucetti con un movimiento de la cabeza:

–Entonces vinieron ustedes y empezaron a hacer preguntas, y yo dije lo mismo que todos, que no sabía nada. – Pucetti agitó ligeramente la mano derecha en el aire, en un ademán de comprensión. El chico levantó una mano y se enjugó las lágrimas del lado derecho de la cara, olvidando las otras-. No podía hacer otra cosa. – Ahora, con la parte interior del codo izquierdo, se secó todas las lágrimas. Cuando su cara emergió, dijo-: Y luego ya era tarde para decir nada. A nadie.

El chico miró a Pucetti, después a Brunetti y, finalmente, se miró las manos que se apretaba en el regazo. Brunetti miró a Pucetti, pero ninguno de los dos se arriesgó a decir palabra.

Al otro lado de la puerta, se oyeron pasos que volvieron al cabo de un minuto, pero no se pararon. Finalmente, Brunetti preguntó:

–¿Qué dicen los otros chicos?

Cappellini se encogió de hombros por toda respuesta.

–¿Lo saben, Davide? – preguntó Pucetti.

Otra vez se encogió de hombros el chico, pero luego dijo:

–No lo sé. Nadie habla de ello. Es casi como si no hubiera ocurrido.

Tampoco los profesores hablan.

–Tengo entendido que se celebró una especie de ceremonia -dijo Pucetti.

–Sí; pero fue una estupidez. Leyeron oraciones y cosas así. Pero nadie dijo nada.

–¿Cómo se ha comportado Filippi desde entonces? – preguntó Brunetti.

Fue como si el chico no hubiera pensado en ello hasta ese momento. Levantó la cabeza y tanto Brunetti como Pucetti observaron que su propia respuesta lo sorprendía.

–Lo mismo que siempre. Como si no hubiera ocurrido nada.

–¿A ti te ha dicho algo de aquello? – preguntó Pucetti.

–En realidad, nada. Pero al día siguiente, es decir, el día en que lo encontraron y ustedes vinieron a la escuela y empezaron a hacer preguntas, me dijo que confiaba en que me hubiera dado cuenta de lo que les pasa a los traidores.

–¿Qué cree que quiso decir? – preguntó Brunetti.

El chico dio entonces la primera muestra de genio desde que los policías habían entrado en su cuarto.

–Ésa es una pregunta estúpida.

–Sí; seguramente -admitió Brunetti-. ¿Dónde están los otros dos? – preguntó-. Zanchi y Maselli.

–Tercera puerta de la derecha.

–¿Estás bien, Davide? – preguntó Pucetti.

El muchacho movió la cabeza de arriba abajo una vez, luego otra y se quedó con la barbilla apoyada en el pecho, mirándose las manos.

Brunetti indicó a Pucetti con una seña que debían marcharse. El chico no levantó la cabeza cuando se movieron ni cuando abrieron la puerta. En el pasillo, Pucetti preguntó:

–¿Ahora, qué?

–¿Recuerda qué edad tienen esos chicos, Zanchi y Maselli? – dijo Brunetti a modo de respuesta.

Pucetti movió la cabeza negativamente, gesto que Brunetti interpretó como que los dos eran menores y, por consiguiente, sólo podían ser interrogados en presencia de un abogado o de los padres, por lo menos, para que lo que declarasen tuviera validez jurídica.

En aquel momento, Brunetti comprendió que no había servido de nada venir a toda velocidad a hablar con este chico y le pesó haber cedido al impulso de seguir la pista señalada por Filippi. No cabía esperar que pudiera inducirse a Cappellini a repetir lo que acababa de decir. Una vez hablara con personas más serenas, una vez se pusiera en contacto con su familia, una vez un abogado les explicara las insoslayables consecuencias que acarrearía su implicación con el sistema judicial, el chico lo negaría todo. Aunque Brunetti estaba deseoso de utilizar la información, tenía que reconocer que nadie que estuviera en su sano juicio admitiría haber tenido conocimiento de un crimen y no haberlo declarado a la policía. Y, mucho menos, dejaría que lo admitiera su hijo.

Entonces se le ocurrió que, en circunstancias similares, él se resistiría a permitir que sus hijos se involucraran. Desde luego, en su condición de policía les ofrecería la protección del Estado, pero, como padre, sabía que, si salían indemnes de un roce con los jueces, sería gracias a su propia autoridad y, en última instancia, a la influencia del abuelo.

Se volvió de espaldas a la habitación de los muchachos.

–Regresamos -dijo a un sorprendido Pucetti.

OceanofPDF.com

Durante el regreso a la *questura*, Brunetti explicó a Pucetti las leyes que regulaban las declaraciones de los testigos menores de edad. Si lo que les había dicho Cappellini era verdad -y Brunetti estaba convencido de que lo era-, había incurrido en falta por no haber revelado lo que sabía a la policía. Pero esto era sólo negligencia, mientras que las acciones de Zanchi y Maselli -si estaban implicados- y de Filippi eran activamente criminales y, en el caso de este último, no tenían atenuantes. Pero mientras Cappellini no confirmara su declaración en presencia de un abogado, su relato no tenía valor legal.

La única posibilidad que veía Brunetti era la de tratar de utilizar con Filippi la misma estrategia que había dado resultado con su compañero de habitación: fingir que tenía perfecto conocimiento de los hechos que habían resultado en la muerte de Moro y, por el procedimiento de hacer preguntas sobre los detalles aún por aclarar, inducir al chico a dar la explicación completa de lo sucedido.

Con el cabo en la mano, Pucetti saltó al muelle de la *questura* y acercó la lancha al *imbarcadero*. Brunetti dio las gracias al piloto y siguió a Pucetti al interior del edificio. En silencio, se dirigieron a las salas de interrogatorio. En el corredor encontraron a Vianello.

—¿Siguen ahí? — preguntó Brunetti.

—Sí. — Vianello miró el reloj y la puerta cerrada-. Llevan más de una hora.

—¿Ha oído algo? — preguntó Pucetti.

Vianello movió la cabeza negativamente.

—Ni una palabra. He entrado hace media hora a preguntar si querían algo de beber, pero el abogado me ha dicho que me fuera.

—¿Cómo estaba el chico? — preguntó Brunetti.

—Preocupado.

—¿Y el padre?

—También.

—¿Quién es el abogado?

—Donatini -respondió Vianello con estudiada naturalidad.

—Caramba -dijo Brunetti. Le parecía interesante que el *maggior* Filippi hubiera elegido para representar a su hijo al abogado

criminalista más famoso de la ciudad-. ¿Ha dicho algo?

Vianello volvió a mover negativamente la cabeza.

Los tres hombres permanecieron unos minutos en el pasillo, hasta que Brunetti se cansó y dijo a Vianello que podía volver a su puesto y él subió a su despacho. Allí esperó casi una hora, hasta que Pucetti llamó para comunicarle que el *avvocato* Donatini decía que su cliente estaba dispuesto a hablar con él.

Brunetti llamó a Vianello para pedirle que se reuniera con él en la sala de interrogatorios, pero no se dio prisa en bajar. Vianello ya estaba allí cuando él llegó.

Brunetti asintió y Vianello abrió la puerta y se apartó a un lado, cediendo el paso a su superior.

Donatini se levantó y tendió la mano a Brunetti, que la estrechó brevemente. El abogado dibujó su fría sonrisa, y Brunetti observó que, desde la última vez que se habían visto, el hombre había recibido un concienzudo tratamiento dental. Las fundas a lo Pavarotti de los incisivos superiores habían sido sustituidas por otras más acordes con las proporciones de su cara. El resto se mantenía igual: cutis, traje, corbata y zapatos entonaban un coro de alabanza al dinero, el éxito y el poder.

El abogado saludó a Vianello con un seco movimiento de la cabeza pero no le tendió la mano. Los Filippi, padre e hijo, levantaron la cabeza a la entrada de los policías pero no esbozaron ni la más leve señal. El padre vestía de paisano, pero su traje, al igual que el de Donatini, hablaba con tanta elocuencia de riqueza y poder, que lo mismo hubiera podido ser un uniforme. Debía de tener la edad de Brunetti pero aparentaba diez años menos, quizá en virtud de una natural gracia animal o de muchas horas de gimnasio. Tenía ojos oscuros y la nariz larga y delgada que había heredado su hijo.

Donatini, asumiendo el derecho a señalar el procedimiento, indicó a Brunetti el asiento situado al otro extremo de la mesa rectangular, y a Vianello, la silla de un lateral. De este modo, él quedaba de cara a Brunetti, y sus clientes, frente a Vianello.

—No le haré perder el tiempo, comisario -dijo Donatini-. Mi cliente se ha brindado a hablarle acerca de los desafortunados sucesos

ocurridos en la academia. – El abogado se volvió hacia el cadete, que asintió solemnemente.

Brunetti asintió a su vez, con gentileza, o eso creía él.

–Al parecer, mi cliente sabe algo acerca de la muerte del cadete Moro.

–Estoy impaciente por oírlo -dijo Brunetti con una curiosidad que matizó de *politesse*.

–Mi cliente estaba... -empezó Donatini, pero Brunetti lo interrumpió levantando ligeramente una mano, con suavidad, sugiriendo una pausa.

–Si no tiene inconveniente, *avvocato*, me gustaría grabar lo que tenga que decir su cliente.

Esta vez fue el abogado el que respondió con *politesse*, que se tradujo por una leve inclinación de la cabeza.

Al alargar la mano para conectar el micrófono, Brunetti se preguntó cuántas veces habría hecho esta operación. Dio la fecha, su nombre y grado e identificó a todos los presentes.

–Mi cliente... -volvió a empezar Donatini, y de nuevo Brunetti le interrumpió levantando la mano.

–Creo, *avvocato* -dijo el comisario inclinándose para desconectar el micrófono-, que sería preferible que su cliente hablara por sí mismo. – Antes de que el abogado pudiera hacer objeciones, Brunetti prosiguió, sonriendo con naturalidad-: Eso daría más espontaneidad a sus palabras y haría más fácil para él aclarar cualquier extremo que pudiera parecer confuso. – Brunetti sonrió, felicitándose por la elegancia con que había manifestado que se reservaba el derecho a interrogar al muchacho durante su declaración.

Donatini miró al *maggior* Filippi que hasta ese momento había permanecido inmóvil y callado.

–¿Y bien, *maggiore*? -preguntó cortésmente.

El *maggiore* asintió, gesto al que su hijo respondió con lo que parecía el involuntario esbozo de un saludo.

Brunetti sonrió al muchacho y conectó de nuevo el micrófono.

–¿Su nombre, por favor? – preguntó.

–Paolo Filippi. – Hablaba más alto y más claro que la vez anterior, seguramente, en atención al micrófono.

—¿Es usted alumno de tercer año en la Academia Militar de San Martino en Venecia?

—Sí.

—¿Quiere decirme qué ocurrió en la academia la noche del tres de noviembre de este año?

—¿Se refiere a Ernesto? — preguntó el chico.

—Sí; la pregunta se refiere, concretamente, a todo lo relacionado con la muerte de Ernesto Moro, también cadete de la academia.

El muchacho guardó silencio tanto rato que al fin Brunetti preguntó:

—¿Conocía a Ernesto Moro?

—Sí.

—¿Eran amigos?

El muchacho se encogió de hombros rechazando tal posibilidad, pero, antes de que Brunetti pudiera recordarle que debía responder de viva voz, Paolo dijo:

—No; no éramos amigos.

—¿Por qué razón?

La sorpresa del joven fue evidente.

—Tenía un año menos que yo. Estaba en otro curso.

—¿Existía alguna otra razón que le impidiera ser amigo de Ernesto Moro?

El muchacho reflexionó y dijo:

—No.

—¿Puede hablarme de lo sucedido aquella noche?

El chico tardaba tanto en responder que su padre se volvió ligeramente hacia él y movió la cabeza de arriba abajo.

Paolo se inclinó hacia su padre y le susurró unas palabras de las que Brunetti no pudo menos que oír: «¿es necesario?».

—Sí -dijo el *maggior* con firmeza.

El muchacho miró a Brunetti.

—Es difícil -dijo con voz desigual.

—Sólo cuéntame lo sucedido, Paolo -dijo Brunetti, pensando en su propio hijo y en las confesiones que había hecho en su vida, aunque estaba seguro de que ninguna podía compararse, por su gravedad, con lo que este muchacho podía tener que decir.

–Aquella noche... -empezó el joven, tosió nerviosamente y volvió a empezar-: Aquella noche, yo estaba con él.

Brunetti creyó preferible no decir nada, por lo que se limitó a animarle con la mirada a continuar.

El muchacho miró a la cabecera de la mesa, donde estaba Donatini, que asintió con gesto paternal.

–Yo estaba con él -repitió.

–¿Dónde?

–En las duchas -dijo el chico. Normalmente, tardaban mucho en confesar. La mayoría tenían que preparar el terreno con una serie de detalles y circunstancias, destinados a hacer que lo que finalmente había sucedido pareciera inevitable, por lo menos, a sus propios ojos-. Estábamos en las duchas -repitió.

Brunetti miró a Donatini, que apretó los labios y meneó la cabeza.

El silencio se prolongaba tanto que al fin Donatini se sintió obligado a decir:

–Cuéntaselo, Paolo.

El muchacho carraspeó, miró a Brunetti, fue a mirar a su padre, pero se contuvo y otra vez miró a Brunetti.

–Hacíamos cosas -dijo, y calló. Cuando parecía que no iba a decir más, agregó-: Cosas el uno al otro.

–Comprendo -dijo Brunetti-. Continúa, Paolo.

–Somos muchos los que hacemos eso -dijo el muchacho en una voz tan baja que Brunetti pensó que quizá el micrófono no la captara-. Ya sé que no está bien, pero con eso no perjudicamos a nadie. Y lo hacen todos. De verdad. – Brunetti no decía nada, y el muchacho agregó-: Vamos con chicas. Pero en casa. Y por eso es... es difícil... y... -aquí su voz se apagó.

Brunetti, evitando mirar al padre, dijo a Donatini:

–¿Debo deducir que los muchachos practicaban actos sexuales? – pensó que debía expresarlo con toda claridad, y confiaba en no equivocarse.

–Masturbación, sí -dijo Donatini.

Hacía décadas que Brunetti había dejado atrás la edad de aquel muchacho, pero no comprendía a qué venía tanta vergüenza. Eran muchachos en la última fase de la adolescencia, que vivían con otros

muchachos. Su conducta no le parecía sorprendente; su actitud de ahora, sí.

–Continúa -dijo Brunetti, esperando que lo que oyera a continuación explicara esta incongruencia.

–Ernesto era extraño -dijo Paolo-. A él no le bastaba con... en fin, hacer eso y nada más. Él siempre quería hacer otras cosas.

Brunetti mantenía la mirada fija en el muchacho, con el propósito de hacerle hablar con su atención.

–Aquella noche, me dijo que... bueno, me dijo que había leído algo en una revista. O en un periódico. – Paolo se interrumpió, y Brunetti observó que ese detalle parecía preocuparle. Finalmente, dijo:- No sé dónde lo leería, pero dijo que quería hacerlo de esa manera. – Aquí calló.

–¿Hacer qué? – preguntó Brunetti al fin-. ¿De qué manera? – Apartó la mirada del muchacho durante un momento y vio al padre que mantenía la cabeza baja y la mirada clavada en la mesa como si deseara no hallarse en una habitación en la que su hijo tenía que confesar estas cosas a un policía.

–Me aseguró que lo que había leído decía que eso lo hacía mucho mejor, mejor que nada -prosiguió el muchacho-. Pero que para eso tenía que ponerse algo alrededor del cuello y apretárselo cuando... bueno, cuando hiciera eso. Y por eso quería que yo estuviera presente, para estar seguro de que no fallaba nada, en ese momento.

El muchacho suspiró profundamente, llenándose de aire los pulmones antes de dar el salto final.

–Le dije que aquello era una locura, pero no quiso hacerme caso. – Juntó las manos y las apoyó en la mesa-. Tenía esas cosas en el aseo. Me enseñó la cuerda. Estaba en el mismo sitio... quiero decir, donde estaba después, cuando lo encontraron. Era larga, para que él pudiera estar agachado en el suelo y luego hacer como si se cayera. Entonces le oprimiría el cuello. Por eso era tan bueno. Por la sensación de asfixia, o no sé qué. Eso dijo.

Silencio. Cada uno de los presentes en la habitación pudo escuchar, desde el otro lado de la pared, el tenue zumbido de ¿un ordenador?, ¿una grabadora? Poco importaba eso ahora.

Brunetti permanecía mudo.

El chico volvió a empezar:

–Entonces lo hizo. Quiero decir que se puso la bolsa en la cabeza, por encima de la cuerda. Y se echó a reír y trató de decir algo, pero no pude entender qué decía. Recuerdo que me señaló con el dedo y que se reía, y entonces empezó a... y al cabo de un rato se agachó y se dejó caer de lado.

El muchacho enrojeció de pronto, y Brunetti vio que se retorció las manos. Pero siguió hablando, ya incapaz de parar hasta haberlo dicho todo.

–Dio unas patadas y empezó a mover los brazos. Y entonces se puso a gritar y a dar patadas más fuertes. Yo traté de sujetarlo, pero él de un puntapié me lanzó fuera de la ducha. Volví, para desatar la cuerda, pero no podía, porque la bolsa de plástico estaba atada por encima, y cuando por fin pude agarrar el nudo, no pude aflojarlo, porque él tiraba con mucha fuerza. Y entonces, entonces dejó de dar patadas, y cuando lo desaté ya era tarde, y creo que ya estaba muerto.

El muchacho se enjugó el sudor de la cara.

–¿Y qué hiciste entonces, Paolo? – preguntó Brunetti.

–No lo sé. Durante un minuto, me quedé allí, a su lado. Nunca había visto un muerto, pero no recuerdo qué hice. – Levantó la mirada y la bajó inmediatamente, Brunetti vio que el padre alargaba el brazo y ponía la mano izquierda sobre las de su hijo, las oprimía y la dejaba allí.

Animado por el contacto, Paolo prosiguió:

–Supongo que me entró pánico. Creí que había sido culpa mía, porque no había podido salvarlo o detenerlo. Quizá hubiera podido, pero no lo hice.

–¿Qué hiciste entonces, Paolo? – repitió Brunetti.

–No podía razonar, pero no quería que lo encontraran de aquel modo. Todos hubieran sabido lo que había pasado.

–¿Y entonces? – presionó Brunetti.

–No sé cómo se me ocurrió la idea, pero pensé que, si parecía un suicidio, bueno, sería malo pero no tanto como... lo otro.

Esta vez Brunetti no dijo nada, confiando en que el chico seguiría hablando espontáneamente.

–Así que traté de hacer que pareciera que se había ahorcado. No tuve más que tirar de la cuerda y dejarlo allí. – Brunetti miraba sus manos juntas. Los nudillos del padre estaban blancos-. Así que eso hice. Y lo dejé allí. – El chico abrió la boca y aspiró el aire como si acabara de correr varios kilómetros.

–¿Y la bolsa de plástico? – preguntó Brunetti cuando al chico se le calmó la respiración.

–Me la llevé y la tiré. No recuerdo dónde. A un cubo de basura.

–¿Y qué hiciste después?

–No recuerdo bien. Creo que volví a mi habitación.

–¿Alguien te vio?

–No lo sé.

–¿Tu compañero de cuarto?

–No recuerdo. Quizá. No sé ni cómo llegué a mi habitación.

–¿Qué es lo que recuerdas después, Paolo?

–A la mañana siguiente, vino a despertarme Zanchi y me dijo lo que había pasado. Y entonces ya era tarde para cambiar nada.

–¿Por qué me cuentas ahora eso?

El muchacho meneó la cabeza. Separó las manos y asió la de su padre con la derecha. Al fin, en voz baja, dijo:

–Tengo miedo.

–¿De qué?

–De lo que ahora ocurra. De lo que pueda parecer.

–¿Y qué es?

–Que no quise ayudarlo, que dejé que le ocurriera eso porque lo odiaba.

–¿Alguien creía que lo odiabas?

–Es lo que él quería -dijo Paolo, apartándose ligeramente de su padre, como si temiera ver la expresión de su cara, pero sin soltarle la mano-. Es lo que Ernesto quería que fingiera. Para que nadie sospechara lo otro.

–¿Que erais...?

–Sí; todos hacemos eso, pero generalmente es con distintos chicos. Ernesto sólo quería hacerlo conmigo. Y a mí me daba vergüenza. El chico miró a su padre. – ¿Tengo que decir más, papá? El *maggior*, en lugar de responder a su hijo, miró a Brunetti. Entonces el comisario se

inclinó hacia adelante, indicó la hora y dijo que la declaración había terminado.

Los cinco hombres se levantaron en silencio. Donatini, que era el que estaba más cerca de la puerta, la abrió. El *maggior* rodeó con el brazo los hombros de su hijo. Brunetti acercó su silla a la mesa, hizo una seña con la cabeza a Vianello para indicarle que lo siguiera y fue hacia la puerta. Estaba a un solo paso del umbral cuando oyó un ruido a su espalda, pero era sólo que Vianello había tropezado con la silla.

Al volverse a mirar a Vianello, Brunetti vio también a padre e hijo, que estaban frente a frente. Y vio cómo Paolo, que tenía concentrada en su persona toda la atención de su padre, guiñaba un ojo con aire de maliciosa satisfacción. Y cómo, en el mismo instante, el padre descargaba con el puño derecho un afectuoso golpe de felicitación en el bíceps derecho del muchacho.

Vianello no lo había visto; él estaba de espaldas a aquel relámpago de cómplice celebración entre padre e hijo. Brunetti se volvió hacia la puerta y pasó por delante de un silencioso Donatini. En el pasillo, se paró, esperando la salida de Vianello, seguido de los dos Filippi y su abogado.

Brunetti cerró la puerta de la sala de interrogatorios, con movimientos lentos, para darse tiempo de pensar.

Donatini fue el primero en hablar.

–Comisario, usted decide lo que haya de hacerse con esta información.

Brunetti no respondió, ni se dignó darse por enterado de que el abogado hubiera dicho algo.

Entonces, ante el silencio de Brunetti, habló el *maggior*.

–Sería preferible que la familia de ese muchacho pudiera conservar el recuerdo que tiene de él -dijo en tono solemne, y Brunetti reconoció, avergonzado, que, de no haber sorprendido aquel fugaz destello de triunfo entre padre e hijo, la preocupación que demostraba este hombre por la familia de Ernesto lo hubiera conmovido. Le asaltó el deseo de descargarle un puñetazo en la boca, pero se limitó a volverse de espaldas a todos y empezó a caminar por el pasillo. El chico le gritó:

–¿Quiere que firme algo?

–Y luego, con deliberado retraso-: ¿...comisario?

Brunetti siguió andando, desentendiéndose de todos, con prisa por llegar a su despacho, como el animal que ansia volver a su guarida para sentirse a salvo de sus enemigos. Cerró la puerta, seguro de que Vianello, por mucho que lo desconcertara el comportamiento de su superior, no comparecería hasta que lo llamara.

–Jaque mate y fin de la partida -dijo en voz alta. Era tan violenta la corriente de energía desatada en su interior que no podía moverse. De nada servía apretar los puños y cerrar los ojos: aún veía la imagen de aquel guiño, de aquel golpe de aprobación. Comprendía que, aunque también Vianello lo hubiera visto, nada cambiaría, ni para ellos, ni para Moro. La historia de Filippi era verosímil y la interpretación, magistral. Le mortificaba recordar cómo lo había conmovido la

turbación del muchacho, cómo había superpuesto a su entrecortado relato lo que él imaginaba sería la reacción de su hijo en las mismas circunstancias, y cómo había visto miedo y remordimiento donde sólo había vil superchería.

Una parte de él deseaba oír la voz de Vianello en la puerta, para poder explayarse diciéndole cómo les habían burlado. Pero comprendió que no serviría de nada, y se alegró de que el inspector no le hubiera seguido. Su propia precipitación en ir a hablar con Cappellini había dado tiempo a los Filippi para urdir su farsa; no sólo urdirla sino pulirla y agregarle todos los ingredientes necesarios para apelar al sentimentalismo del oyente. No habían ahorrado los tópicos. Cosas de chicos. Es mayor mi vergüenza que mi culpa. Oh, evitemos nuevos sufrimientos a la pobre madre del muchacho.

Brunetti se revolvió y dio un puntapié a la puerta, pero ni el ruido ni la sacudida que sintió en la espalda cambiaron nada. Aceptó el hecho de que cualquier cosa que pudiera hacer tendría el mismo efecto: de nada serviría rebelarse ni sufrir.

Miró el reloj y descubrió que durante el interrogatorio había perdido la noción del tiempo, aunque la oscuridad exterior hubiera tenido que orientarle. No había dado órdenes, pero no se podía retener a Filippi, y Vianello debía de haberle dejado marchar. Deseaba desesperadamente no ver a ninguno de ellos al salir, y se obligó a permanecer allí, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la puerta, durante cinco minutos más, y entonces bajó.

La cobardía le hizo evitar la oficina de los agentes, aunque vio luz en la puerta cuando bajaba la escalera sin hacer ruido. Al salir, torció hacia la derecha y fue hasta la *Riva* a tomar un *vaporetto*, en busca de la distracción que ofrecería el numeroso pasaje que viajaba a esa hora.

Salía uno cuando él llegó al *imbarcadero* y, mientras esperaba el siguiente, tuvo diez minutos para contemplar a la gente que iba llegando, venecianos la mayoría, a juzgar por el aspecto. Cuando vino la embarcación, subió a bordo, cruzó al otro lado y se quedó junto a la borda, de espaldas a la magnificencia de la ciudad.

Al llegar al apartamento, se paró en la puerta, esperando que dentro estuviera aguardándole, por lo menos, un residuo de humanidad. ¿Y si se encontrase allí con un hijo como Paolo? ¿Cómo

felicitarse de un hijo semejante sin haberlo educado antes con el propio ejemplo? Abrió la puerta y entró en casa.

—... No os compro un *telefonino* porque esos artilugios están creando una raza de zánganos repipis; os daría aún más motivos de distracción -oyó decir a Paola, y sonrió interiormente por el inhumano rigor con que negaba los caprichos a sus hijos.

La voz de su mujer venía de la cocina, pero Brunetti se fue directamente pasillo abajo, al estudio de Paola. Él sabía que, habituada como estaba a espiar los pasos de sus hijos cuando volvían a casa, le habría oído entrar y no tardaría en ir en su busca.

Y fue, y hablaron. Mejor dicho, habló él y ella escuchó. Al cabo de mucho rato, cuando se lo hubo explicado todo y expuesto las opciones que tenía, le preguntó:

—¿Y bien?

—Los muertos ya no sufren -dijo ella tan sólo, una respuesta que al principio lo desconcertó, pero, conociendo el método de razonamiento de su mujer, reflexionó, meditó su respuesta y al fin preguntó:

—¿Y los vivos, sí?

Ella asintió.

—Filippi y su padre -dijo él-. Que merecen sufrir. Y Moro y su esposa.

—Y la hija, y la madre -agregó Paola-. Que no lo merecen.

—¿Así pues, es cuestión de números? — preguntó él sobriamente.

Ella agitó una mano, rechazando la idea.

—No, no; en absoluto. Me parece que hay que tomar en consideración no sólo el número de personas a las que afectará la decisión sino el bien que pueda hacer.

—Cualquiera que sea la decisión, no hará bien a nadie -insistió él.

—¿Y cuál hará menos daño?

—Él está muerto -dijo Brunetti-; sea cual fuere el veredicto oficial, eso no cambiará.

—No se trata del veredicto oficial, Guido.

—¿De qué si no?

—De lo que tú vayas a decirles. — Por la entonación que dio a sus palabras hizo que pareciera evidente. Él se había resistido a aceptarlo, casi había conseguido no pensar en ello, pero en el preciso instante en

que esas palabras salían de los labios de su esposa, comprendió que eso era lo único que importaba. – ¿Te refieres a lo que hizo Filippi?

–Un hombre tiene derecho a saber quién mató a su hijo.

–Haces que parezca muy simple. Como sacado de la Biblia.

–La Biblia no dice eso, que yo sepa. Pero es simple. Y es verdad. –

Su tono era de completa seguridad.

–¿Y si entonces él hiciera algo?

–¿Como qué? ¿Matar a Filippi? ¿O al padre?

Brunetti asintió.

–Por lo que sé de él y lo que me has contado, dudo que sea de esa clase de personas. – Antes de que él pudiera decir que eso nunca se sabe, agregó:- Claro que nunca se sabe.

Una vez más, Brunetti tuvo la extraña sensación de estar a la deriva en el tiempo. Miró el reloj y descubrió con sorpresa que eran casi las diez.

–¿Han cenado los chicos?

–Los envié a tomar una pizza cuando te oí llegar.

Mientras le refería lo sucedido durante la entrevista con los Filippi y su abogado, él había ido hundiéndose en el sofá hasta quedar con la cabeza apoyada en uno de los almohadones.

–Me parece que tengo hambre -dijo.

–Sí -dijo Paola-; yo también. Quédate aquí mientras preparo un poco de pasta. – Se levantó y fue hacia la puerta-. ¿Qué vas a hacer? – preguntó.

–Tendré que hablar con él -dijo Brunetti.

Así lo hizo, al día siguiente, a las cuatro de la tarde, la hora elegida por el *dottor* Moro, que había insistido en ir a la *questura* en lugar de recibir a Brunetti en su casa. El médico llegó con rigurosa puntualidad, y Brunetti se levantó cuando un agente de uniforme introdujo en su despacho al visitante. El comisario dio la vuelta a la mesa y tendió la mano. Los dos hombres intercambiaron tensas frases de cortesía y, tan pronto como se hubo sentado, Moro preguntó:

–¿Qué desea, comisario? – Su voz era llana y serena, desprovista de curiosidad y de interés. Los hechos le habían despojado de estos sentimientos.

Brunetti, que se había retirado detrás de la mesa, más por costumbre que por cualquier otra razón, empezó diciendo:

–Hay varias cosas que creo que debería usted saber, *dottore*. -Hizo una pausa, esperando que el doctor respondiera, quizá con sarcasmo o quizá con indignación. Pero Moro no dijo nada-. Se trata de hechos relacionados con la muerte de su hijo que creo... -empezó Brunetti, y se interrumpió. Miró a la pared situada detrás de Moro y volvió a empezar-: He descubierto cosas que deseo poner en su conocimiento.

–¿Por qué?

–Porque pueden ayudarle a decidir.

–¿Decidir qué? – preguntó Moro con cansancio.

–Cómo actuar.

Moroladeó el cuerpo y puso una pierna encima de la otra.

–No sé de qué me habla, comisario. No creo poder tomar decisión alguna, ahora.

–Sobre su hijo, quizá.

Brunetti vio brillar algo en los ojos de Moro.

–Ninguna decisión que yo tome puede afectar a mi hijo -dijo sin tratar de disimular la cólera. Y, para remachar el significado de sus palabras, agregó-: Él está muerto.

Brunetti sintió que el peso del argumento de Moro lo abrumaba, desvió la mirada un momento, volvió a mirar al médico y dijo:

–Dispongo de nueva información y creo que debe usted saber de qué se trata. – Sin dar a Moro ocasión de hacer un comentario, prosiguió-: Paolo Filippi, alumno de la academia, ha declarado que su hijo murió a consecuencia de un accidente y que, para evitarles la vergüenza a él y a usted, simuló que se había suicidado.

Brunetti esperaba que ahora Moro preguntara si un suicidio no era también una vergüenza, pero el médico dijo:

–Nada que hiciera mi hijo podría avergonzarme.

–Él dice que su hijo murió a consecuencia de cierta actividad homosexual. – Brunetti se quedó esperando la reacción de su interlocutor.

–A pesar de ser médico, no sé qué significa eso -dijo Moro.

–Que su hijo murió al tratar de incrementar el placer sexual por la casi estrangulación.

**–Asfixia autoerótica -dijo Moro con clínica objetividad.
Brunetti asintió.**

**–¿Por qué había de avergonzarme eso? – dijo el doctor
serenamente.**

**Después de un largo silencio, comprendiendo que Moro no le
incitaría a hablar, Brunetti dijo:**

**–No creo que eso sea verdad. Pienso que Paolo Filippi mató a su
hijo porque su padre le había convencido de que Ernesto era un espía o
un traidor. Fue su influencia, quizá su instigación, lo que indujo a su
hijo a hacer lo que hizo.**

**Moro seguía sin decir nada, aunque sus ojos se habían agrandado,
de la sorpresa.**

Frente al silencio del otro, Brunetti sólo pudo decir:

**–Yo quería que supiera la historia que Filippi contará si seguimos
adelante con el caso.**

–¿Y qué decisión es esa que quiere usted que yo tome, comisario?

–Si quiere que acusemos a Filippi de homicidio involuntario.

Moro miró de hito en hito a Brunetti antes de contestar:

**–Comisario, si usted cree que él mató a Ernesto, homicidio
involuntario no sería una acusación muy grave, ¿no le parece? – Sin
darle tiempo de responder, Moro agregó-: Además, esa decisión debe
tomarla usted, no yo. – Su voz era tan fría como su expresión.**

**–Yo quería darle la oportunidad de elegir -dijo Brunetti con una voz
que a él le parecía serena.**

–¿Para no tener que decidir usted?

**Brunetti bajó la cabeza, pero convirtió el movimiento en una señal
afirmativa.**

–En parte, sí; pero también en atención a usted y su familia.

**–¿Para evitarnos la vergüenza? – preguntó Moro, cargando de
énfasis la última palabra.**

**–No -respondió Brunetti, agotado por el desdén de Moro-. Para
evitarles un peligro.**

**–¿Qué peligro? – preguntó Moro como si realmente sintiera
curiosidad.**

–El peligro que les amenazaría si el caso llegara a los tribunales.

–No entiendo.

–Porque tendría que presentarse como prueba el informe que usted retiró, o, por lo menos, usted tendría que prestar declaración en cuanto a su existencia y contenido. A fin de justificar la conducta de Filippi y la ira de su padre. O el miedo, o lo que fuera.

Moro se puso una mano en la frente, con un ademán que a Brunetti se le antojó artificial.

–¿Mi informe? – preguntó al fin.

–Sí; sobre los suministros al ejército.

Moro retiró la mano.

–No hay tal informe, comisario. Por lo menos, sobre los suministros al ejército, ni lo que ellos puedan imaginar que yo hubiera preparado. Aquello lo abandoné cuando dispararon contra mi esposa.

Asombró a Brunetti que Moro hablara con aquella naturalidad, como si fuera del dominio público que a su mujer le habían disparado deliberadamente.

–Empecé a investigar sus gastos y adonde iba el dinero tan pronto como fui nombrado para la comisión. Adonde iba el dinero estaba claro: su arrogancia los hace unos contables muy chapuceros, y era fácil seguirles el rastro, incluso para un médico. Pero entonces dispararon contra mi esposa.

–Lo dice como si el hecho no admitiera duda -dijo Brunetti.

Moro lo miró fijamente y dijo con frialdad:

–No la admite. Ya me habían llamado por teléfono antes de que ella llegara al hospital. Y yo accedí a abandonar mi investigación. Entonces se me sugirió que me retirara de la política. Y yo obedecí, comisario. Me retiré.

–¿Usted sabía que ellos le habían disparado? – preguntó Brunetti, aunque no tenía idea de quiénes eran «ellos», por lo menos, una idea lo bastante concreta como para asociarla a un nombre determinado.

–Desde luego -dijo Moro, y volvía a haber sarcasmo en su voz-. Hasta ahí había llegado en mi investigación.

–Pero entonces, ¿por qué se separó de su esposa? – preguntó Brunetti.

–Para asegurarme de que la dejaban en paz.

–¿Y su hija? – preguntó Brunetti con repentina curiosidad.

–En lugar seguro -dijo Moro por toda respuesta.

—Entonces, ¿por qué poner a su hijo en la academia? — preguntó Brunetti, pero en el momento de decirlo se le ocurrió que tal vez Moro pensara que la mejor protección para su hijo fuera exponerlo a la vista de todos. Los que atentaron contra su esposa se lo pensarían dos veces antes de dar lugar a una mala publicidad para la academia, o quizá creyó poder burlarlos.

La cara de Moro tuvo un movimiento que acaso un día pudiera haber sido una sonrisa.

—Es que no pude impedirlo, comisario. Ése fue el mayor fracaso de mi vida, que Ernesto quisiera ser soldado. Pero desde niño no deseó otra cosa. Y no pude quitárselo de la cabeza.

—Pero, ¿por qué tenían que matarlo? — preguntó Brunetti.

Cuando respondió Moro, a Brunetti le pareció que sentía alivio por poder hablar de aquello por fin.

—Porque son unos estúpidos, y no creyeron que fuera tan fácil detenerme. Que soy un cobarde y no me resistiría. — Se quedó un rato pensativo y agregó: O quizá Ernesto fuera menos cobarde que yo. Él sabía que un día yo pensé hacer un informe, y quizá les amenazó con él.

Aunque el despacho estaba frío, Brunetti vio gotas de sudor que resbalaban por las sienes y la barbilla de Moro, que las enjugó con el dorso de la mano. Entonces dijo:

—Nunca lo sabré.

Los dos hombres permanecieron mucho rato en silencio, sin moverse; sólo Moro, de vez en cuando, trataba de enjugar el sudor. Cuando al fin su cara volvió a estar seca, Brunetti preguntó:

—¿Qué quiere que haga, *dottore*?

Moro levantó la cara y miró a Brunetti con unos ojos que, durante la media hora última, se habían entristecido aún más.

—¿Quiere que yo decida por usted?

—No; no es eso. O no es sólo eso. Deseo que usted decida por usted. Y por su familia.

—¿Y usted hará lo que yo diga? — preguntó Moro.

—Sí.

—¿Sin consideración por la ley ni la justicia? — Puso énfasis en la última palabra, un énfasis muy ácido.

—Sí.

–¿Por que? ¿Es que no le interesa la justicia? – Ahora el enojo de Moro era palpable.

Brunetti no tenía paciencia para eso, ya no.

–Aquí no hay justicia, *dottore* -dijo, y se asustó al advertir que no sólo se refería a aquel hombre y su familia, sino a la ciudad y al país, y a sus vidas.

–Pues vamos a dejarlo -dijo Moro, exhausto-. Y dejémoslo también a él.

Todo lo que de noble había en Brunetti le instaba a decir algo que consolara a aquel hombre, pero, por más que buscaba, no encontraba palabras. Pensó en la hija de Moro y en la suya propia. Pensó en su propio hijo, en el hijo de Filippi, y en el de Moro. Y entonces acudieron las palabras:

–Pobre muchacho.

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

25/12/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com